


# UN INSPECTOR EN FUSETA

## CRÍMENES EN EL ALGARVE

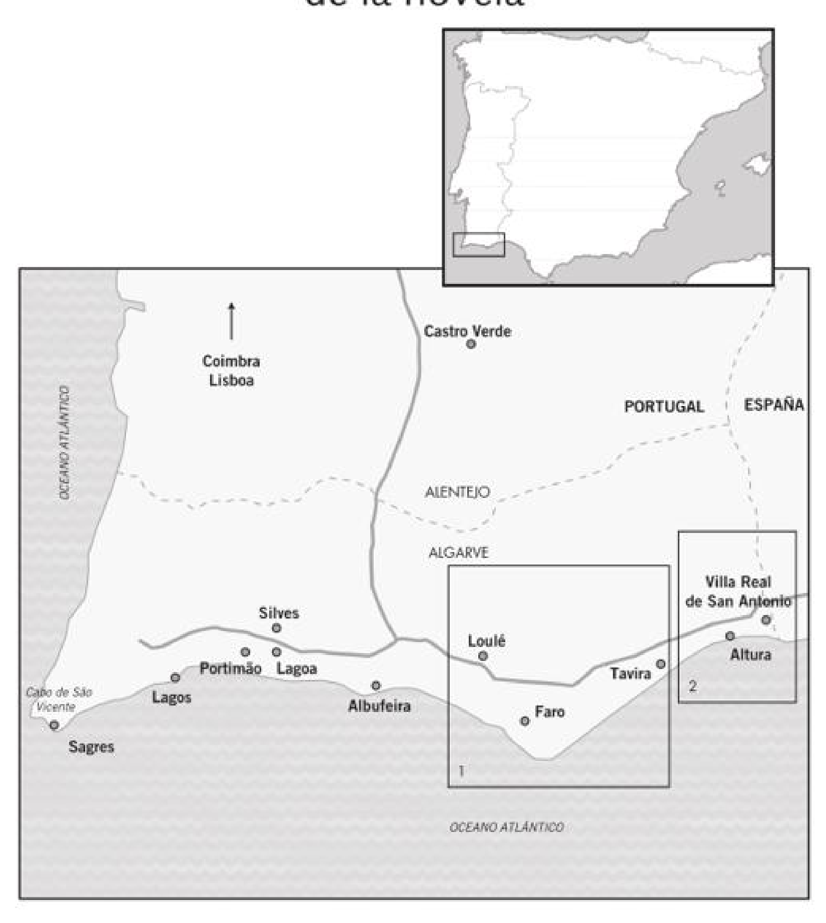


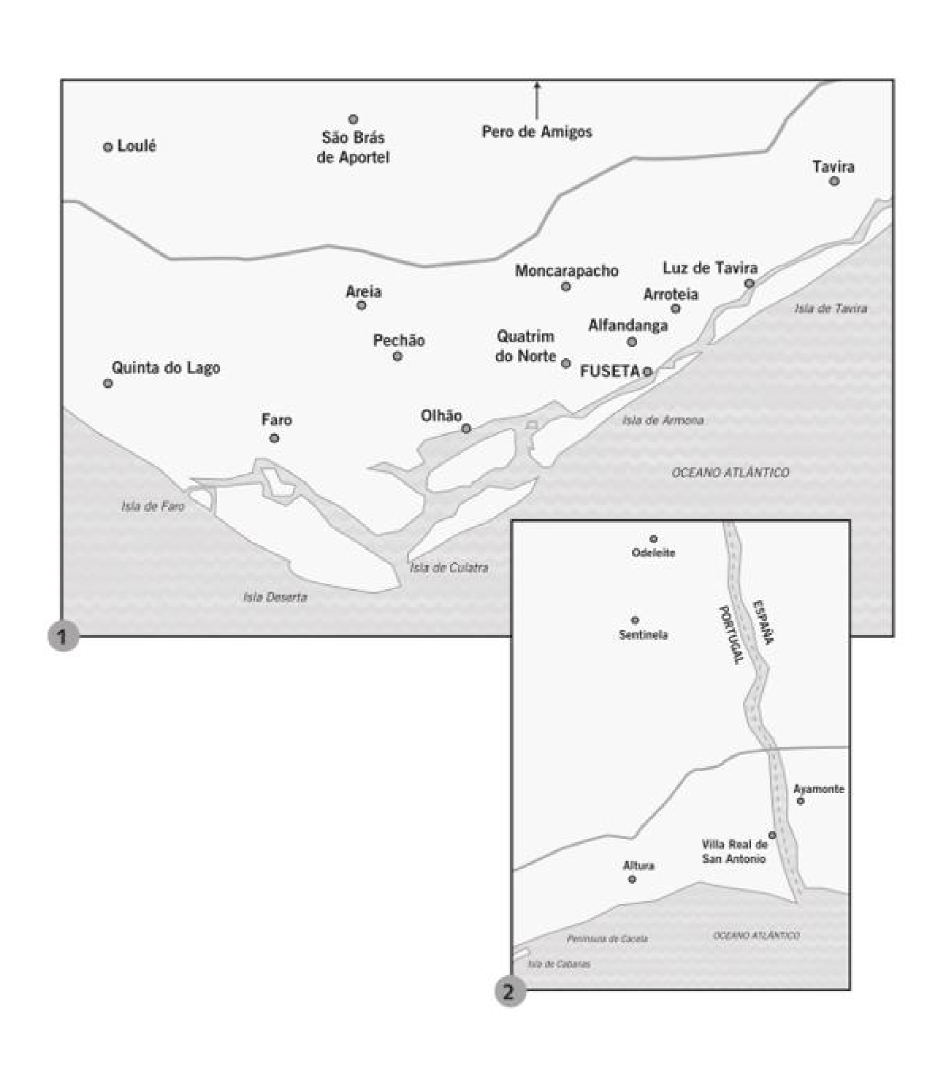
MAEVA

Índice

*Para Ira*

# Los escenarios de la novela





Loulé
São Brás
de Aportel
Pero de Amigos
Tavira
Moncarapacho
Luz de Tavira
Areia
Arroteia
Isla de Tavira
Alfandanga
Pechão
Quatrim
do Norte
FUSETA
Quinta do Lago
Faro
Olhão
Isla de Armona
OCEANO ATLÁNTICO
Isla de Faro
Isla de Culatra
Isla Deserta
1
Odeleite
Sentinela
PORTUGAL
ESPAÑA
Ayamonte
Villa Real de
San Antonio
Altura
OCEANO ATLÁNTICO
2

# PRIMER DÍA

# 1

Era uno de esos días con un inicio tan prometedor que parece inevitable que algo salga mal. El termómetro marcaba veintiocho grados y el cielo estaba despejado sobre Faro. Y era 14 de septiembre. Ese fin de semana habían terminado las vacaciones escolares en Inglaterra, Alemania y Países Bajos, lo que reducía a la mitad el tráfico aéreo y vaciaba las playas del Algarve, la costa al sur de Portugal.

La luz de septiembre era distinta. Más suave.

Aquel día, al que algunos de los habitantes de Fuseta, un pueblecito pesquero al este del Algarve, llamarían «el miércoles negro» esa misma noche, una gran tristeza invadió la población. Pese a la tendencia de los portugueses al pesimismo, evidenciado en el hecho de crear un concepto propio para designar aquella melancolía nacional (la *saudade*), en Fuseta era especialmente intensa esa mañana. Era el día en que Rui Aviola abandonaba a los habitantes de la pequeña población pesquera durante un año.

Rui Aviola era policía de la GNR, la Guarda Nacional Republicana, algo que sonaba más importante y emocionante que prestar el servicio diario en la zona. La GNR era responsable de todas las nimiedades que ocurrían fuera de las poblaciones. Es decir, gatos y maridos que se habían escapado, según decían con sorna en los pasillos de la Policía Criminal de la Administración Central de Faro, donde se ocupaban de los gatos y maridos perdidos.

Sea como fuere, Rui Aviola se marchaba de prestado doce meses con los alemanes a Hamburgo gracias a un programa de intercambio. En esos doce meses podían pasar muchas cosas, en eso coincidían todos en el bar de Fuseta: tal vez moriría estando de servicio o, mucho peor, conocía allí a una alemana guapa, que en el pueblo imaginaban como un ser rubio y adinerado, se convertía en padre y se quedaba en Alemania.

—Eso se lo ha inventado algún funcionario de la Europol que estaba aburrido —aseguró Carlos Esteves, que estaba sentado en el asiento del copiloto del coche de policía mientras el sudor le caía por el cuello, y de ahí a la columna vertebral.

Carlos era subinspector de la Polícia Judiciária, la Policía Criminal portuguesa. No se le notaba a simple vista: llevaba pantalones cortos, alpargatas y una camisa ancha de color azul cielo, y se había colocado

unas Ray Ban de cristales finos en la media melena. Tenía treinta y ocho años, y era un tipo alto e imponente que evitaba, con gran éxito, tener que moverse rápido.

Carlos sorbió con la pajita de una Coca Cola Zero mientras la carretera en dirección al aeropuerto pasaba volando por su lado. Graciana Rosado, la delicada comisaria, conectó un momento la sirena porque delante de ellos una familia de turistas franceses iba de paseo con un decrépito Citroën. En el asiento trasero se apretujaban tres niños y un *golden retriever*. Graciana apretó el acelerador a fondo.

Carlos no conocía a nadie que conservara tanto la calma como su colega, pero cuando iba en su coche, un SUV Volvo oscuro, Graciana se convertía en una piloto de *rally*. Su novio João, el periodista, siempre se agarraba a la puerta, según había observado Carlos.

A Graciana Rosado, que se había recogido el cabello oscuro en una cola de caballo y, además de tejanos y camisa, llevaba una chaqueta fina para esconder el arma de servicio, le habían adjudicado por su complexión y metro sesenta y dos el apodo de Piaf. A decir verdad, fue su mentor profesional Raul da Silva, de la comisaría I de Faro, porque, además de ser tan bajita, tenía una voz peculiar parecida a la de Edith Piaf, pero por desgracia carecía de su talento para cantar. Sin embargo, salvo Raul da Silva, los colegas solo usaban el apodo cuando Graciana Rosado no los oía.

—¿De verdad tuviste algo con Rui? —le preguntó Carlos.

Graciana lo escudriñó con la mirada. Fue solo un instante, porque estuvo a punto de chocar con una caravana holandesa.

—¿Estás de broma?

Al contrario que ella, Carlos no tenía pareja, no estaba con ninguna mujer, por lo menos «no siempre con la misma», como decía él. Abrió los brazos en un gesto de inocencia.

—No sería delito.

Graciana suspiró. No, eso era cierto, de hecho. En la época en que acababa de conocer a João, estuvo a punto de pasar. Fuera, en las dunas de Ria Fortuna, al atardecer. Solo con recordarlo sentía un escalofrío.

Rui Aviola parecía esculpido por el mismísimo Miguel Ángel. El cuerpo de aquel hombre era para desmayarse: los ojos azul marino, el rostro enmarcado en unos rizos morenos. Rui era el prototipo de hombre perfecto. Lucía esa enérgica naturalidad que lo diferenciaba de una belleza de pasarela. Y no se las daba de importante. En Fuseta era considerado el triple ideal: como amante, yerno y padre. Solo el brillo apagado de los ojos perjudicaba un poco la imagen en su conjunto.

Probablemente, aquella noche Gracia se habría dejado seducir en el bar Farol del puerto, situado en un edificio octogonal revestido de

madera oscura con dos entradas, donde los clientes más nocturnos se sentaban fuera, incluso en diciembre, a contemplar los coloridos barcos de pescadores anclados a solo diez metros, en el pequeño muro del puerto, que se mecían con suavidad en el agua.

Ella había bebido un poco, Rui ya le había pedido dos o tres *medronhos*. Los frutos del madroño, que en el Algarve solo crecía más al norte, en el interior, los recogían los campesinos a mano y luego los destilaban para obtener un licor. En realidad, estaba prohibido destilar alcohol, pero en Portugal había una gran tradición, así que la GNR procuraba no entrometerse en esa actividad de los campesinos.

Los *medronhos* que Rui Aviola había pagado aquella noche lo hacían parecer aún más atractivo e irresistible, pero Carlos, a quien no se le escapaban las intenciones de Aviola ni el estado de Graciana, la agarró del brazo sin decir nada y la llevó a casa, que estaba a solo quinientos metros, en Virgílio Inglês n.º 5, una zona peatonal con los adoquines tan desgastados tras ochenta años de uso que los niños jugaban descalzos.

A veces, justo antes de que el sueño se apoderara del todo de ella, Graciana se lamentaba de que Carlos hubiera frustrado las intenciones de Rui esa noche.

—¡Rui! ¡Rui!

Unas mujeres que se sentían igual de jóvenes a los catorce como a los sesenta años se habían congregado junto a la entrada para despedir a Rui Aviola, que no había dejado que los colegas de la GNR lo llevaran al aeropuerto de Faro. Con unos tejanos estrechos y una camisa mal abrochada sobre el pecho bronceado, agarró el equipaje de mano de la cinta de control y les envió un beso con la mano. Graciana y Carlos, que habían ido un momento a buscar un bocadillo, estaban un poco apartados, pero también les dedicó un guiño antes de doblar la esquina y desaparecer. Durante todo un año. Eso era lo que duraba el programa de intercambio de Europol que les enviaba a Fuseta a un alemán de Hamburgo.

«El mejor hombre.» Aquel era el subtítulo del prospecto.

«Queremos aprender unos de otros. Compartamos a los mejores.»

Las malas lenguas decían que la promotora del programa, una tal señora Kiefer, de Europol, se había inventado la iniciativa para salvar su puesto, que por lo visto estaba a punto de sufrir recortes. Una medida de creación de empleo personalizada.

En todo caso, el programa llevaba seis meses en marcha. A Lisboa habían enviado a una comisaria muy activa de Hungría; a Oporto, a un colega de Edimburgo. Ahora le tocaba a Faro. Esperaban acabar con el escepticismo que suscitaba una autoridad policial europea justo en las unidades policiales que serían las primeras en sufrir las consecuencias de esa medida.

Y precisamente Rui se había prestado voluntario para el programa.

—¿Y por qué? —le había preguntado Carlos sacudiendo la cabeza—. Allí hace frío. Solo hay alemanes, seguramente será necesario poner un pañuelo encima del taburete de un bar para reservarlo.

—Puede ser —contestó Rui, al que se le había escapado la ironía de Carlos—, pero aquí, en Fuseta… Quiero irme. Ver otra cosa. ¿Sabes lo que es Reeperbahn?

—De oídas. Pero no te hace falta.

—Aquí todo me resulta demasiado monótono. En Faro no había ningún puesto libre. Y en Lisboa tampoco.

Tras la explicación de Rui, Carlos Esteves soltó un leve suspiro y evitó mirarlo a los ojos.

Su superior Raul da Silva, que solo contaba con tres comisarios, estaba entusiasmado con que el adonis de Fuseta se hubiera presentado voluntario: así podría endilgarle a los alemanes a un policía de provincias como comisario y evitar quedarse corto de personal en su propia casa.

Graciana Rosado también sabía la verdad que había tras los intentos fallidos de Rui de cambiar a la Polícia Judiciária: Rui Aviola nunca daría la lata con un puesto de comisario. Era demasiado limitado para eso. Graciana había hablado del tema con Agnes, la novia sueca de Rui, que se había quedado de mochilera en Fuseta y ya hacía seis años que trabajaba en el puerto. Agnes quería tener una cita con Rui.

—Agnes, Rui perdería al ajedrez contra una mesa.

—Lo sé —contestó Agnes—, pero no quiero acostarme con su cerebro.

Fuseta se quedaba doce meses sin Rui. El grupo de mujeres desconsoladas en el mostrador de salidas del aeropuerto se disolvió poco a poco. Carlos Esteves se metió el resto del bocadillo en la boca.

Graciana Rosado no pudo evitar sonreír al ver a su colega. Conocía a Carlos desde pequeña. Si hurgaba bien en la memoria, seguro que recordaba un sinfín de situaciones que había vivido con él, pero tendría que esforzarse mucho para encontrar alguna en la que no tuviera algo comestible en la mano.

—¿De qué te ríes?

—De nada. No pasa nada.

—Crees que como demasiado.

—No.

—Ya —gruñó Carlos, que echó un vistazo al panel indicador.

Carlos Esteves era un disfrutón al que le atraía un exquisito trozo de corvina (a poder ser con rodajas de piña asada) tanto como un cigarrillo de liar, y que se acaloraba en el estadio de fútbol con la misma entrega con la que vivía de corazón una puesta de sol en una duna y la recordaba para siempre. De vez en cuando, Graciana lo

envidiaba por ello.

Carlos señaló con la cabeza el panel indicador. Graciana siguió su mirada: vuelo LH 2409 procedente de Hamburgo. *Arrived*.

—¿Y Lost?

Carlos, que le sacaba una cabeza entera, mostró un pedazo de papel un poco arrugado donde estaba escrito el nombre completo del nuevo colega de Alemania: Leander Lost.

No habían pensado mucho en su invitado hasta ese momento, solo hablaban de él como el *alemão*, el alemán. Eso no tenía nada que ver con su recibimiento: como todos los portugueses, estaban educados en una hospitalidad que en ocasiones rayaba en la abnegación, algo que aprovechaban con descaro los turistas más avispados.

Ya habían conocido alemanes en el Algarve en numerosas ocasiones. Muchas veces, los *alemães* preferían comer donde les dieran raciones generosas, y no donde hubiera buena comida, y eran parcos en propina y elogios. Los portugueses de las mesas vecinas miraban a otro lado avergonzados cuando estos comprobaban la cuenta en un restaurante.

Cuando los primeros turistas sin hijos que podían viajar fuera del período de vacaciones escolares salieron de la sala de recogida de equipajes, apareció un tipo larguirucho con traje oscuro, camisa blanca y corbata de piel estrecha. Llevaba el pelo moreno y abundante recortado al milímetro.

Leander Lost vio el papel que Carlos sujetaba delante de la barriga y se acercó a ellos, con tres maletas enormes y dos amplias bolsas portatrajes que empujaba amontonadas sobre un carrito de equipaje.

Lo primero que llamó la atención a la comisaria Graciana Rosado de Leander Lost fue que apenas parpadeaba.

—Dios mío, es un niño —murmuró Carlos Esteves.

—Tonterías, Carlos. Seguro que tiene treinta y tantos.

—Está pálido. Parece que tenga leucemia.

—Podrías ser un poco más amable.

—Estoy siendo un poco más amable.

—¿*Senhor* Lost?

—Sí.

Ella le dio la mano.

—Graciana Rosado, subinspectora de la Polícia Judiciária, este es mi colega, el *senhor* Carlos Esteves —añadió en inglés.

—*Olá*.

Carlos le estrechó la mano al alemán.

—*Olá* —contestó Leander Lost sin entusiasmo, pero con soltura. Parecía correcto.

Graciana Rosado tomó la carretera nacional N 125 al este desde Faro. Carlos y ella vivían en Fuseta. Tras varias idas y venidas, habían

decidido alojar a Leander Lost en Villa Elias, una casita típica propiedad de los padres de Graciana que llevaba siete años vacía.

Carlos volvió a sentarse a su lado mientras mordisqueaba una brocheta de carne. Leander Lost se puso el cinturón en el asiento trasero y contemplaba el paisaje al pasar.

La inspección técnica alemana probablemente habría ordenado retirar la mayoría de vehículos con los que se encontraban. El ambiente era polvoriento a ambos lados de la carretera. El sol de mediodía acentuaba los colores de las casas, los carteles, las sillas de plástico delante de los barecitos donde había ancianos sentados, fumando y bebiendo cerveza. Cada pocos metros había unos grandes contenedores de basura con ruedas junto al borde de la carretera, y en las casas, la mayoría blancas y decoradas con colores azules, rojos o amarillos en los bordes y alrededor de las ventanas, se desconchaba el revoque, sustituido por un polvo oscuro que se agarraba con insistencia. Todo lo cubría un cielo del azul más intenso.

Leander Lost no se sentía a gusto. Allí era un forastero. No conocía a esa gente ni la zona. No conocía el país.

Por eso contó unas cuantas esquinas. Aquello lo calmaba. Desde que a los once años dio con ese remedio milagroso (contaba las esquinas de los palos de madera con los que lo zurraban los demás niños), había profesionalizado el recuento de esquinas. Un espacio cuadrado siempre tenía ocho esquinas. Una puerta que se ensamblaba en el marco tenía doce. El marco en sí, siempre que no estuviera empotrado en la pared, sino colocado sobre el revoque, también doce. Las ventanas solían tener ocho esquinas (si contaba las del marco). Y un espacio normal con solo una puerta y una ventana contenía más de cuarenta esquinas. La cosa se ponía emocionante cuando estaba totalmente embaldosado.

Graciana Rosado observó a su pasajero por el retrovisor interior. Su gran baza, tanto profesional como personal, era la intuición. Notaba cuando alguien mentía. Se daba cuenta cuando algo no encajaba.

En su novio João todo encajaba. En el caso de Carlos también, pero a otro nivel.

Con los años, la intuición de Graciana se había convertido en una voz que solo ella oía. Le susurraba cuando alguien mentía. Y también cuando alguien decía la verdad. Aunque sus padres eran religiosos, Graciana suponía que tras esa capacidad no había ningún milagro cristiano, sino lo que en la actualidad se llamaba inteligencia emocional. Se había manifestado con João y también con Carlos. Pero con Leander Lost guardaba silencio.

—En realidad, habíamos alquilado un piso en Fuseta para usted, pero hemos tenido que cambiar de planes —aclaró Carlos Esteves en su inglés básico, y se volvió hacia el invitado alemán—. El bloque de

pisos tenía dificultades con el suministro de agua. A cambio, se alojará en Alfansanga, está a tiro de piedra de Fuseta, a solo dos kilómetros. Es una casa, pero no muy grande, como mucho para una pareja. Idílica.

—Bien —contestó Leander en inglés.

—Enfrente hay un bar donde sirven raciones generosas.

Graciana le dio un codazo a Carlos.

—Le hemos llenado la nevera —añadió—, pero si quiere algo especial, podemos parar en el supermercado.

—¿Hay queso?

—Sí.

—Entonces no necesito nada más.

—Y hemos comprado cerveza —dijo Carlos—. Sagres.

—Son ustedes muy amables.

Se impuso el silencio durante un momento en el Volvo. Leander Lost había llegado a la esquina cincuenta y siete cuando Carlos se volvió de nuevo hacia él.

—¿Le gusta el fútbol?

—Sí.

Carlos sonrió: eso ya era algo.

—¿Qué le parece Cristiano Ronaldo?

—Es un futbolista buenísimo —dijo Leander Lost—, el mejor jugador del mundo.

Carlos se dio la vuelta.

—¿Lo dice en serio? ¿O solo quiere ser educado?

Leander Lost lo pensó un momento:

—Una cosa no quita la otra. Lo digo en serio y por educación.

Carlos sonrió satisfecho.

—Solo que es una lástima que juegue fuera de Portugal —añadió Leander—. Y llama la atención que hasta ahora la selección portuguesa siempre haya perdido, excepto en una ocasión, en la Copa de Europa.

A Carlos se le movieron de nuevo las comisuras de los labios. Se volvió hacia la carretera.

—¿Crees que dice lo que piensa? —preguntó Graciana en portugués.

—No lo sé. Es difícil saberlo. No parece que se ría mucho. Sí —confirmó Carlos—, tiene la cara como si se hubiera puesto bótox.

Graciana asintió.

—Casi sin arrugas.

—Además, te atraviesa con la mirada cuando te mira —dijo Carlos entre dos mordiscos.

—Tiene los ojos bonitos —continuó Graciana mientras adelantaba con demasiada calma a un camión en sentido contrario y escapaban todos de milagro de un accidente mortal. Se dirigió a Lost en inglés—.

Eran cosas nuestras, perdone por no haber hablado en inglés.

Lost asintió. Iba por las ciento veintiuna esquinas.

Se oyó el chisporroteo de la radio.

—¿Graciana?

Era la voz de Luís Dias. Debía de estar en algún sitio donde había interferencias con otra radio.

Luís Dias y Ana Gomes hacían el turno de mañana en la GNR aquella jornada. Estaban junto con otros cuatro colegas en un edificio de dos plantas de color rosa con ventanas con travesaños blancos en Moncarapacho, a unos cuatro kilómetros al norte de Fuseta, donde no había puesto de policía propio. Y la Polícia Judiciária, a la que pertenecían Graciana y Carlos, solo tenía una sede en el Algarve: en Faro.

Carlos Esteves levantó el aparato de radio.

—Graciana está conduciendo. ¿Qué pasa, Luís?

Luís Dias y Ana Gomes eran de Moncarapacho, y no habían salido de Portugal en la vida.

Como todas las poblaciones «de segunda fila» del Algarve, las que no daban directamente a la costa atlántica, el pueblo de ocho mil habitantes estaba a merced del calor en la temporada de verano. Quien se lo podía permitir se construía una casa en el vasto paisaje de colinas en el extremo noroeste de la población. Allí arriba siempre soplaba una brisa suave y había todo lo necesario para vivir. Además, a Moncarapacho el turismo llegaba en su versión más leve: en forma de personas interesadas por el país y su gente.

—Tenemos un muerto.

—¿Dónde?

—En la isla del este. Estoy con Ana. Es *O Olho*. Parece que se haya caído.

—Acordonad la zona —ordenó Carlos.

Mientras la parte occidental del Algarve, desde Faro hasta Lagos, había sido invadida por los turistas y tiburones inmobiliarios, que, igual que una plaga de langostas bíblicas, habían dejado a finales del siglo XX descomunales complejos turísticos y cartas de restaurantes en inglés, español, holandés y alemán; el Algarve oriental, desde Faro hasta Tavira, se había librado de todo aquello. La laguna Ria Formosa, un parque nacional de sesenta kilómetros de largo frente a la costa, actuaba como un cordón de seguridad. Quien quisiera bañarse en el mar tenía que hacer primero un trayecto de diez minutos en uno de los pequeños transbordadores a una de las islas. Así, en la línea costera de Fuseta no había hoteles, ni ejércitos de parasoles, ni vendedores de helados, ni paseos marítimos, ni restaurantes con vistas al Atlántico, ni campos de golf regados con el agua que escaseaba. No, nada de ese horror había logrado entrar gracias a la Ria Formosa,

excepto algún *camping*. En cambio, era el hogar de más de veinte mil aves.

—Ya lo han hecho —respondió Luís Dias—, el capitán De Avis ya ha notificado la expulsión de tres turistas. Aquí ya no queda nadie.

A Graciana y Carlos les salió un suspiro de los labios a la vez.

De Avis era capitán de la Autoridade Marítima Nacional, la guardia costera portuguesa. Prestaba servicio con el traje azul marino, camisa blanca y corbata azul oscura que los empleados de las autoridades solo se ponían en ocasiones oficiales. Escondía el pelo ralo bajo una gorra de visera blanca.

De Avis estaba firmemente convencido de ser descendiente directo de Dom Henrique de Avis, Enrique el Navegante, el hombre gracias al cual Portugal había ascendido a la liga de las potencias coloniales y mundiales, una grandeza que, sin embargo, se había desvanecido durante los últimos cuatrocientos años.

Los portugueses lamentaban esa pérdida tanto como el capitán De Avis la del pelo de la cabeza. De Avis hacía saber a todo el mundo que estaba destinado a algo más grande, y que solo ocuparía el puesto de jefe de la guardia costera en el vecino Olhão hasta el momento inevitable en que el Parlamento de Lisboa admitiera su error y le adjudicara la dirección de la marina portuguesa.

—Vamos de camino. No toquéis nada. ¿La *doutora* Oliveira ya está al corriente? —preguntó Carlos.

—No estábamos seguros —contestó Luís Dias—, ha sido un accidente.

Carlos suspiró.

Graciana le quitó el aparato de radio de la mano.

—Luís.

—¿Sí?

El murmullo que se oía de fondo procedía del Atlántico.

—Llama a la *doutora* Oliveira, dile que vaya para allá. Consigue una sombrilla y protege a *O Olho* del sol. Hasta ahora.

Clic. Colgó el transistor antes de continuar en inglés:

—Tenemos que bajar a la costa. Han encontrado un cadáver. Antes le dejaremos en casa. Pasaré a verle más tarde, si le parece bien.

—No hace falta —contestó Leander Lost en portugués—, los acompaño. A fin de cuentas, a partir de ahora trabajaremos juntos. Creo que es justo que sepan que les entiendo cuando hablan en su lengua materna.

Graciana y Carlos se quedaron helados. Sin duda, hablaba con un fuerte acento alemán, pero, salvo algún que otro error, su portugués era impecable. Los dos comisarios notaron que un ardor provocado por la vergüenza les invadía las mejillas.

—*O Olho*, el ojo. No creo que ese sea el nombre de verdad —

prosiguió Lost sin inmutarse.

Carlos se aclaró la garganta.

—Habla nuestro idioma. Eso…, eh… Es un alivio, claro.

—Pensé que mejoraría la comunicación. Por eso he aprendido lo imprescindible, para asegurarme de que cumplía los criterios del intercambio.

—Es admirable —reconoció Graciana, que señaló a la izquierda, donde entre una casa con las ventanas clavadas y un enorme cactus acababa un camino de arena en la carretera—. Es por ahí, a unos trescientos metros. Ahí está su nuevo hogar.

Lost asintió.

Para ser «lo imprescindible», pensó Carlos Esteves, el *alemão* ya sabía un montón de palabras.

Graciana hizo sonar un momento la sirena y el tráfico se abrió ante ella en la N 125 a izquierda y derecha como si Moisés hubiera dividido el mar Rojo. Lo atravesó a toda prisa con el coche y en un cruce giró a la derecha en dirección a Fuseta.

—Hemos dicho algo sobre su cara.

—Una cara como si llevara bótox —apuntó Leander—, lo ha dicho el *senhor* Esteves. ¿He pronunciado bien Esteves?

—Perfecto —contestó Carlos apurado.

—Ha sido una manera de expresar nuestro asombro ante su rostro juvenil —continuó Graciana.

—Ya. Entonces era una especie de… ¿broma?

Carlos suspiró aliviado.

—Sí, exacto. Una broma. Un… comentario jocoso.

—Un poco grosero —añadió Graciana, que dedicó al alemán una sonrisa amable.

Asintió y dibujó con la boca una sonrisa que resultaba rara, porque no se le reflejaba en los ojos.

—*O Olho* es un apodo —retomó Carlos la pregunta de buena gana para volver a un terreno menos resbaladizo—, el apodo de un hombre que trabajaba de detective privado en el Algarve.

Leander Lost se reclinó en el asiento, la inquietud interna se había evaporado.

Doscientas diecisiete esquinas.

# 2

De camino a Fuseta pasaron por un colegio y campos resecos que seguían hostigados por el calor del mediodía, y a continuación cruzaron una línea ferroviaria para bajar por la Rua General Humberto Delgado. Entre casas blancas de dos plantas como mucho y aceras adoquinadas se elevaba, tras una vasta superficie verde, la Ria Formosa, de un azul intenso. El Atlántico.

Durante un breve y agradable instante, Leander Lost se dejó llevar por la imagen.

Luego dos vehículos bloquearon el camino, con las conductoras charlando con toda la parsimonia del mundo, y obligaron a Graciana Rosado a entrar en el casco antiguo de Fuseta. La calle estrecha se empinaba y bajaba recta, las fachadas de azulejos blancos, azules y marrones se acercaban tanto a ambos lados que las aceras se fundían en la anchura de un peatón.

Los edificios se sucedían casi siempre sin espacio uno al lado de otro, y formaban una pared larga y variopinta con entradas angostas y ventanas pequeñas de las que solo de vez en cuando sobresalían las carcasas de los aires acondicionados o algún balcón. Las casas, con sus chimeneas casi siempre cuadradas y ornamentadas en los tejados planos, y las agradables terrazas casi siempre amplias con preciosas vistas, no podían ocultar la influencia árabe.

Por todas partes, y también por el desfiladero de la calle, se extendían cables de corriente bajos y cuerdas de colores donde prendas lavadas ondeaban con la brisa salada del mar. En las puertas había ancianos sentados con trajes gruesos y gorras con visera que expulsaban humo de cigarrillos sin filtro. Los niños jugaban en la acera o hacían el indio en la calle con la bicicleta o el monopatín. Los gatos dormían a la sombra, debajo de los coches, para luego salir de caza.

Pasaron por una plaza donde los vecinos de Fuseta paseaban, comían helados en la cafetería y bebían *medronho* o vino blanco seco, mientras unos cuantos niños chutaban una pelota en un rincón. A ojos de Leander Lost, los portugueses daban mucha importancia a lucir un aspecto intachable. Los hombres vestían pantalón tejano o de traje y camisa bien planchada; las mujeres, vestido, o falda y blusa.

Todos parecían tener tiempo y divertirse, sobre todo los ancianos. Los hombres de pelo cano se contaban viejas historias y se reían, las

mujeres mayores intercambiaban novedades de ventana a ventana. Los jóvenes, con pantalón de traje negro y camisa blanca, algunos con el pelo engominado, fumaban en el borde de la calle mientras charlaban de cosas importantes, o al menos eso trasmitían con el gesto. No muy lejos, unas cuantas chicas que se habían reunido en torno a un banco de madera provocaban a los chicos o les lanzaban miradas furtivas para luego mirar al suelo y sonreír cuando les correspondían.

De pronto Leander Lost comprendió que ahí el tiempo se había detenido. No había grandes centros comerciales, ni supermercados enormes, ni vallas publicitarias, ni calles enormes, nada parecido. Si pudiera oír el pulso de Fuseta, sería tranquilo y regular.

Graciana Rosado conducía el coche patrulla, al que nadie prestaba mucha atención, con una seguridad sonámbula y a una velocidad vertiginosa en todo momento. Con el sentido de orientación propio de una lugareña que se sabía los recovecos y las curvas y giros de las calles desde pequeña, encontraba opciones en medio del caos para ir por el camino más rápido, hasta que las casas se retiraron y ya no les impedían la vista de los pequeños transbordadores y el canal.

Cuando llegaron al transbordador enfrente del bar Farol, de donde zarpaba también una barcaza con treinta turistas, se subieron a un taxi acuático con un potente motor fueraborda que apestaba a gasolina, y que conducía una mujer joven.

—Ella es Teresa —gritó Graciana para presentarlos—, y él es el *senhor* Lost.

—*Olá* —saludó Teresa con una sonrisa—. Usted es el *alemão* que ha venido en sustitución de Rui.

—Sí —afirmó Leander.

Justo donde terminaba el canal y el taxi acuático se dejaba llevar por el agua poco profunda del mar adelantaron a la barcaza, que giró a la derecha hacia la isla del Oeste.

—Esto de aquí es la Ria Formosa —gritó Carlos Esteves contra el viento—, una gran zona protegida que ahuyenta a muchos turistas. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Al ver que Leander Lost no le correspondía, hizo un amago de encogerse de hombros y señaló hacia delante, donde se erguía de nuevo la tierra—. Eso son las playas frontales. Interceptan las olas y se encargan de que entre ellas y Fuseta haya una balsa apacible.

Era cierto. El agua estaba casi tan inmóvil como el mar. Cada pocos metros se veían pescadores en la orilla, y también pescadores de mejillones con pantalones de neopreno. Teresa aceleró el fueraborda, el bote levantó la proa, salpicó la espuma de las olas y todos se inclinaron un poco hacia dentro para no mojarse.

El taxi acuático tomó un vado de unos treinta metros de ancho que separaba las dos islas delanteras y cruzó entre las olas del Atlántico

que rompían allí mismo. Teresa dirigía la barca con la misma pericia entre el embate de las olas con la que Graciana Rosado conducía el coche por Fuseta.

Leander Lost se pasó la lengua por los labios. Sabían a sal.

A medio camino, toparon con un taxi acuático en sentido contrario conducido por un hombre. El pasajero era un tipo que rondaba los cuarenta, con el pelo largo y rizado que bailaba al viento.

—¡*Porra! ¡Que coincidência*! —exclamó Graciana contra el viento hacia Carlos. El tono indicaba que no lo consideraba en absoluto una casualidad—. Tobias Faria.

El hombre llevaba dos cámaras colgadas y un chaleco con objetivos guardados. Tobias Faria hablaba por teléfono. En el momento en que los dos taxis se encontraron, sonrió con descaro y lanzó un beso al aire a Graciana Rosado y Carlos Esteves.

Mientras Graciana le hacía caso omiso y Leander Lost procuraba entender el gesto, a Carlos se le ensombreció el semblante.

—¡*Filho da puta*! —le rugió a Faria. Se volvió alterado hacia su colega—. ¿Lo has visto?

Graciana asintió tranquila.

—Claro. Dentro de media hora como mucho, el artículo sobre el hallazgo del cadáver estará en internet en el *Correio da Manh*.

—La próxima vez que lo pille en el escenario de un crimen…

—El problema es que siempre llega antes —lo interrumpió Graciana —. Y aún no es el escenario de un crimen, ¿no?

Carlos asintió a regañadientes. Notó una mirada en la nuca. Se dio la vuelta: en efecto, el *alemão* lo miraba con atención.

—¿Ese *senhor* Faria era de un periódico?

—Pues sí.

—¿Y cuántos años tiene? Parece que ronde los cuarenta.

—Bien calculado —reconoció Graciana.

—Sí, ¿por qué lo pregunta? —añadió Carlos.

El alemán reflexionó, se le dibujó una arruga en la frente lisa.

—¿Y su madre sigue trabajando en el oficio?

Los dos portugueses aguzaron la vista y lo estudiaron para averiguar si se trataba de una broma. Un clásico ejemplo del peculiar humor alemán.

No era broma.

—Lo usamos como…, eh…, palabrota.

La arruga se intensificó.

—Ya, entiendo.

—Sí, yo… Se me ha olvidado por un momento que domina el portugués. El *senhor* Faria trabaja para un periódico sensacionalista. Si pudiera, fotografiaría un asesinato antes de tratar de evitarlo. Llamarlo buitre sería una ofensa para el pájaro.

Entonces el alemán sonrió.

Teresa redujo la velocidad, la proa bajó un poco y el motor fueraborda empezó a hacer pequeños ruidos. La isla delantera estaba casi desierta y solo en el medio la poblaban las hierbas recias de las dunas.

Leander Lost descubrió a la vez que sus nuevos colegas una barca blanca casi en paralelo a la línea de la orilla, con la parte inferior hacia el mar. La lancha blanca de la Autoridade Marítima Nacional ya se alejaba hacia el este. En la barandilla se veía la figura espigada del *capitão* De Avis, que levantó el brazo para saludar con una mezcla de desenfado y actitud reglamentaria.

La estructura de la cabina del barco varado sobresalía formando un ángulo torcido hacia el cielo, la barandilla recta casi tocaba la playa. Una tela blanca y verde se extendía por detrás de la cabina y vibraba en los bordes al viento.

Junto al barco había dos siluetas en la arena blanca, ambas con el uniforme de tonos azules de la Guarda Nacional Republicana. Una de ellas, flaca y de pelo rubio, y la otra, gordita y con una despoblada coronilla, según registró Lost. Una vez Teresa los dejó casi secos y se largó, la figura rubia y delgada se presentó como Ana Gomes y la de la coronilla como Luís Dias.

La isla, salvo por los policías que se habían congregado allí, era un paraíso desierto. La playa se extendía durante más de cien metros, lisa hasta el agua, con ese brillo verde turquesa, que llegaba a la orilla con olas planas. Una arena más clara y cálida se extendía durante kilómetros hacia el este. Una bandada de gaviotas reidoras daba vueltas en un canal y picoteaba con los picos amarillos el suelo mojado y blando.

Ana Gomes y Luís Dias, de la GNR, observaron a Leander Lost intrigados, pero con la debida educación. Aun así, sin querer puso una cara como si con el intercambio Aviola-Lost, Fuseta hubiera hecho un mal negocio.

Debido a la mala posición del barco, el cuerpo del fallecido se había resbalado al rincón que formaban la cubierta y la pared de la embarcación. Estaba casi por completo bajo la sombra de un parasol verde y blanco. Luís y Ana se lo habían confiscado a tres turistas, según contaron, a los que el capitán De Avis había echado después de que Gomes cumpliera la orden de tomarles los datos personales. Por lo visto, los turistas eran una familia británica de apellido Henderson.

De Avis enseguida se apartó del caso porque la quilla del barco accidentado había caído al suelo, que significaba tierra firme, y eso correspondía a la GNR. Es decir: el *capitão* De Avis no tenía por qué seguir ocupándose de ello.

Carlos Esteves miraba un poco nervioso a Gomes y Dias.

—¿No nos olvidamos de alguien? —preguntó, tenso, como si riñera a unos niños.

—¿Olvidar? —repitió Dias mirando a su colega, que apoyaba su interpretación chapucera de policía inocente con un gesto de asombro.

—¿No acaba de estar Faria aquí? ¿Sí? —preguntó Carlos, impaciente.

Graciana lo superó en ansiedad.

—¿Ha fotografiado el cadáver, sí o no?

—Sí —admitió Dias.

—¿Y cómo sabía que acaba de llegar un cadáver a esta playa? —continuó Carlos—. ¿Tocándose un pie? ¿Por telepatía?

—¿La radio de la policía? —intervino Ana, y agradeció tanto esa ocurrencia salvadora que sonrió.

Carlos los miró a los dos unos segundos.

—Seguro que ha sido eso, Ana —dijo—. La radio de la policía, claro. No sea que al final alguno de los nuestros sea sospechoso de informar a Tobias Faria a cambio de una pequeña retribución.

—Eso sería mala idea —dijo Gomes.

—Sí, muy mala —la secundó Dias.

Carlos Esteves asintió y dio el tema por zanjado con un suspiro.

Graciana Rosado subió a bordo para inspeccionar el cadáver. Cuando notó una sombra encima, alzó la vista. Leander Lost se había apoyado en la barandilla y la miraba con atención.

—Los Henderson eran una pareja de Brighton con un niño pequeño —explicó Ana Gomes, que repasaba sus notas mientras Graciana, muy disciplinada, se ponía los guantes desechables y tomaba de nuevo el pulso, giraba la cabeza y observaba las heridas y el hematoma de alrededor, que se extendía de color violeta oscuro desde las entradas hasta la cuenca del ojo izquierdo.

—*O Olho* —dijo Leander Lost.

—Sí.

Graciana vació el contenido de los bolsillos del fallecido en una bolsa transparente que se guardó Leander.

—*Obrigada* —le agradeció.

—¿De quién es el barco? —preguntó Carlos Esteves mientras tanto a sus colegas.

Por lo visto, Ana Gomes ni siquiera había pensado aún en investigar quién era el propietario del barco. Por eso miró a Luís Dias como si quisiera decir: «Él tiene que saberlo, es el más veterano». Dias se encogió de hombros.

Carlos asintió. «Qué casualidad, no esperaba otra cosa», pensó.

Desde que conoció a Luís Dias, en la academia de policía, se quejaba de que ascendían a otros antes que a él. Pese a tener ya sesenta y dos años, era incapaz de llamar por iniciativa propia a la médica forense

al encontrar un cadáver. En cambio, se pasaba el día entero en el despacho, bajo el ventilador, apostando con su colega Gomes por cuántas moscas acabarían chamuscadas en el antimosquitos eléctrico, o dándose importancia ante los turistas desprevenidos. Lo ascenderían una vez. Justo antes de la jubilación. Como acto de piedad, para subirle la pensión en el último momento a un nivel que le garantizara una vejez aceptable.

Si fuera por él, Carlos no lo haría, aunque por lo general pusiera la ética por delante de la ley. Pero Graciana tenía un gran corazón y era sensible a esas cosas. Su sentido de la humanidad le exigiría permitir que Luís Dias accediera a esa ayuda económica que no merecía en términos objetivos. La propuesta de ascenso la solía hacer el jefe de la comisaría de la GNR correspondiente, pero como en Moncarapacho no había jefes, Graciana intercedería por él.

En cuanto a su relación jerárquica, la de Graciana y Carlos, ella lo trataba como a un igual (y así lo consideraba). Oficialmente, la capacidad de dirección y el mando le correspondían a ella en caso de duda. Y tal vez, como admitía a veces Carlos para sus adentros, su intercesión por Dias estaba bien: por lo menos desde que le habían prometido que volvería a Moncarapacho ya no contagiaba su actitud laxa hacia el trabajo a los aprendices de policía.

—¡Pues buscad al propietario! —exclamó Carlos—. Si no me equivoco, *O Olho* no tenía barca propia.

Luís Dias asintió mientras Ana Gomes se apuntaba la orden en una libretita.

—¿Y luego qué?

Carlos suspiró:

—Luego preguntáis cuándo alquiló el barco, adónde quería ir, cuándo salió. ¿Todo esto no es evidente?

—Claro —mintió Dias, y se fue con su colega a llamar a un taxi acuático.

Los dos habían desarrollado el olfato para notar cuándo la paciencia de Carlos estaba al límite. Como si tuvieran unos pequeños sensores que detectaran una tormenta inminente. Gomes y Dias ahuyentaron a las dos decenas de gaviotas del canal.

Cuando Carlos se volvió de nuevo hacia el cadáver, vio que el *alemão* inspeccionaba el bote.

—¿Aquí no hay un registro central de propietarios de embarcaciones? —preguntó el alemán.

—No… No de barcas de este tamaño —contestó Graciana.

—Pues ayudaría mucho.

Graciana y Carlos se tragaron la contestación, que no era un reproche, pero que aun así resonó en sus oídos.

—En Alemania nos ha dado buenos resultados. Por ejemplo, para

acabar con las redes de contrabando.

—Podríamos proponerlo aquí también —dijo Graciana.

—Hasta ahora nos las hemos arreglado —comentó Carlos con cierto tono de tensión en la voz.

—Sí, pero con un registro central podrían asignar enseguida el bote a un propietario —ahondó Leander Lost en su explicación—, y ahora sabrían de quién es la barca, subinspector Esteves.

Carlos dejó caer los brazos y se volvió hacia el alemán.

—Esto es una placa —dijo Lost, que había visto una plaquita metálica junto al timón—. Filipe Carvalho de Arroteia… Y un número de móvil, creo.

Graciana se plantó a su lado, asintió, miró a Carlos, que también asintió: Filipe Carvalho no era un desconocido. Vivía en un cobertizo junto a un restaurante de decoración espartana en la orilla de la laguna, el restaurante Ilhote.

En ese momento se acercó de nuevo el taxi acuático y Teresa dejó a otros tres pasajeros, dos hombres y una mujer, antes de llevar a Dias y Gomes de vuelta a Fuseta.

El hombre llevaba pantalón tejano desteñido y camisa con una chaqueta de uniforme y una sombrilla; el otro, más bajo, vestía de traje y parecía bien entrenado.

La mujer que los acompañaba se había recogido el pelo cano en una cola de caballo: era la *doutora* Oliveira. Leander Lost se interesó por ella cuando Graciana Rosado los presentó brevemente, la observó con un ápice de atenta curiosidad antes de que se pusiera a trabajar y a proceder a levantar el cadáver.

El acompañante de la sombrilla resultó ser el inspector Raul da Silva, superior directo de Graciana Rosado y Carlos Esteves. Parecía rondar los cuarenta y tantos. Dejó con educación la sombrilla y le estrechó la mano al alemán.

—Me alegro de que refuerce mi grupo durante un año —dijo en inglés—. Espero que aprendamos mucho el uno del otro. —Le dedicó al alemán una sonrisa afable.

—*Sim* —dijo Leander Lost—, *estou com muito curiosidade de saber as diferenças entre Alemanha e Portugal*.

Igual que sus subordinados, el inspector Da Silva quedó impresionado con los conocimientos lingüísticos de Lost, que acababa de hacerle saber que tenía ganas de conocer las diferencias entre Alemania y Portugal.

Su acompañante era más bajo y le dio un buen apretón de manos a Leander Lost. Llevaba el cabello oscuro limpio, la raya exacta y olía a recién afeitado.

—Soy Miguel Duarte —se presentó—, subinspector, como la *senhora* Graciana y el *senhor* Esteves.

—Encantado —contestó Leander.

Carlos lanzó una mirada de reproche a su colega.

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres hacerte cargo del caso?

—¿Es este? —comentó Duarte con una sonrisa de suficiencia.

—¿Tú qué crees?

—Calma, calma —dijo Da Silva, y levantó la palma de la mano para apaciguarlos—. Duarte está aquí porque iba conmigo en el coche por casualidad. —Y se volvió hacia Leander Lost con auténtica jovialidad —. En cuanto a las diferencias entre nuestros países, seguramente no serán tantas si nos fijamos bien.

—En todo caso, supongo que en su país debe de llover más —apuntó Miguel Duarte.

—Sí. En Hamburgo la media de precipitaciones es de 772,7 milímetros al año.

—Ya.

—En 129,4 días de lluvia. ¿Sabe cuántos días de lluvia tienen aquí?

—No —admitió Da Silva—, ¿unos treinta?

—Cincuenta y seis —informó Lost.

—Muy interesante —mintió Da Silva—, pero ahora tengo que ocuparme un momento del muerto, si me lo permite.

—Por supuesto.

Como se comprobó enseguida, *O Olho* había sufrido una fractura de cuello. En cambio, la herida entre los ojos y las entradas la había provocado un objeto romo.

—De madera, tal vez metal, pero no parece que tuviera los cantos muy afilados —dictó la forense Oliveira con una asombrosa voz grave al teléfono, para luego añadir dirigiéndose a Raul da Silva—: Podré decírselo con más precisión cuando lo vea con el microscopio.

Da Silva asintió:

—¿Ha sido un accidente o por influencia externa?

Graciana y Carlos ya se habían hecho esa pregunta en silencio.

—Esa nuca no se rompe así como así —añadió Raul da Silva.

—El *senhor* Conrad puede haberse dado un golpe en la cabeza, por ejemplo, con la frente en la cabina, y luego haber caído con tan mala suerte que se ha roto la segunda vértebra cervical. O a lo mejor ha resbalado, se ha caído en el escalón y se ha hecho las dos cosas a la vez.

—O alguien le ha asestado un golpe —comentó Duarte.

—Ya veremos —consoló Oliveira a todos—, en todo caso, aún no se puede liberar la barca. Pueden arrastrarla al puerto, pero hasta mañana a primera hora alguien tiene que vigilarla.

—¡Dias! —gritaron Graciana y Carlos a la vez.

# 3

El restaurante Ilhote, el Islote, estaba al final de un camino rural en una pequeña población costera llamada Arroteia, a menos de diez minutos en coche desde Fuseta, justo en la orilla de Ria Formosa.

Cuando Leander Lost bajó del coche, se quedó sin aliento ante las vistas. El paisaje de la laguna era espectacular, con su brillo verdoso y los centenares o quizá miles de aves que revoloteaban y caminaban a zancadas por las salinas. En medio había caminos llanos de arena por los que en ese momento no circulaba nadie.

—La Ria Formosa —aclaró Graciana Rosado, que siguió la mirada del *alemão*—, va desde Faro hasta casi la frontera española.

—Sesenta kilómetros —añadió Carlos Esteves, y esas dos palabras rezumaban orgullo.

En efecto, la zona era un espacio de reposo durante todo el año tanto para aves raras como conocidas. Además, allí el marisco se criaba como si nada; el mismo que, si era necesario, acababa esa misma noche o al mediodía siguiente en las ollas de las cocinas de los restaurantes del sur.

—Había leído sobre este sitio —contestó Leander Lost—, pero la fuerza de la realidad no tiene parangón.

Una bandada de más de treinta flamencos en estricta formación en uve aterrizó, como si quisiera confirmar sus palabras, y todas las aves redujeron la velocidad con pasitos rápidos hasta detenerse. A continuación, los animales de plumaje rosa formaron una cadena compacta y empezaron a tamizar el agua de la laguna con el pico, dispuestos a buscar comida.

—Son tan delicados —dijo Graciana con una sonrisa.

—Siempre me pregunto de dónde sacan las plumas rosas —reflexionó Carlos.

Aquella reflexión sacó a Leander Lost de sus cavilaciones y lanzó una mirada amable a su colega portugués.

—Los organismos de estas aves procesan el plancton del que se alimentan, y así se produce cantaxantina —lo ayudó a llenar ese vacío de saber—. Es un pigmento que determina el color de la piel y las plumas. Por eso los flamencos jóvenes son todavía grises.

Graciana, Carlos y Lander se habían sentado en una de las tres mesas bajo el colgadizo del Ilhote. El sobre, lacado y rojo, se sujetaba gracias al peso de un cenicero. El techo de plástico transparente lo

bañaba todo de amarillo: las paredes, las sillas de mimbre, las chapuceras baldosas de la acera, incluso el matamosquitos que de vez en cuando se encendía con un leve chisporroteo.

En la mesa de al lado había dos viejos pescadores con la piel curtida que tomaban la cerveza del mediodía. Pese al calor, uno llevaba gorra ancha con visera, mientras el otro se había metido el filtro de un cigarrillo en el hueco que había dejado un diente ausente y daba profundas caladas. Los dos tenían los ojos clavados en la pantalla de un pequeño televisor que, comparado con el resto del interior, parecía llegado del futuro, de una década más allá. Estaba colgado al lado de la nevera, donde dormitaban diversas bebidas y tipos de helado.

Seguían en silencio la repetición del partido de fútbol del sábado entre el FC Porto y el Benfica de Lisboa. También la camarera, una chica metida en carnes de veintitantos años, seguía el encuentro, aunque sirviera, lavara, cocinara o trasteara en la vieja caja. De vez en cuando echaba unas monedas en la tragaperras que había junto a la puerta del lavabo común. Si la máquina contestaba con una secuencia de tonos artificial, el viejo de la gorra la reñía, y la camarera no lo toleraba. Durante medio minuto se decían de todo, luego dejaban la discusión en una frágil tregua.

A nadie le preocupaba que la policía se hubiera presentado allí. Además, se tomaron con una indiferencia tolerante la compañía de un *estrangeiro* pálido capaz de complicarse la vida con un traje negro. Parecían de vuelta de todo.

—¿Pasa algo con mi barco? —preguntó Filipe Carvalho, inquieto, cuando Carlos Esteves le preguntó cuándo y cómo había prestado la decrépita barca a *O Olho*—. *Merda*, ha chocado con alguien, ¿no?

El propietario del Ilhote miraba inquieto a unos y a otros. Además de pasear las pupilas de izquierda a derecha, de Carlos a Graciana y vuelta a empezar, giraba la cabeza entera. Se sentó enfrente de ellos en la primera mesa, con los dedos y la camiseta negra y grasienta, porque estaba trasteando en las entrañas de un motor de barco cuando llegaron al Ilhote y preguntaron por él.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó Carvalho, y señaló con la cabeza a Leander Lost y su traje negro.

—Ah, no, este es el *senhor* Lost —aclaró Graciana—, es de Alemania y… estará de refuerzo con nosotros durante un año.

—Ah, el *alemão* que ha venido en lugar de Rui.

—Sí —dijo Leander, y miró al hombre con tanta insistencia que acabó atravesándolo con los ojos y desconcertando a Filipe Carvalho.

—¿Por qué me mira así?

—*Desculpe*, no era mi intención. Eh… En Alemania es señal de atención mirar al interlocutor mientras se escucha.

Su explicación no hizo más que ahondar en el asombro del otro.

—Pero usted no mira, usted clava los ojos.

—Estoy segura de que intentó ser amable —dijo Graciana sin pensarlo. Incluso a ella le sonó ajena su propia voz.

No creía ni una sílaba de lo que estaba diciendo. Esa mirada fija, el traje negro que no le molestaba en el pleno calor del mediodía, las clases sobre precipitaciones, la mímica de marioneta, todas esas piezas formaban la imagen de una persona que no estaba bien del todo de la cabeza. Pero ¿qué le pasaba?

Sin tener que intercambiar ni una sola palabra con Carlos sobre el tema, supo que su percepción era parecida. Si atribuían el carácter peculiar de Lost a su nacionalidad, era, en realidad, porque no se les ocurría nada mejor. Que fuera alemán no explicaba ninguna de aquellas rarezas. Salvo lo de dar lecciones, claro.

—¿Cuándo alquiló la barca *O Olho*? —preguntó Carlos.

—Hoy, temprano. Pero ¿qué ha pasado?

Carlos lanzó una breve mirada a Graciana, que le dio su aprobación con un gesto apenas perceptible.

—Está muerto.

Filipe Carvalho hizo una mueca que pretendía ser de horror, y cuando se dio cuenta de que no lo sentía, por lo menos procuró que fuera de lástima.

—¿Y mi barca? Quiero decir…

—Está bien —le interrumpió Gracia con un matiz de reproche—. ¿Adónde quería ir *O Olho*?

—No me lo ha dicho. ¿Ha sido un asesinato?

—Te lo diría si no te llamaran «el tablón de anuncios de Arroteia», Filipe.

—¡No me llaman así!

El enfado no era tanto por la idea como porque, al parecer, la policía ya estuviera al corriente.

—Claro que sí, y lo sabes —aseguró Graciana.

Leander notó que la portuguesa se helaba a su lado. Aún no se sentía del todo seguro con ella, pero era una fuente de calor. De vez en cuando, al posar su mirada en él, se sentía como si un rayo de sol le rozara la piel. No ocurría lo mismo cuando Filipe Carvalho lo estudiaba con la mirada.

—Seguramente haya sufrido un accidente. ¿Estaba solo cuando se ha ido?

—Sí.

—¿Quería ir a recoger a alguien?

—No lo sé.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

A Graciana y Carlos se les endureció el semblante.

—No sé —comentó Carlos con aparente ligereza—, pero imagino que, si fuera ahí detrás, a lo mejor detrás del coche para desguazar encontraría un invernadero. Con cánnabis.

Graciana escuchó sorprendida y observó con detenimiento a su colega para comprobar si era un farol o no. Filipe Carvalho sabía que no lo era.

—Si tengo que ir hasta allí con este calor, Filipe, me voy a poner de muy mal humor. No me hagas ir ahora para no tener que sacarte las palabras tirándote de la lengua.

No hizo falta más.

—Tranquilo, Carlos. No sabía que fuera tan importante. Bueno, me llamó ayer por la tarde. Me dijo que necesitaba la barca, la *Flor*. Llené el depósito, ha venido esta mañana, y se ha ido, como siempre.

—¿Como siempre? —preguntó Graciana.

—Bueno, necesita la *Flor* para su trabajo muchas veces.

—Para sus apestosos chanchullos —añadió Carlos con acritud.

Lost imaginó a un hombre sentado en la borda de una barca en alta mar, con la nariz hacia arriba y olfateando el aire.

—Para los terrenos de difícil acceso desde la calle. Y la gente que vive ahí —aclaró Filipe Carvalho dirigiéndose a Graciana.

La comisaria asintió.

—¿Y a qué terreno quería ir hoy?

Filipe Carvalho contestó encogiéndose de hombros y con una expresión en el rostro que pretendía decir que, como el hombre de negocios serio que le gustaría ser, jamás habría hecho una pregunta tan indiscreta a un cliente.

—*O Olho* era *O Olho* —repuso.

Era el resumen de todo lo que se podía decir sobre Markus Conrad.

# 4

—Entonces, alquiló la barca y se fue solo —resumió el subinspector Carlos Esteves en el trayecto de vuelta de Arroteia por la N 125—, luego se quedó varado con la *Flor* en la orilla del Este. Con una fractura en la nuca.

Tenían previsto llevar a su nuevo compañero e invitado a la casa que ocuparía durante su estancia de un año, como habían planeado en un principio.

—Suponiendo que no fuera un accidente —pensó en voz alta su colega Graciana Rosado—, solo hay dos opciones para la cronología de las heridas: o alguien le asestó un golpe tan fuerte que se cayó y se partió la nuca en la caída, o el asesino le rompió las cervicales y *O Olho* se hizo la herida de la frente *post mortem*, por así decirlo.

—En ambos casos tuvo que salir al mar porque había quedado —añadió Carlos—, tal vez deberíamos hablar con el *capitão* de Avis, aunque no le vaya bien.

La comisaria asintió. El detective se había ido solo de Arroteia, si daban credibilidad a la declaración del dueño del Ilhote. Ya fuera un homicidio involuntario o un asesinato, el autor había subido a la barca en mar abierto, para lo que se requería barca propia, o Markus Conrad lo había recogido en algún sitio de la costa. En ambas hipótesis era muy probable que Conrad conociera a su asesino.

Leander Lost no dedicó ni una palabra a la especulación. Cuando Graciana le preguntó por educación por su silencio, explicó que la cantidad de opciones se reduciría de golpe con los resultados de la *doutora* Oliveira, es decir, si la forense les comunicaba que la herida de la cabeza la había causado un objeto que no estaba a bordo de la *Flor*, quedaría descartado un accidente con toda certeza.

La radio, que sonaba floja a su lado, interrumpió el programa para informar de la muerte del *senhor* Markus Conrad, que había salido esa misma mañana en su barca por Fuseta.

—De momento la policía parte de la hipótesis de que se trata de un accidente. Seguiremos informando cuando haya novedades —prometió la locutora—. En todo caso, ese tramo de la playa volverá a quedar libre dentro de media hora.

Carlos apagó la radio.

—Faria —mascculló, y sacó el mentón por instinto en un gesto agresivo—, es increíble. Apuesto a que vendería su propia muerte.

Graciana agarró la radio policial.
—Ana, Luís, contestad.
Luís Dias tardó solo unos instantes en comunicarse. Graciana le dio instrucciones de acordonar y sellar el despacho y el piso donde trabajaba y vivía el fallecido.
—No puede ser —contestó, sinceramente divertido.
—¿Por? —preguntó Graciana Rosado, escueta.
—Porque nadie puede estar en dos sitios —respondió.
—A la vez. —Oyó que decía Ana Gomes a media voz.
—A la vez —se apresuró a añadir Luís Dias.
—La barca —dijo Carlos en voz baja para dejar claro a Graciana qué les hacía gracia a los dos empleados de la GNR—. Tienen que vigilar la barca.
Graciana Rosado sacudió un momento la cabeza ante tanta sandez inapropiada.
—¿Luís?
—¿Sí?
—La situación es la siguiente: hay una barca que vigilar y un piso que sellar. Dispones de dos empleados de la GNR, que no pueden estar en dos sitios a la vez. Por favor, soluciónalo para que se cumplan las dos tareas a la vez. *Obrigada*.
Dicho esto, interrumpió la conexión por radio y clavó la mirada al frente mientras conducía. Carlos supo, al ver los pómulos más definidos que de costumbre, que estaba apretando las mandíbulas.

Pasaron por un restaurante llamado Frango do Ria, donde los clientes comían pollo junto a las ventanas abiertas y miraban hacia la calle. Unos semáforos más allá, Graciana giró a la derecha por un camino rural, que a mano izquierda colindaba con un edificio blanco cubierto de polvo y con el techo plano, y a la derecha, con doce buzones que se amontonaban en filas de tres, además de un murete de rocas a la altura de las rodillas que protegía unos cactus de hojas grandes.
El coche patrulla siguió el camino rural donde cabía justo un vehículo, y en casi cada casa los recibía el ladrido de un perro. Las casas estaban muy espaciadas, y prácticamente todas eran construcciones bajas y blancas. Delante había sillas y mesas de plástico con manteles del mismo material. Los patios eran un revoltijo de distintos adoquines, entradas y ventanas, pero todos enmarcados con esmero por una franja de colores de un palmo de ancho.
A Leander le pareció desordenada la imagen de las pequeñas construcciones, con campos secos en medio salpicados de olivos solitarios. Pese a que le resultaba ilógico y tampoco le encontraba una explicación sensata, una sensación cálida que no sabía describir se

apoderó de él.

Parecía que el tiempo se hubiera detenido allí también, igual que en Fuseta, recordó. El paisaje y las casas eran como de treinta o cuarenta años atrás. El ser humano solo había intervenido en pequeñas zonas. La mayoría seguía intacta.

Pasados unos centenares de metros dejaron de verse las casas a izquierda y derecha, solo aparecían algunas aisladas. El coche patrulla levantaba un rastro de polvo considerable.

—¿Por qué no confiscamos el cánnabis del *senhor* Carvalho?

—Porque en Portugal está permitido cultivar drogas para consumo propio —contestó Carlos Esteves a la pregunta del alemán.

—Lo sé —repuso Leander Lost—, pero ¿la cantidad de un invernadero no supera el cultivo para consumo propio?

—Por mucho —admitió Carlos. Se dio la vuelta y miró el rostro casi sin arrugas y luminoso de su nuevo compañero—. Pero el numerito queda entre nosotros, ¿entendido?

—¿Entre nosotros tres?

—Ya nos entendemos, *senhor* Lost.

Graciana Rosado paró el coche delante de una entrada blanca. Carlos bajó y abrió. La comisaria continuó por un sendero de arena aún más estrecho que giraba con brusquedad a la izquierda pasados solo veinte metros y terminaba en una plaza de arena que permitía una maniobra muy ajustada.

Graciana aparcó el coche patrulla a la sombra de un pequeño edificio y un algarrobo. A la derecha, un camino adoquinado conducía, pasando por plantas rastreras verdes, helechos y flores, hasta una casa algo más grande que contaba con una terraza y un tejado a dos aguas.

—Esta es Villa Elias —anunció Graciana—, en realidad es una casa de vacaciones. Será su hogar durante un año.

Leander los miró a la cara, sonreían en un gesto de amabilidad. A él también le pareció bien la propiedad. Bonita. Por eso les devolvió la sonrisa. A fin de cuentas, eso hacían las personas. Le suponía un esfuerzo, pero formaba parte de los «buenos modales».

Los modales eran algo tan accesible para Leander Lost como el Espíritu Santo. No eran nada lógicos. Solo existían para que todos los implicados se sintieran bien. Uno debía esforzarse incluso aunque no tuviera ganas, algo que no facilitaba las cosas a Leander. Si la propiedad le hubiera parecido inadecuada o fea, los buenos modales exigían disimular esa opinión personal con una sonrisa, es decir, fingir con la mímica para no perturbar el bienestar de otros.

Por si no fuera ya bastante complicado, encima esa mentira gestual se ejecutaba aunque el interlocutor supiera la verdad, lo que para Leander carecía de sentido. Las dos personas invertían un tiempo

irrecuperable en mentirse mutuamente, y para ocultarlo, aunque ambas fueran conscientes, sonreían. Al final, para Lost las buenas formas eran un laberinto lleno de dobles fondos y trampas traicioneras donde no se sentía a gusto.

Le enseñaron la casa, cuyo mobiliario se limitaba a lo imprescindible.

Entraron en un salón con el suelo de baldosas de color marrón arenoso, un revoque tosco y techo de madera, equipado con un sofá, una cómoda y una mesa. A la izquierda colindaba con un dormitorio donde el propietario había encajado una cama de matrimonio con mucho esfuerzo, con una mosquitera colgando.

La segunda puerta unía el salón y la cocina. Con los pesados cajones de madera y las enormes encimeras macizas de piedra, tenía un aire rústico y voluminoso. En un estante estrecho había hierbas, aceites, vinos y una radio. La cocina era de gas, lo que llamó la atención de Leander.

Carlos le enseñó dónde estaba la bombona del gas, al lado había otra de recambio. Salieron por un pasaje al baño.

En todas las ventanas y puertas exteriores había mallas antimosquitos.

—¿Quiere que le enseñemos el jardín? —preguntó Graciana.

Leander negó con la cabeza con suavidad:

—Me gustaría descubrirlo yo.

—Por supuesto —dijo ella, y miró a su colega—. Entonces podemos irnos.

Dejaron sus números de teléfono y quedaron en pasar a recogerlo después de la pausa del mediodía, cuando el sol hubiera llegado al cenit y ya no quemara tanto en la piel.

—Le daremos un arma de servicio —le comunicó Graciana a su compañero alemán.

—No hace falta, llevo la mía —contestó Lost, que se apartó la chaqueta en el lado izquierdo. Llevaba una funda detrás, en el cinturón.

—¿Puedo verla? —preguntó Carlos.

—Claro.

El *alemão* sacó la pistola de la funda, deslizó el cartucho, estiró el cañón, lo que hizo saltar una bala que atrapó por casualidad, y se la dio al subinspector Esteves.

—Es una Walther P 99Q.

Carlos la sostuvo con genuino interés, la giró un momento y luego apuntó a un cactus con la P 99Q.

—¿Te han dicho algo en la aduana?

—No. La declaré en Hamburgo como arma de servicio.

Carlos Esteves asintió y bajó el brazo con el que disparaba. Luego paró y observo el mango.

—El mango está mal.

El comisario de Hamburgo sacudió la cabeza y le quitó la Walther P 99Q a Carlos.

—Soy zurdo —aclaró—, el mango está montado para zurdos. Por eso parece que está mal.

Carlos asintió. Sacó la suya y se la enseñó al nuevo.

—Aquí solemos tener la Glock 19. Y la Glock 16 para las *senhoras*, que es un poco más manejable.

—Le ha gustado —aseguró Graciana cuando se fueron.

—Sí, ha sonreído con su rostro terso —confirmó Carlos antes de irse.

Lost aún pudo ubicarlos durante más de cuatrocientos metros gracias a la nube de polvo que levantaban al pasar por el camino de tierra.

Había llegado el momento de que Leander inspeccionara la casa. Paso a paso. Le resultaba tan ajena como el país, y eso lo angustiaba y le creaba inseguridad. Le dieron ganas de tomar el siguiente vuelo de vuelta a Hamburgo, regresar a terreno conocido, donde su vida seguía una estructura. Un orden. Donde había unas costumbres que se habían convertido en sus mejores amigas. Eran sus aliadas, las que le proporcionaban seguridad y un sostén.

En ese momento tenía que dejarlas atrás, no le servían de ayuda ni apoyo.

Sin embargo, iba preparado. Del equipaje de mano, al que no le había quitado el ojo en todo el tiempo, sacó una vieja gamuza que ya tenía dos apolilladuras en los bordes.

¿Cuántos años debía de tener? Leander solo se hacía una idea aproximada. Creía haberla desplegado y doblado infinidad de veces, como en aquel momento. Con disciplina y suavidad a la vez. Igual que los adoquines se volvían lisos y suaves bajo el ajetreo de un siglo de viandantes, la piel también se sentía suave y agradable entre los dedos.

Aparecieron unas figuritas de esteatita, cada una era una delicada pieza de artesanía tallada con una hoja afilada. Las extremidades, las garras, los ojos, las articulaciones, las orejas y las manos.

Los siete vigilantes.

Así los había llamado el señor Winterberg, el de las gafas bifocales y perilla. Siempre miraba con cierta tristeza. Por lo menos eso decían los demás en el hospicio. Leander era incapaz de leer el estado de ánimo del señor Winterberg en sus ojos, por mucho que se concentrara en las

pupilas del hombre.

—Así los llamaba tu madre —le contó el señor Winterberg en su despacho de dirección, con dos imponentes tilos delante y donde siempre olía un poco a piel vieja. Aquello pasó unos días después de que Leander cumpliera catorce años.

Recordaba con todo detalle ese momento. La gamuza que Winterberg dejó sobre el escritorio, y el cuidado con el que destapó las figuras, siete en total.

—En realidad ella quería dártelas cuando fueras mayor de edad y… te fueras de nuestra casa. Pero… —El señor Winterberg hizo una pausa, desvió la mirada hacia el reloj de la pared y se volvió de nuevo hacia Leander—. Son tuyas. Es lo único que pudieron salvar del coche.

Habían pasado diez años del accidente. Leander apenas conservaba recuerdos de su madre que no fueran sospechosos de ser un espejismo de su mente o su añoranza. Solo sabía que era suave y cálida. Eso, seguro. Y a su padre no lo conoció. Nadie lo conocía, tampoco el señor Winterberg. Por lo menos eso decía.

—¿Leander?

—¿Sí?

Estaba absorto observando las figuras. Notó la mirada de Winterberg clavada en él, sin poder interpretarla. Sin embargo, como no había arrugas en la frente y las comisuras de los labios estaban un poco subidas, Leander interpretó que la mirada del director del orfanato era benevolente.

—Tienes que irte de aquí. En cuanto puedas irte, vete. No van a… parar de hacerte daño los demás niños, ¿entiendes?

—Sí —fue la respuesta automática de Leander.

Allí descubrió su recurso secreto. Cuando le pegaban, contaba esquinas. Eso lo ayudaba.

El señor Winterberg asintió y señaló las figuras.

—Alguien se las regaló a tu madre. Son siete vigilantes. Estés donde estés, puedes colocarlas cerca, para que te protejan. Yo… no sé si funciona, pero…

Zanjó el asunto con un gesto suave. Luego volvió a envolver la gamuza y se la dio.

Antes de salir del despacho, Leander recordó la pregunta. Se dio la vuelta en la puerta hacia el señor Winterberg.

—Si ella no me las quería dar hasta dentro de cuatro años, ¿por qué me las da hoy?

—Porque estoy muy enfermo, Leander.

De vuelta en su habitación, que compartía otros tres chicos, examinó con detenimiento las figuras. Una pantera, un enano, una flor, una mujer con sombrilla, un rayo, un anillo y un ojo.

Distribuyó la pantera, la flor, el enano y la mujer de la sombrilla por el salón y la cocina de Villa Elias.

Cuatro vigilantes.

El rayo y el ojo los dejaba siempre donde dormía. El ojo, en el antepecho de la ventana y el rayo, en la mesita de noche.

El vigilante más grande, el anillo, lo llevaba siempre colgado del cuello de un fino cordón de piel.

Una vez repartidos los vigilantes, Leander se sintió a gusto, no como un extraño. Con el séptimo vigilante al cuello, se atrevió a hacer una incursión alrededor de la casa. El suelo estaba casi todo cubierto con mantillo, unos estrechos caminos de adoquines serpenteaban entre la maleza de árboles, arbustos y cactus. Por uno de los caminos llegó a una piscina, que enseguida midió con pasos: doce por cuatro metros.

Desde el sur se veían las casas de Fuseta, un enjambre de construcciones blancas y tejados rojos, con el mar detrás.

Leander se había percatado de los comentarios de los portugueses sobre su ropa, y eso que lo último que quería era llamar la atención, nunca y en ningún sitio. Sin embargo, el equipaje no ayudaba: llevaba tres trajes idénticos, siete camisas blancas, dos corbatas más iguales y tres pares de zapatos.

Si le quedaba bien algo con lo que no destacaba entre la masa (traje, camisa, corbata), no le veía sentido a adquirir esas prendas en variaciones, como en distintas formas o colores, ya que le habría consumido un tiempo innecesario.

—El negro te sienta bien, Leander —le dijo la mujer de la funeraria Müllerschon & Thurn en la ceremonia en honor al señor Winterberg. Y Leander Lost la creyó. Por eso desde los dieciséis años llevaba trajes negros y camisas blancas.

Sin embargo, lo que en Hamburgo lo difuminaba, o eso creía él, y le permitía fundirse con la masa, allí suscitaba justo lo que quería evitar: atención.

Cuando volvió al salón, apareció de la nada una chica joven con una falda ancha de color beige y una camisa blanca.

Se quedaron mirando. La mujer dejó caer una hoja del susto, y Leander fue el primero en recobrar la compostura. Se agachó, recogió el papel y se lo dio.

—Soy Leander Lost, de Alemania —se presentó.

Ella se llamaba Soraia Rosado y no lo esperaba. Su hermana Graciana le había pedido que pusiera a punto Villa Elias para el *alemão*, así que en la puerta de entrada abierta había unos cuantos utensilios de limpieza.

Después de asegurarle tres veces que todo estaba bien y ella le contradijera con amabilidad, Leander decidió rendirse. Tal vez fuera otra de esas normas de buenos modales, y era mejor ceder para no

infringir una regla no escrita.

Soraia era muy bajita y flaca. Como si fuera la versión más joven y de extremidades finas de su hermana Graciana, pero con el pelo suelto.

Aparte de eso, los ojos grandes le recordaban a uno de los protagonistas de cierta película que tiempo atrás hizo feliz a todos los niños y que Leander tenía grabada en la memoria como una historia completamente fuera de lugar sobre el accidente de un extraterrestre en la Tierra. Un gnomo de ojos enormes, piel arrugada y un dedo que se iluminaba intentaba llamar a su planeta de origen con un teléfono terrícola: ¿cómo una especie iba a dominar la navegación espacial interestelar y al mismo tiempo ser tan limitada intelectualmente? ¿Acaso había un cable telefónico que llegara a su planeta a años luz de distancia? ¿Cómo funcionaba? Solo por eso la película no tenía ningún sentido, Leander se murió de aburrimiento al lado de las chicas que lloraban mientras contaba las inverosimilitudes de la película. Su número era mayor que el de esquinas en el cine.

Además de los ojos grandes, Soraia tenía pecas, pero sobre todo una cosa: hoyuelos. Leander sentía una debilidad irracional por los hoyuelos.

Como aún tenía que comprar y no quería incomodarla mirando (como con el dueño del cánnabis de Arroteia que alquilaba barcas a detectives privados), le ofreció acompañarla. En el coche tendría ocasión de observar los hoyuelos.

Leander Lost vio que dudaba, sus mejillas adquirieron un tono rojizo, luego asintió.

Soraia Rosado había tenido que empujar el asiento del conductor del Peugeot decrépito hacia delante del todo para llegar con los pies al acelerador, el freno y el embrague. Eso no le impedía infringir todas las reglas de tráfico que podían aplicarse entre Villa Elias y el supermercado más cercano. En un tramo de 3,2 kilómetros bastante exactos (había mirado el contador de velocidad) había cometido catorce infracciones de tráfico.

—¿Cuánto hace que estudia portugués? —preguntó Soraia con interés.

—Unas semanas.

—*Está a brincar comigo*.

—¿Perdone?

—Eh, nada. Es… una expresión que se utiliza cuando uno cree que le están gastando una broma.

—Ah, ya.

—¿Ya conoce nuestro plato nacional, la *carne de porco à Alentejana*?

Carne de cerdo con almejas. Al estilo del Alentejo.

—No. Las almejas son filtros.

—¿Filtros?

—Sí. Filtran el agua del mar. Por eso no hay que comerlas muy a menudo. Salvo que te gusten los pesticidas y el plomo.

Soraia miró de reojo al pálido alemán para comprobar si el comentario era fruto de su debilidad por el humor británico.

No lo era.

Soraia no pudo evitar sonreír. Le fascinaba la gente que se salía tanto de la norma como el *alemão*. Descartando a los que presumían de su singularidad como si fuera una condecoración solo para despertar un poco de atención e interés. A ella le atraían los que solo se diferenciaban de forma sutil. Por ejemplo, con un traje negro en pleno verano. O por la peculiaridad de estropear la idea de una deliciosa ración de *carne de porco à Alentejana* con un comentario seco sobre la contaminación en las almejas.

De pronto casi se le había pasado el apetito también a ella.

Cuando Soraia sacó uno de los carritos de la compra un poco abollados de la fila y entró con él en el supermercado, Lost puso cara de sorpresa.

—¿En qué está pensando? —preguntó la hermana pequeña de Graciana.

—En por qué los carritos no están asegurados con cadenas. ¿No los roban?

—Sí, a veces sí. Pero, con franqueza, ¿qué perturbado roba un carrito de la compra? Es que aquí hay pocos perturbados.

—Entiendo. Pocos perturbados.

Soraia agarró su bolso, una bolsa con flecos a los que Leander no veía sentido porque no parecían cumplir ninguna función.

—¡*Merda*!

Lost miró al suelo al oír el aviso para evitar pisarla.

—Me he dejado la lista de la compra en Villa Elias después de que la recogiera usted. Si no la llevo encima… —No terminó la frase.

—Dos limones, ajo, pepinillos, cebollas, cuatro, aceitunas rellenas de anchoa, 350 gramos de carne de cerdo y medio kilo de *amêijoas*, ¿eso son almejas?

—Sí —contestó Soraia. Miró a Leander muy concentrada—. ¿Y qué más?

—Paté de sardina, tres tomates de ensalada, cilantro, *mozzarella*, albahaca, Casal Garcia, ¿qué es eso?

—Un *vinho verde*. Tiene burbujas, es muy joven. Es refrescante. Y… ¿sabe qué más?

—Sí —respondió Leander sin más, e interpretó correctamente la pregunta como una invitación a terminar la lista—: *Queijo,* agua, leche, harina, zanahorias, pan, una cinta de pelo negro, laca de uñas y tres Sagres. ¿Sagres no es un sitio?

—Sí —contestó Soraia, que aún se debatía entre la perplejidad y la fascinación que se apoderaban de ella con cada palabra que añadía Leander a la lista que tenía en la cabeza—. Sí, es un sitio muy al Oeste, al final del Algarve. Bueno…, si puede repetírmelo más despacio, podemos ponerlo todo en el carro.

—Bien.

Ella lo observó un momento por detrás mientras entraba en los primeros pasillos. No, no entraba: los recorría de forma sistemática. Como si fuera un tablero de ajedrez.

Un cuarto de hora después, se dirigieron a la caja.

Por algún motivo inexplicable, Leander Lost había tomado de un estante de ropa barata una camisa de color azul claro y unos pantalones cortos de color caqui. Soraia intuía que eso no encajaba de manera homogénea con sus otras «divergencias», como sí ocurría con el traje negro y su peculiar conducta, pero seguía sin comprender el motivo de aquella compra.

Antes de llegar a la cinta de la caja, añadió unas alpargatas negras.

Justo la ropa que llevaba hoy Carlos Esteves.

—¿Sabe que tiene *covinhas*?

—Sí, hoyuelos. ¿En Alemania no les gustan?

—No le puedo decir, son ochenta millones de individuos.

—¿A usted no le gustan?

—Sí, los hoyuelos son geniales.

# 5

Cuando Soraia y Leander llegaron a Villa Elias, los estaba esperando el subinspector Miguel Duarte, compañero de Graciana Rosado y Carlos Esteves. Estaba junto a la piscina fumando un cigarrillo, con una mano relajada en los pantalones de traje, hasta que los vio y sin querer se puso tenso.

—*Boa tarde, Soraia. Como está*? —preguntó Duarte a la hermana de su compañera por puro formalismo.

—*Bem, obrigada* —contestó ella, y Leander se fijó en que ya no sonreía como antes en el coche. De alguna manera fallaban los buenos modales.

Ella desapareció en la casita de invitados de Villa Elias, que, además de una azotea de aires moriscos, solo tenía una habitación con una cama y un baño.

—*Senhor* Lost, pensaba que encontraría aquí a los colegas Rosado y Esteves.

—Vendrán a las dos. Dentro de siete minutos y medio.

Duarte asintió y apagó el cigarrillo en la entrada arenosa. Luego miró a Leander a los ojos, que respondió clavando una mirada amable justo en medio de los suyos.

—Han estado hoy en Arroteia, con el dueño de la *Flor*.

—Sí.

—Sí, y yo ya había estado antes. Y me ha llamado la atención un pequeño invernadero que hay detrás de un coche destrozado. ¿Sabe qué hay dentro?

—Sí.

Duarte miró sorprendido al alemán.

—¿Sabe…, eh…, lo del cultivo ilegal de cánnabis?

Leander asintió.

—No me extraña que el *senhor* Carvalho haga caja con eso, es un pésimo cocinero. Pero lo que más me interesa del asunto del cánnabis es si se lo ha mencionado a la subinspectora Rosado o a Esteves.

—Sí. Cuando veníamos hacia aquí.

Miguel puso cara de haber encontrado por casualidad un filón de oro. El entusiasmo y las dudas ante su suerte dieron lugar a un breve dilema gestual.

—Y… ¿qué ha dicho la *senhora* Graciana?

Leander Lost primero tenía que acostumbrarse a que después del

*senhor* venía el apellido para los hombres, mientras que con el *senhora* se usaba el nombre para las mujeres. Salvo que el título fuera por delante, como en el caso de la *doutora* Oliveira. O la subinspectora Rosado.

—Ha contestado el *senhor* Esteves.

La dimensión que esperaba del filón de oro se redujo un poco.

—Ya. ¿Y sabía lo del cánnabis?

—Sí.

Duarte tragó saliva de la emoción.

—¿Lo ha reconocido?

—Sí.

—¿Y ha dicho algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Que tenía que quedar entre nosotros.

Miguel Duarte estuvo a punto de darle un apretón de manos al *alemão* solo para hacerle partícipe de su alegría.

—«Entre nosotros» significa usted, el *senhor* Esteves y… ¿también la subinspectora Rosado?

—Correcto.

La sonrisa de Duarte se amplió de oreja a oreja. En ese caso era cierto lo que se decía de los alemanes: precisos, puntuales y correctos. Y además podían ser algo chivatos.

—¿Puedo hacerle algún favor? ¿Recomendarle una buena tienda de ropa de caballero? ¿Algo así?

—No, gracias.

Miguel Duarte asintió.

—Entonces tengo que irme. *Adeus*.

Graciana Rosado se llevó las manos a la cabeza cuando se encontró a su hermana en la casa de invitados.

—Lo siento, se me olvidó por completo decirte que ha llegado esta mañana. ¿Ya os habéis conocido?

Soraia asintió.

—Hasta hemos ido juntos a comprar.

Lo dijo con una sonrisa que Graciana conocía muy bien.

—¿Soraia?

—¿Sí?

—¿Debería preocuparme?

Entonces se acercó Carlos Esteves desde el coche, aún con un trozo de pizza en la mano, y de pronto Soraia lo entendió todo.

Antes de que pudiera decir nada, apareció Leander Lost en la terraza delante de la casa principal. Con su camisa nueva, los

pantalones cortos y las alpargatas, lo mismo que llevaba Carlos.

Este se lo quedó mirando mientras Leander le dedicaba una sonrisa estudiada.

—¿Me está tomando el pelo?

—No sé si podría hacerle nada en el pelo.

Algo provocó un hormigueo ligero como una pluma en el estómago de Soraia, que se intensificó al intentar reprimirlo, fue en aumento y volvió a crecer hasta que ya nada pudo retener el cosquilleo y se le escapó la carcajada. Tan fuerte que tuvo que sujetarse en la pared con una mano.

Solo la educación y el respeto hacia su colega impidieron en ese momento que Graciana se sumara a la carcajada de su hermana. Entonces le sonó el móvil y, cuando leyó el nombre de Oliveira en la pantalla, recuperó la seriedad.

—Soy la *doutora* Oliveira —dijo la forense con su voz grave, que nunca parecía perder la calma—. Según los rastros en los tejidos, y teniendo en cuenta mis años de experiencia como forense, el *senhor* Conrad murió por causa externa. Hacia las nueve de esta mañana.

# 6

Su destino era Luz de Tavira, un lugar situado junto a la carretera nacional N 125 en dirección a España. Dieron un pequeño rodeo por Fuseta porque el inspector Raul da Silva estaba cerca y quería hablar sin falta con ellos.

El cálido viento circulaba por el SUV Volvo con el que Graciana pasó a toda pastilla por la estación de tren de Fuseta. Era un edificio aislado en el que, como en el resto de la población, el tiempo parecía haberse detenido. La Linha do Algarve era un tramo de ferrocarril que unía todas las poblaciones costeras desde la frontera española al este hasta Lagos en el oeste. Los trenes metálicos plateados que recorrían el tramo de una sola vía parecían salidos de rutas solitarias del Nueva York de los años setenta. No era un medio de transporte para gente con prisas. Sin embargo, los que quisieran sumergirse en el paisaje o escuchar el paso del tiempo hallaban el lugar perfecto en el asiento junto a la ventana abierta de un compartimento de la Linha do Algarve.

—*O Olho* tenía el despacho en Luz de Tavira —explicó Carlos al *alemão*.

—Llevaba más de diez años allí abajo —añadió Graciana mientras observaba a Leander por el retrovisor para entender qué le había visto Soraia.

Sus nuevos compañeros explicaron a Leander el trasfondo de Markus Conrad: emigró con su mujer Gabi hacia 2005 al Algarve, y abrieron un bar en Olhão que al principio fue bien.

Luego llegó el invierno. Llegó en octubre y siguió hasta finales de marzo. En esa etapa de sequía gastronómica, los portugueses salían poco, salvo en ciudades grandes como Faro, Oporto y Lisboa. Muy pronto comprobaron que los costes de arrendamiento, luz, comida, almacén y personal no se cubrían con media docena de clientes cada tarde. Lo más sensato era cerrar el local y vivir durante el invierno del dinero ganado en verano.

La historia de los Conrad tomó el rumbo ya conocido: el matrimonio nunca había tenido cargas serias en Alemania y no aguantaron las primeras reales en la costa del Algarve. Hubo un divorcio, en el que lucharon hasta por el último recipiente de cepillos de dientes con todos los recursos jurídicos a su alcance, y también con los de otro tipo.

Gabi regresó a Alemania, Markus Conrad decidió quedarse en Luz de Tavira, donde pudo alquilar baratas dos habitaciones en una planta de oficinas, y fundar una agencia de detectives privados: Ciclopes.

Conrad tenía la misma idea del trabajo de detective privado que un saltamontes de mecánica cuántica, pero cuando fue al grano tras el divorcio de Gabi y quiso ponerle un detective privado para poder acusarla de todo tipo de cosas, comprobó que la agencia más cercana estaba en Lisboa. Había dado con un enorme vacío en el mercado.

Ebrio de felicidad, Conrad entró en el departamento correspondiente y registró su empresa para que no se le escapara la riqueza que le caería encima de forma ineludible.

Sin embargo, los portugueses casi siempre arreglaban los asuntos por su cuenta (contratar a un detective privado les habría parecido una exageración dramática) y, aunque llegaran a encargar algo a un detective, nunca sería a un *estrangeiro*.

Aun así, con los años logró generar un pequeño beneficio y se especializó, gracias a un teleobjetivo de 400 mm muy luminoso, en captar imágenes de prueba comprometedoras para cónyuges celosos.

Si se cometía adulterio en una de las elegantes mansiones de la costa o en un yate donde la parejita se sentía a salvo en mar abierto, Conrad los tenía a la vista proverbialmente desde la *Flor*.

En lugar de en un coche, había invertido en una Vespa, para que tampoco estuvieran a salvo de él en senderos apartados o callejones estrechos. Las malas lenguas decían que se la había comprado gracias a la destrucción de cinco matrimonios.

—Creo que eran más —comentó Carlos con aspereza, y se encendió un cigarrillo de liar.

En pocas palabras: *O Olho* no gozaba de la mejor reputación en el Algarve, aunque por lo visto le importaba bastante poco.

—Entonces hay varias personas con un móvil —concluyó Leander Lost.

—Unos cuantos, sí —añadió Carlos.

—¿Eso es sal? —preguntó Leander cuando pasaron por una curva tras la cual apareció de pronto una explanada de tierra frente a la costa, plagada de charcos de agua rectangulares, cada uno limitado por unos finos senderos en los que de vez en cuando se erguía una pared blanca igual de rectangular de cuatro, cinco o seis metros de alto.

Unos hombres calzados con botas de goma altas, con el torso desnudo bronceado, sacaban a paladas el material blanco y lo depositaban en la plataforma de cinco toneladas.

De pronto, la mirada de Carlos se suavizó, y se le dibujó una sonrisa casi melancólica en el rostro.

—Sí, son salinas. Mi abuelo ya extraía sal marina de aquí. Mi padre

también. —La expresión se redujo a una media sonrisa—. Es un trabajo bastante duro. Con las cuencas salinas y todo el proceso de depuración natural. Pero… al final se obtiene sal marina pura. Sin químicos, ni aditivos, sin refinar.

Pasada otra curva vieron al inspector Da Silva. Estaba junto a su coche, un todoterreno que había aparcado en un camino que conducía a las salinas. Tenía los brazos en jarras, y a distancia se distinguían las arrugas en la frente.

Enfrente estaba Miguel Duarte.

—¿Qué hace otra vez aquí ese pavo real? ¿Quiere el caso por la cara? —preguntó Carlos, malhumorado.

Mientras Leandro buscaba con la vista al animal, al que por supuesto no vio, Graciana sacudió despacio la cabeza.

—No creo. Un *alemão* muerto. Detective privado. No es lo que le va.

—Pero ahora es un asesinato.

Graciana movió un poco la cabeza.

—Cierto.

Miguel Duarte no encajaba del todo allí. Era del país vecino, cuyos habitantes poblaban las playas del este del Algarve los fines de semana.

Portugal solo tenía un país vecino, que lo consideraba un hermano fracasado. Era doloroso para los portugueses porque algo de verdad había. A fin de cuentas, habían sido una potencia mundial con colonias en Sudamérica, la India y África. En la actualidad recibían ayudas estructurales de Bruselas.

Duarte era español de nacimiento. El hecho de que sus padres se mudaran a Faro cuando solo tenía siete años no impedía que lo consideraran de los otros. Siempre hablaba muy alto, se quitaba pelusas del traje, se retocaba la raya cuando tenía ocasión e incluso se ponía crema en los labios. Para él, un catarro cualquiera se convertía enseguida en una gripe mortal, alardeaba de su arte para el baile (con razón, según admitía Graciana para desesperación de Carlos) y se consideraba irresistible.

Cuando Graciana detuvo el Volvo, los tres cruzaron el camino polvoriento. Fue justo en el momento en que Duarte se despedía de su superior Raul da Silva con un gesto de la cabeza y se dirigía a su coche.

—*Olá*.

Da Silva asintió y esperó un poco a que se fuera Duarte mientras se limpiaba las gafas. Le llamó la atención que el *alemão* luciera la misma ropa informal que el subinspector Esteves.

—*Senhor* Lost, ¿le importa apartarse unos metros? Tengo que comentar un asunto interno.

Leander Lost lo entendió y se alejó.

Da Silva puso a Graciana Rosado y Carlos Esteves en el punto de mira.

—Se va a abrir un expediente disciplinario porque no habéis destapado el pequeño cultivo de cánnabis de Carvalho —les comunicó.

—¿Cultiva cánnabis? —preguntó Carlos fingiendo sorpresa.

Da Silva le dijo con la mirada que no estaba de humor para esos jueguecitos.

—El *senhor* Lost le ha confirmado a Duarte que lo sabéis y no habéis hecho nada. Bueno, Duarte lo ha expresado de otra manera. Lo ha llamado «fraude criminal en el departamento».

Graciana y Carlos desviaron la mirada sin querer hacia su nuevo compañero, que se tapaba los ojos con la mano para ver bien las salinas pese a la luz cegadora.

—¿Él se lo ha dicho a Duarte? —preguntó Graciana, incrédula.

Da Silva asintió.

—¿Entonces es cierto?

—Sí —admitió Graciana.

Da Silva sacudió la cabeza y miró al suelo, para luego suspirar.

—Fui yo —intervino Carlos.

—No estaba seguro de si la tontería era demasiado grande para una sola persona —continuó su superior—, ¿en qué estabais pensando? ¿O es que ni siquiera pensabais?

—Filipe Carvalho tiene contactos con delincuentes de poca monta. Gracias a sus indicaciones resolvimos los robos en Alfandanga. Sin él no habríamos podido —repuso Graciana—, y si le hubiéramos confiscado el cánnabis…

—Eso ya lo sé, Rosado —la interrumpió Raul da Silva, enervado, que también hacía la vista gorda de vez en cuando en delitos menores para no asustar demasiado a la red de fuentes de información no oficiales—, pero ha sido una imprudencia hacerlo delante de las narices del nuevo compañero.

Miró a Leander Lost, que notó la mirada de los tres y les sonrió. Por aquello de los buenos modales.

—Qué cuajo tiene —exclamó Carlos y echó a andar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Graciana, y le puso una mano en el antebrazo para retenerlo.

—Voy a decirle que ya puede buscarse otro equipo.

—Déjalo.

Lo dijo con calma, casi con suavidad, pero era una orden.

Da Silva asintió para respaldarla:

—Sigue asignado a vuestro equipo, os guste o no. Por la Europol, lo de intercambiar a los mejores y todo eso, ya sabéis. Si os negáis a trabajar con él, se acaba su programa de intercambio. Vuelve a Hamburgo, y nos quedamos con un montón de papeleo. Además, nos

preguntarían por qué nos deshacemos de un compañero que ha denunciado obstrucción por parte de dos subinspectores. Y entonces vuestro problema será el mío. Y puede que pronto Duarte sea vuestro nuevo jefe.

Graciana hizo un gesto hacia su colega, porque el resultado de ese razonamiento la impulsó a ponerle una mano en el antebrazo, que en ese momento retiró.

Aun así, Carlos tenía ganas de ir y zarandear a Leander y su ropa nueva, y apretó las mandíbulas. Lo que más le indignaba era que el *alemão* contemplara tan tranquilo los campos de sal, como si no pasara nada.

—Veré lo que puedo hacer para restar importancia a la denuncia. En cuanto a la cantidad de cánnabis, es demasiado tarde. Duarte ha ido a ver a Carvalho con la GNR y lo ha confiscado todo.

—El error ha sido confiar en él —dijo Graciana. Aquella afirmación contenía más una vaga tristeza que indignación.

—Lo sé. A partir de ahora, a atenerse al reglamento. ¿Os ha llamado la *doutora* Oliveira?

Graciana Rosado asintió.

—Íbamos de camino a Luz, a su despacho.

—Bien. Acabo de recoger una orden judicial para inspeccionar la cuenta de Conrad. ¿Quién le ha pagado encargos últimamente? Tal vez de ahí salga alguna pista. Por cierto: ¿puede ser que Tobias Faria tenga línea directa con Gomes y Dias?

—Nosotros también lo sospechamos —confirmó Graciana, y se encogió de hombros para expresar su remordimiento por no haberlo sabido hasta entonces.

El resto del trayecto hasta Luz de Tavira transcurrió en silencio, hasta que Carlos logró controlar la voz y usar un tono intrascendente y se volvió hacia Leander:

—«Queremos aprender unos de otros. Intercambiemos a los mejores» —citó el lema del programa de intercambio de las autoridades policiales europeas—. ¿Es usted el mejor de su unidad?

—No sé qué decirle. Soy bueno en combinatoria, y un tirador bastante aceptable. Pero mis compañeros me superan en otros ámbitos. Mi jefe, el comisario criminal Lehmann, me preguntó si estaría dispuesto a participar en el programa de intercambio. Me dijo que tenía que enviar a alguien del departamento. Y que yo era el mejor candidato.

Carlos suspiró.

Graciana lo escudriñó con la mirada a través del retrovisor y hasta que el *alemão* se dio cuenta.

—¿Cómo son sus compañeros, entonces?

—Son un equipo muy bueno —contestó Leander Lost sin vacilar—, les falta personal, pero son muy efectivos.

—¿Tiene buena relación con ellos?

Leander Lost asintió:

—Sí. Y también se esfuerzan para que no deje de formarme. El año pasado mi jefe me envió a un curso de varias semanas sobre delincuencia en internet y lucha contra el lavado de dinero.

—Por lo visto tienen grandes esperanzas puestas en usted —aseguró Graciana.

Leander miró el paisaje al pasar, que a cierta distancia se deformaba hasta ondularse por el efecto del aire caliente.

—El equipo es como una gran familia —concluyó el *alemão*.

# 7

La oficina de *O Olho*, donde también vivía, estaba en el piso superior de un edificio de dos plantas en un callejón de Luz de Tavira.

El pueblo estaba repartido en muchas unidades pequeñas. Estaba la iglesia y la plaza al borde de la N 125, pero también las casas adosadas al Este, mansiones junto a la laguna al Sur y granjas agrícolas más al Norte. Luz de Tavira era tan pintoresca como aburrida. Como una princesita a la que nadie había despertado con un beso.

En la planta baja del edificio había un taller de coches, frente al que se amontonaban unos cuantos neumáticos desechados. Un anciano con una gorra con visera trasteaba en el motor de un Mercedes muy deteriorado. Cuando Graciana se identificó, le señaló la entrada situada al doblar la esquina.

Subieron por unos viejos peldaños de madera que crujían y una barandilla que, tras décadas de uso, había adquirido una suavidad flexible, y llegaron a un pasillo de la primera planta. A la derecha había una empresa de limpieza, a la izquierda el pasillo terminaba unos metros más allá frente a una pesada puerta de madera que, pese a estar ubicada en el interior del edificio, parecía un poco curtida. Saltaba a la vista una placa de latón donde aparecía una cabeza con un gran ojo. Debajo ponía «Ciclopes».

—Es curioso que aquí no haya placas con el nombre en ningún sitio. O en casi ninguno —comentó Leander Lost.

En efecto, era normal en todo el país. Graciana le dio a entender en tres frases cortas a qué se debía. Prácticamente nadie en Portugal colgaba una placa que lo identificara junto al timbre ni contestaba al teléfono por su nombre. Cuarenta años de dictadura hasta la Revolución de los Claveles el 25 de abril de 1974 habían hecho mella en la sociedad portuguesa. Persecución, denuncias, detenciones, tortura: todo eso se evitaba en primer lugar y de forma preventiva si se estaba ilocalizable.

En el Portugal del siglo xxi no tenía sentido por partida doble, según Leander. En primer lugar, era muy improbable que en el país, miembro de la Unión Europea, levantara la fea cabeza de nuevo una dictadura. Por otra parte, en la era digital era muy ingenuo pensar que uno podía volverse casi invisible ante las autoridades con solo quitar una placa.

Justo cuando iba a exponer sus argumentos, Carlos sacó la cartera.

La puerta estaba cerrada y bien sellada con cinta policial, como habían ordenado. Graciana quiso buscar al conserje, pero Carlos sacó la tarjeta de crédito de la cartera y la colocó frente a la cerradura.

—Carlos —le reprendió Graciana, pero ya era demasiado tarde: se oyó un clac, y la abrió. La cinta policial se rompió.

Notaron en la nariz el olor a gasolina en el acto.

—¿Cómo ha hecho eso en la puerta? —preguntó Leander con interés.

—Magia —le dio largas Carlos, y entró.

Graciana y Leander lo siguieron y entraron en un espacio que parecía una redacción de periódico apiñada en cinco metros por cuatro: un amplio escritorio con un portátil y un teléfono, en el suelo un periódico abierto, varias revistas. Detrás, unos expedientes de lomos amarillentos y una máquina de escribir eléctrica se repartían el reducido espacio. Encima había un tablón de notas con fotografías, recortes de prensa y un mapa. En las imágenes aparecían los objetivos de la labor de investigación de Conrad: hombres, mujeres, parejas, sitios. Una mujer de cuarenta y pocos años con un cigarrillo sentada en un banco de madera. Una parejita comiendo helado. La misma parejita abrazándose.

En una mesa auxiliar había folios hechos trizas en cintas finas que Conrado había vuelto a pegar con minuciosidad. Enfrente, en la repisa de la ventana, una planta mustia sobrevivía a la falta de riego, flanqueada por un microscopio.

Leander echó un vistazo a las fotografías, Carlos ya les había dado la espalda: no había identificado a nadie. El portátil estaba abierto.

Mientras Graciana abría los cajones del escritorio, donde el caos reinante no era menor que en el resto de la oficina, Carlos abrió una puerta lateral y echó un vistazo al dormitorio, de decoración espartana. En el suelo había un colchón con ropa de cama. Al lado vio un cenicero a rebosar, una lamparita y un paquete de pastillas para el dolor de cabeza. De la pared colgaba un lavamanos con una toalla.

—Voy a llamar a Luís. Que venga con cajas y se lo lleve todo —anunció Graciana.

Carlos asintió, ausente, porque había descubierto algo raro. Dio dos pasos para entrar en el dormitorio: en la ventana había un agujero del tamaño de un puño, estaba abierta y entornada. Había algunas esquirlas de cristal en el suelo.

En ese mismo momento Graciana abrió la puerta de la tercera estancia, detrás del tablón.

No vio venir el golpe. Algo pasó por su campo de visión, tan rápido que fue imposible evitarlo, luego recibió el impacto, contundente y duro, y se sintió como si hubiera sufrido una descarga eléctrica en

todo el cuerpo.

Graciana se desplomó, tan aturdida que ni siquiera pudo apoyarse para mitigar la caída. La barra de hierro que le había golpeado cayó también al suelo con gran estruendo, y se le nubló la vista.

Una sombra en pantalón tejano y camisa oscura saltó por encima de ella con intención de huir. El hombre, un joven negro y fibroso con el cráneo rapado, miró a Carlos Esteves, que lo agarró del pie izquierdo. Como Carlos quería correr a ayudar a Graciana y al mismo tiempo cortar el paso al fugitivo, tuvo que dar un paso atrás mientras se movía hacia delante: imposible. Con todo, obstaculizó lo suficiente para producir un choque.

El chico recuperó el equilibrio más rápido que él y rodeó al policía para ponerle un cuchillo en la garganta por detrás. El contacto con el metal frío dejó helado a Carlos Esteves.

Sin querer tapaba al chico con su cuerpo. Delante de ellos y de la puerta hacia fuera solo quedaba Leander Lost, con sus bermudas caquis y sus alpargatas.

El chico siguió empujando a Carlos hacia delante para liberar la vía de escape, pero el *alemão* dio un paso a la izquierda y le bloqueó la salida.

—Suelte el cuchillo, somos policías —ordenó al chico, al tiempo que sacaba la P 99Q «para zurdos».

Para levantarla, quitar el seguro y apuntar solo hacía falta un movimiento fugaz que Carlos habría estado en condiciones de hacer en otras circunstancias.

En lugar de dar una respuesta, el chico, que había comprobado a toda prisa que no podía escapar por ningún otro sitio que no fuera la puerta que ahora vigilaba Leander Lost, sacó un mechero Zippo. Encendió una llama y lo lanzó a la sala contigua.

Se oyó un ruido como si de pronto el aire hubiera caído en un vacío. El charco de gasolina que había junto al bidón ardió de inmediato y el fuego se propagó enseguida por las cortinas y los muebles alrededor de Graciana Rosado, que recobraba el sentido.

—¡Tire el arma! —rugió el chico.

Sin embargo, Leander no se movió, se quedó quieto con el arma en alto y apuntándole. O apuntando a Carlos. Era difícil saber en cuál de los dos tenía puesto el punto de mira.

—¡Lost! ¡Tire el arma y déjelo ir! —gritó Carlos, que vio por el rabillo del ojo que las llamas avanzaban voraces buscando más oxígeno y amenazaban con chamuscarle a Graciana las perneras del pantalón.

—¿Conoce a ese hombre? —contestó Lost a gritos.

—¿Qué? ¡No!

—No voy a bajar el arma en ningún caso.

—¡Le rajaré! —gritó el chico, que se iba impacientando a ojos vista.

—No.

—¡Graciana se va a quemar!

Leander tenía a la vista a la subinspectora Rosado, y, en efecto, la situación amenazaba con descontrolarse. Notaba la pared de calor en la piel y en las vías respiratorias cuando tomaba aire.

—¿Hay botiquín de emergencia aquí? —gritó contra el rugido del fuego.

—¿Qué?

Leander Lost bajó la pistola, pero no para rendirse, como esperaba Carlos en su fuero interno, sino para apuntar con mayor precisión.

El primer disparo le dio a Carlos Esteves en el muslo con la furia de un caballo desbocado y lo arrojó al suelo.

El segundo atravesó la pierna del chico y también lo hizo caer.

# 8

—Cálmese —ordenó el *doutor* Antunes, un médico joven con gafas y dedos largos y finos, cuando llevaron a Carlos Esteves en camilla a la sala de tratamiento del Hospital de Faro. Un leve olor a desinfectante llegó del pasillo colindante.

Sin embargo, el subinspector Carlos Esteves no quería calmarse. Primero había soltado una sarta de maldiciones que, de cumplirse, harían que Leander Lost sufriera las peores enfermedades, una variopinta cadena de desgracias asolara a su familia o acabara comparado con especies animales poco provechosas. Y el repertorio de Carlos no se agotaba ahí, ni mucho menos.

—Los compañeros le han colocado un vendaje a presión ejemplar —prosiguió Antunes para relajar al paciente, aunque sin querer no hizo más que echar leña al fuego, porque Lost le había hecho el vendaje a Carlos en la calle después de atar al agresor a la farola con unas esposas.

No paraba de gritar que se iba a desangrar mientras el *alemão* le aseguraba varias veces con calma que eso no iba a pasar y la conflagración se extendía sobre sus cabezas. Concentrado en el vendaje a presión con el que detuvo la hemorragia de Carlos Esteves, parecía que Leander Lost había olvidado lo que ocurría alrededor. Como si estuviera desconectado o entrara en una zona fuera de su percepción. Graciana, aún aturdida por el golpe que había sufrido, lo ayudó a colocar el vendaje, aunque en realidad solo molestaba a Leander Lost con sus maniobras. A continuación, el alemán se incorporó para hacer una foto al chico, que puso el grito en el cielo, sorprendido.

Cuando Graciana, Carlos y el incendiario aún eran atendidos en Luz de Tavira por los médicos de urgencias, los bomberos se pusieron manos a la obra con dos dotaciones. La prensa llegó con dos minutos de retraso y fueron testigos de cómo las ambulancias se iban escoltadas por las fuerzas policiales. El primero en llegar fue Tobias Fara, y Carlos Esteves herido, su primer objetivo.

Las acaloradas imprecaciones de la sala de urgencias llegaban amortiguadas al pasillo donde estaba sentada Graciana Rosado cuando cerraron la puerta. Aún sentía un terrible dolor en el cráneo, pero los

primeros mareos que solían aparecer con una conmoción cerebral ya empezaban a remitir.

En se momento se abrió la puerta de la otra sala y salió Miguel Duarte, que se plantó delante de ella dándose importancia. Aún llevaba las gafas de sol. «Se cree que es un agente especial del FBI», le dijo una vez Carlos. A Graciana también se lo parecía.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Duarte a su colega.

—Más o menos.

Duarte señaló con el pulgar por detrás de él mientras decía:

—El negro de ahí se llama Ousman Jobe. Adivina de dónde es.

—¿De Japón? —preguntó ella con una mirada cándida.

A Duarte se le quitaron las ganas de jugar a las adivinanzas.

—De Gambia. Un ilegal. Lo pillaron en julio en Lagos e introdujeron sus datos en el registro: fotos, huellas digitales, todo el numerito de identificación. Esperaba tolerancia, pero ahora seguro que podemos expulsarlo. Si por mí fuera, podrían agarrar a todos y…

—¿Ha dicho algo más? —lo interrumpió Graciana.

—Que había ido a limpiar las ventanas. Se lo encargó el *senhor* Conrad.

—¿Y qué más?

—Nada más. Se niega a declarar. —Miguel Duarte miró por encima del hombro antes de inclinarse hacia Graciana—. ¿Es verdad? ¿Que el alemán ha disparado a Carlos en la pierna?

Le pareció ver que una sonrisa asomaba en el rostro. Solo un momento, una contracción de las comisuras de los labios que ahora volvían a formar esa línea inexpresiva que solía dibujar la boca del subinspector.

—Sí —contestó sucinta Graciana.

—Es increíble —dijo Duarte, que ya no pudo reprimir una sonrisa.

El discreto timbre del ascensor desvió la atención hacia el inspector Raul da Silva, que salió, los vio a los dos y se acercó a ella.

—El negro no va a decir nada sin su abogado. Tiene…

—¿Cómo estás? —lo interrumpió Da Silva con la mirada puesta en Graciana Rosado. Le entraron ganas de darle un abrazo, pero se quedó sentada.

—Un poco mareada. Estoy bien.

—¿Y Esteves?

—Lo están atendiendo. Es un disparo superficial, una herida poco profunda. El *senhor* Lost le ha hecho un vendaje a presión.

Graciana esbozó una media sonrisa, con Da Silva no hacía falta expresar con palabras lo irónica que resultaba la situación. Su jefe imaginaba la rabia desatada de Carlos.

Se volvió hacia Miguel Duarte:

—¿Quién es el sospechoso?

Duarte se quitó las gafas de sol y le dio a Raul da Silva la escasa información que ya había compartido con Graciana.

Se oyó de nuevo el timbre. Esta vez salió del ascensor una mujer con el pelo corto oscuro y un elegante traje de color azul marino que se dirigió directa hacia ella Llevaba un bolso plano de piel y un maquillaje discreto. Graciana oyó que Duarte tomaba aire, y vio de reojo que Da Silva se ponía tenso por instinto.

La mujer sonrió sin reservas a los dos hombres:

—¿Inspector Da Silva?

—¿Sí?

Le dio la mano, menuda y con la manicura hecha, y él le correspondió. Pese a que en un primer momento su atención fue como un haz de luz que incluía a dos objetivos, de pronto Duarte desapareció en la oscuridad.

—Soy la *advogada* Cristina Bravo, del bufete Marinho & Alves. Me han encargado representar legalmente al *senhor* Jobe.

Dicho esto, le dio un documento. Graciana se levantó para echarle un vistazo. La cabecera era del bufete. Raul da Silva leyó por encima las líneas y observó a la joven, que seguía sonriendo. A Graciana eso le admiraba. No por la capacidad de lucir y ocultar una sonrisa nada comprometedora, sino por los ojos, que se sumaban al gesto.

Raul da Silva le devolvió el texto.

—Puede guardárselo.

Da Silva asintió y se metió el papel doblado en el bolsillo de la camisa.

—¿Está aquí mi cliente?

El jefe de Graciana hizo un gesto vago hacia el pasillo:

—En la primera sala, ahí delante a la derecha, según me han informado. Aún no he hablado con él. El subinspector Duarte la acompañará.

—Me gustaría hablar a solas con mi cliente.

—Por supuesto. El *senhor* Duarte solo la acompañará.

—Bien.

Duarte echó a andar fingiendo naturalidad y la *advogada* Bravo lo siguió.

Raul da Silva los miró a los dos un momento, ensimismado, y luego se volvió de nuevo hacia Graciana:

—Bufete Marinho & Alves, ¿te suena?

—No. Pero es rápida.

Da Silva asintió y miró de nuevo hacia el pasillo, pero Duarte ya había desaparecido con la abogada en la sala. Cuando se volvió de nuevo hacia Graciana, la mirada era suave y cálida. Trasmitía cierta preocupación.

—¿Ya has visto a ese…?

—¿Jobe?
—Sí.
—No.
Asintió, como si se lo hubiera pensado.
—¿Te golpeó con un tubo de acero?
Graciana asintió sorprendida: su jefe acababa de entrar en el hospital y no había hablado con Duarte ni con Carlos ni con ella.
—¿Y provocó también el incendio?
—Lo hemos detenido por ser sospechoso de asesinato. No hay más motivos fundados. Quería huir de la oficina.
—¿Crees que porque había una pista de su delito?
—Quizá. Probablemente haya una pista sobre su móvil para asesinar a *O Olho*. Es decir: había. Ir a plena luz del día a Luz de Tavira y prenderle fuego a una oficina es arriesgado. Hay muchos testigos. ¿Por qué lo ha hecho?
—No lo sé. ¿Porque no podía esperar?
Graciana asintió con tal vehemencia que el mareo inmediato que le provocó la obligó a sentarse.
—Sí. No podía esperar. Lo apremiaba el tiempo.
—¿Por?
—Porque Faria ha vendido la noticia del detective privado muerto a su periódico y a las emisoras de radio. Aunque en la radio solo contaron que la policía investigaba un accidente. Faria no podía saber que investigamos un asesinato. De hecho, de momento solo hemos indagado en los hechos del accidente. Podría ser que Markus Conrad hubiera resbalado borracho y se hubiera partido la nuca.
Por tanto, ese tal Jobe tampoco lo sabía.
—Tal vez simplemente se puso nervioso, quizá… tampoco lo sé, ha sido un día muy largo —dijo a media voz.
El cansancio interno que reflejaban sus palabras hizo que Raul da Silva le pusiera una mano en el hombro a Graciana.
—Te vas a pasar los próximos dos días en la cama, Piaf. Y Esteves también está fuera. Tenéis vacaciones pagadas.
—Quiero saber por qué lo ha hecho… ese Jobe.
Raul da Silva asintió como si contara con esa reacción. Retiró la mano del hombro.
—Voy a poner a Duarte al cargo.
—Ah, no.
—Ah, sí —repuso Da Silva—. Esteves y tú echáis el freno, y luego os volvéis a encargar, ¿eh? ¿Trato hecho?
Graciana no pudo evitar sonreír. Da Silva sabía qué teclas tocar.
—Solo necesito un día de reposo, con eso basta —dijo ella en un último intento.
Pero su jefe negó con la cabeza:

—Que se pelee Duarte con la *advogada*. Ve a Virgílio Inglês, n.º 5, ¿eh? Hazme el favor.

Virgílio Inglês, n.º 5 era la casa de los padres de Graciana Rosado en el centro de Fuseta. Unos niños en la entrada pateaban el balón o saltaban a la comba. Los vecinos conversaban de balcón a balcón y pasaban las noches delante de la casa, en sillas y mesas colocadas a toda prisa, donde las mujeres reían y bromeaban con los chicos jóvenes y los viejos bebían Sagres y *medronho*. Callaban y sonreían, y no había nada, absolutamente nada, que escapara a sus miradas atentas. Tampoco estaba mal, porque al mismo tiempo eran maestros elocuentes del silencio. Conversaban con miradas y gestos, el habla les parecía la forma de comunicarse menos fiable. Graciana recordó que de niña estaba convencida de que su abuelo podía leer la mente, puede que como todos los abuelos del barrio.

Mientras los ancianos bebían y cruzaban esas miradas misteriosas, las mujeres intercambiaban novedades, bebían vino de Madeira y fumaban tabaco de liar, y de vez en cuando salía una con un plato de aceitunas y pan a la cálida noche. El pan y las aceitunas recibían grandes elogios, luego la vecina de enfrente invitaba a *aioli* y un poco de atún, y acudían los gatos. Cuando María, la joven ciega de la trapería de la esquina, a sus tiernos catorce años, se acompañaba con la guitarra cantando un fado, al *senhor* Rossi, el italiano, siempre se le rompía el corazón, levantaba la persiana de su tienda e invitaba a vino tinto, que iba a buscar al norte cada dos semanas, a Oporto, donde el Duero desembocaba en el Atlántico.

Todos escuchaban embelesados, se decían que Fuseta era el mejor lugar del mundo, mientras sus hijos e hijas se daban sus primeros besos en un callejón o en un pasillo y se prometían el cielo. Todo con la seriedad sagrada de los recién enamorados.

En medio estaba Antonio Rosado. Patriarca por educación y convicción, con el trasfondo de su generación, pero abierto y listo. «No lo suficiente para ser profesor, pero sí para ser pescador», le dijo el padre de Carlos Esteves una vez.

Durante muchos años fue el policía de Fuseta y había conseguido casar los requisitos de la ley y las necesidades de los vecinos. Algunos decían que habría podido hacer carrera como político local porque la gente confiaba en él. Pasaban por el bar Fuseta, donde solía almorzar, o le hacían una visita en privado para pedirle consejo. Una prueba de su credibilidad era que, cuando no tenía nada que aportar, no daba recomendaciones.

Un viernes por la mañana siete años antes, cinco personas bien armadas que se habían fijado en los 1,4 millones de euros que

transportaba un vehículo blindado, se toparon con el sentido del deber de Antonio Rosado, quien, solo por completo, bajó del coche y les dijo que estaban detenidos provisionalmente.

Virgílio Inglês, n.º 5 era más que una dirección. Era un pequeño puerto, refugio de todos los que buscaban consejo en Fuseta y hogar de la infancia para Graciana. En ese sentido, Raul da Silva también lo había visitado.

Sabía lo que se hacía, porque Graciana asintió cuando le pidió que se fuera a casa. Añoraba el salón, el olor de la cocina y las vistas al patio trasero.

—Esperaré a Carlos —dijo ella, y lo que para un oído inexperto parecía una réplica, era en realidad su consentimiento.

A Da Silva no le hizo falta establecer contacto visual para saber que era innegociable. Por eso accedió con un gruñido, pero aún quedaba un último detalle que comentar.

—Y el *senhor* Lost, ¿qué hacemos con él? Supongo que Esteves aún le guarda rencor por el asunto del cánnabis.

—No es el único. Que nos denunciara a Carlos y a mí ante Duarte no fue, por decirlo suavemente, muy útil para el ambiente laboral. Si eso es todo lo que podemos aprender de ese programa, que los alemanes ponen el cumplimiento de la letra pequeña, por delante de la cohesión del equipo, creo que no nos hace ninguna falta.

—Supongo que el hecho de que haya disparado en la pierna a Esteves tampoco facilita las cosas.

Graciana miró a su jefe a los ojos:

—Creo que deberías asignarle otro puesto. Puede que al segundo intento vaya mejor, pero… ha disparado a Carlos. Lo ha herido de gravedad. Carlos sufre dolores. Sé que el *senhor* Lost quería detener al delincuente, pero… así no. No a ese precio.

Graciana sacudió la cabeza para reafirmar su desconcierto. Raul da Silva suspiró y puso los brazos en jarras.

—Voy a Villa Elias a hablar con él. Y mañana le buscaré otro equipo. De alguna manera lo solucionaré.

# 9

Los fuertes analgésicos que le había administrado el *doutor* Antunes calmaron a Carlos Esteves, y la combinación con un paquete de seis Sagres que se había comprado en la primera gasolinera que había encontrado al salir de Faro incluso llegó a tranquilizarlo.

Sí, era absurdo, pero en ese momento lo invadió un profundo bienestar y un calor agradable le recorrió el cuerpo desde las puntas del pelo hasta los dedos de los pies. En la radio ponían a un volumen bajo *Private Investigations* de Dire Straits. Por la ventanilla abierta del Volvo de Graciana entraba el placentero aire caliente de la tarde estival y lo movía todo con una suavidad que correspondía de forma mágica con su sensación: la de formar parte de un todo, lo que le ofrecía cierto consuelo. Las luces de las casas y los bares junto a la carretera al pasar, el cabello de Graciana, que ejecutaba una danza imprevisible con los remolinos de aire, el olor salado del mar que atrapaba. La secuencia que formaban esos instantes le trasmitía una profunda paz. Si en ese momento se le hubiera parado el corazón, Carlos Esteves se habría dado por satisfecho.

En cambio, bebió otro trago y le ofreció en silencio una Sagres a su compañera, pero Graciana la rechazó sacudiendo levemente la cabeza.

—Necesito saber en qué estaban pensando en Alemania cuando nos enviaron a Lost —dijo ella, detuvo el coche a la derecha en el arcén y se apeó—. Si es que estaban pensando en algo —añadió, enfadada. Sacó el móvil y caminó unos metros.

Carlos se encendió un cigarrillo y bostezó. Aunque le diera rabia, ya no era un chaval y notaba la jornada en los huesos. Antes aguantaba estas cosas. ¿Y ahora? Pronto necesitaría las primeras gafas y, cuando se levantaba, a veces le dolía la rodilla izquierda. Procuraba aliviarla para que nadie se diera cuenta, pero no se hacía ilusiones: las molestias no se curarían un buen día por ciencia infusa, sino que irían a más.

Pero bueno, de momento esperaba disponer de un tiempo más, se dijo, y se abrió otra Sagres. Un día como aquel le sabía a elixir de la vida.

Después del cuarto tono, contestó el jefe de Leander Lost en persona:

—Policía Criminal de Hamburgo, Lehman.

—Subinspectora Graciana Rosado, de Faro, Portugal —empezó a decir la menuda comisaria en inglés—, nos ha enviado usted muy amablemente a su mejor hombre, el *senhor* Lost.

—Ah, sí —dijo el alemán al otro lado de la línea, que ya ubicaba la llamada—. El *senhor* Lost. El programa de intercambio. ¿Le va todo bien?

—Sí, está… Él está bien. Nos contó que fue usted quien lo escogió como candidato para el programa de intercambio.

—Correcto.

Alguien le hizo una pregunta en alemán a Lehman al otro lado, que Graciana no entendió. Lehmann empezó su respuesta con un «*senhor* Lost», dirigiéndose a la otra voz en Hamburgo. Rosado no entendió más, pero oyó con claridad una risa contenida.

A continuación, Lehmann se dirigió de nuevo a ella, procurando disimular el regocijo:

—¿Ocurre algo? Quiero decir, ¿por qué llama?

Graciana Rosado dudó un momento y dejó que las entrañas decidieran cómo debía comportarse:

—Sí, todo va bien. Disculpe las molestias.

—No hay de qué.

Y los dos colgaron.

Frente a Virgílio Inglês, n.º 5, estaban sentados una decena de vecinos y amigos que bebían, fumaban y charlaban como si llevaran décadas haciéndolo, porque llevaban décadas haciéndolo.

Esperaban la llegada de Graciana y Carlos porque la jornada había llevado un montón de preguntas hasta la casa de Virgílio Inglês.

La primera en darse cuenta de que se acercaba su hija fue Raquel Rosado, pues en el callejón se acalló el típico ruido del motor de cinco cilindros, seguido por el doble portazo del Volvo.

Raquel era una mujer a la que le gustaba reír y afrontaba las dificultades de la vida con una alegría cautivadora. Gracias a su voluntad, el n.º 5 se había convertido en la casa abierta que la generación de Graciana y Carlos, incluso la de Soraia, nunca había visto de otra manera. La gente entraba y salía, contaba novedades, desahogaba sus penas, se quedaba de cháchara, recomendaba operarios, puestos del mercado y peluquerías. Debatían acaloradamente sobre el medio campo de la selección portuguesa, o las diversas maneras de preparar bacalao y mucho más.

El tema de aquel día había sido el incendio en Luz de Tavira.

Graciana llamó a su madre desde la ambulancia, le aseguró que estaba bien, que solo había recibido un golpecito y que luego pasaría a ver a Carlos. Así dejaba claro que no iba a tolerar una visita de la

madre preocupada en el hospital sin tener que decirlo. Además, como había heredado la intuición de su madre, sabía que ella también lo entendería así.

A su novio João Pereira le había dicho lo mismo, según confirmó Raquel Rosado cuando se presentó preocupado en el n.º 5 para saber más. João casi nunca iba allí y, si lo hacía, siempre era acompañado de Graciana.

En el vecindario y las tiendas de Virgílio Inglês que habían sido testigos de la visita de João al n.º 5 hacían sus cábalas. El incendio en Luz de Tavira. Decían que había habido disparos. Las sirenas de las ambulancias en la N 125 se habían oído alto y claro. Procedían del oeste, hacia donde se dirigieron los bomberos, y fueron al este: el camino más corto para llegar al hospital.

Como aquel día.

Y ahora João. Solo.

Siempre habían sentido cierta compasión por él, desde el primer día en que Graciana lo presentó a sus padres. No hacía falta haber estado presente, era casi de dominio público: no encajaba. En nada. Era de Faro, no de Fuseta. Era un urbanita, flacucho y pálido, tenía manos de pianista. Cuando Antonio Rosado, que antes siempre iba a pescar, y a quien le encantaba la madera y seguía haciendo trabajos de carpintería en su tiempo libre, lo saludó con sus buenas zarpas bronceadas, la mano de João desapareció en el acto.

João Pereira era un intelectual, un esteta. En palabras del padre de Graciana: «Uno de esos que se gana la vida con historias sobre los demás».

Antonio Rosado lo dijo en su primer encuentro, en la mesa, mientras le pasaba el pan al chico, con cara de inocente. Era un maestro en el arte de decir frases que se podían interpretar tanto en un sentido como en el contrario.

—Espero que no les moleste —contestó João Pereira con una alegría que contradecía la tensión de todo su cuerpo.

—La elección de mi hija está por encima de toda duda.

También fue una de esas frases a las que João, de vuelta en su pequeño piso, estuvo toda la noche dándole vueltas. ¿Eso significaba que en Virgílio Inglês, n.º 5, solo lo toleraban porque sus padres no querían disgustar a Graciana? ¿O que aceptaban la elección de su hija porque estaban de acuerdo y al conocer a João sobraba cualquier sombra de duda?

Por muchas vueltas que le diera a aquella noche de dos años antes, no llegó a ninguna conclusión clara. Sin embargo, lo que notaba todo el barrio, lo que se leía en las miradas de Antonio Rosado e incluso en las sonrisas atentas de la madre, Raquel, era que las dudas seguían ahí.

En ese momento João también estaba en la entrada de la casa, un poco apartado del grupo. Fumaba. Raquel se dirigió a la puerta y se detuvo.

—Ya viene, João — dijo a media voz, como si quisiera concederle cierta ventaja sobre los demás, antes de que desapareciera en el pasillo oscuro de la casa.

Él la aprovechó y se apartó de la entrada para ser él quien estuviera más cerca de Graciana y Carlos cuando doblaran la esquina.

Graciana tenía los ojos vidriosos de la emoción, no esperaba verlo allí. Sabía que a João no le gustaba la cercanía de su padre. Significaba mucho para ella que hoy hubiera ido pese a todo.

Mientras se saludaban y abrazaban, Carlos pasó de largo con la muleta. En un abrir y cerrar de ojos estaba eligiendo entre dos sillas de madera y una de plástico, entre un vaso de *vinho* verde y dos Sagres, aceptó los tres y unos cuantos *petiscos* de Raquel, que había heredado las recetas de su madre, que a su vez aprendió de su madre. Probablemente las recetas tenían siglos de antigüedad, nadie lo sabía con exactitud.

Esas delicias siempre eran un factor trascendental e influían en el tiempo que se quedaban los invitados, que manifestaban su deleite con exclamaciones mientras masticaban con muecas de placer. Juraban por lo más sagrado que si Raquel Rosado se decidiera a abrir un pequeño restaurante de *petiscos,* se pelearían por entrar.

Raquel había servido un cuenquito a Carlos: judías rebozadas, gambas al piri-piri y *pica-pau,* carne de cerdo frita picante con salsa de ajo, cuyo aroma le llegó a la nariz.

Carlos Esteves sabía que la dicha era breve y frágil, así que nunca cometía la torpeza de perderse un momento de obligada felicidad. Aun así, sabía muy bien cuándo se le presentaba uno de improviso y cómo alargarlo.

Sintió una decena de miradas clavadas en su herida, y no hizo falta que le dijeran que había llegado el momento.

—Me han disparado.

—*Não* —contestaron—. *Santa Mãe de Deus*…

Entonces se unieron Graciana y João. A él le acercaron una incómoda silla de plástico, Raquel empujó a la hija, y entonces llegó el momento de Antonio Rosado, que apareció en el pasillo en su silla de ruedas y se acercó a ellos. Padre e hija se abrazaron. Vieron que el anciano lloraba y abrazaba con más fuerza a su hija porque se alegraba de verla viva.

—¿Quién te ha puesto la cara así? —preguntó con voz ronca para ocultar la emoción. Por el tono de la pregunta, nadie desearía estar en la piel de la persona por la que preguntaba Antonio Rosado.

Entonces Graciana contó la historia.

Durante un minuto exacto, en Virgílio Inglês, n.º 5, se vivió una situación excepcional: silencio.

Luego llegaron las primeras preguntas.

—Desde el principio —pidió el *senhor* Rossi, que había encontrado dos botellas de buen vino de Oporto—, ¿cómo ha sido? La oficina de *O Olho* está encima del taller, ¿no?

—Tuvimos que subir —confirmó Carlos, que se sirvió un trago del vino en el vaso—. Ahí ya me dio una sensación rara —añadió.

El público asintió e intercambió miradas elocuentes, mientras solo Graciana captaba el brillo divertido en los ojos de Carlos, que disfrutaba adornando un poco el asunto. No paraban de interrumpirlo preguntando por detalles, por el aspecto del agresor, quién estaba en cada sitio, cómo se había desatado el incendio, quién le había curado las heridas (un punto que Carlos se saltó) y, sobre todo, si de verdad el *alemão* había hecho lo que se suponía que había hecho (un punto con el que Carlos siempre volvía a enfadarse). Al final, Graciana consiguió terminar la historia al cabo de una hora.

Entre tanto, João no paraba de apretarle la mano, su padre sirvió a Carlos y a él un *medronho* y, cuando João lo rechazó con un gesto agradecido, Carlos Esteves se bebió los dos.

Hacia medianoche Raquel Rosado recogió los restos de *petiscos*, los últimos invitados se despidieron deseando a Carlos y Graciana una pronta recuperación y de camino a casa quedaron para jugar a la petanca al día siguiente por la mañana.

Los Rosado se sentaron en la imponente mesa de madera de la cocina. João se sentó al lado de Graciana y dejó que Carlos lo obligara a tomar una cerveza. Por la ventana abierta que daba al patio trasero, entraba el murmullo del lejano oleaje. Raquel había colocado tres candelabros cuyas llamas proyectaban sombras irregulares en las paredes.

—¿Qué va a pasar ahora con el *senhor*… Lost? —preguntó João.

—Lo van a asignar a otro equipo —contestó Graciana.

—¿Ya sabéis a cuál? —preguntó Antonio.

—No —respondió Carlos—, pero muy pronto acabarán con heridas de bala.

—*Olá* —se oyó desde el pasillo. Soraia Rosado apareció y se abrió paso con toda naturalidad junto a Carlos mientras cogía un trozo de pollo con salsa de ajo y se lo ponía sobre un pan crujiente.

En ese momento vio el hematoma en la cara de su hermana mayor, luego la pierna vendada de Carlos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada.

—Un ladrón me dio con una barra de hierro. Tiene peor pinta de lo

que es, So.

El diminutivo lo pronunció con una «ese» un poco cortante y sostenida. Su madre llamaba con ese diminutivo a su hermana desde pequeña.

—Y lo mío es una herida de bala superficial —añadió Carlos, arrastrando un poco la lengua. Sonrió como un viejo veterano de guerra.

—¿Y Leander? —inquirió Soraia, consternada.

Graciana vio con una mirada breve que su padre levantaba una ceja.

—¿Leander? —preguntó.

Soraia entendió la pregunta, pero el secreto para resistir las críticas paternales que filtraba en silencio en sus comentarios consistía en no hacerles caso y contestar solo a lo evidente.

—Es el nombre del alemán —repuso, y Raquel, que trasteaba con las ollas al fuego detrás de su marido, no pudo evitar sonreír.

Los demás callaron un momento.

—Probablemente trabajará con otro equipo —aclaró luego Graciana.

Soraia arrugó la frente.

—¿Por qué?

—Ya no lo queremos en el equipo. Da Silva lo sabe y se encargará del asunto.

—Pero ¿por qué?

—Esta mañana nos ha dejado como un trapo con Duarte, por una pequeña plantación de cánnabis en Arroteia. Y luego, hace unas horas me ha disparado en la pierna. —Carlos se señaló el vendaje.

Soraia Rosado soltó un grito ahogado.

—¿Cómo ha sido eso?

Carlos agitó la cabeza, ya estaba harto. Graciana respiró hondo, pero João se le adelantó.

—Tu hermana y Carlos estaban en Luz de Tavira para registrar una oficina. Se han encontrado con un ladrón, que ha golpeado a Graciana en la cabeza con una barra de hierro, y se ha desmayado. Luego Carlos ha querido detenerlo, pero el ladrón lo ha tomado de rehén. Le ha puesto un cuchillo en el cuello para poder escapar pasando por el lado del *senhor* Lost. Y él ha disparado a Carlos en la pierna. ¿Se me ha olvidado algo?

—No, un resumen excelente —comentó Antonio, y de nuevo era imposible distinguir en qué sentido lo decía. Pero Carlos asintió para indicar a João que no se había saltado nada.

—¡Claro que te has dejado algo! —intervino Soraia, y sacó una Sagres de la nevera mientras los demás clavaban sus miradas de sorpresa en ella—. ¿Qué ha pasado con el ladrón?

—El *alemão* le ha disparado en la pierna —tomó enseguida la

palabra Raquel.

—Ya —dijo Soraia, como si ya lo hubiera pensado—. ¿Y luego?

—Después nos ha bajado a todos de alguna manera, por el fuego —contestó Graciana, y advirtió que el silencio iba ganando terreno en la mesa.

—¿Por el fuego? —preguntó Soraia.

—Ese desgraciado ha rociado gasolina y ha prendido fuego a la oficina —aclaró Carlos—. Todo ardía en llamas.

—¿Y Graciana estaba inconsciente en el suelo y te ha tomado a ti de rehén?

—Sí. Lost nos ha apuntado, y luego me ha disparado en la pierna.

—¿Sin que nadie dijera nada?

—No, por supuesto que no. El ladrón quería que el *alemão* bajara el arma.

—¿Y cómo ha reaccionado Leander? —insistió Soraia. En su rostro asomaba una sonrisilla enérgica que no auguraba nada bueno.

—Ha dicho que no podía hacer eso —Graciana salió al rescate de su colega.

—¿Por qué?

—No lo ha argumentado más. Ha preguntado por una caja de vendas, y luego ha disparado las dos balas.

—¿Las dos en la pierna?

—Sí.

—¿Es difícil disparar a una pierna de lejos?

—Se puede.

—Lo preguntaré de otra manera: ¿es difícil apuntar con precisión para no dañar ningún hueso las dos veces y de lejos?

La pregunta sacó a Carlos de su embriaguez.

—¿Qué quieres decir? ¿Que he tenido el honor de que me disparara en la pierna un tirador preciso? ¿Sabes todo lo que podría haber pasado?

Soraia asintió, se sentó a su lado y le tocó la mano para calmarlo.

—Confía en mí, Carlos…, en realidad, ¿cómo desveló exactamente el asunto del cánnabis?

Carlos estaba confuso. Para Soraia él había sido toda la vida una especie de hermano mayor de prestado, jamás lo perjudicaría.

—Dime: ¿cómo lo contó?

—Duarte le preguntó si nosotros sabíamos lo del cánnabis. Y él lo admitió. —Para su sorpresa, Graciana tuvo la sensación de haber dicho justo lo que Soraia quería oír.

—Cariño, conozco esa sonrisa. Creo que todos la conocemos: ¿tú sabes algo más? —preguntó Raquel a su hija pequeña.

—Leander Lost tiene asperger —dijo Soraia con una sonrisa que delataba un punto de su fascinación por el *estrangeiro*—. ¡Y una

memoria prodigiosa!

—¿Qué significa eso de asperger? —preguntó Antonio Rosado.

—Autista —contestó João.

—A los asperger les cuesta interpretar las señales físicas. No distinguen si alguien quiere decir algo con segundas. Se lo toman todo al pie de la letra. Pero sobre todo no entienden la cara como un todo, solo reconocen las partes: los ojos, la boca, la nariz… Un asperger tiene que recomponerlo todo cada vez.

Graciana supo que, además de ser cierto en el caso de Leander Lost, explicaba todo lo demás. Todo encajaba. Todo, todo, todo. Y no se había dado cuenta.

—Y lo de Duarte… los asperger no saben mentir.

La vergüenza explotó en el pecho de Graciana, se mordió los labios, pero aun así se le llenaron los ojos de lágrimas.

—A ver, por favor, ¿qué es esta historia? ¿Una persona que no sabe mentir? ¿Policía? ¿Cómo es eso? —preguntó Carlos, que no estaba en absoluto de acuerdo con el giro imprevisto que había dado la conversación al final de esa tarde conciliadora.

—Pero es policía —reflexionó João.

—Y le cuesta descifrar la mímica de las personas, como al pequeño Pepe de mi grupo. Lo llaman prosopagnosia.

A todos les sonaba Pepe. Tenía siete años y en la guardería lo cuidaban las educadoras, entre ellas Soraia. Lo había llevado una vez, junto a dos niños más a los que cuidaba, a comer en Virgílio Inglês, n.º 5. Pepe no entendía los sentimientos de los demás niños. La risa, el llanto, la alegría, la tristeza, el miedo, la felicidad, todo lo podía sentir, pero era incapaz de leerlo como los demás en la actitud y los gestos de sus compañeros de juego.

—Y en lugar de decir que está feliz, dice que el sol le hace cosquillas —explicó Soraia.

Los rasgos de la cara de Antonio Rosado, aún en tensión, se relajaron:

—Y cuando tiene hambre, dice que ha llegado el perro.

—¿Que ha llegado el perro? —preguntó João con una mezcla de irritación y burla.

En ese momento Antonio abrió la boca, dejó al descubierto una hilera de dientes brillantes y rio con tantas ganas que a los demás les costó no sumarse.

—¿Lo entendéis? ¿El perro? Le ruge el estómago. Como si fuera un perro. —Movió la cabeza entre risas.

De pronto aquel hombre trasmitía una calidez que por lo general solo se veía cuando miraba a su mujer y sus hijas. Y nunca en una mirada dirigida a él, constató João.

—Entonces no podía mentir a Duarte —confirmó Graciana.

—No —afirmó su hermana.

Graciana y Carlos intercambiaron una mirada para cerciorarse de que estaban pensando lo mismo. En efecto. Graciana lo reconoció con arrepentimiento y Carlos a regañadientes.

—Aun así, me ha disparado.

—Los asperger siguen un pensamiento lógico. Suelen ser muy buenos en combinatoria y son excelentes analistas. Pero no puedes esperar que entiendan una declaración de amor indirecta.

—Como el señor Spock —comentó João para completar la descripción de Soraia.

—Exacto. Tenemos a un vulcaniano en Fuseta.

João reprimió el impulso de hacer el signo de victoria con el dedo anular y el índice.

—El ladrón —continuó Soraia imperturbable— quería que Leander bajara el arma.

—Eso es.

—Se habría llevado el arma y se habría ido.

—Exacto. Y ahora yo no tendría un agujero en la pierna.

—Sí. Pero también os podría haber disparado. Podría haberos amenazado con el arma y cerrado la puerta, y abandonaros en el incendio. Podría haber hecho cualquier cosa con la pistola.

—Tú no estabas ahí, So —la reprendió Raquel, y su marido asintió.

—Sí, es verdad —reconoció Soraia—, tampoco quiero juzgarlo… Me alegro de que estéis todos vivos. Solo me preguntaba si Leander Lost se limitó a actuar de forma lógica —dijo dirigiéndose a Graciana—. Tú estabas en el suelo, inconsciente. Estaban las llamas, el humo. No tenía mucho tiempo. Y tú eras el rehén, Carlos.

—No tenía vía libre para disparar —aseguró Antonio Rosado. Como tantas veces, una de esas frases que ocultaba su malicia tras las palabras.

—¿Quieres decir —tomó la palabra Graciana— que no quería correr el riesgo de darle una pistola cargada a un hombre que me había derribado y sujetaba a Carlos con un cuchillo al cuello?

Soraia asintió.

—Tampoco hay que olvidar que todo estaba en llamas. Sí.

—Y por eso la única opción que le quedaba era desactivar él a Ousman Jobe —prosiguió Graciana.

—Sí. Sin poner en peligro a Carlos. Con el tiro en la pierna ha sorprendido al ladrón. Carlos no podía aguantarse sobre una pierna. Leander suponía, con razón, que se desplomaría en el suelo, y entonces conseguiría lo que necesitaba: vía libre para disparar.

Raquel y João levantaron una ceja a la vez en señal de reconocimiento.

—Y luego ha repetido el mismo tiro —concluyó Graciana. Miró a su

colega, que se había quedado muy callado, con los ojos clavados en su cerveza.

Poco a poco las miradas se fueron desviando hacia Carlos, hasta que alzó la vista y de pronto sonrió:

—Raquel, tus *petiscos* son imbatibles. Siempre es un festival culinario. Muchas gracias. —Se levantó de la mesa, dolorido. Cuando Soraia quiso ayudarlo, él se enderezó rápido y, para su consuelo, cogió la muleta—. Se ha hecho tarde —dijo, y miró al padre de Graciana—. Antonio, ¿nos vemos mañana por la tarde en el bar?

—Claro.

Carlos asintió. Luego pasó junto a los demás ayudado de la muleta, murmuró un «*boa noite*» y en un santiamén desapareció en los adoquines nocturnos de Virgílio Inglês.

Graciana suspiró y bebió un sorbo de vino blanco. Luego se levantó con un ímpetu que sus padres conocían ya desde su niñez. Los demás niños daban una patada contra el suelo y gritaban histéricos o daban puñetazos en el suelo. Graciana no. Ella solo adoptaba esa mirada.

«Como un gorrión enfurecido», le dijo el niño vecino, y se rio. «Gorrión enfurecido, gorrión enfure…»

Lució el hueco entre los dientes durante las semanas siguientes por toda Virgílio Inglês, hasta que las madres se pusieron de acuerdo y los padres se repartieron los costes del incisivo.

Graciana volvía a tener esa mirada mientras buscaba la llave del coche.

—¿Adónde vas? ¿A buscar a Carlos?

—No, tengo que ir a ver al *senhor* Lost.

# 10

—No está —dijo Soraia, que había acompañado a su hermana a Villa Elias, al ver que no había luz dentro.

Aun así, recorrieron a pie el camino por la entrada polvorienta, bajo un cielo estrellado y la media luna, que sumergía la casa, los arbustos y los árboles en un azul lácteo.

João salió del n.º 5 con las dos hermanas, y se ofreció a acompañarlas en su visita al comisario alemán. Sin embargo, como al día siguiente tenía que viajar muy pronto a Braga, hasta casi arriba en la frontera española con Galicia, para ver a un viejo escritor que concedía muy pocas entrevistas, lo enviaron a la cama. Agradecido, pero a regañadientes, accedió, le dio un abrazo a Graciana y un beso en el hematoma antes de que cada uno se fuera a su coche.

Primero llamaron a la puerta de Villa Elias, luego miraron por la ventana. Nada.

—¿Llevas la llave de repuesto encima?

—¿Y si está durmiendo, Grace?

—¿Y si se ha ahorcado y su vida pende de un hilo? Abre, So.

Soraia abrió.

—¿Leander?

—¿*Senhor* Lost? —se oyó tras ella. Cerraron la mosquitera antes de encender la luz.

En la cocina todo estaba recogido, en su sitio, impecable.

—Ha limpiado, Grace.

—Fíjate qué raro. La primera vez que le pedí a João que recogiera, tardó dos minutos justos en encontrar el botón de encendido de la aspiradora.

Pese a la gravedad de la situación, intercambiaron una sonrisa, que se desvaneció en el baño. El estante sobre el lavamanos estaba vacío. Solo pendía en el aire un olor fresco y agradable a loción de afeitado.

Graciana no lo dudó más y abrió la puerta del dormitorio: la cama estaba recién hecha, los armarios vacíos. No había zapatos, ni ropa, ni objetos personales.

—¿Lo habrá alojado Da Silva en otro sitio?

—Eso parece.

Graciana echó un vistazo al reloj de pulsera. Con un poco de suerte, su jefe aún estaría en el Farol, en el puerto de Fuseta. Solía evitar el teléfono al finalizar la jornada.

Tuvieron suerte.
El Farol estaba iluminado por las farolas amarillas, había algunos turistas y lugareños sentados fuera en las sillas rojas de plástico, parloteando y fumando. De vez en cuando se oía un crujido y un gemido desde el canal, a solo diez metros: puede que las amarras de los botes ya no se estiraran más o las defensas de un barco chocaran con las del vecino.
Las gaviotas hacían maniobras rutinarias y chillaban en la noche. Las conversaciones en las mesas de plástico, donde brillaban las puntas de los cigarrillos, se fusionaban en un tapiz ruidoso que te envolvía enseguida. Había chicos y chicas sentados, volaban las miradas, la risa se asentaba relajada en las comisuras de los labios.
Y en la mesa de al lado los pescadores, que habían remendado las redes y ahora charlaban sobre zonas de pesca. Solo una mesa más allá los turistas preguntaban a los lugareños sobre sus posibilidades de éxito en «Dolphin Watching», cuyo bote a un tiro de piedra de allí sacaba a sus clientes al mar todas las mañanas.
Dentro sonaba música.
Agnes, la sueca que había dejado pasar la oportunidad de dejar a tiempo a Rui Aviola y servía a los clientes, saludó a las hermanas con un breve abrazo.
—¿Está Da Silva?
Agnes señaló al otro lado. La «terraza» del Farol ocupaba el camino adoquinado que rodeaba todo el local.
Soraia y Graciana atravesaron el Farol para simplificar, porque de una entrada a otra había solo unos metros, y vieron a Da Silva en una mesa, sentado en el lado oeste del local.
Estaba solo y esbozó una leve sonrisa al ver a las hermanas Rosado.
—*Olá*.
—*Olá*, Raul.
—Sentaos.
Graciana dudó un momento, pero luego se sentó con Soraia.
—Piaf, ¿qué te trae por aquí? Querías ir al n.º 5.
—He ido. Pero… acabo de enterarme de que el *senhor* Lost no nos delató queriendo a Duarte, sino que no lo pudo evitar. Tiene asperger.
—¿Qué es eso?
—Como Pepe.
Cuando lo entendió, Raul da Silva abrió un momento la boca como si fuera a comentar «ya» o «entiendo» o algo parecido, pero no dijo nada y se limitó a asentir.
—Duarte le preguntó quién decía la verdad —aclaró Graciana.
—Eso explica algunas cosas —admitió Raul da Silva—, unas cuantas.
Se veía que estaba repasando mentalmente los encuentros del día

con el *alemão*.

—¿A qué equipo está asignado?

—A ninguno.

Graciana inclinó la cabeza un poco hacia delante por la sorpresa.

—Pero me has dicho…

Da Silva la detuvo con un gesto.

—Lo sé.

—¿Y?

El tema la tenía en ascuas, Soraia lo sabía, Da Silva lo notaba, cualquiera que tuviera ojos en la cara se lo notaría a la subinspectora menuda.

—No hay otro equipo, he hablado antes por teléfono con la Europol en La Haya. Si el intercambio no funciona, envían al agente a casa.

—¿Lo sabías antes de venir al hospital? ¿O después?

Su superior sabía que se metía en la boca del lobo con su respuesta:

—Antes. Cuando he…

—No es justo…

—Escucha —la interrumpió él, y levantó el dedo índice—, escucha. ¿Qué habría pasado, eh?

—Yo…

—Ya te diré yo lo que habría pasado: no habrías sido capaz de enviarlo a casa, habrías preferido seguir trabajando con Leander Lost. ¿Es cierto? ¿Verdad?

—Supongo —confesó Graciana, sobre todo para sí misma.

Raul da Silva asintió, pero su expresión no era triunfal ni de satisfacción.

—Vuestra colaboración te habría puesto de los nervios durante un año, Graciana. ¿Y Carlos? ¿Crees que olvidaría lo que ha pasado y diría: «Da igual que me haya disparado en la pierna, empecemos de cero, no soy rencoroso»? ¿Esa habría sido su postura?

—No —se adelantó Soraia a su hermana mayor.

—Pues eso —concluyó Da Silva—, la verdad en un momento inoportuno puede hacer más daño que una mentira a tiempo. Leander Lost habría hecho saltar por los aires vuestro equipo, y no puedo permitírmelo.

Estas últimas palabras pillaron desprevenida a Graciana, que las recibió como un puñetazo en el estómago. Sonrió, le puso una mano encima a su jefe, igual que había hecho Soraia con Carlos en el n.º 5, y dijo:

—¿Dónde está, Raul? ¿Dónde se aloja?

—En ningún sitio, el *senhor* Lost tomará el primer avión a Hamburgo.

Graciana volvía a tener esa mirada cuando se levantó.

Raul da Silva se relamió los dientes con discreción.

—Otra cosa: Ousman Jobe no va a prestar declaración —añadió con un suspiro.

# 11

Como suponía, Carlos estaba sentado en la azotea de su casa en Rua Bombarda, n.º 6, que no estaba ni a trescientos metros de Virgílio Inglês, n.º 5, a medio camino del Farol. De día y también esa noche había buenas vistas del canal, donde los pequeños botes, transportadores y yolas oscilaban unos al lado de otros sobre las aguas tranquilas. Detrás se veían las amplias instalaciones de las salinas, con sus cerros de sal y el brillo blanco azulado bajo la luz de la luna. Parecían una promesa tranquila.

Tras los charcos para la producción de sal empezaba la parte apacible del Atlántico, tan domesticado por las corrientes y los vientos que ya no se distinguía en su encuentro con el mar Mediterráneo en el estrecho de Gibraltar, a unos cien kilómetros más al este.

Abajo, justo en la esquina de enfrente, había un supermercado minúsculo llamado Loja Fresca, con una preciosa fachada de azulejos verdes. Allí compraba lo imprescindible Carlos Esteves.

La tiendecita lindaba con un bar sin nombre que tenía solo una barra, unas cuantas mesas y dos torres de cajas de cerveza dentro: las llenas y las vacías.

Por el Largo 1º de Maio, que cruzaba la Rua Miguel Bombarda, se llegaba al mercado municipal, donde al salir el sol ya se vendía la pesca de la noche: corvinas, doradas, cangrejos, calamares, camarones, gambas, atunes, almejas y mejillones.

Los cocineros y comerciantes que se lanzaban al tumulto en busca de las mejores piezas también acudían desde los alrededores. Había valoraciones y regateos, movían las cabezas de lado a lado, hacían gestos atrevidos con las manos, al final se envolvía la presa, se intercambiaban unas palabras amables, pagaban y se daban la mano, conscientes de que al día siguiente a primera hora volverían a verse para ofrecer el mismo espectáculo. Luego esos hombres enérgicos, de rostros únicos curtidos por el viento, la sal y el sol, se dirigían al siguiente, que observaba su presa, que le devolvía la mirada, muerta.

Cuando Carlos Esteves se dejaba ver en uno de esos lugares, en el supermercado, el bar sin nombre o en el mercado municipal, le ocurría como en todas partes en Fuseta: lo respetaban. Lo conocían bien. Con el tiempo lo habían ascendido a subinspector con un despacho en Faro, pero siempre sería uno de los suyos.

Carlos oyó los pasos de las dos hermanas. Subieron por la escalera exterior, que solo se veía si se conocía bien la escalera del edificio blanco con los marcos de color beige en las ventanas.

Llegaron a la azotea, donde aún había algunas prendas colgadas, y se plantaron delante de la mesa, había dos sillas de madera vacías con los asientos y los respaldos gastados. Eran mucho más cómodos de lo que parecían, Graciana lo sabía.

Las dos hermanas lo miraron hasta que por fin asintió en silencio. Graciana tomó asiento y Soraia se acercó a un pequeño cobertizo hecho de madera y un tramo de tejas colocadas con cariño. Debajo estaba la nevera, de la que sacó un vino blanco, además de dos vasitos del armario situado al lado.

Carlos y Graciana aún no habían dicho una palabra. Soraia se sentó al lado de su hermana y les sirvió. Carlos se encendió un cigarrillo y sopló el humo al cielo nocturno.

Graciana paseó la mirada por las salinas: Carlos siempre tenía a la vista la historia de su familia. Volvió a mirarlo.

—Jobe no va a declarar.

Carlos se relajó a ojos vista, era evidente que esperaba que quisiera hablar de Lost.

—¿Quién lo dice?

—Da Silva. Acabamos de estar en el Farol.

—Así que juega a la defensiva.

—Sí.

—Entonces es sospechoso de asesinato.

—Ahora mismo no podemos demostrar que cometió asesinato. Solo lo que hemos visto.

Carlos frunció los labios:

—Tampoco son tan malas las opciones. Lesiones graves, toma de rehenes, coacción, incendio… Todo eso junto solo lo hace alguien que tiene algo más grave que esconder.

—Desde luego. El fiscal también quiere seguir esa línea, pero las cartas no son buenas. No hay una relación causal necesaria entre el asesinato de *O Olho* y el robo en su oficina.

—¿A eso lo llamas tú «no necesaria»?

—Solo estoy diciendo cómo lo va a valorar un abogado. «Necesaria» significa que no hay otra explicación. Creemos que Ousman Jobe golpeó a *O Olho* en el bote y que algo en la oficina de Ciclopes lo señalaba. Oyó en la radio que la policía estaba investigando un accidente y le dio miedo de que en realidad investigaran un asesinato. Por eso fue a Luz de Tavira y quiso prenderle fuego a todo.

—¿Por qué si no iba a investigar la policía? —preguntó Carlos Esteves.

—Bueno, por un accidente de consecuencias mortales, por ejemplo

—repuso Graciana—, justo lo que hemos hecho.

—Sí —contestó Carlos, que llevaba todo el tiempo pinchando aceitunas con un palillo en un cuenco de barro, las masticaba con placer y devolvía el recipiente al medio de la mesa a modo de invitación silenciosa.

—Pero a lo mejor solo entró a robar cuando se enteró de que *O Olho* estaba muerto. Buscaba dinero. O cosas de las que poder sacar dinero. No nos esperaba. Aparecimos de repente en la oficina. Y luego la reacción fue exagerada. Esa versión también es posible, así que la conexión con el asesinato del bote deja de ser necesaria.

Carlos le dio la razón con un gruñido.

Graciana lo tenía enganchado, lo notaba. Había sido lista al no iniciar la conversación con Leander Lost. Soraia se comió una aceituna y respetó el acuerdo al que habían llegado de camino.

—Solo sería necesaria —continuó Graciana, como si se le acabara de ocurrir— si el motivo del asesinato de *O Olho* estuviera en su oficina. Era detective privado, así que es probable que hubiera descubierto algo. Tal vez incluso lo había fotografiado. Algo con lo que tenía a Ousman Jobe contra las cuerdas.

—Puede ser —admitió Carlos ante el razonamiento de su colega—, a lo mejor hasta quedaron en el bote del *senhor* Conrad para hablar de ello. Quizás *O Olho* quería dinero o información.

—Acaba en pelea —siguió Graciana.

—Y luego lo mata. También podría tratarse de una fotografía inoportuna, y Jobe quería asegurarse de que *O Olho* no tuviera una copia digital en el ordenador.

Carlos y ella sabían que Markus Conrad estaba dispuesto a todo si había un céntimo de ganancia. A nadie que lo conociera le sorprendería que hubiera presionado a un ilegal por un pequeño importe, cien o doscientos euros, o quinientos, y le diera igual cómo los consiguiera.

Como Jobe estaba esperando el permiso para trabajar legalmente o por lo menos poder quedarse, el detective privado contaba con un excelente recurso para presionarlo. Un tirón de bolso documentado en una fotografía habría descartado a Jobe para la concesión ante la concesión de un posible permiso.

—De hecho, ¿cómo iba a llegar un pobre desgraciado como Ousman Jobe sin bote hasta el *senhor* Conrad? —preguntó Carlos, y se sirvió un *medronho*.

—Con un bote robado, por ejemplo —contestó Graciana—. Tal vez se fueron juntos, y durante el camino de vuelta Jobe dejó que el bote tocara tierra con el muerto a bordo. Desde la isla del este hasta tierra firme solo hay que nadar quinientos metros por la laguna.

—Es pan comido, es cierto. Pero de todos modos es inútil darle

vueltas —concluyó Carlos con un gesto—, sea como fuere, ahora no es más que ceniza. Jamás lo sabremos.

—Tal vez haya alguien que nos puede ayudar.

Carlos alzó la vista con interés.

—¿Quién?

—Leander Lost —contestó Soraia, que intervino por primera vez en la conversación en la azotea.

Carlos se atragantó con la cerveza, pero pudo reprimir la tos. También consiguió controlar rápido la sorpresa.

—Ya. ¿Y cómo? ¿Los asperger pueden retroceder en el tiempo?

—En cierto modo, sí —contestó Soraia—; algunos tienen el don de contar con habilidades especiales. Es algo parecido a… un talento excepcional aislado.

—El humor seguro que no es —aseguró Carlos—. ¿La puntería, tal vez?

Graciana pasó por alto la broma.

—Tiene memoria fotográfica. En teoría.

Aquello despertó el interés de Carlos, lo notó en la manera de estudiarla. Por cómo intentaba averiguar mirando de reojo a Soraia si era un pequeño farol para tranquilizarlo respecto del *alemão*. No lo era. Vio que se erguía en la silla, como si quisiera tomar el aire.

—¿Crees que lo que estamos buscando puede estar en su cabeza?

Las hermanas asintieron al unísono.

—Si no podemos romper el silencio de Jobe —añadió Graciana—, ahora mismo estamos en un callejón sin salida en la investigación. Él es la clave, y no dice nada. Así que, ahora mismo, Lost es la única carta que podemos jugar.

Carlos puso una cara como si el dentista acabara de comunicarle que necesitaba hacerle un tratamiento de raíz sin anestesia.

—¿De dónde habéis sacado lo de la memoria fotográfica? ¿Lo ha dicho él? ¿O sus colegas de Hamburgo?

—Sus colegas de Hamburgo —dijo Graciana con un leve temblor en la voz—, a los que tanto aprecia Lost, se ríen de él a sus espaldas. Lo he oído al teléfono.

A Soraia se le formó un nudo en la garganta.

—¿Qué dice Leander de sus colegas?

—Que son como su familia —contestó Graciana, y luego se volvió hacia Carlos—. Pero su familia no lo quiere.

—A lo mejor también ha disparado a sus familiares, y con el tiempo a ellos no les ha gusta…

—¡Carlos! —lo reprendió Soraia, y se le dibujó una profunda arruga desde la base de la nariz hasta la frente, formando un sofisticado eje de indignación—. Han usado el programa de intercambio para deshacerse de él. Como si fuera basura.

Carlos sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Graciana con aspereza.

—Que considere un privilegio ese programa de intercambio —contestó Carlos, que no se dejó arrebatar la parte divertida de una historia tan paradójica.

Soraia dio un golpe tan fuerte en la mesa que Graciana supo que a su hermana le dolería la mano durante los siguientes diez minutos.

—¡No es gracioso! Es horrible lo que le hacen a alguien que no se puede defender. No se puede ser más miserable. Sé que le guardarás rencor a Leander para siempre por haberte disparado en la pierna, pero te lo juro, también tendrás que oírme decirte una cosa toda tu vida: te salvó la vida, maldito cabezota, que tienes un gran corazón, pero parece que hoy ha dejado de latir. Voy a ir a buscarlo ahora mismo. Está en el aeropuerto esperando su avión de regreso.

Se limpió la cara tan nerviosa y enfurecida que se hizo un arañazo con la piedrecita de un anillo en la mejilla, y se fue dando zancadas.

Carlos hizo una mueca mientras Graciana conservaba la calma y lo observaba. Luego respiró hondo, una forma enigmática de expresar su pena y el fin de la magnanimidad, y siguió a su hermana por la escalera.

Soraia estaba abajo, en la Rua Miguel Bombarda, junto al Volvo, sonándose con un pañuelo de papel. Graciana le puso una mano en la espalda.

—No pasa nada —dijo Soraia, y evitó la caricia—, vamos.

—Sí.

Graciana abrió el Volvo con la llave porque hacía dos años que olvidaba comprar la pila de repuesto, pequeñita y plana, para el mando a distancia, y subió al mismo tiempo que Soraia.

—Eh, So.

—¿Qué?

En vez de decir nada, Graciana se inclinó y le dio un beso en la mejilla a su hermana pequeña. Soraia no quería, pero se puso a reír y a llorar a la vez.

Graciana le devolvió la sonrisa. Luego arrancó el motor, que reaccionó con un rugido seguro.

Cuando puso las luces cortas, Carlos salió por la puerta con sus muletas y se acercó a ellas a trompicones. Abrió la puerta trasera, lanzó las muletas al asiento, se sentó y cerró la puerta.

—No quiero oír ni una palabra.

Graciana se dio la vuelta y arrancó.

Graciana hizo volar el Volvo por la N 125 hacia el oeste. Con el ánimo

alicaído de una noche demasiado larga en la que todos habían llegado a un punto muerto, Camané los catapultó al nuevo día. El cantante se llamaba en realidad Carlos Manuel Moutinho Paiva dos Santos Duarte, un nombre un poco excesivo para los estándares portugueses, por eso había reducido esa cascada de apellidos a un informal Camané. A las cuatro de la madrugada, en Radio Algarve ponían su *A Cantar É Que Te Deixas Levar* para todos los trasnochadores y madrugadores. La voz aterciopelada y clara del fadista era inconfundible.

Primero empezó Graciana a mover la cabeza al volante al ritmo de la música. Soraia, cuya barbilla se hundió despacio en el pecho, se puso a tararear la melodía y abrió la ventanilla. El viento fresco también levantó los ánimos de Carlos, al que se le habían cerrado los ojos por un momento. Tras unos instantes de reflexión, también se puso a tararear.

Poco antes de Faro, Graciana cambió a la circunvalación N 125-10, que escogió para no tener que pasar por el hospital de camino al aeropuerto. Cuando cruzaron el cauce seco del Rio Seco, los tres iban tarareando al unísono, y a la altura de la vía de acceso a la autopista a Lisboa ya estaban cantando.

Con el último compás, la negrura de la noche se fue retirando al este y dio paso a un azul oscuro al que pronto le sucedió un color que ninguno de los tres se había cansado de ver en toda su vida: el azul cielo.

# SEGUNDO DÍA

# 12

—¿Cómo sabéis lo de la memoria fotográfica? —preguntó Carlos a Soraia mientras atravesaban la terminal del aeropuerto de Faro.

Graciana estaba organizando, gracias a su placa, que pudieran pasar sin problema por la aduana para saltarse el control de personas.

Mientras un colega de aduana que le ponía ojitos a Graciana los guiaba a los tres por el departamento recorriendo algunos pasillos más de los necesarios, Soraia se lo explicó a Carlos.

—Ayer me dejé la lista de la compra en Villa Elias. Eran más de treinta cosas, pan, queso, sardinas, de todo. Cuando fuimos juntos al supermercado, lo enumeró todo, incluso las marcas. Uno detrás de otro. Sin dudar. Como si lo estuviera leyendo de una imagen en su cabeza.

—A lo mejor se lo aprendió de memoria…

—Aun así, el resultado sería excelente. La hoja se me cayó en casa, Leander la recogió, le echó un vistazo y me la devolvió. No tardó ni un segundo. Esas dotes especiales de los asperger también definen el síndrome de Savant. Del sabio. Por una parte, tienen defectos cognitivos, no saben interpretar el estado de ánimo de sus semejantes, y la mayoría carece de filtros naturales para las percepciones sensoriales. Por otro lado, hay pequeños sectores en los que tienen altas capacidades mentales. Kim Peek, por ejemplo, podía recitar de memoria libros enteros después de leerlos una sola vez.

—Asombroso. ¿Cuántos?

—Más de diez mil.

Carlos chasqueó la lengua en señal de reconocimiento.

—¿Ese tal Kim Peek tenía otras aficiones?

—Sí, sabía el código postal y el prefijo de todas las ciudades de Estados Unidos. O Stephen Wiltshire. Podía dibujar con todo detalle algo que solo había visto una vez. Tras dar una vuelta en avión sobre las ciudades, las plasmaba de memoria en dibujos realistas y en grandes panorámicas. Una locura.

Salieron de la aduana y entraron en el área común donde los pasajeros esperaban su vuelo con el equipaje de mano. Tiendas de recuerdos, marcas de moda de lujo, bares y cafeterías, tiendas de prensa junto a otras de recuerdos, con multitud de treintañeros acicalados de ambos sexos que pagaban sus compras con tarjeta. Ante esa imagen, costaba creer que la mayor parte de Portugal estuviera

aún en la cama.

Buscaron con la mirada a Leander Lost.

—¿Alguien más que hayas olvidado con la emoción? —se burló Carlos.

Soraia no le hizo caso y asintió:

—A Daniel Tammet le dieron una semana para estudiar islandés.

—Déjame adivinar, consiguió aprenderlo.

—¿Y no te recuerda a algo, eh?

Sin querer, Graciana salvó a su colega de darle la respuesta:

—Ahí está.

Leander Lost estaba igual que cuando llegó: con el traje negro, la camisa blanca sin una sola arruga y la corbata estrecha de piel. Iba recién afeitado y le estaba explicando a la dependienta, que lucía una sonrisa acartonada para clientes, por qué la oferta no tenía sentido matemático. No captó que la señora le daba las gracias por la lección para quitárselo de encima.

Leander se dio la vuelta y se quedó de piedra. Se topó con tres pares de ojos que ya había visto y que lo miraban directamente. Las bocas, las narices, las cejas. Las complexiones, las siluetas. Poco a poco, y aun así en cuestión de fracciones de segundo, acabaron encajando, y aparecieron en los ojos de Leander Graciana y Soraia Rosado, y Carlos Esteves.

Se acercaron a él. Las dos mujeres sonreían mucho. Si la medida de la sonrisa de las chicas era del cien por cien, la del subinspector se situaría en un quince por ciento. Lo que era seguro era que él sentía dolor, concluyó Leander.

—Qué bien que le hayamos encontrado —le dijo Graciana—. Nos gustaría que se quedara con nosotros y no tomara el avión de vuelta.

Leander Lost estaba atónito. Por primera vez los tres vieron en su rostro impávido que se sentía molesto.

—El inspector Da Silva me ha dicho que no tenía otro equipo al que unirme. Que lo lamentaba mucho. Antes me ha comunicado que ustedes dos no querían trabajar más conmigo —repuso.

Si Carlos y Graciana esperaban a alguien a quien le costara entender los sentimientos de los demás, o quizá que incluso apenas los sintiera, habían recibido un buen escarmiento. En su réplica seguía resonando la herida que le había provocado el contundente rechazo. Tampoco les devolvió la sonrisa. Ni siquiera al quince por ciento. Sus labios formaban una línea.

Era de esperar que la respuesta de Leander Lost fuera clara y racional, así que a Soraia no le sorprendió. Aun así, era impactante. Parecía un noble de otra época que llamaba a las cosas por su nombre

con franqueza y autoridad, dispuesto a asumir las consecuencias. Ni siquiera parpadeaba. En ese reencuentro, Soraia sintió que hacía una eternidad que se conocían, y no solo un día.

Carlos y Graciana cruzaron una mirada rápida. Carlos se aclaró la garganta.

—Ha sido un… lamentable malentendido —se explicó Graciana.

—¿Sí? Su superior ha dicho que no querían colaborar con alguien que los dejaba en la estacada delatándolos ante un colega. Ante el subinspector Duarte, en mi caso.

—Confiamos en usted, *senhor* Lost. Toleramos la plantación de cánnabis en Arroteia porque a cambio Filipe Carvalho nos proporciona información discreta que hace que evitemos otros delitos más graves. No se lo escondimos por aprecio y porque creemos que un buen equipo no debe tener secretos profesionales.

A Leander Lost la respuesta de la portuguesa menuda le pareció más compleja de lo que esperaba. Le dieron ganas de decirle que era incapaz de mentir, algo que, a juzgar por las estadísticas, la gente hacía de media doscientas veces al día. Los hombres, en principio, en una de cada dos frases, y las mujeres, cada doce frases. Era un mundo secreto que convivía con el suyo, una dimensión paralela en la que la gente intentaba engañarse mutuamente y a la que él no tenía acceso.

Sus lamentables intentos de aprender a mentir aplicando unas reglas (soltar la mentira en beneficio propio) fracasaron porque no le veía ninguna ventaja. Al final las mentiras de una persona siempre acababan desenmascaradas por sus actos.

Con todo, Leander Lost sentía su incapacidad de mentir como un defecto. Para no tener que confesar esa dificultad, lo intentó con una respuesta moral:

—Podrían haberme dicho a las claras que era un secreto. Di por hecho que el subinspector Duarte estaba al corriente.

Si interpretaba bien los rostros, los ojos y bocas abiertos a la vez, Graciana Rosado y Carlos Esteves se quedaron perplejos. Era un buen momento para echar un poco más de leña al fuego.

—En algún momento acabarán enfrentándose a un dilema moral. Porque para cada infracción y delito siempre hay otro más grande que evitar. Siguiendo esa lógica, deberían restar importancia a un solo asesinato si pudieran evitar así un asesinato en masa. Supongo que no es eso lo que pretenden.

Luego hizo una pausa.

—El segundo motivo que ha expuesto el inspector Da Silva es el tiro que le disparé, *senhor* Esteves.

—Sí —Carlos no pudo evitarlo—, en Portugal está bastante pasado de moda disparar a los compañeros. ¡Podría haberme lisiado!

—Carlos —lo reprendió Graciana para que se calmara.

—¿Qué? Es la verdad. No hay ningún tirador en el mundo que sea tan bueno. En el peor de los casos podría no volver a usar la pierna.

—Es cierto —recibió Carlos la confirmación de quien no esperaba—, entiendo que esté enfadado conmigo. La conmoción, el dolor, el período de convalecencia, los daños. Pero el agresor le estaba presionando la carótida con un cuchillo. Tuve que calibrar la situación. Se puede vivir con una pierna tullida, con la garganta degollada, no.

Durante medio minuto se hizo el silencio en ese punto de la zona común.

—Podríamos haber hablado con usted, y no lo hicimos —empezó a decir Graciana—, nos equivocamos al suponer su motivación y… lo siento… Lo sentimos. Quería disculparme.

Dio un paso adelante y le tendió la delicada mano. La mantuvo así durante segundos. Entonces él la agarró y se dieron un apretón de manos para zanjar el asunto.

—*Obrigada* —dijo Graciana, y le dedicó una sonrisa encantadora, solo superada por la de Soraia.

Ella fue directa hacia Lost, lo rodeó con los brazos y dijo:

—Me alegro de que te quedes.

—¿Sí?

—Sí.

Leander asintió con la esperanza de que se le revelara el sentido de aquellas palabras, porque no iba a trabajar con Soraia Rosado. Por otra parte, parecía que ella esperara que supiera cuál era el motivo. Pero no lo sabía.

—¿Por qué?

Soraia sumergió sus ojos castaños en lo más profundo de los de Lost. En ese momento a Leander le invadió la sensación irracional de que ella era tan íntima como una canción que conocía desde la infancia. Aquello le confundió, porque no hacía ni veinticuatro horas que se conocían. Pero lo sentía. Y si lo sentía, era cierto.

—Porque tú… No lo sé.

Soraia le soltó las manos, y Leander tuvo la sensación de que ella acababa de mentir. La gente tenía más maneras de mentir que plantas había en el mundo. Mentiras de verdad, medias verdades, mentiras necesarias, mentiras piadosas, los subgrupos de cuentos chinos, de mentiras que se iban acumulando, los complejos de mentiras, por así decirlo, la disciplina reina del autoengaño, un montón de mentiras con un trasfondo cultural, de género, individual, según la edad, específicas de grupo, mentiras oficiales, engaños tontos y… sí, las mentiras buenas.

La mentira de Soraia parecía del último tipo.

Soraia retrocedió y se sonrojó un poco bajo las miradas de burla

suave que se ganó por parte de Carlos y su hermana.

Leander desvió la mirada hacia el subinspector Carlos Esteves, que observaba apoyado en las muletas a una chica con un top ceñido.

—Carlos quería decirle otra cosa —comentó Graciana—, pero me falla la memoria.

Carlos calculó con la mirada los pasos que lo separaban de la humillación de Canossa, luego recorrió los dos metros que lo separaban de aquel hombre. Le tendió la mano, y el alemán la estrechó. Carlos le dio un buen apretón.

—Me alegro de volver a tenerlo a bordo, *senhor* Lost.

—Yo también. Estoy contento de mi estancia en Portugal. Aunque sea un país más pobre y a veces parezca un poco descuidado, tiene… encanto.

Carlos forzó una sonrisa.

—Qué halago tan bonito, ¿verdad, Graciana?

—Sí, estoy muy emocionada —se esforzó Graciana.

Soraia les dio un codazo discreto en el costado, y Carlos soltó la mano del alemán.

—¿Sufre dolores fuertes, *senhor* Esteves?

—Ah, eso… Nada digno de mención. Pero si vuelve a encontrarse en un apuro, no escoja otra vez la pierna izquierda. ¿Nos vamos? Estoy hecho polvo. Ah, y otra cosa. Hágame el favor de no imitar mi manera de vestir. El negro le queda bien.

Nada más subir al Volvo, Carlos dio una cabezada junto a Soraia en el asiento de atrás. Tampoco se despertó cuando Graciana puso la luz azul del techo y las sirenas en un atasco y el tráfico se abrió despacio pero constante, formando un colorido tapiz de vehículos.

En Alfandanga, el pueblecito de paso que había antes de Fuseta, cogieron el camino rural hasta Villa Elias y dejaron a Leander. Quedaron para el mediodía.

—Creo que, para colaborar, de ahora en adelante será más eficiente si me puedo mover solo —comentó Leander al bajar—. ¿Podría disponer de un coche?

—No, tiene asignado uno de Faro. De hecho, ya debería estar, pero…

Se encogió de hombros en un gesto inocente.

Leander terminó en su cabeza la frase que ella había interrumpido y entendió lo que quería decir con su omisión.

—¿Tiene el permiso de conducir de motos? —preguntó Soraia.

Lander asintió.

—¿Estás pensando en la Ducati de la casa de invitados? —inquirió Graciana.

—Sí. ¿Te parece bien?

Las hermanas se miraron a los ojos para ver su propio asombro reflejado en ellos. Soraia leyó lástima, y Graciana, una tristeza tan elemental que le dio la mano por instinto a su hermana y la apretó un momento.

—Creo que sí. La llave está…

—Ya sé dónde está la llave —la interrumpió Soraia, y bajó cuando Leander Lost sacaba el equipaje del maletero. Graciana le lanzó esa mirada de sorpresa que Soraia ya esperaba—: Voy a ayudar a Leander con las maletas y a hacer el desayuno, Grace.

Soraia ni siquiera esperó la respuesta de su hermana mayor, y cerró la puerta.

El tipo flaco del traje negro con el pelo rapado y la mujer menuda y delicada de la falda beis y la camisa blanca se fueron sin ni siquiera volverse para mirarla.

Graciana tuvo que aguzar un poco la mirada para asegurarse, pero luego comprobó que el *alemão* seguía llevando las alpargatas. Le sentaban bien, resultaba tierno. Puso marcha atrás y apretó el acelerador. Interrumpió así un momento los ronquidos de su colega, luego el Volvo salió disparado dejando una nube de polvo de color marrón claro.

Al principio, Leander Lost no le dio más importancia. Soraia lo ayudó a volver a colocar la ropa en el armario, mientras le preguntaba cuál era el lugar exacto de cada prenda. Luego se quedó helado.

—¿Por qué haces esto por mí? —Leander se dio cuenta de que apreciaba duda en sus palabras

—Por hospitalidad —le dijo ella, y las mejillas se le tiñeron de rojo. Soraia tenía una buena circulación.

—Ya había leído en la guía de viajes que los portugueses son conocidos por su hospitalidad.

Soraia asintió. Luego miró un momento los dos trajes negros, las diez camisas blancas y las corbatas negras del armario antes de salir.

Leander desplegó el paño de piel con los vigilantes, que solo habían vivido un breve interludio en Villa Elias. Volvió a colocar el ojo en la repisa de la ventana y el rayo en la mesita de noche. Ahora estaba a salvo.

En la terraza con techo de bambú se recostaba en la pared del fondo un banco de piedra rodeando la pesada mesa de roca. Ahí estaba Soraia sentada, frente a dos tazas que desprendían aroma a café, mientras se liaba un cigarrillo.

Junto a la mesa había una Ducati Scrambler, una belleza, una moto

antigua con unos radios elegantes, además de instrumentos redondos analógicos. La rueda trasera iba suelta y solo estaba unida al esqueleto con una transmisión de correa. En el asiento se erguía un casco negro sin protección en la barbilla. En la parte trasera había una mancha blanca con un ocho negro en el medio. Leander Lost sonrió para sus adentros al ver esa referencia a la bola de billar negra. Apenas había polvo en el vehículo. La llave estaba puesta.

—He hecho café.

Leander apartó la vista del vehículo y se sentó con Soraia.

—Gracias.

Ella asintió y lo observó.

—Puedes usar la moto si quieres.

—¿De quién es? —preguntó Lost. Probó el café, que era fuerte. Le pareció bien, empezaba a sentir un picor en los párpados.

—Era de mi hermano. Elias.

Leander percibió el tono especial en la voz, era el que aparecía en todas las voces antes de quebrarse. Miró a Soraia. La circulación ya no era buena, estaba pálida.

—Un viernes de hace siete años hubo un atraco en una furgoneta blindada. Mi padre era el jefe de la GNR en Moncarapacho. Elias también trabaja allí. Aquel día tenía trabajo en Pinheiro y siguió su camino. Llegó cinco minutos después que mi padre al lugar de los hechos. Fue… Hubo un tiroteo. Desde entonces mi padre está paralítico. Y Elias, muerto.

Para el resto de personas, la línea que separaba la muerte de la razón era de solo unos milímetros, Leander lo sabía por experiencia. La muerte parecía cobrar vida propia en sus cabezas, de pronto los seres queridos se planteaban la existencia de otro mundo, cuando unos días antes lo consideraban pura superstición.

—Mis condolencias —fue la reacción mecánica de Leander.

—*Obrigada*, Leander, pero… hace mucho tiempo de eso. Ahora estás aquí. Creo que a Elias le habría parecido bien que llevaras su moto —dijo con una leve sonrisa.

Ahí estaba de nuevo, esa irracionalidad en cuestiones relacionadas con la muerte: ¿cómo lo sabía? Elias llevaba siete años muerto, su hermano y él no se habían conocido. Probablemente no se habrían soportado. Pero, si estaba descifrando medio bien los gestos de Soraia, parecía creérselo, y con eso se daba por satisfecha. Era curioso.

—Podríamos ir a desayunar juntos —cambió de tema Soraia—, conozco una *pastelaria* fantástica. Buen pan, unos cruasanes excelentes, calientes y rellenos de jamón y queso, ¿sí?

—Bien. Después del café.

Soraia se alegró.

—Puedes llevarme con la Scrambler, vivo al doblar la esquina.

Él asintió.

—¿Tienes hermanos, Leander?

—No.

—¿Y… tus padres?

—Mi madre está muerta. Murió en un accidente de tráfico.

Una parte del ambiente distendido recién creado se desvaneció. Soraia volvió a escudriñarlo con la mirada. La barbilla era discreta, la nariz dominante, las pestañas largas. La barba fuerte mitigaba un poco el aire juvenil, incluso recién afeitado dejaba una sombra discreta. Los dedos eran finos y largos.

—Lo siento.

Él la miró a los ojos. La estudió. Leander intentaba averiguar en qué sentido lo decía.

—Ni siquiera la conociste.

No lo dijo en tono de reproche ni de rencor, solo era una afirmación objetiva.

—Lo siento por ti —añadió Soraia—, a nadie le gusta perder a su madre.

—Sí, entiendo.

—¿Y tu padre?

—No lo conozco. No sé quién es.

Soraia tragó saliva.

—Leander, ¿dónde te criaste?

—En el orfanato de St. Ansgar.

Guardaron silencio un rato.

—Los autores del atraco de hace siete años, ¿los detuvieron? —preguntó Leander.

Al no obtener respuesta, alzó la vista. Soraia se había dormido.

Leander se reclinó en el asiento. En el límite superior de su campo de visión algo se movió. Levantó la mirada y vio una salamanquesa que corría por el techo. Se detuvo. Miró alrededor. Volvió a dar unos pasos.

Mientras observaba al animalillo, Leander Lost asentía.

# 13

Carlos Esteves y Graciana Rosado estaban frente al edificio acordonado con cinta policial en Luz de Tavira. Según los había informado el perito de Faro, la parte incendiada volvería a ser habitable tras una reforma integral. No había riesgo de derrumbe.

Cuando la Ducati Scrambler dobló la esquina, los dos alzaron la vista: apareció una silueta negra sobre un vehículo amarillo. La chaqueta y la corbata negras ondeaban al viento.

Leander Lost paró detrás del Volvo, se quitó el casco y se acercó a ellos.

—*Boa tarde*.

—*Olá*.

Graciana señaló arriba con un leve gesto de la cabeza, donde las llamas habían dibujado triángulos irregulares de hollín sobre las ventanas hechas añicos en la pared del edificio.

—La situación es: el ladrón es Ousman Jobe, un gambiano que reside aquí de forma ilegal y estaba esperando el permiso. Su proceso aún no había concluido, pero ahora sus expectativas de éxito serán pésimas. Aparte, no habla del incidente. Pero es evidente que era muy importante para él destruir del todo la oficina de Markus Conrad.

—Entonces no sabía qué estaba buscando —constató Leander—. O lo encontró y no quiso invertir tiempo en averiguar si había una copia. Solo un incendio que lo destruyera todo se lo garantizaba.

—Sí. Entremos a ver si queda algo.

—Podría haberlo escondido cuando llegamos —comentó Leander.

—Lo han registrado, a él y la ropa —dijo Carlos.

—Pero… ¿no habían llegado ya los de la científica? —preguntó el *alemão*.

—Sí, sí —se apresuró a contestar Carlos—, pero no hace ningún daño, ¿no?

—Vamos.

Graciana Rosado no esperó su reacción y se fue.

Cuando giraron a la izquierda hacia Ciclopes por el pasillo casi intacto pero húmedo de la primera planta, se dieron cuenta de que hasta entonces estaban en la dirección del viento. Ahora caminaban contra el viento del sur en medio de un muro pestilente. La madera quemada

y mojada emanaba el olor de base, sobre el que se había acumulado una mezcla de goma, plástico quemado y espuma de extintor en un hedor penetrante. Algo empalagoso que lo impregnaba todo completaba aquel olor.

Tomaron aire a toda prisa y pasaron por la placa metálica carbonizada, que con el calor se había fundido en un semicírculo.

El mobiliario de las dos salas estaba abrasado. Las estructuras de las sillas giratorias y los escritorios se veían desnudos como esqueletos metálicos. Lost se agachó junto a los restos del ordenador, un iMac, que se había derretido hasta convertirse en un amasijo de aluminio.

Miró a Carlos, que estaba con las muletas justo donde el día anterior lo habían tomado como rehén. Tal vez intentaba recordar los segundos decisivos para revivirlos en su cabeza.

Graciana, interesada en los restos de los expedientes (unas cenizas blancas infladas), le devolvió la mirada.

—La KTU ha visto el disco duro —dijo a la pregunta que Leander no había formulado, y contestó sacudiendo la cabeza.

A Leander no le sorprendió. Se levantó de un respingo y miró alrededor.

—En la sala contigua no había nada. No es más que un cuarto de la limpieza —dijo Graciana, la única que había podido echar un vistazo —. Así que lo que buscara Ousman Jobe tenía que estar aquí, en la oficina. Recuerdo que aquí estaba el tablón con las fotografías. Aparecía… gente —comentó Graciana al tiempo que señalaba la pared carbonizada, de donde aún colgaba una parte del marco abombado del tablón.

—Sí —coincidió Carlos, y se acercó con las muletas—, creo que el escritorio estaba vacío.

Leander Lost asintió, sin percatarse de la atención con la que sus nuevos colegas valoraban ese gesto e intercambiaban una mirada furtiva.

—No del todo —se corrigió Leander con los ojos cerrados—, había un texto encima, era un… una carta… No la veo bien…

Graciana cerró los puños, sin apretarlos muy fuerte, debido a la tensión.

Carlos le dedicó una sonrisa burlona y cerró también los ojos.

—Veo… una ventana…, junto a la ventana… había… ahora lo veo: persianas. —Abrió los ojos y sonrió.

Graciana formó una palabra con los labios: idiota.

—Yo también lo veo ahora —dijo Leander, aún con los ojos cerrados.

Dado que el mundo de la ironía le estaba vedado, solo percibió la contestación de Carlos a título informativo.

—Era un texto de la compañía del agua. Solo… ha tardado porque

lo veo a través de la mente.

Graciana lanzó una mirada triunfal a Carlos. Leander volvió a abrir los ojos.

—¿Sus recuerdos son así de exactos?

—De vez en cuando —contestó con evasivas, y no mentía—. En el texto se hablaba de la bajada de precios del agua.

—¿Y qué más?

—No veo nada más —contestó Leander Lost, concentrado.

—En la pared había fotos —continuó Graciana, que ahora hablaba más rápido—. Fotos de observaciones. ¿Podría decirnos…? Quiero decir, ¿también puede… verlas?

—Creo que sí.

A Carlos se le ocurrían unas cuantas preguntas sobre esa «habilidad». Procuraba evitar la idea del don porque siempre tiene un componente sobrenatural. Es más, ¿quién les decía que el escritorio no estuviera vacío? Y, en caso contrario, si de verdad había una hoja de papel, ¿cómo sabían que no era la sección de deportes del *Público* o una amonestación del casero o el folleto de una pizzería? En la práctica la imaginación del *alemão* no tenía límites. Carlos respiró hondo, pero Graciana lo paró con una mirada dirigida hacia su boca.

—Había cinco fotos —dijo Leander Lost con calma y concentrado—, en el grupo de las tres primeras siempre aparece un hombre. Con camisa azul y pantalones oscuros. Con una mujer. Una chica joven con gafas de sol, blusa roja, tejanos y… una cinta en el pelo. Son fotos hechas con teleobjetivo, puede que de entre 400 y 600 milímetros de distancia focal. En distintas situaciones. Arriba, a la izquierda, caminan por una especie de parque. Al lado a la derecha se los ve con más gente en un… en la terraza de un restaurante comiendo un helado. Se ríen. Y en la tercera foto están delante de un autobús, y se abrazan. Es una despedida.

Carlos se tragó sus preguntas.

Graciana no:

—¿Hay algo más en las fotos, algo que nos dé información sobre la identidad de la gente o del lugar, la fecha? ¿Algo?

Leander Lost se quedó quieto, solo le temblaban las pestañas.

—Hay una nota amarilla, con un número de teléfono.

Carlos y Graciana contuvieron el aliento por intuición, para no molestar al *alemão*.

—Cero-nueve-cuatro-ocho-siete-ocho-uno-siete-dos-dos-cuatro.

Graciana buscó un bolígrafo en el bolsillo de la camisa, que no encontró. Carlos le dio el suyo y, a falta de una hojita, anotó el número en la palma de la mano.

Leander seguía con los ojos cerrados, pero cambió la posición de los pies, como si quisiera ver dónde estaban las otras dos fotografías en el

tablón carbonizado.

—En el segundo grupo hay dos fotos, dos veces la misma mujer. Una mujer que… está en la montaña. La montaña se ve al fondo. Está sentada en un banco de madera y… está sola. Deduzco que el *senhor* Conrad utilizó el mismo objetivo. En la otra imagen está junto a una fuente. Unos niños beben de ella. —Hizo una pausa y buscó más detalles en la memoria.

—¿También hay una nota? —preguntó Carlos con un tacto insólito.

—No. Ni un nombre ni un número de teléfono.

—¿Y el resto del tablón está vacío? —insistió Carlos.

—No.

Acto seguido la tensión volvió a apoderarse de los dos subinspectores.

—No —precisó Leander—, hay siete imanes. Cuatro cuadrados, tres cilíndricos. Todos con una aleación metálica.

Graciana y Carlos se miraron con desilusión.

En ese momento sonó el móvil de Graciana.

Leander Lost abrió los ojos y por un instante pareció desorientado.

Mientras Graciana llevaba el peso de la conversación, Carlos observaba al alemán como si fuera un insecto interesante.

—¿Cuánto tiempo es capaz de recordar semejantes detalles, *senhor* Lost? —preguntó Carlos al alemán en un aparte.

—Mucho, me resulta muy difícil olvidar.

—¿En serio?

Lost asintió.

—Ojalá tuviera tan… buena memoria.

—¿Sí?

—Sí.

Ahora era Leander quien lo observaba a él como si fuera un insecto interesante.

—No todos los recuerdos son buenos —dijo después, y sonó como si supiera muy bien de qué hablaba.

Sin embargo, no llegaron a comentar más en profundidad si esa habilidad era más bien una maldición o una suerte porque Graciana puso fin a la conversación por teléfono, para gran alivio de Carlos. Nunca se había planteado cómo debía de ser recordarlo todo al dedillo, salvo las caras, y no poder olvidar lo que uno querría eliminar de la memoria. La idea era horrible.

Graciana se mordió con suavidad el labio inferior.

—¿Da Silva? —preguntó Carlos, al que le había parecido reconocer la voz del jefe.

Graciana asintió.

—Ousman Jobe ha huido.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó su compañero, atónito.

—En el traslado para visitar al juez de instrucción. Tenía que ir al lavabo, acompañado, claro. Entonces agredió a uno de los guardias y saltó por la ventana. La GNR ha puesto enseguida a todo el personal en marcha, pero se ha evaporado.

—*Merda*.

Graciana asintió.

—¿Cómo se ha quitado las esposas? —preguntó Leander Lost.

Los subinspectores lo miraron con una mezcla de arrepentimiento y convicción.

—Respetamos la intimidad de los sospechosos. Cuando van al lavabo, se les quitan las esposas —aclaró Graciana.

—En Alemania nos lo ahorramos. Por el riesgo de huida.

Carlos notó perfectamente cómo le subía la presión sanguínea al oír ese reproche innecesario.

—En caso de duda, para nosotros la dignidad humana es más importante, *senhor* Lost.

Con aquello acalló a Leander.

—¿Quién ha sido el imbécil? —preguntó Carlos a su colega.

—*O Pãvao* —contestó Graciana—. Pensaba que tenía una fractura de cráneo, pero solo era una conmoción cerebral.

El pavo real, así llamaban a Miguel Duarte por su arrogancia cuando estaban solos. Raul da Silva también lo había llamado así en alguna ocasión, de la rabia (y sin que estuviera presente).

—¿Aunque el fugitivo mate a alguien en su huida?

Si creían que Leander Lost se había callado en el asunto de las esposas y la dignidad por convicción, en ese momento se dieron cuenta de que solo estaba analizando las palabras de Carlos en silencio.

—¿Eh?

—Si el fugitivo aprovecha el respeto que muestran hacia su dignidad para huir y provoca daños irreparables, como matar a alguien, por ejemplo. La pregunta es si entonces su derecho a la intimidad pesa más que el derecho a la vida de los demás.

—No puede compensar la dignidad de uno con la de los demás —repuso Graciana en el acto—. Y si siempre queremos descartar todas las posibilidades, tendríamos que eliminar a todos los sospechosos con un tiro en la nuca. Creo que estaremos de acuerdo en que no es lo que queremos.

Sacó el móvil y marcó un número.

Carlos estaba orgulloso de la réplica rápida y sagaz de su colega. Por lo visto dio que pensar a Leander Lost, que asintió:

—Tiene razón. Limitar la dignidad con las esposas no es proporcional al posible riesgo. Sacaré a colación el asunto cuando tenga ocasión con los colegas de mi país. Deberíamos… seguir el

ejemplo portugués.

La perplejidad al oír semejante afirmación los pilló desprevenidos. Carlos, aún molesto por la arrogancia con la que les había reprochado lo mucho mejor que se procedía en Alemania, un país que muchos creían más avanzado frente a situaciones así, sintió algo a lo que se resistía en su fuero interno: un atisbo de simpatía.

Quedó claro que Graciana también estaba fuera de juego cuando la voz al otro lado de la línea le volvió a preguntar quién era.

—Subinspectora Rosado. Necesito el nombre asociado a un número de teléfono —respondió por fin Graciana, y dio la secuencia de números que llevaba apuntada en la palma de la mano.

El número de teléfono llevó al móvil de una tal Beatriz Teles, residente de Moncarapacho: Praça da República, n.º 3.

Como siempre que se trataba de direcciones que estaban cerca de bares o restaurantes, Carlos la conocía, por supuesto. En este caso no era nada excepcional porque Graciana también sabía cuál era la acogedora plaza tras la iglesia blanca, pues se encontraba a solo cien metros de su antigua comisaría. Era el edificio rosa esquinero donde se alojaba la GNR, y donde Gomes y Dias en ese momento, con el calor del mediodía, probablemente estaban atrincherados matando el tiempo. En la Praça da República estaba el Da Ana, un buen restaurante donde antes solían comer al mediodía.

Graciana tomó la M 516-2, que cruzaba la N 125 desde Fuseta y luego iba directa a Moncarapacho para desviar el tráfico desde ahí hacia la autopista A 22. La estrecha carretera atravesaba campos de olivos e higueras, con prados en medio donde pastaban cabras. Pasaron por casas con piscina y una escuela. De vez en cuando se veían unos grandes contenedores verdes en la carretera donde los vecinos depositaban la basura. En un prado donde la mitad de la hierba había podido defenderse del sol, había dos caballos a la sombra que se refrescaban junto a un abrevadero.

Graciana conducía rápido, como de costumbre, y le fue imposible no sonreír cuando miró de nuevo por el espejo retrovisor.

Carlos, que la vio, se giró.

El tipo flaco iba detrás de ellos en la moto amarilla, con su traje negro, la chaqueta y la corbata al viento y el casco negro.

—No hay nadie que no se dé la vuelta para mirarlo —comentó Graciana.

Carlos comprobó que era cierto. Incluso las ancianas que lo veían pasar a toda prisa cuando llegaron a los callejones de Moncarapacho, con los codos clavados en las almohadas que habían bordado ellas mismas, lo seguían con la mirada.

—¿Habías visto algo así alguna vez? —preguntó ella.

A Carlos no le hizo falta preguntar a qué se refería exactamente, la conocía demasiado bien, sabía interpretar cada gesto, cada temblor en la voz. Sacudió la cabeza.

—No —subrayó él.

Ella asintió.

—Yo tampoco.

—¿Crees que podría recitar de esa manera un libro entero?

—No sé qué decir. No lo recuerda todo, ¿no?

—Pero ¿y si lo recuerda?

—¿Todos los detalles?

Los dos se sentían incapaces de valorar cuantitativamente la capacidad de recuerdo de Leander Lost.

—Para un momento aquí, necesito un helado.

Cuando llegaron a la Praça da República, n.º 3, un hombre de cuarenta y tantos años estaba saliendo de la casa y abrió la puerta del conductor del coche que estaba aparcado. Mientras Carlos engullía una galleta de helado, Lost identificó al hombre como la persona que había visto en las fotografías con la chica joven.

Se llamaba Diogo Teles. Graciana Rosado y Carlos Esteves mentirían si no reconocieran que en la serie de fotografías descritas por Lost había un halo de adulterio.

Por lo visto el *senhor* Teles daba rienda suelta a su libido fuera de casa, y con una mujer que según el *alemão* era mucho más joven que él. ¿Sabía que los preliminares de su aventura extramatrimonial estaban documentados gráficamente? ¿Era consciente de que su esposa desconfiaba? ¿Lo intuía por lo menos? ¿O estaba yendo a ver a su *namorada* y buscándose la ruina?

Entonces apareció una mujer en la puerta, de cuarenta y tantos años, rondando los cincuenta, vestida de forma impecable, igual que Diogo Teles.

Resultó que no era la mujer de las fotografías, sino Beatriz Teles, cuyo número de teléfono había apuntado Markus Conrad al lado de las fotografías.

Por suerte, antes de que los comisarios portugueses tuvieran que enredarse en una explicación que disimulara el verdadero motivo de su presencia, sin que interviniera el fanático de la verdad de Lost, apareció la mujer de las fotografías, pasó por el lado de Beatriz Teles y fue a subir al coche. Al coche de su padre.

Vanessa Teles, según les explicó dos minutos después Diogo Teles con una sonrisa de oreja a oreja, estudiaba en Coímbra. Su padre y ella estaban haciendo los preparativos del quincuagésimo aniversario

de su madre a escondidas. Mientras su madre pensaba que se encontraba la universidad, a unos centenares de kilómetros más al norte, estaba con Diogo Teles no muy lejos, en Olhão, preparando el evento.

La desconfianza de Beatriz estropeó la sorpresa. A Carlos le sorprendió que a Diogo no le molestara la acusación de su mujer.

—Estaba celosa —aseguró—, y los celos son una vara de medir del afecto, en cierto modo. A juzgar por lo que mi mujer ha pagado al detective privado por unas cuantas fotos, debe de quererme mucho. Ya ven: soy un hombre afortunado. Ahora tenemos que irnos. ¿Vienes, Vanessa?

Los dos subieron al coche y se fueron. Beatriz Teles, que tenía los dedos enredados en un juego nervioso, estaba un poco cohibida en el más alto de los tres escalones que llevaban a su casa. Pero sonreía.

Los tres se instalaron en una de las mesas delante del Da Ana, Leander retiró una silla a su nuevo colega para que Carlos ocupara el mejor asiento con su pierna vendada.

Delante del Da Ana solo había tres mesas. Estaban directamente en una callejuela de adoquines desiguales que transcurría entre las casitas coloridas de una planta y la plaza de detrás de la Igreja da Misericórdia, una construcción muy pequeña para una iglesia, casi agazapada, que encajaba en el entorno y no destacaba demasiado. Como la plaza estaba abierta por los cuatro costados y los únicos límites eran la iglesia o las casas adosadas, trasmitía una sensación de seguridad.

—*Olá*, cuánto tiempo —dijo una joven camarera con delantal que llevaba una bandeja bajo el brazo, y saludó con la cabeza a Carlos Esteves y Graciana Rosado. Tenía el rostro ovalado y llevaba una trenza larga que le llegaba casi hasta la cintura.

—Hemos tenido mucho trabajo, Aurea —contestó Carlos.

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Ah, eso… Un percance.

—¿Es un colega nuevo? —preguntó, y se volvió hacia Leander.

—Es el *senhor* Lost, de Alemania —presentó Graciana a su compañero.

—Ah, Alemania. Mi abuelo trabajó muchos años allí. En la Ford, en Colonia. En la cadena de montaje. ¿Viene de un entierro?

—No, me gusta vestir de traje negro —contestó Leander.

Aurea ya había servido a todo tipo de clientes. Con Leander se amplió un poco más el abanico. Sacó un pequeño bloc hecho trizas y un lápiz del bolsillo para apuntar el pedido.

—¿Qué os traigo?

—Yo me lo estoy pensando —contestó Graciana, que echó un vistazo a la carta abierta del tamaño de un folleto y plastificada, pero que no parecía barata.

Carlos señaló a Leander con la mano abierta para que pidiera primero.

—Un café, por favor —dijo hacia Aurea—, he leído que el café portugués es muy bueno. Y fuerte.

—Entonces tráele un *bica* —comentó Carlos—, y a mí también.

Aurea desvió la mirada hacia Graciana, que asintió para sumarse a la elección de sus compañeros.

—¿Un *bica*? —preguntó Leander.

—Es un *espresso* —le explicó Esteves— y, como la primera vez a algunas personas les resulta amargo, se les aconseja que *beba isto com açúcar*. Tómelo con azúcar.

—¿Y para comer? —preguntó Aurea.

Carlos Esteves respiró hondo.

Media hora después, Aurea les llevó tres raciones de *frango piri-piri*. El picante piri-piri se había quemado en la piel de la pechuga y los muslos de pollo, y le daba ese punto picante que más tarde seguía notándose con suavidad en la boca. Además, había pan y ensalada mixta.

Mientras comían, comprobaron que el as en la manga de la «habilidad» de Lost no había servido de nada al final. Ousman Jobe estaba huido y en Ciclopes el fuego había arrasado todas las posibles pistas. No había más indicios que relacionaran al gambiano con el asesinato del detective privado. Por si fuera poco, en el bote no se había encontrado ninguna pista de Jobe, ni en el cadáver de Conrad, según les había comunicado Da Silva por teléfono desde Faro.

Gracias a que Graciana pidió un resumen de las llamadas de las líneas de teléfono de Conrad, salió a la luz que Portugal Telecom le había cortado la línea fija hacía más de tres meses por sus deudas impagadas. También solicitaron a Tecomunicações Móveis Nacionais, abreviado TMN, con quien Conrad tenía contratado el móvil, que entregara el resumen de inmediato, pero aún no lo habían hecho.

Leander se aclaró la garganta para comentar algo, pero Carlos se le adelantó:

—En vuestro país seguro que sería impensable semejante retraso.

—En efecto —confirmó el *alemão*.

—Aquí no —aseguró Carlos, y le dio un mordisco al pastel de limón, pues era el único que había pedido postre. Los rasgos de la cara, aún despiertos y atentos a una respuesta inteligente, se le relajaron a ojos vista.

En cambio, Graciana se puso tensa porque se le acababa de ocurrir una idea descabellada. Miró con más atención a Leander Lost.

—Si yo fuera Jobe —dijo—, y lo que fuera que me interesara no estuviera en forma de fotografías o de texto, mi primer impulso sería buscar en el ordenador de Conrad.

Carlos y Leander asintieron.

—Quiero decir, vi que el monitor estaba encendido. Antes de que Jobe me golpeara con la barra de hierro.

—Es verdad —confirmó Carlos mientras comía otro trozo del dulce.

—¿Y qué se veía?

Carlos tragó con un poco de agua antes de contestar:

—Un coche grande…, un camión, creo, por detrás.

—¿Nada más?

—No. Ni siquiera estoy seguro de que fuera un camión, yo… no me fijé.

Graciana desvió la mirada hacia Leander, que había cerrado los ojos. Ponía la misma cara que en la oficina arrasada por el fuego. Estaba concentrado, pero no en trance.

—¿Ha vuelto a la oficina de Conrad, *senhor* Lost?

—Sí —respondió él con calma.

—Pero estaba usted detrás del monitor. No podía ver lo que había.

Graciana se animó al ver que Leander no contestaba.

—¿Dónde está mirando? —preguntó en voz baja, como si hablando demasiado alto lo fuera a estropear todo.

—A la derecha —contestó Leander—, hacia el cristal que había detrás del escritorio. Donde la persiana estaba bajada.

—El reflejo del monitor—concluyó Graciana.

Carlos engulló el resto del pastel y se inclinó hacia delante para observar con más detenimiento al alemán.

—Sí. Se refleja. La imagen está deformada, pero… la matrícula…

Graciana volvió a buscar en vano un boli en el bolsillo de la camisa, y de nuevo Carlos le dio uno.

—23-06-IZ —leyó Leander Lost en su memoria—, o 23-08-IZ.

Cuando volvió a levantar los párpados, el subinspector Carlos Esteves lo miró fijamente a los ojos. Más bien intentó penetrar en la zona de detrás de ellos, como si así pudiera entender el misterio que suponía para él su «habilidad». La subinspectora Graciana Rosado apuntó la matrícula en la palma de la mano, como antes.

Luego llamó al departamento de Faro y solicitó buscar las dos versiones de la matrícula. Advirtió el cambio de actitud de Carlos, su interés concentrado. Parecía un ateo al que se le hubiera aparecido la Virgen.

—¿*Senhor* Lost?

—¿Sí?

—¿Cómo ve esas cosas? Quiero decir: supongo que no es la primera vez que le dicen que esa… memoria fotográfica es un don.

—No, ya me lo han dicho alguna que otra vez.

Por cómo lo decía, parecía incomodarle.

—Es —empezó a decir, y escogía las palabras con cuidado—, es como una fotografía, imagíneselo así. Una imagen que puedo observar con toda tranquilidad. Es una de toda una serie fotográfica llena de… momentos congelados. Y yo estoy dentro de ella. Completamente rodeado.

Sus nuevos colegas portugueses eran todo oídos.

—¿En su cabeza se convierte en un espacio? —insistió Carlos—. ¿Como una habitación?

Lost hizo un amago de sacudir la cabeza.

—No, las imágenes siguen siendo bidimensionales. Es como un mural que se extiende en el espacio formado por puras instantáneas de fracciones de segundo. Algunas también están distorsionadas, pero todas están paradas en la esencia de la fotografía, la segunda dimensión. Juntas evocan el momento en una lámina. Y yo puedo estudiarlo con calma. Luego, en la reproducción mental, descubro detalles que se me habían escapado cuando lo viví.

Justo en ese momento sonó el móvil de Graciana, como si la colega de Faro, Marisa Veiga, estuviera esperando esa explicación. Había tres novedades, dos de Raul da Silva: hacía más de año y medio que no se hacían pagos de clientes en la cuenta que tenía Conrad. Seguramente siempre exigía el pago en efectivo, porque hacía tiempo que todos los saldos de las cuentas estaban en números rojos. Además, en el resumen de líneas telefónicas tampoco aparecían sus conversaciones en el móvil porque su contrato había expirado. Da Silva creía que utilizaba un móvil de prepago a diario. Sin embargo, no estaba entre los objetos personales que habían confiscado al fallecido.

Entonces Marisa Veiga respondió a la petición de Graciana: de las dos matrículas posibles que Lost había reconocido de memoria, la segunda no se había expedido. La primera era de una furgoneta Mercedes Benz Sprinter de la empresa Adles Lta.

# 14

Todos los hogares desde Faro a Tavira conocían muy bien Adles Lta. El inversor extranjero hacía apenas un año había asumido una parte de la red de la compañía nacional Águas de Portugal al este del Algarve, y al cabo de un mes bajó los precios del agua.

Así les tomaron la delantera a los detractores de la privatización que había entre la población y también entre los habitantes cercanos al embalse, como por ejemplo João. Los proveedores privados solían esperar con discreción unas semanas para luego afirmar que la red de agua estaba en un estado pésimo, que debían asumir los inmensos costes de mantenimiento y por lo tanto necesitaban subir los precios del agua.

No fue el caso de Adles Lta.

¿Cabía la posibilidad de que un inversor privado tomara medidas por primera vez para lograr proporciones justas para ambas partes? La respuesta, como todas, llegaría en un futuro.

La sede central de Adles Lta. estaba en la esquina de Rua Baptista Lopes y Largo do Sol Poste, frente a una clínica dental en Faro.

Aparcaron el Volvo y la Ducati Scrambler delante del edificio de seis plantas cubierto de azulejos de color marrón rojizo, salvo por unas franjas horizontales. En todas las plantas colgaban las cajas grises de los aires acondicionados bajo las filas de ventanas.

Probaron suerte en la primera planta dirigiéndose a la solícita recepcionista. Tras la entrada moderna y cuidada, se extendía una amplia oficina con unos cuarenta puestos de trabajo, todos con una decoración impecable y ordenadores modernos.

La señora de la recepción hizo unas llamadas, pero los empleados ya habían terminado la jornada y ella estaba allí solo porque había olvidado las compras que había hecho durante la pausa del mediodía.

Carlos reaccionó sacudiendo la cabeza a su intento de emplazarlos al día siguiente.

—Estamos investigando un caso de asesinato —dijo, directo al grano—. ¿Cómo podemos localizar a su jefe?

La empleada hizo otras tres llamadas rápidas; en la primera se mostró muy resolutiva, en la segunda, moderada pero segura, y en la última bajó el tono y asintió con devoción a su interlocutor invisible.

—El *senhor* Benedikt puede estar aquí dentro de una hora. Si quieren verlo antes, les pide que vayan a su casa.

—¿Y dónde está? —inquirió Carlos.

—En Quinta do Lago —dijo la mujer, que echó un breve vistazo a su ordenador para darles la dirección privada de su casa.

Antes de irse, Leander intervino:

—¿Y el *senhor* Benedikt puede saber desde su casa cuál de sus conductores salió con el vehículo en cuestión?

—Sí. Teletrabaja en Quinta do Lago y tiene acceso a toda la información relativa al parque de vehículos.

Leander Lost siguió al Volvo negro en la Scrambler hacia el oeste y disfrutó de la sensación de estar expuesto directamente a los elementos. Gozó del viento, que presionaba fresco contra los pantalones y las piernas y hacía que la chaqueta ondeara; del sonoro rugido del motor y de la opción de catapultarse hacia delante con solo un giro de la mano derecha y salir volando.

De pronto el paisaje cambió, y lo notó. Ya no había parches o socavones, la Ducati se deslizaba a la perfección por el asfalto negro. Donde antes predominaban en ambos márgenes de la carretera franjas de arena polvorienta y detrás un paisaje de campos abrasados, hierbas secas y matojos con las hojas amarillas, ahora se había convertido en un camino bien pavimentado junto al bordillo, que limitaba con unas franjas de césped bien cortado de color verde intenso.

De los ciclomotores pasaron a motos de gran cilindrada. Ahora las limusinas de primera clase y los coches deportivos elegantes dominaban las calles. Y cuando veía una de esas *pickups* blancas que siempre parecían un poco polvorientas, oxidadas y desgastadas, y que eran distintivas en las calles de Portugal, llevaban rotulado el nombre de alguna empresa de jardinería, paisajismo o de un taller especializado en fontanería, carpintería, aluminio, electricidad, fabricación y montaje de muebles, y así parecía que todos los oficios estaban representados.

Unos jardineros con pantalones verdes y camisas blancas inmaculadas recortaban los suntuosos céspedes de las casas, todas aisladas y escondidas de las demás con setos y árboles. Cuidaban de los arbustos, regaban las plantas, abonaban tiestos, cortaban rosas o árboles caídos cuando hacía falta. Era la única actividad, laboriosa pero discreta. Nadie parecía tener prisa, pero tampoco se detenían. No había ni un solo jardinero bebiendo o fumando.

Todas las casas tenían una o dos plantas y procuraban trasmitir un aire auténtico, con colores claros: blanco, amarillo, rosa, magenta. Los techos planos y chatos con las pesadas tejas rojas, casi semicirculares.

Ventanas grandes, esculturas juguetonas en las barandillas de piedra, entradas de jardín elegantes y la piscina obligada, redonda, cuadrada o en forma de riñón.

Los eucaliptos y las palmeras flanqueaban ahora las calles. Muy al fondo resplandecía el mar azul oscuro. Justo hasta allí se extendía el paisaje de laguna de Ria Formosa.

Para Leander era como pasar de un mundo a otro mientras conducía.

La casa del *senhor* Benedikt estaba en la Rua André Gonçalves Pereira. Por lo visto los portugueses tendían a poner nombres largos a las calles, algo que, por una parte, a Leander le parecía una muestra de respeto a la tradición, pero, por otra, resultaba poco práctico.

La mansión no era muy distinta de las demás que había visto Lost al pasar. Una o dos cubiertas más, la entrada un poco más imponente. Un Porsche Carrera Cabrio y un Audi S8 se repartían el generoso aparcamiento al aire libre, donde había sitio para dos visitas más.

Graciana había aparcado el Volvo en la calle. Al ver la zona, se arregló un momento la blusa y el pelo, observó de arriba abajo a Carlos hasta llegar a su sonrisa burlona, luego se dio la vuelta y llamó al timbre. Carlos llevaba alpargatas, bermudas y una camisa blanca, como siempre. Para variar, no llevaba las gafas de sol en el pelo, sino sobre la nariz. A él no le importaba en absoluto ir ataviado así por todas partes. Al contrario, precisamente en las zonas ricas le procuraba un gran placer.

Aunque Graciana siempre intentaba no pensarlo, a veces le molestaba un poco tenerlo al lado con esas pintas. Y se avergonzaba por ello: Carlos Esteves era el hombre más leal y de fiar que conocía.

—*Boa tarde* —los saludó una mujer joven que se acercó a ellos descalza y con un bikini de color aceituna, tal vez rozando la treintena. La melena hasta los hombros, bien peinada hacia atrás, aún estaba mojada del baño. Graciana comprobó con envidia que tenía una silueta perfecta.

Lo mismo pensó Leander de los dientes.

—Soy Eva.

«Desde luego», pensó Carlos.

Abrió la entrada para peatones, les dio la mano y les sonrió animada.

—La *senhora* Lescadia nos ha avisado de su visita, si son ustedes de la policía. Si no, pues no.

Se rio de su pequeña tontería y, por la sonrisa benevolente de su colega de las muletas, Graciana supo que la encontraba encantadora.

—Graciana Rosado, Polícia Judiciária, Faro. Hemos venido directos

desde la oficina de Adles en Faro. Mis compañeros Esteves y el *senhor* Lost.

Eva se inclinó hacia delante y estrechó la mano a los hombres también con un entusiasmo inquebrantable.

—*Senhor* Lost, ¿como en la serie americana?

—Exacto —contestó Lander. Calculó que la proporción entre cintura y caderas era de 0,6.

—¿Es suizo?

—*Alemão* —dijo Leander.

Le dio un golpecito alegre con el puño derecho.

—Casi. Tiene un acento parecido al de Philipp —aclaró, y añadió—. Es suizo. Dice que habla rápido para ser de allí, pero sigue siendo lento. No hay que decírselo mucho, porque entonces le aparecen unas arrugas divertidas, pero el acento es muy mono. Pasen, ahora mismo sale.

Dicho esto, y sin esperar ninguna reacción, se fue y con un gesto invitó a Graciana, Carlos y Leander a que la siguieran. En ese momento vio el vendaje de Carlos y la manera pesada de moverse, y su buen humor se transformó en verdadero interés.

—Vaya, soy una despistada, *senhor* Esteves. Voy a abrirle la entrada grande, así sus compañeros pueden llevarlo hasta la terraza.

—Llámeme Carlos. No pasa nada.

—¿Qué le ha pasado?

—Me dispararon.

—No.

—Pues sí.

—¿No le duele, Carlos?

—Bueno, ya sabe, las quejas tampoco hacen que duela menos.

—Vaya —se rio ella, impresionada—, a eso lo llamo yo autocontrol. Bueno, pues vamos despacio.

Eva parecía cavilar algo en silencio mientras avanzaban hacia la vivienda. Era una casa de ensueño, de un blanco inmaculado, las paredes no eran lisas, estaban revocadas de forma tosca para imitar una estructura natural. Los huecos de las ventanas tenían ornamentaciones morunas. Los tejados eran planos y de tejas en distintos tonos rojizos, y creaban una sensación de vivacidad casi irreal.

—¿Cómo pasó? —preguntó.

Parecía que Carlos iba a besarle los pies.

—No lo adivinaría nunca.

Sonrió y ella parpadeó, divertida.

—¿Fue un peligroso traficante de drogas?

—No. Un colega.

—No.

—Pues sí.
—Es… increíble. Pero fue sin querer.
—No, queriendo.
—Alguien quería degollar al *senhor* Esteves —intervino Leander—, y el colega le disparó en la pierna para salvarlo.
La alegría de Carlos sufrió un revés.
—¿Eso es verdad?
—Sí —confirmó Leander—, y luego eliminó al agresor.
—Vaya sangre fría —comentó Eva y después se dirigió a Carlos—. Le estará agradecido a su colega.
—Me lo comería a besos.
Leander se apartó sin querer un poco a la derecha.

El suelo de la terraza era de grandes piedras naturales de color marrón. Había un sofá y cuatro sillas agrupadas en torno a una mesa de madera, todo bajo la sombra de un toldo beis. Solo unos metros más allá se veían un cojín y un libro en una hamaca colgada entre dos pinos.
El porche lindaba con la piscina, compuesta por varios semicírculos que se comunicaban entre sí, rodeados de unas losas idénticas a las de la terraza y un césped verde intenso. En los parterres cubiertos de mantillo, los cantuesos y las aulagas se daban la mano.
Detrás de un grupo de palmeras enanas, a la derecha del contrafuerte, se extendía un campo de golf donde alborotaban unas tres decenas de visitantes, algunos rodeados de fotógrafos. A la izquierda, en el límite de la finca, se veía un lago, en cuya orilla había un pequeño embarcadero protegido por los juncos.
El lago se había creado de manera artificial y limitaba con varios terrenos. Lo que a primera vista parecía otra aberración monstruosa de los vándalos nuevos ricos que plagaban el Algarve de campos de golf, resultó ser un biotopo plantado con cariño que tenía la función de refugio para especies raras de animales.
—¿Quieren tomar algo? Pero siéntese, Carlos.
—No le diré que no.
Se dejó caer en el sofá.
Graciana sacudió la cabeza.
—No, gracias. ¿Cuándo viene el *senhor* Benedikt?
—Ahí está —contestó Eva al tiempo que señalaba hacia las palmeras enanas.
Un hombre de baja estatura, de pelo oscuro, vestido con unos pantalones de deporte grises y un polo blanco le daba la mano a un pelirrojo que le sacaba una cabeza. Se volvió hacia ellos y comenzó a caminar con calma hacia la finca, pasando junto a las palmeras con la

bolsa de golf. El pelirrojo volvió al *green* con los jugadores, donde unas azafatas ofrecían refrescos y unas mujeres bien peinadas y novias jóvenes sacaban fotos de recuerdo con sus móviles.

Philipp Benedikt los saludó con un gesto de la cabeza antes de llegar hasta ellos y dejó la bolsa de golf con los palos en el primer sitio que vio en la terraza. Eva se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Seguro que tienes sed.

—Sí. ¿Vas a bañarte ahora?

—No.

Ella fue a la cocina colindante, cogió al paso una camisa XXL del sofá XXL de color rojo escarlata y se la puso enseguida.

Entonces Benedikt se acercó a ellos y se dirigió a Graciana.

—Philipp Benedikt. Me alegro de que hayan venido.

Benedikt rondaba los cuarenta y seguía teniendo el rostro un poco redondo de bebé, por lo que se daba un aire juvenil, un poco fláccido. Los ojos, en cambio, estaban muy despiertos.

—Rosado, policía criminal de Faro. Mis colegas, el subinspector Esteves y el *senhor* Lost. Gracias por dedicarnos tiempo.

—Por supuesto. —Se inclinó para darle la mano a Carlos—. Buenos días, subinspector. ¿Está… de servicio a pesar de la pierna? Es encomiable —comentó, se volvió hacia Leander Lost, y se detuvo un momento ante él—. *Boa tarde*. ¿No tiene calor?

—*Boa tarde* —contestó Leander Lost—. No, no tengo calor. ¿Ha participado en un torneo?

—Mi vecino, el *senhor* Jesus, me convenció. Soy un jugador regular. De hecho, empecé aquí con el golf, que lo sepan. Hace medio año, así que no podía más que hacer el ridículo, pero el club de golf me invitó a un torneo benéfico. Para los sin techo. Así da gusto hacer el ridículo. ¿Y usted, *senhor* Lost? ¿Es alemán?

—Correcto.

—¿Y ahora está en la policía portuguesa?

—En un programa de intercambio de Bruselas durante un año.

—Ah, entiendo —dijo Benedikt, retrocedió un paso y señaló con la mano abierta el sofá y las sillas—. Por favor, siéntense.

Graciana y Leander aceptaron la invitación. Enseguida apareció Eva con una jarra de agua con cubitos de hielo y rodajas de limón flotando, y les sirvió a los cuatro.

—*Obrigado* —dijo Philipp Benedikt—, ¿serías tan amable de preparar algo de picar?

Le dedicó una breve sonrisa, luego juntó las manos y miró a sus invitados.

—Eva me ha dicho que han venido por un asesinato. Suena horrible. Y han estado en nuestra oficina. ¿Tiene algo que ver con Adles?

—Seguramente solo de refilón —contestó Graciana—. Nos gustaría

saber quién condujo un vehículo en concreto de su parque móvil. Aparece en una fotografía que podría ser importante.

—¿Una fotografía? ¿De quién? —preguntó el jefe de Adles, abrió el portátil que estaba sobre la mesa de la terraza y lo encendió.

—La fotografía la hizo la víctima del asesinato —informó Carlos—. Esto es muy bonito. ¿Puede saberse qué cuestan estas vistas?

Benedikt sonrió al advertir la distracción.

—Puedo averiguárselo. Supongo que se mueve por los seis ceros. Con la Ria Formosa en la puerta, la playa a menos de trescientos metros, club de golf, y a quince minutos del aeropuerto. Pero… por desgracia, no es mío. Adles lo pone a mi disposición solo mientras esté aquí de director.

—¿Eso significa que llegó aquí de Suiza hace medio año? —dedujo Lost.

Philipp Benedikt sacudió la cabeza.

—Antes estuve en Brasil, en Recife. No se imagina el desastre de red de agua que nos encontramos allí. Estaba hecha una ruina. Más del veinte por ciento del agua se filtraba por puntos de fuga en el sistema de tuberías. Una quinta parte. Y encima un sector de las tuberías era de cobre… —Abrió en el ordenador la base de datos de Adles y se registró como administrador—… El cobre no es muy recomendable en agua potable y de suministro.

—¿Y la *senhora* Eva le acompañó desde Brasil? —preguntó Carlos.

—No, desde el T-Club —respondió Benedikt con aspereza, haciendo mención de un club de moda en Albufeira—. ¿Cómo es la matrícula, por favor?

Graciana se miró la palma de la mano, y el suizo se molestó un poco.

—23-06-IZ.

Philipp Benedikt tecleó la matrícula, leyó lo que figuraba en la base de datos y luego le giró el portátil. Junto al vehículo aparecía el nombre de Nuno Bandeira, y al lado, la fotografía de un hombre flaco y mayor con camisa azul, donde destacaba el logotipo rojo de Adles.

—El *senhor* Bandeira es uno de nuestros conductores veteranos.

—¿Servicio a clientes?

Agitó la cabeza.

—Transportes. Casi siempre entre Odeleite y Faro. Tenemos una filial en el embalse. Son rutas frecuentes.

Carlos se inclinó hacia delante.

—¿Dónde vive?

Benedikt bajó el cursor a través de la pantalla.

—En Olhão.

—¿Dónde estaba asignado el vehículo ayer? —inquirió Graciana.

—En ningún sitio.

—¿El *senhor* Bandeira tenía el día libre?

—No. Estaba en Faro. Ayer hubo una celebración de empresa. Hace un año que Adles se estableció aquí. Se celebró... Espere...

Abrió otro programa y volvió a girar el portátil para que los tres policías pudieran echar un vistazo.

Mientras lo hacían, volvió a aparecer Eva con trocitos de melón, mango y kiwi recién cortados y un puñado de higos. En ese momento empezó a oírse por todas partes un silbido y un murmullo. En las zonas de sombra se había activado el sistema de riego automático y rociaba la hierba y las plantas que ya no estaban al sol.

—Por favor, sírvanse —dijo Benedikt, y señaló las fotografías en grupo del portátil, había decenas—. Este es Nuno y… aquí lo verán mejor. La celebración empezó a las nueve de la mañana, y el *senhor* Bandeira estuvo ayudando en el montaje desde las seis de la mañana. No sé qué hizo antes, pero hay muchos testigos de que a partir de las siete de la mañana estuvo allí. El *senhor* Bandeira tiene setenta y dos años, y con nosotros complementa la pensión.

Graciana miró a Carlos y leyó en sus ojos su propia desilusión. La *doutora* Oliveira había determinado que la hora de la muerte de *O Olho* fueron las nueve de la mañana.

—¿Les sirve de ayuda? —preguntó el suizo.

—Poco —comentó Leander, que había estado callado durante los últimos minutos—. ¿Conoce usted a un tal *senhor* Markus Conrad?

Philipp Benedikt pensó un momento, hizo memoria y luego sacudió la cabeza.

—No, creo que no. Trato con tanta gente… ¿Debería conocerlo?

—No necesariamente. Markus Conrad era detective privado. Tenía la oficina en Luz de Tavira. El nombre de la agencia era Ciclopes.

—No lo había oído nunca.

—¿Y Ousman Jobe?

—Por el nombre no estoy seguro, no me dice nada en absoluto.

Leander Lost asintió, se inclinó hacia delante, pinchó con el tenedor tres trozos de mango y se los llevó a la boca.

—Supongamos que Ousman Jobe trabajara para ustedes en negro. Tal vez hizo unas cuantas rutas con el coche de la matrícula en cuestión… Pero si nos ayuda a encontrar una explicación, estoy seguro de que la *senhora* Rosado y el *senhor* Esteves tendrán una deferencia con usted y no iniciarán los trámites de denuncia.

Benedikt asintió.

—Por favor, eso no me impediría ayudarles en una investigación por asesinato. De eso no cabe duda. Pero… no, siento decepcionarle. Ningún Ousman Jobe trabaja para nosotros. Tampoco en negro.

Leander sacó el móvil y le enseñó la fotografía que le había hecho a Jobe esposado al palo de una farola y con los ojos abiertos de par en

par.

Philipp Benedikt estudió la fotografía con detenimiento, pero saltaba a la vista que no lo reconocía. Negó con la cabeza con suavidad.

—Lo siento.

Leander contestó con un gesto de la cabeza y guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Luego siguió con los kiwis.

Carlos parecía ensimismado, Graciana también estaba muy callada.

—¿Puedo ayudarles con alguna otra pregunta? —preguntó Benedikt.

Graciana ya iba a negarlo con la cabeza y levantarse cuando Carlos se le adelantó.

—Yo tengo otra preguntita, pero sería de carácter personal.

—Adelante.

—¿Por qué lo hace Adles? ¿Una empresa privada que se hace cargo de una red de agua pública? Por lo menos de una parte.

Eva volvió a la mesa y se sentó, de nuevo sonriente.

—Porque se puede —dijo el suizo con una sonrisa pícara, su respuesta le complacía—. ¿Lo dice porque a los inversores solo les interesan las privatizaciones del Estado cuando pueden obtener un beneficio?

—Eso es —contestó Carlos—. La primera medida que han tomado ha sido incluso bajar los precios del agua. ¿Cómo obtienen una ganancia con el precio, si Águas de Portugal no pudo?

—De ninguna manera —aclaró Philipp Benedikt con una franqueza cautivadora. Puso una mano encima de la de Eva, tal vez porque lo necesitaba o porque había advertido cómo miraba Carlos a la joven y por eso lo necesitaba—. De ninguna manera —retomó el hilo—, tenemos déficit. A corto plazo. Pero nuestra actuación es estratégica. A largo plazo esperamos un éxito económico.

—¿Eso significa que el año que viene van a subir los precios del agua?

—No. Eso sería… indecente, ¿no? No es nuestra filosofía. Mire, subinspector Esteves, cuando un Estado se desprende de una parte esencial de su abastecimiento público, ya sea el ferrocarril, la asistencia sanitaria, los tramos de autopista o el suministro de agua, suelen ser pilares irrenunciables de la vida pública o como mínimo de los suministros básicos de una sociedad que casi siempre se basan en una carrera de fondo. Si nuestros planes a largo plazo no cambian, y estoy hablando de décadas, sus nietos seguirán pagando por el suministro de agua. Pero a Adles, y no a Águas de Portugal.

En ese momento vibró el móvil del suizo. Echó un vistazo rápido a la pantalla y luego se disculpó encogiéndose de hombros.

—Lo siento, tengo una teleconferencia ahora. Pueden quedarse,

también a cenar. Hay ensalada de salchicha suiza. Uno de los ocho platos suizos que le he enseñado ya a Eva.

Sonrió, pero sin compromiso.

—Suena muy tentador —comentó Leander, que se inclinó un poco hacia delante, como si ya oliera la ensalada de salchicha.

Aquello dejó un momento fuera de juego a Philipp Benedikt y la sonrisa perdió la elasticidad, se volvió torpe.

—Gracias, pero tenemos que irnos —lo informó Graciana, y se puso en pie para reafirmar la decisión—. Gracias por las atenciones, *senhora* Eva, y a usted por su ayuda en este asunto, *senhor* Benedikt.

—Pueden ponerse en contacto conmigo en cualquier momento —dijo él, se levantó y les dio a cada uno una tarjeta de visita con el borde dorado al despedirse, antes de desaparecer en el interior de la casa con el teléfono.

En el camino de vuelta al Volvo y la Scrambler, tuvieron que explicarle a Leander Lost que Philipp Benedikt no los había invitado a cenar, aunque se lo hubiera ofrecido.

No siguió indagando porque, una vez más, aquello obedecía a la «lógica» (un concepto que en realidad no debería usarse en este aspecto) de los buenos modales. Decían lo contrario a lo que pensaban, y confiaban en que los demás lo entendieran. Por intuición. Descodificando la mímica y los gestos. En realidad, era una apuesta por el puro desvarío. Aun así, por lo visto a la gente le funcionaba.

# 15

De vuelta en Faro, bajaron directos al puerto. Leander Lost notaba sobre la Scrambler cómo los callejones estrechos de adoquines claros dejaban paso a calles más anchas donde el asfalto tan pronto se había tratado de mejorar de manera tan precaria que parecía una alfombrilla de retazos negros y grises, como estaba en un estado inmaculado en el que era una delicia deslizarse. También las viviendas de los setenta, con las fachadas repletas de ventanas con travesaños, antenas parabólicas y aires acondicionados, se fueron reemplazando por modernos edificios comerciales y de oficinas o por construcciones blancas típicas con los tejados rojos y ventanas con un precioso marco de un palmo de anchura del mismo color, donde la influencia morisca saltaba a la vista en cada esquina por el laborioso trabajo artesano de mosaicos de azulejos que decoraban las paredes con imágenes y por los arcos de herradura que flanqueaban los pasajes. El tráfico era un incesante revoltijo de motocicletas oxidadas y humeantes cuyos conductores iban a la aventura como si quisieran matarse y esquivaban todo lo que les pareciera lento o molesto, de coches donde uno de cada dos conductores hablaba con el teléfono en la oreja, limusinas climatizadas y, por supuesto, las ineludibles camionetas con sus paredes laterales de madera.

Entre los carriles y en el medio de la multitud de rotondas había coloridos parterres de flores, palmeras y arbustos en los que los diestros jardineros recortaban las siluetas. En todo ese caos reinaba un desenfado contagioso, una ligereza que generaba una corriente fluida en la que todos conducían como Graciana y Soraia.

Pararon en una gran plaza junto a una vieja iglesia y recorrieron a pie el resto del camino.

Alrededor de la Igreja da Sé, donde un campanario de piedra de arenisca de color marrón claro amarillento servía de entrada, todos los edificios blancos estaban a una distancia de un mínimo de treinta metros, de forma que no se tapaba la vista de la iglesia desde ningún punto. La plaza era adoquinada, de color gris claro, en parte rodeada de naranjos cuyos henchidos frutos seguían bebiendo luz solar a esas horas.

Carlos, Graciana y Leander entraron en una calle de un solo sentido.

Lost se había fijado en el nombre: Rua do Município. A ambos lados de la calle había una fila de construcciones de dos plantas que limitaban entre sí y formaban una fachada común que cambiaba, a intervalos irregulares, de color, altura y tipo de ventana y entrada.

El n.º 15 era un edificio de dos plantas de apenas quince metros de largo. El marco de las ventanas era de un verde oscuro intenso, igual que la puerta de entrada de madera y las barandillas juguetonas de las pequeñas salidas de la primera planta. Ahí estaba la sede de la Polícia Judiciária, la policía criminal local.

En la planta baja de la comisaría, donde Leander Lost sintió una inexplicable sensación de seguridad al entrar, había seis salas.

Justo a la izquierda había una sala grande con armarios archivadores y una especie de barra de madera, tras la que Ricardo Postiga, un hombre que rondaba los sesenta y cinco, descuidaba su servicio. Por «amor a su profesión», o eso decía, seguía en activo pese a tener derecho a la pensión, y era la primera toma de contacto para todo aquel que se perdiera y acabara en la Polícia Judiciária. Postiga era el empleado ante el que uno expresaba su preocupación.

El saludo a Leander Lost fue entre reservado y escéptico. Pesaba mucho que hubiera disparado a uno de los suyos.

En diagonal a él, trabajaba Marisa Veiga, que ya los había ayudado con la matrícula del coche de Bandeira. Tenía cuarenta y tantos años, era una mujer querida y muy alegre que le dedicó una amplia sonrisa a Leander, aunque llevaba la curiosidad escrita en el rostro.

A diferencia de las dimensiones del despacho de Postiga, el de Marisa resultó ser más manejable. En casi todos los espacios libres tenía macetas con plantas, tantas que parecía que habían ubicado su escritorio en mitad de un jardín botánico.

Marisa Veiga, según supo Leander, era la chica para todo, quien hacía las llamadas y el papeleo burocrático necesario.

Las dos salas siguientes eran los lavabos, a mano izquierda, y una cocina americana, a la derecha. El pasillo terminaba en una escalera de madera.

Poco antes, a la izquierda, había una puerta de acero tras la que se ocultaba la armería, de la que solo dos personas tenían llave: Raul da Silva y Ricardo Postiga. A la derecha había una especie de sala multiusos donde se podía ver, dentro de un cubo de cristal, lo que ocurría durante la trayectoria de un disparo. A continuación, un laboratorio con tubos de ensayo y mecheros Bunsen y todo tipo de productos químicos, con un banco de trabajo.

Era el reino de Isadora Jordao. Acababa de cumplir treinta y tres años y ya era una eminencia en el ámbito de la investigación técnica

criminal. Durante la carrera había picoteado en todo tipo de especialidades: bioquímica, balística, física.

Cuando le presentaron a Leander estaba soldando algo. Bajo la camisa blanca y el peto informal se ocultaba una figura entrenada. Llevaba el pelo negro igual de corto que Leander, y miraba a los ojos. Los suyos eran verdes.

El apretón de manos de la *senhora* Isadora fue fuerte.

—¿Es usted quien disparó al *senhor* Esteves?

—Eh, sí.

Ella sonrió y dijo algo que sonó a «cojones»; Graciana la reprendió y volvió al trabajo.

Igual que se rumoreaba que el motivo del compromiso de Postiga con la Polícia Judiciária se debía antes a su huida de una esposa malhumorada que a su amor por el trabajo, sobre Isadora Jordao se decía que quería entrar en los Navy Seals.

La primera planta, a la que se accedía por una escalera que crujía, era como la de abajo. También había un pasillo largo que unía las diferentes salas. Una pequeña cocina y los lavabos. Detrás, un espacioso despacho con tres escritorios, uno reservado a él, según le contaron a Leander. Era el que estaba más apartado de los otros dos.

El espacio era agradable, tenía luz, trasmitía calidez. Las ventanas daban a la calle y, como estaban abiertas, entraba parte de la vida del exterior.

Enfrente trabajaba Duarte en un pequeño despacho.

Por lo visto había trasladado el escritorio de la sala grande en beneficio del comisario de intercambio. Carlos y Graciana suponían que solo había tenido ese gesto amable para ser amo y señor de su propio espacio sin ellos.

Detrás del despacho de Duarte estaba el del inspector Raul da Silva. Sin duda el doble de grande y el único que tenía una mesa para visitas y cuatro sillas.

Da Silva estaba preguntando por teléfono a los colegas de la GNR por qué era tan complicado localizar a un hombre extranjero, sin residencia, amigos y, seguramente, sin dinero.

Por supuesto, hablaba de Ousman Jobe.

A Da Silva no le sorprendió mucho ver entrar a Leander Lost, a quien había llevado al aeropuerto la noche antes. Por un instante se le dibujó incluso una sonrisa en el rostro, pero era para Graciana. «Así que lo habías dejado», parecía pensar. Preguntó por la herida de Carlos, le dio la bienvenida de nuevo a Leander y le deseó un buen inicio para la segunda oportunidad.

A continuación, Graciana informó de los datos más recientes de la investigación: gracias a la extraordinaria memoria de Leander Lost estaban siguiendo el rastro de una furgoneta propiedad de Adles, la

compañía privada de agua. Habían hablado con el jefe, Benedikt, pero el conductor del vehículo en cuestión tenía una coartada sólida.

En definitiva, había sido una pista falsa. Y, por desgracia, la última.

A Da Silva tampoco parecía sorprenderle: a su juicio, el eje central era Ousman Jobe. A él le tocaba descifrarlo, pero, desde luego, primero había que encontrarlo.

—Como sabéis, siempre es cuestión de tiempo —dijo—. Al final los cogemos a todos. Si surgen nuevos indicios, seguidlos. Pero si no pasa nada… —dejó la frase a medias. En cambio, giró unas cuantas fotografías que estaba examinando para que los tres pudieran verlas. Se trataba de un ataque brutal a una familia en una caravana en Almancil.

De camino de vuelta a Fuseta, Graciana y Carlos decidieron invitar al *alemão* a cenar. Como gesto de reconciliación, por así decirlo. Escogieron el Frango da Ria, que no quedaba muy lejos de la entrada al camino rural que llevaba a Villa Elias.

Detrás de una fachada acristalada con vistas a la N 125 se comía, sobre todo, pollo con patatas fritas.

Primero, como en todos los locales, llegaba el aperitivo: aceitunas, pasta de sardina, pan recién cortado y, como marca de la casa, rodajas de zanahoria macerada con ajo y cilantro fresco.

El suelo del local era de baldosas de color marrón oscuro que llegaban a la altura de la cadera en las paredes encaladas de blanco. Los manteles de las mesas eran de color verde lima, pero con unos mantelitos claros de papel encima que se cambiaban después de cada cliente.

Tras los aperitivos apareció de nuevo la camarera: una chica joven un poco entrada en carnes, con una cola de caballo y gafas. Apuntó el pedido de los tres en el bloc de notas mientras en la sala contigua todos los clientes comían en silencio: estaban viendo una telenovela en un televisor de pantalla plana colgado entre el techo y la pared. Por eso todos mantenían la cabeza inclinada hacia atrás.

En el local todos eran lugareños, casi sin excepción.

También se podía pedir pescado, pero como la especialidad de la casa era el pollo, Lost evitó una posible metedura de pata sumándose a lo que eligió Carlos. A fin de cuentas, se le veía que en su vida no había dejado mucha comida.

En la mesa de al lado había sentada una joven pareja con su hija, que mataba el tiempo con una hoja de papel y unos lápices de colores. Los padres ya se estaban tomando sus *bicas*.

La niña se acercó a ellos con el dibujo.

—*Olá*, pequeña —saludó Graciana con una sonrisa bondadosa—,

¿cómo te llamas?
—Lia.
—¿Y cuántos años tienes? —preguntó Carlos, que sonreía con el mismo afecto.
—Casi seis.
Carlos se derritió.
—Mirad lo que he pintado —dijo ella, que les enseñó con orgullo el papel, donde se veía un sol con una sonrisa alegre, una casa, unos padres, una niña y algo que probablemente era un perro.
—Oh, qué bonito —dijo Graciana entusiasmada.
Carlos soltó una larga exclamación, como si la niña hubiera reproducido de memoria y a mano alzada el *Guernica*.
—Pues dibujas muy bien, Lia. ¿Esos son mamá y papá?
Lia asintió con satisfacción. Le enseñó su obra a Leander, que aún no se había manifestado.
—El sol no tiene cara.
Lia miró enfadada hacia sus padres, que habían seguido la pequeña incursión de su hija con interés paternal y ahora sonreían con estoicismo.
—Lia siempre pinta el sol con cara alegre —indicó la madre.
—Sí —dijo Lia, animada por la confirmación.
—Pero el sol no tiene cara —contradijo Leander también a la madre —, el sol no es un organismo, sino una estrella. Una bola de gas a 6000 grados de temperatura.
Lia volvió corriendo con sus padres, rompió a llorar y se arrimó a su padre, que le acariciaba la cabeza a modo de consuelo.
—¿Te apetece un helado? —preguntó la madre, que lanzó a Leander una mirada fulminante.
—Nooooooo.
El padre levantó la mano cuando el camarero pasó por su mesa.
—*A conta, por favor*.
—Es un dibujo infantil, *senhor* Lost —lo riñó Carlos con amabilidad —, ¿no? No es un dibujo técnico para construir un coche o una casa.
—Entiendo, sí —dijo, y luego hizo una pausa—. Pero la casa no tenía cara. La valla tampoco. Ni el camino. Pero el sol sí. Quiero decir, ni siquiera es coherente.
Graciana advirtió que Carlos estaba a punto de estallar, pero se contuvo a conciencia y contó hasta tres para sus adentros.
—En el dibujo de un niño no importa la realidad, ni siquiera la verdad, solo la imaginación, que no tiene límites ni reglas. En la imaginación todo puede tener cara. También los soles.
Leander Lost reflexionó un instante. Luego preguntó:
—¿Por eso lloraba la niña?
Carlos asintió.

Leander se volvió a la izquierda, pero la mesa estaba vacía. Por el cristal vio que la familia se iba en un pequeño utilitario.

Graciana hizo una señal de aprobación a su colega con el pulgar, pero acto seguido lo bajó cuando Leander se volvió hacia ellos. Esperaron en tensión a ver qué decía.

—He estado pensando en el sospechoso. Hasta ahora hemos dado por hecho que Jobe perpetró el asesinato del detective privado y luego buscó algo en su despacho que lo incriminaba, pero no lo encontró a la primera. Así que decidió provocar un incendio para quemarlo todo. También la prueba.

Graciana y Carlos estaban un poco desilusionados, pero asintieron.

En ese momento llevaron a la mesa una ensalada de tomate a rebosar, piezas de pollo bien asadas a la parrilla con condimentos picantes, todo junto en una bandeja, y les sirvieron las patatas fritas. Además, les pusieron unos cuenquitos con agua de limón para limpiarse los dedos grasientos durante la comida.

Carlos se abalanzó sobre los platos con un hambre de lobo, y Leander y Graciana también se pusieron a comer.

—El asesinato ocurrió hacia las nueve. ¿Cuándo estuvimos en Ciclopes?

—Hacia las dos y media de la tarde —contestó Carlos.

Lost asintió.

—Eso son cinco horas y media de diferencia. ¿Por qué esperar cinco horas y media?

—Porque no sabe si nos hemos tragado su engaño del falso accidente —dijo Graciana—. Primero cree que va bien. Se sienta delante de la radio, el televisor, tal vez escucha la frecuencia de la policía, lo que sea. Luego, por la radio, informan de que la policía está investigando. Y entonces cree que tiene que actuar. Sabe que pronto la policía estará hurgando en Ciclopes. Así que entra y provoca el incendio.

—Es una cadena causal nítida —añadió Carlos.

Leander asintió.

—Sin duda. Aun así, hay espacio suficiente para una cadena causal igual de válida: Ousman Jobe no estaba ahí para eliminar pruebas de sí mismo, sino de su jefe.

Esperó un momento a que los dos llegaran al punto donde él ya se encontraba tras mucha reflexión.

—Hablemos de los motivos. Ousman Jobe es de Gambia. Quiere instalarse aquí y quedarse. Necesita trabajo y dinero.

Graciana sintió como si despertara de un sueño agradable y suave que la había protegido, y engañado. De pronto lo vio claro.

—Claro, es por presión, se trata de una extorsión, ¿verdad? Ahí es donde quiere ir a parar.

Leander asintió.

Carlos arrugó la frente y los miró a uno y a otra, irritado.

—No os sigo —admitió con franqueza y cierto disgusto—, pero eso siempre ha estado sobre la mesa.

—Por supuesto. Quiero decir, y creo que es a lo que también se refiere el *senhor* Lost, que la extorsión no sea por parte de Ousman Jobe, sino de un tercero. Una persona que le haya encargado a Jobe prender fuego a Ciclopes en Luz de Tavira. Es evidente que *O Olho* tenía entre manos un asunto contra alguien —aclaró Graciana, que hablaba rápido porque de lo contrario su mente perdía de forma casi irrecuperable las consecuencias de esta tesis—, en concreto algo tan grave que provocó su asesinato. Al aire libre. En el agua. Quedó con alguien allí. Es un punto de encuentro desde el que se ve con claridad y de lejos quién se te acerca. Hay que moverse en barca, uno se puede alejar en cualquier momento. Al mismo tiempo, es fácil esconderse bajo cubierta para tener una charla discreta. En realidad, es ideal para conspirar.

—Sí —confirmó el *alemão*—, en el fondo, la situación equivale a una ecuación matemática. Ya que el señor Conrad tenía entre manos algo tan grave contra su asesino para inducirlo a matar, la pregunta que hay sobre la mesa es por qué Conrad no fue a la policía a poner una denuncia con la prueba que es evidente que tenía. Ahora sabemos que tenía deudas y que ya no podía pagar ni los suministros más básicos, como el teléfono o el agua. Seguramente con una denuncia ante la policía detendrían al que luego sería su asesino. Al detective privado no le habría pasado nada, pero tampoco hubiera sacado beneficio de su información.

Carlos asintió lo había entendido.

—Y usted cree que no tiene sentido extorsionar a Ousman Jobe —dedujo Graciana.

—¿Qué va a sacar de extorsionar a alguien que no tiene nada? —contestó Leander con otra pregunta—. El encuentro en la costa solo tiene sentido si quería citarse con alguien a quien sacar dinero. Como no puede ser Ousman Jobe, tuvo que quedar con otra persona. Y, dado que no hemos pillado a ese individuo con las manos en la masa en su oficina de Luz de Tavira, sino a un inmigrante ilegal sin recursos, Jobe tuvo que hacerlo por encargo.

—¿Y por qué no iba a extorsionar a Jobe por cien euros? Como hemos dicho, Conrad no tenía escrúpulos para nada.

—No me malinterprete, *senhor* Esteves, es una posibilidad. Pero no es muy probable. Podría habérselo dicho a Jobe en su despacho. O en una cafetería. O en otro sitio. Pero le da dinero a Filipe Carvalho para alquilar la barca. Sale con ella a la costa. ¿Por qué? ¿Y extorsionar a un ilegal por cien euros? No. Porque quería ver a distancia quién se

acercaba. Quería estar seguro desde lejos de que esa persona acudiera sola. ¿Qué le ocurre? Tiene miedo. Por lo menos, le preocupa. La *Flor* es una barca rápida. Le habría permitido huir.

Graciana y Carlos se tomaron un momento para asimilar las explicaciones y pensar en las consecuencias, pero sí, el razonamiento del *alemão* sobre el lugar escogido por Conrad era de una claridad fascinante.

—Su cliente también podría haber encargado a Jobe el asesinato de Conrad —reflexionó Carlos.

Leander Lost asintió.

—¿No cree que habríamos encontrado algún rastro de Jobe en la *Flor*? ¿O del propio Conrad? ¿Una pestaña, una escama de piel, un pelo?

La respuesta dio que pensar a Carlos.

—Lo que podría significar que Jobe ni siquiera supiera del asesinato cuando quiso prender fuego a Ciclopes.

—Puede ser —respondió Leander—, pero una cosa es segura: Jobe saber perfectamente quién le encargó provocar el incendio. Si lo encontramos y le convencemos de las ventajas de una declaración íntegra, tendremos a quien se lo encargó. Y muy probablemente al asesino del señor Conrad.

Graciana miró a Carlos, que le hizo un gesto casi imperceptible. Parecía alerta.

—Bien. Creo que tiene razón —dijo en señal de reconocimiento—. Pero ¿por qué no fue el cliente a Luz de Tavira? Había asesinado a *O Olho* en su barca. Espera que pase por un accidente. Cuando oye en la radio que estamos investigando, piensa que tiene que actuar sin falta, ¿y luego se busca un cómplice? ¿Por qué iba a hacerlo? Entiéndame, le compro lo de la tercera persona. Pero ¿por qué implica sin necesidad a Ousman Jobe, que ahora podría cargarle las culpas… Es muy arriesgado.

—Bueno —dijo Leander—, es evidente que el asesino no podía dejarse ver en Luz de Tavira. O lo habrían reconocido o, desde donde se encontraba, no podía desaparecer sin un motivo de peso. En cuanto a la elección de Jobe, ante un tribunal seguramente no costaría mucho poner en duda su credibilidad.

Carlos asintió mientras sopesaba las explicaciones de Leander Lost.

Graciana miró hacia la N 125, donde los coches circulaban sin cesar. Señaló una furgoneta blanca.

—Así es el modelo que fotografió Conrad.

—El número también coincide.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que la matrícula también coincide —aclaró Lost.

# 16

Carlos aún no se había sentado en el asiento trasero cuando Graciana arrancó el Volvo. Para no llamar la atención del conductor de la furgoneta blanca, renunció a la luz azul. Por supuesto, eso la obligaba, según dijo, a contrarrestar la ventaja que les llevaba el vehículo con osados adelantamientos.

Leander albergaba la leve sospecha de que tal vez estuviera en lo cierto. Se agarró varias veces durante el trayecto al asidero de plástico colocado encima de la ventanilla, sobre todo cuando Graciana adelantó a un camión y una caravana de golpe, tan al límite que los neumáticos de la derecha levantaron el polvo del arcén de la carretera (los coches siguientes tocaron la bocina, cosa que hizo que Graciana sacara la mano izquierda por la ventanilla y les señalara algo, Leander no vio el qué por el techo del coche, que por supuesto provocó más bocinazos). Cuando Leander Lost miró hacia atrás, vio a Carlos Esteves con una relajación envidiable, como mucho parecía sentirse aturdido, como si en el coche de Graciana Rosado fueran inmunes a las desgracias.

Cuando aún no se habían acercado del todo a la furgoneta blanca, esta giró a la derecha al aparcamiento de un supermercado. Era un edificio anodino, revestido de un metal de color marrón claro, que se llamaba Loja Alimentar.

Graciana fingió que buscaba un aparcamiento adecuado y siguió al coche, que se paró delante de la entrada de proveedores. Del lado del conductor bajó un hombre mayor con tejanos y barba gris. Llevaba una gorra de béisbol.

—Bandeira —dijo Carlos desde el asiento trasero.

—En efecto, la matrícula coincide —apuntó Graciana—, 23-06-IZ.

Bandeira abrió las dos puertas traseras de la furgoneta y se encendió un cigarrillo. Apareció un joven que vestía pantalón tejano y camisa blanca y que subió con agilidad a un toro con el que sacó la carga: botellas de plástico amontonadas en palés.

—¿Eso es agua? —preguntó Lost.

—Eso parece —contestó Graciana en voz baja.

—Drogas no son —dijo Carlos, y era evidente la decepción que sintió al ver la carga de la furgoneta.

—En todo caso, él no es la tercera persona —confirmó Leander, escueto—, estaba en Faro en el momento de los hechos.

—A lo mejor fue casualidad.

—¿El qué?

—Que Conrad fotografiara este vehículo —aclaró Carlos—. A lo mejor topó con el desencadenante mientras conducía. Tal vez equilibró mal los blancos. ¿Quién sabe? —Soltó una risa un poco ronca.

—Quieres decir que seguimos una pista falsa.

Graciana vio por el retrovisor que sus colegas asentían.

—Y usted, *senhor* Lost, ¿qué opina?

—Que tenemos que ver el agua. Si el señor Conrad pretendía algo más que retratar una Sprinter Mercedes-Benz por detrás, tiene que guardar relación con el conductor o la carga. Al repartidor lo hemos descartado.

Durante el tiempo que duraba un cigarrillo, el joven había descargado los palés. Bandeira y él intercambiaron unas palabras, antes de que el mayor volviera a ponerse al volante y girara en la N 125 en dirección a Tavira.

Graciana agarró el aparato de radio.

—Rosado a la GNR de Moncarapacho, por favor.

Se oyó un crujido, pero no hubo respuesta. Graciana suspiró.

Entonces Carlos le arrebató el aparato.

—Aquí Carlos. Ponte, Luís, es importante.

Otro crujido.

—*Olá*, soy yo. Tiene suerte de que aún esté aquí, hemos acabado el turno.

—Lo sé, Luís, tengo reloj. Necesitamos un control rutinario en la N 125 en dirección a Tavira. Sacad unos cuantos vehículos para no levantar sospechas en el conductor. Y luego lo registráis todo. Es una Mercedes Sprinter blanca, matrícula 23-06-IZ. Y rápido, por favor, nosotros vamos casi por Alfandanga.

Graciana bajó y se dirigió a la entrada de proveedores.

—Eh, dentro de unos minutos llegan los chicos del turno de noche, en realidad…

—Luís —lo interrumpió Carlos.

—¿Sí?

—En realidad es tu deber con nuestro país, pero lo harás con mucho gusto por mí, eso ibas a decir, ¿no?

Luís Dias tardó un momento en entenderlo:

—Eh, sí, claro. El deber. Lo haremos. ¿Cuál era la matrícula?

—23-06-IZ. Sé que tienes buena memoria, fantástica, pero apúntatelo igualmente. Cuando el conductor pregunte, le decís que es un control rutinario.

Y antes de que Dias pudiera contestar, Carlos había colgado el aparato de radio.

Cuando siguieron a Graciana a la entrada de proveedores, el chico joven estaba a solo unos metros visiblemente impresionado, quieto. Graciana estudió los documentos de entrega que había dejado delante de los palés mientras abría una botella de agua y la olía.

—Es una entrega de Puro Água, dos terceras partes sin gas y una con. El *senhor* Fernandez confirma aquí que la entrega se produce dos veces por semana. La cantidad es siempre la misma más o menos, según la demanda —aclaró Graciana.

Cuando Carlos desvió la mirada hacia el chico, él asintió presuroso.

—Hace un año que ha salido la marca al mercado. El fabricante es Eltsen.

—No lo había oído nunca —comentó Carlos al tiempo que olisqueaba también la botella que le dio Graciana—, pero Puro Água me suena. Hacen mucha publicidad de que su agua es especialmente sana.

—Es verdad, yo también la conozco por las vallas en las carreteras nacionales. ¿Hueles algo?

Carlos lo negó con la cabeza y le pasó la botella al *alemão*, que la olió y luego bebió un trago.

—Agua —confirmó.

—Aun así, la llevaremos al laboratorio —decidió Graciana, que se llevó dos botellas más.

—¿Saben quién es Eltsen? —preguntó al joven.

—Sí, es un gran grupo con sede en Zúrich, Suiza.

Graciana levantó una ceja.

—Zúrich, Suiza.

—Suiza. Philipp Benedikt —le devolvió la pelota Carlos.

—Pero Philipp Benedikt trabaja para Adles —intervino Leander.

Graciana miró divertida al tipo flaco y pálido de piel lisa.

—«Hay que coger también las flores de los márgenes» —contestó ella, animada, y los dejó a los dos plantados para volver al Volvo. Leander y Carlos la siguieron. Iban más lentos por consideración del alemán a los andares prudentes del subinspector.

Aun así, Graciana oía todo lo que decían.

—¿Qué tienen que ver las flores?

—Es una expresión —lo informó Carlos—, significa que vale la pena no tener la mirada puesta solo en el gran objetivo.

—Ya.

Pausa.

—Pero ¿qué paso concreto de la investigación se deduce de ahí?

—Que estamos siguiendo la corazonada de la *senhora* Graciana. Y, por tanto, esa furgoneta.

Se hizo el silencio tras ella un momento, salvo por el paso rítmico de las muletas.

Entonces oyó reír a Lost y miró por encima del hombro. Carlos lo miraba disgustado, sentimiento que ella compartía.

—*Pressentimento* —repitió el alemán, que se rio a mandíbula batiente—, es una palabra muy divertida.

La carcajada lo sacudió hasta tal punto que tuvo que apoyarse en el Volvo cuando llegaron. Carlos se encogió de hombros al ver la mirada de desconcierto de Graciana.

—Perdón —dijo Leander, divertido, y recobró la compostura. Solo duró un momento, luego le vibró todo el cuerpo y tuvo que secarse las lágrimas de la risa.

«Así que así se pone cuando ríe», pensó Graciana al mirar a Leander. Empezó a sonreír, porque era muy contagioso. Miró a Carlos, le pasaba lo mismo. La sonrisa fue ganando fuerza, y al final se sumaron a las risas, tanto que también se les saltaron las lágrimas.

Ana Gomes y Luís Dias habían instalado los controles en Pedras d'el Rei, en la N 125. Poco después la carretera atravesaba Tavira, la última gran localidad antes de la frontera española.

El punto estaba escogido con astucia, en eso coincidieron Carlos y Graciana.

Ana Gomes los saludó en el momento justo en que Luís Dias revisaba la documentación de Bandeira, que había tenido que bajar del coche. En todo caso, estaba al lado de la puerta del conductor y parecía relajado.

Graciana siguió conduciendo y se paró después de una curva en el arcén. Habló con Ana Gomes por el móvil, que la informó de que los escondites habituales para drogas o dinero falso de la furgoneta en cuestión estaban vacíos.

—Déjalo marchar, y deséale un buen viaje —le ordenó Graciana—, saca tres coches más, luego habréis terminado. Gracias.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la furgoneta pasó volando por su lado. Graciana dejó pasar dos vehículos más antes de incorporarse al tráfico con el Volvo.

Bandeira giró poco antes de Tavira hacia el norte.

—Se dirige a la autopista —dedujo Esteves.

Y así fue. Tomó la A 22 en dirección a España. Como siempre, estaba prácticamente vacía y solo se cruzaba un coche cada uno o dos kilómetros. Rosado se quedó atrás hasta que la furgoneta se convirtió en una manchita blanca.

—Ya sé que en su país solo hay diez millones de habitantes —dijo Leander Lost—, pero… las autopistas están casi vacías todo el tiempo.

Carlos y Graciana se miraron un instante. Luego Carlos suspiró y se

volvió hacia él.

—Hemos recibido mucho dinero de la UE y ahora prácticamente tenemos las autopistas más modernas de toda Europa. Pero también hay que ganar dinero con eso, así que desde su renovación las autopistas son de peaje.

—Entiendo. Y… ¿es demasiado caro para los conductores?

—Sí, ya no pueden permitirse conducir por sus autopistas.

Se impuso un silencio elocuente de tal envergadura que parecía que no cabía en un SUV Volvo. Graciana y Carlos se prepararon para soportar un dilatado y profundo discurso sobre la financiación de las carreteras alemanas.

—¿Creen que va a España? —preguntó Leander en cambio, que había leído la información de la distancia en un letrero indicador. Apenas quedaban veinte kilómetros para la frontera.

—Ni idea —contestó Graciana, pensativa—, ya no tiene muchas opciones de desviarse de la autopista.

En efecto, escogió la última salida, que llevaba al norte, al interior.

Ante los ojos de Lost se abrió un mundo nuevo. Los pueblos estaban formados solo por un puñado de casas construidas a ambos lados de la carretera. Eran más pequeñas, y a menudo los dueños habían improvisado alguna que otra cosa, una parte del tejado o una entrada al jardín. Los coches envejecían unos años más con cada pueblo, igual que la maquinaria agraria con la que se trabajaban los campos. La carretera seguía un trazado cada vez más curvo. Metro a metro, parecía corresponder cada vez más a una vía antiquísima que los lugareños recorrían hasta el pueblo vecino. Por eso tanto Bandeira como Graciana soltaron el pedal del acelerador.

No paraban de ver casas viejas y vacías, en parte ya derruidas e invadidas por la naturaleza. En unos letreros desmoronados o en las paredes de las casas se leía «*vende-se*»: en venta. Los niños jugaban en el borde de la carretera, algunos de los más pequeños los saludaban. También había gallinas, ovejas e incluso un burro, pastando y dormitando en la carretera, a veces bajo la sombra de los árboles.

Leander se sentía como si no dejase de retroceder en el tiempo.

—Esto es más rústico —aseveró.

—En el Algarve hay una franja muy poblada que no suele llegar a más de veinte kilómetros al interior, a veces solo diez. Allí se vive sobre todo de la pesca y los turistas. Aquí no hay nada de eso. La gente vive de la agricultura, los alcornoques y los olivos.

—¿Alcornoques?

—Extraen el corcho de la corteza y lo venden, se necesita para casi todas las botellas de vino. De momento.

Entonces la carretera volvió a cambiar, ahora era moderna y empinada, con un segundo carril en el medio que se podía usar al bajar en sentido contrario.

Al final circularon junto a una pequeña presa y a mano izquierda se abrieron las vistas al embalse de color turquesa y de una frescura tentadora, cuya superficie solo se rizaba de vez en cuando. Graciana explicó al invitado alemán que se llamaba Albufeira de Barragem de Odeleite. Era la reserva de agua del Algarve. Quien se duchaba, hervía agua o regaba el jardín lo hacía con el agua de ese embalse, alimentado sin cesar por el río Odeleite.

A la derecha se alzaba la población homónima, integrada por cuidadas construcciones blancas con el tejado rojo, con unas ventanas cuadradas y pequeñas en su mayoría, y aterrazadas en una colina hasta la cima, donde las oscuras siluetas de unos cipreses muy altos atravesaban el cielo bajo la luz del atardecer incipiente.

La furgoneta tomó la salida de Odeleite, pero no entró en el pueblo, sino que giró a la izquierda por la carretera nacional que los había llevado hasta allí, la cruzaron por debajo y en ese punto se bifurcaba de nuevo. Bandeira quiso tomar la carretera que salía a la izquierda, pero tuvo que ceder el paso a dos furgonetas blancas idénticas que venían de frente antes de incorporarse para seguirlas.

Detrás de un pequeño aparcamiento donde tres bancos de madera invitaban a contemplar el embalse, la carretera se convertía en una vía estrecha asfaltada que discurría entre cerros pelados y pequeños valles hasta el embalse. La zona estaba sin edificar.

Pasado un kilómetro el paisaje cambió. Entre la carretera y el embalse divisaron un pequeño edificio con unos cuantos coches aparcados delante. Al lado se alzaba una caótica construcción blanca de dos plantas con el tejado de placas metálicas. Tenía tres grandes persianas que en ese momento estaban cerradas. La construcción colindaba con otra área oculta tras un muro alto.

Una valla también alta rodeaba todo el recinto. La entrada y la salida tenían barreras y estaban vigiladas desde unas modernas garitas.

Las tres furgonetas pararon un momento, la barrera se levantó, luego entraron y desaparecieron en la parte del área que quedaba detrás de la pared alta.

Graciana aparcó el Volvo enfrente.

—¿Conoces el recinto? —preguntó a su colega.

—No. A lo mejor es… una especie de oficina. No parece nuevo.

—Pero el vestíbulo sí. Y la valla. La barrera. Voy sola.

Carlos la miró intrigada cuando Graciana abrió la puerta.

—Si me encuentro a Bandeira, que no nos vea a los tres a la vez.

Carlos asintió: podía ser una ventaja si tenían que observarlo.

Graciana se acercó sin rodeos a la garita del portero, donde había tres hombres de servicio. Dos vestían pantalón y camisa negra y a Graciana le recordaron a un servicio de seguridad privado porque llevaban transistores, espray de pimienta y una porra en la cintura. El tercero lucía un traje gris claro y parecía fuera de lugar, como si un caballero británico se hubiera perdido por allí.

Según se veía desde fuera, el espacio estaba equipado con teléfonos, ordenadores y varios monitores donde se vigilaba el recinto de la empresa.

El hombre más alto de los dos vestidos de negro, cuya placa en el bolsillo del pecho de la camisa negra lo identificaba como Henrique Seixas, abrió la ventanilla semicircular por la que se podía hablar o intercambiar objetos pequeños como carnés o llaves.

—*Boa noite* —saludó.

Graciana asintió y sacó la placa.

—Subinspectora Graciana Rosado, Polícia Judiciária de Faro. Me gustaría echar un vistazo a sus instalaciones.

Henrique Seixas se quedó helado, su afable sonrisa se desvaneció. Fue a agarrar la placa, pero Graciana no la soltó.

—Basta con verla.

El hombre paró la mano que había adelantado y la retiró.

—Y…, eh…, ¿qué desea exactamente?

—Echar un vistazo.

Guardó la placa y se fue dando zancadas sin esperar respuesta. Graciana había tenido buenas experiencias cuando tomaba las riendas de la situación. «Quien actúa, no tiene que reaccionar», como le gustaba decir a su padre cuando tenía ocasión. En su vida profesional le gustaba llevar la iniciativa para obligar a los demás a actuar.

Sin embargo, no llegó muy lejos. Henrique Seixas se había dirigido enseguida al hombre de traje, que salió de la caseta y no fue a cortarle el paso, sino que se encendió un cigarrillo y actuó como si se acabaran de encontrar por casualidad. Por absurdo que fuera, lo hizo con una sonrisa preciosa.

—*Senhora* Graciana, no puede entrar en las instalaciones. A menos que cuente con una orden de registro. —Dicho esto, se encogió de hombros como si lo lamentara.

Graciana alzó la vista hacia él mientras se encendía el cigarrillo. Su atractivo era evidente, y lo sabía.

—Soy Abel Peres —dijo.

En el pelo negro azabache se habían extraviado algunos mechones de color gris claro que le daban un aire de madurez. Además, conjuntaban tanto con el color del traje como con el de los ojos. Le dio la mano, y Graciana la aceptó.

—No necesito una orden —repuso ella, relajada, como si fuera una

charla entre amigos—, no quiero hacer un registro, solo echar un vistazo.

—Lo lamento —le dio largas Peres con elegancia—, sin una orden de registro oficial no puede ni siquiera estar donde está: en el recinto de la empresa.

Graciana intentó no dejarse influir por su atractivo.

—¿Y cuál es su función aquí como empleado?

—Soy trabajador autónomo en cuestiones de seguridad.

—Entiendo. Tengo unas cuantas preguntas. Por ejemplo, por la finalidad empresarial de esta…

—Lo siento, no estoy autorizado para darle información, *senhora* Rosado. Por favor, dirija las consultas de todo tipo por escrito a la empresa Eltsen. Puedo darle el número de teléfono de la persona de referencia de relaciones públicas, la *senhora* Klatt.

Se planteó por un momento hacerle más preguntas, pero sabía que era en vano, aunque le sonriera con educación.

—No, gracias. Enséñeme su documento de identidad, por favor, *senhor* Peres.

Su sonrisa perdió cierta intensidad, pero metió la mano con calma en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el documento de una fina cartera marrón.

Graciana echó un vistazo al carné y memorizó el nombre y la dirección antes de asentir.

—*Obrigada.*

—*De nada.*

Él se guardó el carné, Graciana regresó al Volvo y subió.

Mientras les contaba a Carlos y Leander su conversación, siguió recorriendo la carretera y se paró al pie de una colina, donde bajaron del vehículo. Hacía más de tres curvas que no se veía el recinto de la empresa.

Subieron la colina al ritmo de Carlos. Una vez arriba, se abrió ante ellos una preciosa maravilla natural. El cielo, incandescente por el sol del atardecer, se reflejaba con todo su juego de colores en la superficie del agua del embalse. El canto de los grillos formaba un pequeño concierto de cuerda. Una ráfaga de aire que había transportado algo de frescor al rozar el agua les acarició los rostros.

Sin embargo, desde allí también tenían una buena vista de las instalaciones de Eltsen, y por eso había escogido Graciana ese sitio. Tampoco veían la zona que les tapaba la pared alta, pero advirtieron que detrás de la gran construcción de las tres puertas había un pequeño edificio anexo que terminaba sobre el embalse. Como si hubiera un embarcadero cubierto.

—Esperaba algo parecido a un conducto muy grande que llevara al agua, pero desde aquí tampoco se ve.

—¿Cree que Eltsen bombea agua del embalse, la pone en botellas y la vende? —preguntó Lost.

Graciana no apartó la vista del agua mientras contestaba a la pregunta asintiendo.

—Sería un buen escándalo —comentó Carlos—, yo he pensado lo mismo cuando hemos pasado antes por la presa. Miles…, qué digo…, decenas de miles de hogares… a todo el Algarve se le exige ducharse poco, no regar los jardines, no llenar las piscinas y, en la medida de lo posible, ahorrar agua. ¿Y ellos se sirven de aquí, le ponen ácido carbónico y la venden como Puro Água?

—Exacto —dijo Graciana sin desviar aún la mirada—, mirad el nivel del agua.

Señaló la línea de la orilla de enfrente, por encima de la cual se extendía una franja de seis o siete metros de altura alrededor de todo el embalse, en el que no crecía nada porque durante los meses de invierno hasta bien entrada la primavera estaba cubierta de agua. Esa franja daba una idea de cuántos miles de metros cúbicos solía albergar la Albufeira de Barragem de Odeleite.

—Está bastante bajo —intervino Carlos—, pero no tiene por qué significar nada. Podría evaporarse en verano.

Graciana asintió.

—Sí, podría ser, es cierto. Pero Markus Conrad no había fotografiado esa furgoneta por capricho. Esa imagen significaba algo. ¿Qué acabas de decir? ¿Un escándalo?

Carlos asintió.

—Si lo que imagino es cierto, Conrad tenía entre manos algo contra Eltsen y tal vez exigió un precio demasiado alto a la empresa. O no se fiaban de su silencio.

Graciana dio dos pasos a un lado, puso los brazos en jarras y miró al horizonte.

Fuera lo que fuese lo que le pasara por la cabeza, la conclusión de su razonamiento hizo que bajara caminando la colina hasta la orilla. Los dos hombres vieron su silueta menuda desaparecer paso a paso en el atardecer.

—¿Qué hace? —preguntó Leander Lost, que después de dudar un momento salió tras ella.

—Estoy comprobando algo —contestó ella, que siguió andando a zancadas hacia el embalse.

Cuando llegó a la orilla, se quitó la blusa y la dejó a un lado, para luego desabrocharse los pantalones.

Graciana solo tuvo que mirar un momento a Leander para confirmar lo que suponía. El *alemão* no la miraba como los demás hombres, no recorrió con los ojos los pechos tapados por el sujetador. Eso no significaba que no mirara, pero su percepción era distinta, lo vio en la expresión de la cara, exenta de curiosidad o incluso de deseo. Era la mirada de una persona que intentaba entender lo que estaba ocurriendo.

Lost se quitó también los zapatos, los pantalones y se sacó la camisa y la corbata por la cabeza para meterse en el agua poco después que ella. Para entonces casi había anochecido y hacía un frío anestésico.

Tras unas cuantas brazadas, los cuerpos se habían acostumbrado al elemento. Se dirigieron a la parte techada del edificio trasero, que desde la colina parecía una casa guardabotes, procurando no hacer ningún ruido innecesario.

Cuando quedaban unos veinte metros para llegar al embarcadero, los enfocó una luz cegadora. Se sumergieron en el embalse por instinto, que los protegió envolviéndolos en su siniestra oscuridad. Graciana notó el roce de las plantas acuáticas en la barriga y las piernas, cuyas protuberancias se mecían con suavidad en el agua. Estaba cerca del fondo. Cuando se quedó sin aire, volvió a emerger.

La luz cegadora procedía de tres focos colocados en el techo de la construcción, que seguramente detectaban el movimiento. Sin embargo, había llegado a la zona de debajo de la cubierta, que la protegía de los haces de luz. Leander Lost apareció tras ella.

Entonces lo vieron enseguida: la casa guardabotes no era tal. No guardaba ninguna barca, ni siquiera un embarcadero donde poder amarrar. Protegía una manguera de plástico negro y duro que apareció ante ellos desde el agua y seguía por una rejilla, también negra y de metal, a las instalaciones de Eltsen. Desde ahí no veía adónde llegaba exactamente.

Leander dio dos brazadas más para llegar a la malla metálica, que impedía el paso de toda visita imprevista que, como ellos, intentara llegar a la orilla desde el mar. Graciana posó la mano en el tubo oscuro, cuyo diámetro era el doble de una manguera de bomberos. Notó una leve vibración. Cuando puso la oreja contra el material, no oyó nada.

La luz del foco se apagó.

—Esto encaja en su tesis —confirmó Leander Lost, lapidario.

# TERCERA PARTE

## 17

Si temían no convencer al inspector Da Silva en Faro con su descubrimiento y la pequeña cadena de indicios que le presentaron al día siguiente por la mañana, los subinspectores Rosado y Esteves se llevaron una grata sorpresa.

—Para mí, no cabe duda —aseguró—, están bombeando agua del embalse y la venden a la gente como Puro Água. Eso debería interesar a Adles.

Graciana asintió.

—Esta mañana he estado indagando en el registro mercantil —informó—. En principio, Adles es una filial de Eltsen.

Los demás se miraron sorprendidos.

—Adles es una filial de una sociedad en Luxemburgo, Schorlau Ltd., una empresa que se presenta como ecológica, pero con un enorme interés lucrativo. A su vez, está muy bien acompañada en un entramado de empresas internacionales en las que Eltsen es la accionista mayoritaria, es decir, en la práctica, la central de Eltsen en Zúrich determina qué ocurre —explicó Graciana—. La conexión es evidente. También porque, según el registro mercantil, Adles y las instalaciones de Eltsen en el embalse están dirigidas por el mismo hombre: Philipp Benedikt.

Quería hacer sentir a los demás la misma emoción que ella había vivido a primera hora cuando por fin había encontrado el nombre del empresario.

El primero en superar su asombro fue Leander Lost.

—Eso significa que el suministro de agua local en la zona de Faro se ha privatizado a través de Adles. Y Eltsen, la empresa matriz de Adles, desvía agua de la red de la reserva de Odeleite para venderla en botellas de plástico. Bajo la marca Puro Água.

Graciana asintió.

Carlos soltó un silbido.

—Vaya con el bueno del señor Benedikt.

—Muy buen trabajo, todos —dijo Raul da Silva, que ya iba dos pasos por delante en su razonamiento—. Pero todo eso nos lleva a una pregunta. ¿Qué tenía Conrad en realidad entre manos? Siempre y cuando la tesis de la extorsión iniciada por él, y de la cual acabó siendo víctima, sea cierta. No pudo ser la fotografía. No basta para provocar un asesinato.

—Aun así, el asunto apesta —dijo Carlos Esteves.

—Sin duda —concedió su superior—. Solo estoy meditando cómo se debería proceder ahora. La fotografía no demuestra nada. Y el hecho de que haya una manguera que sale del embalse a las instalaciones de Eltsen…, tampoco. ¿Quién dice que no están introduciendo algo? Solo estamos seguros de una cosa: de que las botellas de agua se transportan desde las instalaciones a las tiendas. Lo que quiero decir es que necesitamos una prueba.

—Para eso necesitamos antes una orden de registro —dijo Graciana.

Da Silva negó con la cabeza enseguida.

—Con eso no basta. Ningún fiscal se arriesgará a eso, ningún juez lo aprobará. No es lo bastante sólido.

Desilusión.

—Entonces —comenzó Carlos—, sin entrar en el recinto tenemos que demostrar que el agua se desvía a sus botellas. Podríamos volvernos invisibles.

Da Silva le lanzó una sonrisa cómplice, que por lo general presagiaba una de sus jugadas.

—Bueno, Esteves, mejor sería decir tenemos que demostrar que desvían el agua a sus botellas sin entrar oficialmente en el recinto.

La sonrisa cómplice se volvió pícara.

—Quiero decir —añadió—, lo que hagáis en vuestro tiempo libre, sin que yo lo sepa y sobre todo sin mi autorización oficial, no me incumbe. Sobre todo si yo no sé nada. No sabré si decidís ir al fondo del asunto a título personal, ni si sois tan listos como para escoger a alguien a quien la gente no conozca como policía. —Miró a Leander —. Porque los que trabajan ahí seguramente son portugueses, como Bandeira. El riesgo de que os reconozcan a alguno de los dos es importante, pero no la probabilidad de que sepan que el *senhor* Lost es inspector.

Carlos no pudo evitar sonreír. Esa faceta de Raul Da Silva le gustaba especialmente.

Graciana dudó un momento.

—Suponiendo que el *senhor* Lost esté dispuesto, que podamos colarlo y pueda probar nuestra teoría, ¿se reconocería como prueba ante un tribunal? ¿Sería una prueba que admitiría un juez?

—Sería ilegal que yo entrara en las instalaciones sin autorización —intervino Leander.

—En Portugal nunca han detenido a nadie por perderse un poco —repuso Carlos con una sonrisa jovial.

—Pero sí por saltarse una valla, *senhor* Esteves —replicó Leander en tono aleccionador y con una pizca de enfado. Se dirigió directamente a Da Silva. Con la mano izquierda agarraba a conciencia el colgante circular de la cadena—. Bajo ningún concepto voy a hacer nada de

dudosa legalidad —aclaró.

Graciana miró a su colega, que se encogió de hombros. Luego vio el balanceo nervioso del pie izquierdo de Lost, y advirtió que agarraba el colgante tan fuerte que tenía los nudillos blancos como la nieve. Le rozó el antebrazo por instinto.

—Nadie se lo está exigiendo, *senhor* Lost. En absoluto.

Leander le miró la mano como si le hubiera subido una tarántula al antebrazo. Graciana la retiró.

—Tienen…, tenemos que pensar en otro plan.

Se oyó un carraspeo a su lado, era Carlos.

—Pero para eso tenemos la instrucción de servicio 240.

—*Merda* —exclamó Da Silva—. Soy un desastre con los números, a veces me olvido de mi propio número de teléfono móvil. En realidad, no debería decirlo. Entonces, Esteves, la 240 era esa instrucción para… Para…

—De uso interno —salió al rescate Graciana.

—Exacto —recogió el guante Carlos—. Interno. Regula… la situación de un empleado de la policía que… encuentra algo en su tiempo libre…

No supo cómo seguir.

Intervino Graciana.

—No, lo correcto es: quien en su tiempo libre descubre un delito que habría podido destapar en su función de empleado de la policía.

—Exacto —se apresuró a confirmar Da Silva.

—Lo he expresado en tono informal —se excusó Carlos, y se volvió hacia Leander—. Entonces, si entra a título personal en las instalaciones de Odeleite, por ejemplo, pasadas las seis de la tarde, una vez terminada su jornada, lo que descubra allí se puede usar ante un tribunal, aunque lo haya encontrado sin la orden de registro judicial.

Todos esperaron inquietos la reacción del comisario alemán.

—Entiendo —contestó él—. Es una instrucción de servicio muy interesante. En Alemania seguro que sería imposible.

—Creo que se remonta a la época de la dictadura, es decir, antes de 1974 —explicó Carlos, que parecía en su salsa—. Se han olvidado de abolirla.

Silencio.

—*Senhor* Lost —dijo Raul da Silva al fin—, le doy el día de hoy libre. Durante el resto del día actuará a título personal.

Como la mayoría de portugueses no toma en casa el *pequeño-almoço*, el pequeño almuerzo, las *pastelarias*, que ofrecían a sus primeros clientes todo tipo de preparaciones de café y bollería recién hecha,

constituían una larga tradición culinaria en el país.

Aun así, nadie duraba mucho. Se tomaban un *bica* de pie en la barra, charlaban un poco de las novedades, de fútbol, los vecinos, los niños, y luego se iban a trabajar. Si además había una tostada o un pequeño dulce, se sentaban durante cinco o diez minutos en una de las mesas.

La bollería y pastelería recién hechas se exponían en unas vitrinas bajo el mostrador sometidas a una minuciosa limpieza, y por lo general hacía falta un esfuerzo sobrehumano para resistirse.

Lo mismo ocurría en la *pastelaria* Centeio de la Rua Mouzinho de Albuquerque en Faro, donde Graciana Rosado y Carlos Esteves habían llevado a su colega alemán para endulzar literalmente el plan. Se sentaron junto a una pared de caliza de conchas, bajo un cuadro donde aparecían dos portuguesas en la recogida del heno.

Alrededor revoloteaba la vida matutina. Todo era un ir y venir, un susurro, una risa floja, retazos de conversaciones, acompañado por el ruido de la vajilla, el rugido de la cafetera moliendo los granos y el agudo tintineo de las cucharillas en las tacitas de los clientes.

Se preparaban cruasanes y tostadas, se envolvían dulces para llevar, y Fernando, el maestro repostero, no paraba de sacar provisiones del horno.

Graciana pidió tres *pastéis de nata*, que, objetivamente, eran un hojaldre en forma de magdalena con crema encima.

Cuando le sirvieron el suyo a Lost y le dio un mordisco, vio dos pares de ojos clavados en él. En efecto, Graciana y Carlos se habían convertido en estatuas inmóviles en las que lo único que se movían eran las pupilas.

Leander masticó y le sorprendió notar un sabor picante sobre la primera impresión dulce.

—¿Y? —preguntó Carlos.

—¿Y qué?

—¿Qué le parece? —concretó Graciana la pregunta de su colega para Leander Lost.

—Muy interesante.

Percibió algo parecido al desencanto en los rostros de las estatuas.

—¿Ya está? ¿Interesante? —preguntó Carlos.

—Sí. Podría comer cuatro o cinco más.

Sonrieron como dos bobalicones.

Aquel pastelito era una especie de orgullo nacional.

En realidad, era gracias a los monjes del Mosteiro dos Jerónimos de Belém. Como necesitaban mucha clara de huevo para almidonar el velo, disponían de cantidades ingentes de yemas. De ahí surgió el dulce.

Sin embargo, el pastel de nata no alcanzó la categoría de mito

nacional hasta 1834, cuando el gobierno, en el proceso de separación del Estado y la Iglesia, dispuso que la Iglesia ya no podía hacer negocios laicos, y en consecuencia a partir de entonces quedó prohibida la venta de los dulces.

Uno de los monjes del monasterio llevó la receta a la refinería de azúcar del pueblo, donde los pastelitos se vendieron a velocidad de vértigo desde el principio de su fabricación. Después, la dirección de la refinería decidió mantener en secreto la receta, y así ha sido hasta hoy.

Solo en la *confeitaria* Pastéis de Belém, una pastelería de Lisboa, se comen los originales. Las únicas tres personas del mundo que saben la receta trabajan allí. Cuando viajan, procuran no subir nunca al mismo avión.

Aparte de eso, todos los ingredientes del pastel eran conocidos, así que todas las pastelerías de Portugal venden el *pastéis de nata*. De hecho, en todas está delicioso.

Carlos Esteves habló al alemán, con toda la intención, de la lista de frailes. A fin de cuentas, con el invento de la instrucción de servicio 240, Graciana y él ya se la habían colado.

Graciana se sentía dividida ante la situación. El estado de la investigación había pasado de apenas tener opciones a dar el paso necesario, pero para ello habían tenido que engañar al *alemão*.

Esperó a su jefe cuando Lost y Carlos ya habían salido de la comisaría para dirigirse a la *pastelaria*.

—¿Servirá como prueba?

Raul da Silva hizo una mueca y movió con un gesto de negación la cabeza.

—En alta mar y ante un tribunal uno está en manos de Dios.

—En serio.

—En serio, sin una orden de registro, con la ley en la mano, no. Al final es una cuestión de proporciones. Si conseguís colar a Lost y puede demostrar vuestra teoría, la gravedad del hallazgo compensa la gravedad de la injerencia de un agente de policía. Creo que hay que encontrar un fiscal con ganas de enfrentarse a Eltsen.

Graciana Rosado asintió. Era lo que esperaba oír, porque lo que sería decisivo para la fiscalía ya lo era para ella en ese momento. Mentir de forma intencionada y planificada a Leander Lost le parecía un precio alto a pagar.

A ojos de Lost, el descubrimiento de una posible prueba en las instalaciones de Eltsen no legitimaba en absoluto la entrada ilícita en el recinto. Ni siquiera aunque le garantizaran que iba a encontrar la prueba. Graciana opinaba lo mismo.

Temía el momento en que descubriera que le habían mentido. Solo le cabía esperar que el resultado de la investigación le hiciera entrar en razón.

—Durante medio año no ha pasado nada —le confió Bandeira a la subinspectora Rosado—. Hace medio año que recorro ese tramo todos los días, y todo es correcto. Y ahora me hacen dos controles seguidos, ayer y hoy. —Se encogió de hombros, desconcertado.

Graciana le había pedido que saliera de la furgoneta y la acompañara al coche patrulla, donde Carlos iba supuestamente a revisarle la documentación para que Leander Lost pudiera subir al techo de la Mercedes Sprinter.

Como Luís Dias y Ana Gomes el día anterior, fingieron hacer un control rutinario, pero esta vez a dos kilómetros de Odeleite. Sacaron también, como sus colegas, otros vehículos para que Bandeira no sospechara nada. Llegaba directo de Loulé, donde media hora antes había entregado cuatro palés de Puro Água.

—Hemos localizado a un delincuente en serie —informó de casualidad Carlos.

Graciana, que procuraba tapar la vista a Bandeira de la furgoneta, se plantó delante del hombre, así que no vio la cara que ponía su compañero, pero estaba segura de que Carlos se divertía de lo lindo.

—¿Un delincuente en serie? —preguntó Bandeira, que sintió un ligero estremecimiento.

En esa posición de descanso el muslo de Carlos se recuperaba bien, y como había gozado de una estupenda siesta y la vida esa mañana le parecía de color de rosa, es decir, suave, clara y atractiva, siguió alimentando a la fiera.—Tenemos un aviso de Lisboa, pero no podemos contar nada.

—Ya. Pero… suena a asesinato, ¿no?

—Es usted muy bueno leyendo entre líneas.

—Quiero decir, si… incluso interviene Lisboa. Por eso lo he pensado.

—En efecto, no pasa mucho —confirmó Carlos, que dejó pasar el tiempo justo—, pero sí, no es de extrañar. *Meu Deus*, nunca había visto algo así.

Graciana vio que el pequeño anciano se debatía entre el miedo y el posible asco por una parte, y la curiosidad por otra. Así tendría algo que explicar por la tarde. Todo el mundo en su bar habitual estaría pendiente de sus palabras.

—Secuestrado y mutilado —dijo Carlos a trompicones.

Bandeira tragó saliva sin querer.

Entonces Graciana cogió la documentación que Carlos había dejado sobre el salpicadero.

—Gracias, puede irse.

El repartidor se resistía, era perceptible en su postura corporal.

—Por favor —lo apremió Graciana.

Bandeira recuperó los papeles con un suspiro y un minuto después continuó su camino con el polizón en el techo.

El capó de la Sprinter era duro pero seguro, sobre todo si Leander era capaz de compensar la fuerza centrífuga de las curvas y los frenazos. El plan de su nueva comisaria portuguesa le parecía tosco, como salido de una película muda de los años veinte del siglo pasado. El comisario Lehmann y los demás en Hamburgo seguro que no lo habrían aprobado.

Aun así, funcionó. Tuvieron que pararse delante de la barrera, pero solo un momento, y luego los dejaron pasar. Nadie miró con un espejo para inspeccionar el techo, por no hablar de subir a echar un vistazo.

Bandeira dirigió la furgoneta a la derecha, paró, bajó y se alejó. Leander se quedó al sol vespertino y miró alrededor con cautela. Con un lado de la cabeza contra el metal del techo, vio por todas partes más furgonetas paradas.

Así que Eltsen tenía allí un parque de vehículos con el que el *senhor* Benedikt había creado una red de distribución de agua embotellada en la zona del Algarve. Según pudo comprobar Lost cuando levantó la cabeza con cuidado, a diferencia de otras empresas, las furgonetas no lucían publicidad. Ni un logotipo, ni lemas publicitarios, ni un número de teléfono, nada. Discreto y poco específico. Como él. Tampoco llevaba identificación ni móvil encima. Nada que pudiera identificarlo, solo un pequeño localizador en el bolsillo de los pantalones. La *senhora* Graciana le había dicho que bastaba con pulsar una vez: «Púlselo una vez y estaremos con usted en un minuto».

Carlos Esteves y ella esperaban en la colina desde donde la noche anterior habían llegado a la orilla del embalse, al sudoeste.

Leander se deslizó en el estrecho hueco entre el vehículo de Bandeira y el siguiente. Se quedó quieto un momento y escuchó. No oyó nada, salvo un difuso ruido de fondo.

Habían deducido cómo vestir a Lost de la breve observación que había hecho Graciana el día anterior en las instalaciones, antes de que el jefe de seguridad Peres se la quitara de encima. Pantalón tejano, camisa y gorra de beisbol parecían lo más cercano a la indumentaria de trabajo. Además, todos llevaban una tarjeta identificativa plastificada, con un mecanismo con el que se podía colocar bien

visible en el bolsillo del pecho, el cinturón o un bolsillo del pantalón. Entre los tres habían acordado que se llamara Lean Fernandes. Ahora el nombre destacaba en la tarjeta que lucía en el cinturón, así que su existencia llamaba la atención, pero el nombre no.
Por supuesto, Leander Lost sabía perfectamente cuál era su posición entre la gente. Su sitio estaba en el margen. Siempre había sido así, y así se mantendría para siempre, por mucho que se esforzara, por muchas situaciones desagradables y dolorosas que viviera para aprender del dolor de las experiencias. Tampoco dependía de prepararse con minuciosidad para descifrar más rápido los gestos de los demás, nada de eso lo convertía en uno de los suyos. Tampoco lo conseguiría en esta vida. No hacía falta engañarse.

La gran pregunta sin respuesta era si valía la pena.

De joven, cuando fue consciente de que lo que el director Winterberg del orfanato llamaba «genio de la naturaleza» en su carta, entregada a Leander a título póstumo, sus compañeros lo describían con términos como «retrasado» o «mongolo» (entonces aún no sabía la diferencia entre «reírse con» y «reírse de» y se sumaba a las risas para no desentonar, lo que provocaba gritos de júbilo colectivos en los demás, que incluso lloraban de la risa), anhelaba formar parte de un todo. Entender de una vez las señales de su mundo.

Sin embargo, las bromas de ellos no eran las suyas. Y cuando entraba en juego la ironía, apretaba los dientes, porque la ironía en su mundo no tenía sentido.

Cuando admitió con franqueza que era inútil intentar formar parte de un grupo, le entraron ganas de quitarse la vida. «Como un perro que quiere formar parte de una manada de lobos», lo llamó.

Menos mal que estaba Britta. También tenía los ojos grandes, como Soraia. Le gustaba Leander, pero él no se dio cuenta hasta que se lo dijo directamente, aunque, como añadió, se lo había insinuado de muchas maneras. Naturalmente, él no había notado que su sonrisa se alimentaba de algo más que la mera alegría del momento. Era otra cosa.

Britta tenía osteogénesis imperfecta, un concepto que fascinó a Leander, y aún le fascinaba, por cierto, y tenía, como efecto secundario de esos huesos de cristal, la columna vertebral torcida, lo que se reflejaba en una pequeña chepa alargada. Así que el «retrasado» solía ir con «Gollum».

Mientras que los demás niños y chicos encontraban fea la curva, Lander solo la consideraba una singularidad. Una desviación de la norma. Pero, como decía él: «Stephen Hawking también es una desviación de la norma».

Cuando Britta vio una fotografía del famoso físico, rompió a llorar y no quiso ver más al chico pálido al que todos tomaban el pelo o

evitaban. Pronto entendió que todo lo que decía Leander respondía a la verdad. Era como si fuera incapaz de mentir.

Britta comprendió el sentido de la comparación con Hawking, no se trataba de cómo eran él o ella, sino de que los dos eran especiales. Aparte de sus padres, nunca nadie le había hecho un cumplido tan bonito. Britta le devolvió el halago a Leander, que pronto empezaría a llevar su primer traje negro, y con una sinceridad a la altura de la suya: «No eres el perro que quiere ser aceptado en la manada de lobos, eres el lobo que nunca podrá formar parte de una manada de perros».

Pese a que al principio la comparación le resultó un poco rara, lo ayudaba siempre que la bajeza de los demás le hacía sentir impotente. «El lobo no tiene por qué avergonzarse de su peculiaridad», le dijo Britta.

Y allí estaba él, entre dos furgonetas en Odeleite, la zona más oriental del Algarve. Tenía una función que cumplir y, como nada le daba más miedo que el caos de una situación incontrolable, Leander Lost se había preparado a conciencia. Como si fuera un actor que debía interpretar un personaje.

Un empleado de Eltsen no observaría con precaución porque conocía la empresa por dentro y por fuera. Caminaría deprisa. Parecería ocupado. Era alguien que sabía adónde iba, y también qué hacer allí.

Así no llamaría la atención.

Leander se imaginó que tenía que hacer algo al fondo del pasillo que no se podía aplazar. Miró el pasillo por detrás de la furgoneta, de donde salió también un camión y se dirigió a la entrada sin control por la barrera abierta. En la otra puerta esperaban las furgonetas, una detrás de otra como si fuera una parada de taxis. Todas con el motor en marcha.

En las garitas los dos vigilantes uniformados estaban de servicio.

Leander salió de su escondite y se dirigió al pasillo, llegó sin que nadie le dijera nada ni le prestaran atención.

En la parte delantera del pasillo, que por dentro parecía aún más grande e imponente, con el vértice del tejado de dos vertientes un poco inclinado y de unos cinco metros de altura, pasaban las furgonetas vacías con las puertas traseras abiertas. El conductor de una carretilla elevadora como la que habían visto en el supermercado descargaba palés con botellas de agua en los espacios de carga de las Sprinter. El conductor de turno recibía un formulario y se dirigía a la entrega. Luego pasaba el siguiente.

—*Olá* —dijo un joven al pasar, y eso le recordó a Lost que se había parado un momento.

—*Olá* —devolvió el saludo, y siguió andando, pasando por la estación de descarga.

Detrás le cerraba el paso una pared, había una puerta cortafuegos en ambos lados de la rampa de carga. Como imaginaba, estaban cerradas.

Agarró un formulario colocado en un portapapeles con un lápiz, se apoyó al lado de la puerta y fingió estar tomando notas a toda prisa, con los ojos en apariencia puestos en la hoja de papel, donde dibujaba gorriones.

No tuvo que esperar ni un minuto hasta que se abrió la puerta y un hombre mayor salió a la rampa de carga. La puerta metálica no tardó nada en volverse a cerrar, y con mucha calma Leander colocó el lápiz para impedirlo. Esperó cinco segundos más, luego se armó de valor y atravesó la puerta.

Lo primero que percibió fue el ruido. Un monstruo de máquina construida alrededor de una cinta transportadora dominaba una parte de la sala. Allí llegaban las botellas de plástico en grupos de dieciséis, que se mantenían en formación gracias a un armazón. La máquina las tapaba por encima con una segunda estructura elástica que las fijaba. Luego se detenía el conjunto de envases. Descendía una plataforma automática y de dieciséis boquillas salían disparados dieciséis litros de agua a las botellas, que luego subían para recibir más ingredientes de otras boquillas en otras plataformas, que Lost no logró determinar, salvo uno: gas carbónico. Una de cada tres cargas se enriquecía con él. Poco antes del final de la cinta transportadora aparecían unos brazos robóticos como serpientes de acero angulosas y colocaban en los cuellos de las botellas unos tapones verdes.

Lo siguiente era el etiquetado de las botellas de plástico. Delante de una boquilla alargada que escupía celofán, se iniciaba una rotación rápida para que quedaran envueltas en un santiamén. Al final se separaban entre con gas y sin gas. Un brazo robótico que trabajaba con dos placas de presión embalaba cada grupo estrujándolas, levantándolas y colocándolas con precisión matemática en un palé. Cuando ya había amontonado la cantidad suficiente, avanzaba una carretilla y trasladaba los palés hacia delante, hacia la rampa de carga.

La precisión de la máquina causó una gran fascinación en Leander, y lo dejó aturdido. Podría haber estado horas observando el proceso sin aburrirse. Solo con pensar en cuántas esquinas tenía ese monstruo…

—¿Qué hace usted aquí?

Lost se dio la vuelta.

El hombre que se dirigía a él era un portugués flaco y bajito con una mirada despierta que rezumaba escepticismo.

—Soy empleado de la Polícia Judiciária de Faro y estoy observando

esta máquina. Estoy aquí de conformidad con la instrucción de servicio 240.

Si Leander hubiera estado en situación de descodificar por intuición las señales mímicas, habría visto el regocijo en la mirada del hombre, que sacudía la cabeza ante un humor tan estrambótico.

Leander tenía plena consciencia de que con esas palabras perdía su tapadera, pero como el hombre no se fue enseguida ni hizo amago alguno de informar por teléfono de su presencia en las instalaciones de la empresa, supuso que, a veces, con la verdad se llega mucho más lejos que con los buenos modales.

Se acercó a la cinta transportadora y, tras diecisiete pasos exactos, llegó al final de la máquina. Encontró lo que la *senhora* Graciana suponía y por lo que estaba allí: de la pared trasera del edificio salía a la altura de la cadera la manguera procedente del embalse. Directa a la máquina.

Lost lo documentó en cuatro fotografías.

Había cumplido con el encargo.

Acto seguido se dispuso a volver y al pasar echó un vistazo por la ventanilla a la protegida parte trasera del recinto, donde había piezas oxidadas, palés rotos y material de embalaje. Detrás tres tráileres. Dos grises, otro pintado de colores con dibujos infantiles de flores, árboles y, por supuesto, un sol con cara. Delante del tráiler de colores había un negro sentado asando pescado. Otro reparaba palés con martillo y clavos.

Era Ousman Jobe.

Leander Lost salió del edificio por donde había llegado. Había tomado una decisión en cuestión de segundos. Podía ser que la muerte de *O Olho* tuviera relación indirecta con la extracción de agua de Eltsen, tal vez incluso mucha. Pero no había pruebas. Solo la fotografía de una furgoneta por detrás, que ya no existía porque se había quemado en la oficina del detective privado. La única persona que sabía quién le había encargado prender fuego a Ciclopes y que podría prestar declaración ante un tribunal era Ousman Jobe.

Lost se bajó la gorra de beisbol para ocultar la cara mientras se acercaba a él.

Sin embargo, algo alertó al gambiano. Seguramente un detalle, puede que fueran sus andares.

Ousman Jobe alzó la vista. Lost lo miró. Vio en sus ojos que lo había reconocido. Entonces Jobe se levantó de un salto y salió corriendo.

Lost salió disparado tras él.

El africano desapareció entre las furgonetas para librarse de su perseguidor. Lo hizo con tal ímpetu que chocó con un retrovisor.

Leander entendió que el fugitivo era más atlético, fuerte y rápido que él y era evidente que aguantaba el dolor que aún le causaba la herida del disparo. Los numerosos vehículos formaban un laberinto de paredes blancas.

Lost se tiró al suelo y logró ver bien por debajo de las furgonetas. La dirección en la que corría Jobe, cambiaba cada pocos metros porque, pese a que las furgonetas le ofrecían protección, también constituían un obstáculo natural. Al final se aproximó al sudoeste. Allí estaba el edificio donde el día anterior habían deducido que se encontraba la oficina durante la primera observación del recinto.

El africano se abría paso en zigzag entre los vehículos aparcados. Visto desde el aire, cuando había recorrido los dos catetos de un triángulo, Lost salió corriendo por el aparcamiento y siguió la hipotenusa. Gracias a ese atajo recuperó la ventaja de Jobe, que de todos modos ahora cojeaba más. Sabía que llamaría la atención de los conductores y empleados.

Ousman Jobe pasó junto a la última furgoneta cuando Leander lo alcanzó, lo agarró del brazo mientras corría, le dio la vuelta del impulso y lo lanzó contra la pared lateral de una Sprinter.

—Queda usted… detenido provisionalmente —dijo sin aliento—. Tiene derecho a…

El golpe de Jobe en la sien lo derribó. El hombre quiso continuar con su huida, pero Leander soltó el pie detrás del talón del africano y con la suela del otro pie apretó con fuerza en la rodilla. Esa palanca con las piernas hizo que Ousman cayera al suelo a horcajadas.

Leander activó el localizador mientras se incorporaba.

—Pare —ordenó una voz tras él. Leander Lost miró por encima del hombro. Era Abel Peres, vestido de traje.

—Seguridad, ¿qué está pasando?

Jobe aprovechó la oportunidad, se levantó de un salto y siguió huyendo. Cuando Leander Lost quiso ir tras él, Peres le cerró el paso. Leander soltó un gancho rápido, pero el jefe de seguridad se lo esperaba y lo agarró del brazo. Reaccionó asiendo la muñeca del hombre, para luego clavar un dedo entre la base del pulgar y el resto de la palma de la mano y hacer una llave, pero también esta vez Peres reaccionó más rápido y le dio un golpe seco a Lost en la laringe.

Se quedó un momento sin aire, se agarró el cuello por instinto y retrocedió dos pasos para protegerse.

Más atrás se abrió la puerta de la garita del vigilante y dos hombres vestidos de negro se acercaron corriendo. Uno hablaba por un aparato de radio, el otro sacó la porra.

# 19

Los andares de Philipp Benedikt al recorrer la sala de la primera planta del edificio de oficinas recordaron a Leander a los de un felino. Uno con cierto sobrepeso y las mejillas rojas. No sabía por qué, solo que no era por la agilidad. Graciana Rosado y Carlos Esteves habrían sabido la respuesta.

La mirada del suizo estaba alerta, no le quitaba ojo a Leander Lost. En ese momento sonrió.

En la sala había un escritorio abarrotado de madera maciza, con un teléfono. Detrás se veía una butaca que parecía cómoda, y delante, dos sillas. En una de ellas estaba sentado Leander Lost.

Tras él, a la altura de la puerta, Abel Peres se fumaba un cigarrillo con la ventana abierta. De lejos les llegaban voces. Eran las de Graciana y Carlos, que intentaban convencer con gestos decididos a los vigilantes, que los escuchaban junto a la caseta de vigilancia, pero no hacían amago de dejarlos pasar al recinto.

—Es una situación de lo más desagradable, señor Lost —le confió Philipp Benedikt—. Es decir, descubrir que hay un agente de policía en nuestras instalaciones que se ha colado con el nombre de… Lean Fernandes.

—Estoy aquí a título personal.

—Ya.

El suizo se detuvo un momento delante de otra ventana y miró fuera, para dirigirse de nuevo por sorpresa a Leander.

—¿Y qué le interesaba a título personal, si no es indiscreción?

—De dónde sale el agua que Eltsen comercializa bajo la marca Puro Água.

Benedikt cruzó una mirada de sorpresa con Abel Peres.

—¿Y qué ha averiguado?

—Que procede del embalse.

Benedikt asintió, y escudriñó con la mirada de nuevo a su invitado inesperado, pero no como si fuera un interlocutor humano, sino una obra expuesta.

—Se ha ido todo al garete, ¿eh?

Leander lo miró desconcertado.

—He dicho que se ha ido todo al garete —repitió Benedikt un poco más alto y claro.

—¿Garete?

—¿No conoce la expresión?
—¿A qué se refiere? ¿Garete?
El jefe de Eltsen lo fulminó con la mirada. Pero luego, mientras lo observaba con detenimiento, se le pasó el enfado y llegó a una conclusión. Se sentó al lado de Lost en la silla libre.
—Señor Lost, ¿cuándo fue la última vez que se acostó con una mujer?
Mientras Peres lograba disimular su perplejidad, a Leander le pasaron enseguida por la cabeza las imágenes que Philipp Benedikt evocó.
Había pensado en todas las posibilidades mientras se preparaba para un encuentro con Sabine. Cine, cena en un restaurante, taxi y procreación. El hecho de que Sabine cancelara el trayecto en taxi lo había dejado un poco fuera de juego, como una ondulación en el terreno de su plan. Aun así, llegaron juntos a la última base.
—El 23 de junio de hace doce años —contestó Lost.
Mientras Peres controlaba por segunda vez su estupefacción, Benedikt no se sorprendió. Incluso sonreía un poco.
Fue una versión mímica con las suficientes señales claras para que Leander le devolviera la sonrisa. Era lo que esperaba la gente.
—¿Y quién tuvo la idea de colarle aquí? ¿La subinspectora Rosado o Esteves?
—Los dos.
Benedikt asintió.

A Benedikt solo le hicieron falta cinco minutos para informarse a fondo. Peres y él acompañaron al alemán a la garita de los vigilantes, donde también había acudido Raul da Silva y se había unido a sus subordinados.
Graciana y Carlos, que acababan de mantener una acalorada discusión con el personal de vigilancia, se callaron al ver llegar al *alemão* acompañado de los dos hombres.
—Entonces Benedikt sí que trabaja para Eltsen —dijo Graciana en voz baja a Carlos y Da Silva.
Los dos se limitaron a asentir porque ya llegaba el trío.
—Buenos días, inspector Da Silva —lo saludó Benedikt, luego se dirigió a los dos subinspectores y dijo—: Buenos días. *Senhor* Da Silva, su colega alemán ha accedido con un nombre falso a nuestras instalaciones. Lamento decirles…
—Venga, *senhor* Lost —lo interrumpió Raul da Silva, y le indicó con un gesto que saliera de las instalaciones de la empresa y fuera con ellos.
Leander obedeció. Por lo que veía Graciana, estaba ileso. Sintió un

gran alivio, más del que imaginaba.
—¿Se encuentra bien?
—Sí.
Benedikt se aclaró la garganta.
—Inspector Da Silva, ¿puedo preguntarle si sabía con antelación del acceso ilegal?
—Por supuesto que no.
Graciana vio la sorpresa en la cara de Leander Lost.
—Bueno —continuó el suizo con calma—, pues el *senhor* Lost me ha asegurado que los dos subinspectores aquí presentes sí lo sabían. Además, urdieron un plan y por lo visto lo engañaron con una instrucción de servicio 240 en Portugal, inventada, sobre la ilegalidad de sus actos.
—¿Eso es cierto? —preguntó Leander, molesto.
—Lo aclaramos luego, *senhor* Lost —lo apaciguó Carlos, que llevaba la rabia grabada en el rostro, rabia por lo tontos que habían sido.
—¿Trabaja para Adles y para Eltsen? —preguntó Graciana.
—Correcto. Ayudo aquí porque el puesto de dirección de la empresa aún está vacante.
—Es interesante. No nos contó nada de eso durante nuestra visita.
—No me lo preguntaron. Tampoco entiendo que las decisiones de personal de Eltsen sean motivo de debate aquí. Su colega de intercambio ha cometido un allanamiento de morada a petición suya. ¿Qué piensa hacer ahora, *senhor* Da Silva?
—Lo consultaré con mis compañeros en comisaría —contestó Raul da Silva, escueto—. ¿Y usted?
—Estoy obligado a informar al grupo. Luego reaccionarán desde allí.
—*Senhor* Lost —tomó la palabra Graciana—, ¿el conducto va del embalse al edificio?
—Sí. Con el agua del embalse se llenan las botellas. Con una máquina grande. A una tercera parte del agua se añade el gas carbónico, dos terceras partes…
Graciana interrumpió a Leander, furibunda, y se dirigió a Benedikt.
—¿Qué dice usted de eso?
—Digo que no han conseguido una orden de registro. Por tanto, lo que dice el *senhor* Lost no es justiciable.
Da Silva agudizó la mirada, Graciana vio que apretaba las mandíbulas.
—¿Lo estoy entendiendo bien? ¿De verdad bombean agua de la reserva de agua potable y llenan con ella las botellas?
—No estoy obligado a darles información sobre el tema —repuso Benedikt con aspereza.
—Pues lo va a hacer —aseguró Graciana. Le temblaba la voz de la

indignación.

—¿Y si no lo hago? —preguntó el suizo.

—¡Es nuestra agua! —vociferó Carlos, que ya no pudo contener más lo que le provocaba la evidente tranquilidad de la que hacía gala Benedikt—. ¡En el Algarve hay escasez de agua potable! Se pide a la población que ahorre agua en la medida de la posible, ducharse poco, no regar los jardines y a saber qué más, ¡y ustedes lo empeoran sacando agua potable y haciendo negocio con ella!

—Voy a decirle una cosa, subinspector…

—¡Sí, dígamelo!

—Esteves —lo reprendió Da Silva.

—¡Quitar el agua a la gente! ¡Eso es una canallada!

Benedikt sonrió satisfecho.

—Voy a decirle lo siguiente: en la Tierra tenemos un 97,5 por ciento de agua salada y solo un 2,5 por ciento de agua dulce. Durante los últimos cien años el consumo se ha multiplicado por diez. Una persona en EE.UU. consume trescientos litros al día. En Europa, entre ciento diez y doscientos cincuenta litros, de media son dos bañeras completas por cabeza todos los días. El agua será exponencialmente la materia prima más costosa del mundo. Durante el siglo pasado estallaron guerras por el petróleo y otros recursos naturales. En el siglo xxi las guerras se declararán por el agua, y las batallas serán cada vez más cruentas.

—¿Y por eso se la quitan ya a la gente? —preguntó Graciana, colérica.

—No le quitamos el agua a nadie. No nos bebemos nosotros el agua. No la vendemos a otros países. El agua potable portuguesa se queda en el país. Así que no desaparece, sigue ahí. Piénselo, ¿de qué depende el valor?

—De la demanda —contestó Leander con objetividad.

—Exacto. Déjenme que lo formule de la manera siguiente: el valor surge de la escasez. ¿La arena es valiosa? No. Tenemos arena de sobra. Nadie pagaría nada por un kilo de arena, ni un céntimo. Un diamante, en cambio, es un recurso natural tan escaso y de una dureza tan extraordinaria que la gente paga fortunas por ellos. No pagan por un mineral de carbono, pagan por la rareza de su existencia. Y el agua… El agua es mucho más valiosa para que cueste tan barata. El agua es… un diamante. Pero la tratamos como si fuera arena. No vale nada porque no cuesta casi nada. Por eso la desperdiciamos. Y por eso está bien advertir a la población mundial, tomar medidas. Porque no tenemos sobreabundancia de esta valiosa materia prima en estado puro. Si el litro de agua costara diez euros, calcule el cuidado que se tendría con ella.

Los policías guardaron silencio un momento porque la idea les

pareció razonable, y en un primer momento no se les ocurrió una réplica con sentido.

—Para ustedes —tomó la palabra Leander Lost— es una postura muy cómoda. La población paga los beneficios de Eltsen con su desconsideración hacia el agua. Pero ni usted ni Eltsen renuncian a ella. El escaso aprecio del agua potable que atribuye a los portugueses lo comparte usted. De lo contrario no haría negocio con ella.

Benedikt torció el gesto. Lanzó una larga mirada a Leander Lost.

—No, solo regulamos el valor. Adles ofrece el agua de consumo diario a buen precio. ¿Lo recuerda? ¡Hemos bajado los precios! Podemos hacerlo porque lo financiamos con los ingresos de Eltsen de las ventas de botellas de agua. En otras palabras, los compradores de Puro Água que adquieren agua mineral refinada subvencionan los precios bajos del agua de consumo para todos los hogares. El hecho de que Eltsen no pague más corresponde a la naturaleza de una empresa. Aun así, los ganadores de esta política de precios son precisamente los hogares de ingresos bajos. Usted interpreta que hay malicia capitalista, sí, una astucia en este modelo que favorece a todos los implicados y que nadie pretende. Es, y disculpe que sea tan claro, indecente.

Respiró hondo.

—¿Cuál es el margen de beneficios entre un litro de agua bombeada y un litro vendido? —preguntó Leander sin inmutarse.

—No tengo las cifras en mente, *senhor* Lost.

—Más o menos —lo secundó Graciana.

—Aunque tuviera los números, *senhora* Graciana, no podría darle esa información.

—Pero lo admite —confirmó Raul da Silva.

—¿Qué quiere decir?

—Que desvían agua potable y la venden en botellas. Lo acaba de explicar.

—Sí.

El descaro con el que lo reconoció el suizo los dejó sin habla.

—Con Adles, el suministro de agua está garantizado —aclaró a continuación—; todo el mundo obtiene su agua de la red. Incluso más barata que antes. Y nosotros podemos llenar botellas con una parte del agua y venderlas.

—¿Privatizan nuestra agua y nos la venden?

—Eso es un poco simplista —repuso el suizo—. Es una situación en la que todo el mundo gana.

—Yo lo impediré —aseguró Da Silva.

Philipp Benedikt no sabía si la situación era ofensiva o graciosa. Luego se volvió hacia Peres.

—Llame al *senhor* Campos, por favor.

Abel Peres, cuyo atractivo informal Graciana no conseguía obviar del todo, sacó el móvil y pulsó en la pantalla el número de teléfono de un contacto de la agenda.

Graciana volvió al ataque:

—¿Por qué cree que el *senhor* Conrad fotografió una furgoneta de su parque de vehículos?

Benedikt se encogió de hombros.

—¿No es su trabajo encontrar la respuesta? Yo no la sé.

—El *senhor* Campos —dijo Peres, que le pasó el móvil al suizo.

—¿*Senhor* Campos? Eh… Philipp Benedikt. Acabamos de tener un pequeño incidente en Odeleite. Un subinspector de la Polícia Judiciária ha accedido al recinto sin una orden de registro. Nuestro personal de seguridad lo ha detenido y ahora… está aquí el inspector Da Silva. Da Silva, ¿verdad?

Raul da Silva asintió. Para entonces ya tenía los brazos en jarras.

—Sí, inspector Da Silva. De Faro. Nos acusa de extracción ilegal de agua del embalse. Por supuesto, no estoy obligado a tomar cartas en el asunto y puedo delegarlo a nuestra oficina de Lisboa o Zúrich, pero considero importante no exagerar innecesariamente este pequeño suceso por el bien de todos los implicados. ¿Podría explicarle al inspector nuestras competencias, por favor? Sé que su tiempo es muy valioso. Gracias. —Le pasó a Raul da Silva el móvil—. El *senhor* Campos, director de Águas de Portugal.

Graciana vio que su superior tragaba saliva cuando se llevó al oído el teléfono. Escuchó y dijo «ya», «no lo sabía» y «entiendo».

Durante la conversación, que no duró ni un minuto, Da Silva se iba petrificando a ojos vista, y luego devolvió el móvil a Philipp Benedikt.

Se volvió hacia Graciana, Carlos y Leander Lost.

—Era Mário Campos de Águas de Portugal. Dice que Eltsen tiene autorización para desviar el agua del embalse. Y venderla. Es… un párrafo del contrato de privatización.

Graciana tuvo la sensación de que todos se habían quedado con los pantalones bajados delante del suizo, que ni siquiera daba suficiente importancia al asunto para percibir el momento como un triunfo. Carlos bajó la mirada y Graciana tuvo que pensar mucho para recordar una situación en la que hubiera visto a Raul da Silva en un ridículo parecido, pues la memoria no era suficiente.

—Esto apesta.

—¿Cómo?

—Esto apesta —repitió Carlos.

Benedikt sacudió la cabeza.

—Ya intenté explicárselo ayer, subinspector Esteves. Este país tiene una enorme montaña de deudas que saldar. Por eso todas las empresas públicas venden una parte de la cubertería de plata. Águas de Portugal

hace su aportación con el embalse de Odeleite. —Clavó la mirada en Da Silva—. Acaba de decir que lo impedirá. Me temo que esa parte se le va a atragantar.

—Eso es problema mío.

—Usted mismo.

Ambos intercambiaron una mirada irreconciliable, dura.

—¿Y qué pasa con Ousman Jobe?

Los demás desviaron la atención hacia Leander Lost.

—Lo he visto ahí detrás, en el recinto, junto a unos cuantos camiones. Cuando he querido detenerlo, ha salido huyendo y luego me ha… detenido este señor.

—¿Jobe? —preguntó Da Silva—. ¿Está seguro?

—Absolutamente.

Todos clavaron la mirada en Philipp Benedikt, que levantó una ceja, sorprendido.

—Es el hombre al que están buscando, ¿verdad?

—Correcto —contestó Graciana—. ¿Cómo puede ser que trabaje para ustedes?

—No lo sabía. ¿*Senhor* Peres?

Abel Peres sacudió levemente la cabeza.

—Aquí no trabaja ningún *senhor* Jobe.

—Ah, ¿sabe el nombre de todos los empleados? —preguntó Carlos con evidente sarcasmo, pero el jefe de seguridad lo pasó por alto.

—Sí.

—¿Puede ser que trabajara aquí con otro nombre? —insistió Benedikt.

—No —repuso Peres—. Todo el que recibe una identificación de empleado por nuestra parte tiene que enseñar antes su documento de identidad, y hacemos una copia. Para eso ese tal Jobe debería tener un documento falso. No me parece muy probable.

Raul da Silva avanzó y le puso una fotografía delante de las narices a Peres en la que aparecía Ousman Jobe. Benedikt también la miró con interés. Él y su jefe de seguridad lo negaron con la cabeza al unísono.

—No, no lo había visto nunca.

—Yo tampoco —confirmó Peres.

Benedikt se volvió hacia Da Silva.

—Tuvimos a un sintecho durante una semana que saltó la valla y acampó ahí detrás. Eso nunca se puede descartar del todo, claro. —Luego se dirigió a Peres—. Pregunte a los empleados de atrás, en los tráileres. No podemos tolerarlo.

Graciana miró a Carlos, y coincidieron en silencio en que Benedikt mentía.

—Un delincuente y sospechoso de asesinato huido en las

instalaciones de su empresa —dijo Da Silva con calma—, eso tiene un regusto extraño.

Benedikt sintió el impulso de contestar algo, pero cuando ya tenía la boca abierta se pasó la lengua por los labios y recobró la compostura. A continuación, asintió.

—¿No lo tienen ya? Quiero decir, ¿no se les ha escapado el delincuente? ¿Pese a la vigilancia? Si quieren, eso también es raro, ¿no? Voy a darle un buen consejo, inspector Da Silva, estos reproches no nos llevan a ningún lado. He confirmado por pura amabilidad sus sospechas de que Eltsen puede comercializar una cantidad determinada por contrato de agua potable en forma purificada y mejorada. En cuanto al allanamiento del *senhor* Lost de nuestras instalaciones, delegaré el asunto al departamento jurídico. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Salieron andando en fila, abatidos.

Graciana dejó que su superior se pusiera al volante del Volvo, donde Carlos y Leander compartieron el asiento trasero. Guardaron silencio durante cinco minutos, lamiéndose las heridas.

—¿Y si organizamos una redada para atrapar a Jobe? —dijo por fin Carlos.

—Ese hace tiempo que se ha largado —contestó Da Silva—. Y, de todos modos, sigue figurando en la lista de personas buscadas.

Graciana lo miró de soslayo. Los rizos le caían en la frente, se le habían formado unas arrugas de expresión desde el rabillo del ojo hacia las sienes bronceadas. Su jefe parecía exhausto, no soportó mucho esa imagen.

—No ha sido un buen día, Piaf —dijo él en voz tan baja que las palabras casi las engullía el viento.

—Era una idea descabellada —reconoció Graciana.

—Gracias —contestó Da Silva.

—No —se apresuró a decir Graciana con sincero arrepentimiento—, no quería decir eso. La idea fue de todos.

—Mía, no —la contradijo Leander.

—No ha sido error suyo, jefe —añadió Carlos, que se tomó la intervención de Leander como lo que era, una afirmación, nada más.

Silencio.

—¿Sabe, *senhor* Lost? —retomó el hilo Graciana—. Cuando se decide algo en equipo y sobre todo lo hacen juntos, también asumen juntos las consecuencias.

Leander contempló las pinedas y los campos de frutales y verduras al pasar, las mujeres con vestidos de colores o los señores con sombreros de paja sentados a la sombra y dormitando mientras

esperaban clientes.

—Pero no existe la instrucción de servicio interna 240 —dijo al final, y volvió a mirar al interior del vehículo.

Se impuso el silencio durante unos segundos.

—Es verdad —admitió Raul da Silva.

—Entonces me han mentido —prosiguió Leander. Y, aunque sonaba como si fuera un dato más, a Graciana le pareció notar el tono de agravio, como una cinta invisible que le diera otra vibración a las palabras.

—Sí —reconoció.

En un primer momento no supo interpretar por qué sentía un nudo en la garganta. Sin embargo, cuando se dio la vuelta y vio que Carlos también deseaba que lo tragara la tierra, entendió de dónde salía esa sensación, era como si hubieran abusado de la confianza de un niño, y se juró no volver a hacerlo jamás. Nunca.

—En un equipo —contestó Leander— no se miente. Si no, no es un equipo.

—No volveremos a hacerlo, se lo prometo.

Leander la miró a los ojos como si intentara sumergirse en su interior para averiguar de qué pasta estaba hecha esa promesa.

—Yo también me sumo —dijo Carlos.

Leander asintió. Volvió a mirar por la ventanilla. Se veía el mar de fondo, en cuyo azul marino se reflejaba el sol. Daba la impresión de que, más allá, el horizonte solo estuviera formado por olas plateadas.

—Tengo hambre —dijo de repente.

# CUARTO DÍA

—Duarte se hará cargo.

Raul da Silva estaba sentado tras su escritorio en la comisaría de Faro, y lo dijo con tanta rotundidad como rabia.

Graciana Rosado y Carlos Esteves estaban de pie frente a su jefe. Les había pedido que fueran a verlo sin Leander Lost.

—¿Cómo que Duarte se hará cargo? —preguntó Carlos, el primero en recuperar el habla.

—Se hace cargo del caso Conrad —añadió Da Silva—, tenéis que poner a su disposición todos los datos de vuestra investigación. A partir de ahora es su caso.

—No puede hacer eso —exclamó Carlos.

—Claro que sí. Incluso debo hacerlo. —Da Silva apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos como si fuera a rezar—. Solo hay una opción de salir de esta —confesó a sus subinspectores.

A primera hora de la mañana había sonado el teléfono en casa de Da Silva.

Graciana conocía desde pequeña la casita de su jefe, con las ventanas de marcos amarillos y la terraza de mampuesto en el interior, entre Fuseta y Moncarapacho. La entrada estaba flanqueada por algarrobos, y los lagartos verdes escamados corrían por las paredes de caliza de conchas.

Raul da Silva podría haber aspirado a un puesto arriba del todo, pero su mujer Catarina era de Olhão y le tenía cariño a su tierra. Se quedó por amor, aunque las posibilidades de ascenso dentro de la Polícia Judiciária de Faro eran muy limitadas. En Oporto o Lisboa, en cambio, habría tenido varias opciones.

Al día siguiente se mudaban a una casa nueva abajo, en la costa. El padre de Catarina era neurocirujano; la madre, galerista. Al principio a Raul le costó encontrar su sitio en la familia. Pero Catarina quería casarse con ese hombre, por mucho que dijeran sus padres, y ese amor incondicional desarmaba a todo el mundo, hasta a Graciana y a Carlos, a quienes les daba la impresión de que Catarina siempre flotaba un poco por encima de las cosas.

Su jefe seguía intentando que no se notara mucho la diferencia de ingresos entre sus suegros y él y, aunque le bastaba con la vieja casa

de sus padres en el interior, cumplió el deseo de su mujer de tener un nuevo hogar. Muchos fines de semana ayudaba en la obra con dos o tres amigos para que los gastos no se desmadraran.

Aquella mañana al otro lado de la línea habló Lionel Martins, el vicepresidente de la Policía de Faro. Estaba de muy mal humor. La causa era que el presidente de la Policía, Lopes, en persona, lo había citado en su despacho.

A última hora de la tarde del día anterior, Eltsen había pasado a la acción y había encargado a Gabriel Neto, un temible abogado especializado en derecho económico europeo, que representara sus intereses. A Raul da Silva no le cabía la más mínima duda de que ese movimiento había sido una iniciativa de Philipp Benedikt.

El caso es que Neto había dejado claro al presidente de la Policía en una breve conversación que, desde el punto de vista de Eltsen, solo había una opción: una denuncia disciplinaria contra los agentes implicados, además de la garantía de que Eltsen, Adles y el *senhor* Benedikt, como su representante local, no volverían a ver obstaculizada de forma arbitraria su actividad comercial.

La observación del abogado de que, desde luego, un hombre con la experiencia de Lopes y con un mandato tan inteligente jamás daría el visto bueno o daría órdenes de iniciar semejante «operación de guerrilla» (así lo llamó, literalmente), pero que, en caso de demanda civil por parte de Eltsen, la cobertura informativa de prensa y radio causaría daños irreparables en la opinión pública y su reputación intachable, construida a base de tantos años de esfuerzos, suscitó en el presidente de la Policía de todo menos alegría.

Así, su segundo de a bordo, Martins, estaba condenado a ocuparse de inmediato de poner orden en su ámbito de responsabilidad. Lo hizo con tal vehemencia que en adelante quedaba del todo descartado otro incidente de ese tipo. Lopes había dejado claro que no estaba dispuesto a entregar su cabeza por los deslices cometidos en el terreno de Martins. Y que esperaba que solucionara el asunto con las medidas internas adecuadas.

Martins, que albergaba la esperanza de ocupar el puesto de su superior cuando este se jubilara al cabo de tres años, no quería perder la opción bajo ningún concepto, y por tanto había ordenado al inspector Raul da Silva que retirara con efecto inmediato a los subinspectores Rosado y Esteves del caso que había provocado roces con Eltsen y enviara a casa al comisario alemán.

¿No era el sinvergüenza que había disparado a uno de los nuestros?

Por el bien del grupo y por no perder puntos ante Lopes, Lionel Martins no había llevado a instancias superiores el encubrimiento de los dos colegas de departamento del asunto del cultivo de cánnabis que había denunciado Duarte. En presencia de Da Silva había

agradecido su instinto, además de su amplitud de miras y la astucia general demostrada en este asunto.
—Así están las cosas —terminó Raul da Silva su informe—. Tenemos que tirar de la cuerda que menos nos perjudique a todos. De lo contrario, tendremos problemas serios.

Con cada frase de la explicación de Da Silva, Graciana iba reafirmando la impresión de que su jefe tenía las manos atadas.

—Justo ese idiota —dijo Carlos—, ¿por qué no se pierde de una vez?

—Ousman Jobe sigue en búsqueda y captura. Duarte no puede hacer nada mal. En algún momento, Jobe nos llevará hasta la red y podrá interrogarlo por lo de Conrad. Y yo estaré, seguro. Lo siento, no he podido rascar más.

La misma pena que sentía su jefe por no haberlos protegido de esas medidas disciplinarias, la sentían ellos por él.

Graciana se aclaró la garganta.

—Pero lo del *senhor* Lost no puede ser.

—Confió en nosotros —añadió Carlos.

Las palabras de su colega fueron como un cálido rayo de sol para Graciana.

Raul da Silva asintió.

—En eso puedo tranquilizarlos. He hablado por teléfono con Hamburgo, con un tal *senhor*… —Echó un vistazo a su libreta—. Con un tal *senhor* Lehmann. Ha insistido en que se mantenga el programa de intercambio. También ha dejado caer que, en caso de duda, expondría el caso en La Haya. He llegado a un acuerdo con Lionel Martins. Así que el *senhor* Lost se queda con vosotros. Solo que, como vosotros, ya no tendrá relación con el caso.

Graciana sonrió.

Expusieron la situación al colega Duarte en la terraza del Téida, su nuevo local preferido. Llevaba una semana seguida yendo a tomar un *bica* allí antes de ir a trabajar para impresionar a una joven camarera. Se llamaba Xana.

Era una estudiante de veintitantos años y, aunque Carlos consideraba que Miguel Duarte era un bobo ignorante, cuando Xana les llevó las bebidas y Duarte tiró el anzuelo, tuvo que admitir que tenía buen ojo.

—Luego está también el asunto con Eltsen —estaba diciendo Graciana.

—Resolveré el asesinato de *O Olho* —dijo Duarte de repente, procurando poner cara de Steve McQueen. Xana estaba recogiendo algo de la mesa contigua.

—Ya —dijo Carlos—, pero deberías…

—A mí no me para nadie —lo interrumpió Duarte.

Cuando Xana se llevó los vasos y la vajilla al restaurante, pudieron volver a hablar con normalidad con él.

Sin embargo, no veía motivos para seguir investigando la conexión entre *O Olho*, Jobe y la extracción de agua por parte de Eltsen, aparte del doble cargo de Benedikt en las empresas Eltsen y Adles. Además, Da Silva ya lo había informado de que Eltsen lo tenía regulado por contrato.

—Pero es evidente que apesta —repuso Carlos.

—Ahí no hay nada evidente, salvo vuestra tendencia a establecer conexiones cuando no sois capaces de encontrar una relación real.

Carlos volcó su *bica* doble, y Miguel Duarte no fue lo bastante rápido en levantarse para poner a salvo los pantalones del traje.

—Mira lo que has hecho.

—Qué torpe, lo siento.

—No parece que lo sientas, Esteves.

—De verdad.

—Ah, qué mierda —masculló Duarte enfadado, mientras intentaba limpiar la mancha de los pantalones con una servilleta de papel—. ¿Te haces una idea de cuánto cuesta un traje así?

—¿Cincuenta euros?

Duarte lo fulminó con la mirada.

—¿Setenta y cinco? —insistió Carlos sin inmutarse.

—Estás haciendo que el café penetre aún más en el tejido —dijo Graciana con calma—. Deja que se seque y lleva los pantalones al tinte.

Duarte sabía que tenía razón. Tiró la servilleta sobre la mesa.

—Hay dos conexiones entre Markus Conrad y Eltsen —prosiguió Graciana con tranquilidad—. La primera, la furgoneta. La fotografía que hizo Conrad nos lleva a Eltsen. Segundo, Ousman Jobe. El hombre que prendió fuego a la oficina de Conrad se alojaba en las instalaciones de Eltsen. Eso no es una relación inventada, salta a la vista. Así que también deberías investigar por ahí.

Miguel Duarte aún estaba enfadado por la mancha en el traje.

—Investigaré por donde me parezca —replicó, molesto—. El asunto de la furgoneta está relacionado con una supuesta fotografía en la que aparece una matrícula que es un recuerdo supuestamente correcto. El *alemão* dice haberla visto… ¡en un reflejo! Francamente, si yo fuera vuestro jefe, también os habría retirado del caso.

Hacía tiempo que Graciana conocía a Duarte, y no destacaba precisamente por su flexibilidad mental. Dentro del aparato de la policía solo ascendería a base de dedicación. Y de codazos.

Xana volvió a acercarse a la mesa.

Duarte se puso enseguida la servilleta de Carlos sobre los pantalones y se esforzó en poner un gesto relajado.

Sin embargo, Xana no tenía ojos para él.

—¿*Senhora* Graciana Rosado?

Graciana alzó la vista, sorprendida.

—¿Sí?

—El teléfono, es para usted.

Graciana dudó un momento, luego se levantó y siguió a Xana al interior, pasando junto a las mesas, ocupadas en su mayoría por hombres mayores y madres jóvenes. También pasó junto a la barra repleta, donde la bollería expuesta con preciosas decoraciones le recordó que solo había desayunado un *bica*.

El teléfono estaba en el estrecho pasillo que daba a los lavabos. El auricular estaba junto al depósito de descarga. Xana se lo pasó.

—*Obrigada*.

—*De nada*.

La joven siguió su camino, y Graciana se quedó sola. Solo le llegaban los retazos de conversaciones de los clientes y los ruidos de la cocina.

—¿Sí? ¿Rosado?

—¿Conoce a Madalena Pinto? —preguntó una voz que parecía ser de un hombre que rondaba los cuarenta años.

Esas cuatro palabras vestidas de pregunta removieron algo muy en el fondo de la mente de Graciana. Como si hubiera un pequeño órgano que reaccionara a una débil corriente. En ese momento provocó un cosquilleo bajo el cuero cabelludo casi al margen de lo perceptible. Estaba despierta como si se hubiera tomado diez *bicas*.

—¿Quién es usted?

Pese a que procuró emplear un tono lo más desenfadado posible, no pudo contener los nervios.

—Sé que como muy tarde después de nuestra conversación hará que rastreen la llamada. Tal vez lo esté haciendo ya en paralelo. Por eso… tengo un límite de tiempo.

Graciana presionó el auricular contra el pabellón de la oreja para oírlo todo. Cada detalle. Si la persona que llamaba estaba cerca de una calle o de una línea de tren, por ejemplo. O si…

Y entonces lo supo, estaba muy cerca. Tenía que ser así para saber que la encontraría en el Tédio, que la localizaría en ese momento. Era la primera vez que iba al nuevo local preferido de la libido de Duarte, así que la había seguido.

—¿Sigue ahí?

—Sí —se apresuró a contestar—, solo que no suelo tener este tipo de conversaciones.

—Yo tampoco —dijo el hombre a modo de consuelo.

Graciana ladeó la cabeza y miró por la ventana la plaza. Había varias personas hablando por un móvil, pero nadie miraba hacia el local. Ojalá tuviera ocasión de llamar la atención de Carlos.

Entonces vio en el nicho de la pared de enfrente, junto a las cartas, unas cuantas libretitas y lápices para el personal. Tomó uno y escribió una breve nota a Xana mientras la persona al otro lado seguía hablando.

—Entonces, ¿conoce a Madalena Pinto?

—No. Quiero decir, ¿dónde vive?

—En la calle Pechão hacia Areia, en el N2-6.

—Bien. ¿Y por qué quiere saberlo?

—Es al revés.

—No le entiendo.

Había terminado la nota y le hizo un gesto a Xana, que estaba haciendo la cuenta de una pareja en una mesa. La joven estudiante leyó los gestos apurados de Graciana que la apremiaban y se acercó a ella deprisa.

—La pregunta es por qué quiere saberlo usted —la instruyó el hombre.

Hablaba con calma y en tono reflexivo, Graciana decidió que tenía más de cuarenta años. Era un tipo listo, culto, a la defensiva. La voz no era muy grave. No había una gran caja de resonancia. Se imaginó un hombre delgado. Con gafas. Por supuesto, no tenía ningún indicio porque las gafas no hacen ruido, pero las deducía de la voz.

Xana se plantó delante de ella. Le señaló con el dedo índice sobre los labios que no dijera nada. Le dio la hoja en silencio con el mensaje a la chica y con la mano que le quedaba libre señaló hacia Carlos y Miguel Duarte. «Es demasiado lista para el español», pensó Graciana, pues la estudiante la entendió enseguida, agarró la hoja en silencio, sin vacilar, y se dirigió presurosa a la terraza.

—Dígame usted por qué quiero saberlo —contestó para incitar a hablar a su interlocutor.

Durante unos segundos se impuso el silencio en la línea. Cuando Graciana pensaba que había colgado, él respiró hondo y dijo:

—Averígüelo usted.

# 21

Pese a que Soraia Rosado le había dicho que pasaba cada diez días más o menos por Villa Elias a limpiar, volvía a estar en la puerta, llamando al timbre. Lost ya se había levantado y abrió la puerta de entrada. Su diagnóstico era «manía de limpieza latente».

Soraia llevaba unos pantalones cortos de color gris claro y una blusa negra. Además, lucía una cadena muy fina. Los ojos parecían más grandes y ostentosos. Era por el Kajal.

—Buenos días, Leander.

—*Bom dia*. Llegas un poco pronto.

—¿Demasiado pronto?

—Sí, seis días.

En ese momento se apoderó de él un impulso, como un atacante salido de la nada: volver a abrir la puerta y procurar emplear buenos modales. No había un motivo racional, algo que en su fuero interno le hacía sentir inseguro porque quien empezaba el día sin una motivación caminaba sin rumbo y de forma ineficiente hacia la nada, una idea aterradora para Leander.

—Pero pasa —dijo, y siguió la pauta de la educación que había extraído gracias al análisis de infinidad de conversaciones y dándole vueltas a textos médicos: dejar caer frases sencillas que no aportaban conocimiento ni interesaban de verdad.

—¿Cómo has dormido?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

Ella se sonrojó de nuevo.

—¿De verdad te interesa?

—No —se rio ella.

—Pero me lo has preguntado.

—Quería ser amable.

—¿Por qué?

—Porque… Porque… facilita la convivencia que todo el mundo se esmere en mostrar cierta amabilidad.

—¿Aunque no lo diga con amabilidad?

—Sí, supongo que también.

Soraia dejó las bolsas de la compra en la cocina y preparó el desayuno.

Leander supuso que tenía hambre, porque Soraia había perdido de vista su principal objetivo. Pero cuando vio por la ventana su

cochecito en el patio, recordó su vida interior y lo achacó de nuevo a su diagnosis de manía con la limpieza.

Decidió que lo de que quería limpiar la casa era una excusa. Para ser exactos, era mentira. Pero como la gente miente de media doscientas veces al día (¿quién era capaz de distinguirlo?), no le dio mucha importancia.

Entonces, ¿por qué había ido a su casa? ¿Acaso no le gustaba comer sola? En su equipo de Hamburgo era un factor que llamaba la atención. A más de la mitad de sus colegas solteros les gustaba invitar a mujeres a restaurantes, seguro que para no sentarse solos a la mesa.

Soraia puso las compras en una bandeja, exprimió las naranjas, hizo espuma de la leche para el *capuccino* y coció huevos. Leander puso platos y se hizo cargo de la vajilla y los vasos.

Cuando Soraia sacó fuera un cuenco con panecillos y otro con fruta, vio en el sitio donde él se había sentado una pluma sobre un papel blanco. Con una letra minuciosa, Lost había escrito algo, pero en alemán.

—¿Qué has escrito ahí?

—Son notas.

—Ah.

Ella sonrió y lo miró a los ojos. Él le devolvió la sonrisa por educación. Llevaba la camisa blanca muy limpia y arremangada a la misma altura y los pantalones de traje, pero los pies descalzos enfundados en las alpargatas.

—¿Y qué tipo de notas?

—Son reflexiones sobre la colonización del universo.

Entonces Soraia cometió el error definitivo, porque un asperger no puede descodificar los gestos de cansancio y aburrimiento, y por tanto tiende a soltar monólogos sobre su tema preferido:

—Y… ¿cómo sería?

Durante cerca de una hora, el tiempo que duró el desayuno, Soraia se enteró de que la Tierra estaba condenada a la inevitable extinción, como mucho dentro de cuatro mil millones de años, cuando el Sol se expandiera en una lucha a muerte y por tanto tuviera que apagarse poco a poco. Sin embargo, la situación tampoco era idílica antes. Según Leander Lost, la balanza se decantaba entre si la humanidad acabaría abocada a un invierno nuclear por un mal envío cósmico, el impacto de un asteroide, o si provocaría su propia destrucción con el crecimiento no regulado de la población y la consiguiente escasez de alimentos y agua potable, junto con las guerras que originaría; también sería posible un virus biológico surgido de un laboratorio secreto de armas químicas que provoque una pandemia; el calentamiento global con las capas de los polos derretidas…

El favorito de Leander era el asteroide que se salía de su ruta.

Aparecía de la nada, a veces con solo cuarenta y ocho horas de aviso, y afectaba a una humanidad que se peleaba con distintos dioses, en lugar de organizar una resistencia conjunta contra el asteroide y hacer lo que cualquier animal, desde las hormigas hasta el león, haría como principal cometido por intuición: velar por la conservación de la especie.

La humanidad tenía que generar una segunda opción con carácter urgente. Y luego una tercera y una cuarta en otros sistemas solares.

La opción más viable era Marte. El viaje hasta allí duraba ocho meses. Era una sexta parte del tamaño de la Tierra y solo tenía un tercio de la gravedad (Leander Lost le dibujó a Soraia lo que significaba eso con los saltos de un monigote). Como Marte iba perdiendo poco a poco su atmosfera por el viento solar y la ausencia de campo magnético (aunque eso no arrebataría la fuerza a un imán llevado desde la Tierra, como explicó en una digresión temática hacia la teoría del magnetismo), había que cambiarlo urgentemente mediante el calentamiento. Por ejemplo, cultivando grandes cantidades de plantas capaces de sobrevivir (pequeño excurso sobre las algas), que, con un bonito efecto secundario para los seres humanos, disociaran el oxígeno del dióxido de carbono (de todos modos, la atmósfera de Marte estaba formada en un 95 % por $CO_2$). O lanzando satélites equipados con unos reflectores gigantes en una posición de órbita desde donde se reflejara la luz del sol y se concentrara en las capas de los polos de Marte. O, como proponen otros, haciendo estallar unos cuantos centenares de bombas atómicas.

Por culpa del peligro de impacto de asteroides, la radiación ultravioleta y cósmica, los seres humanos vivirían bajo tierra. Marte contaba con cráteres muy profundos que se extendían durante cientos de kilómetros. Estaban predestinados a alojar a los colonos de la Tierra.

—Bueno —dijo Leander—, no quiero entrar en mucho detalle, pero eso sería solo el primer paso. En algún momento esta especie tiene que poner los pies en un planeta fuera del sistema solar: si de verdad un asteroide impacta en la Tierra, tan grande o con tanta furia que lo destruya todo aquí, no tiene por qué implicar necesariamente el fin de la especie humana.

—Creo que se te ha enfriado el café.

—No pasa nada.

Soraia disfrutó de estar allí con Leander, pese al curso intensivo de astronomía que había estado a punto de dejarla adormilada. Como un matrimonio en la terraza de su casa. Guardaron silencio durante dos, tres minutos y cedieron a los pájaros y los grillos el reino de los sonidos.

Hasta que Leander clavó la mirada en Soraia.

—¿El *senhor* Esteves está casado?
—No.
—¿Y tu hermana?
—Está con João. Trabaja para la prensa.
—Es periodista.
—Sí.
—¿Y tú? ¿Estás casada?
Se acentuó de nuevo su buena circulación.
—No.
—¿Por qué no? ¿Prefieres estar sola?
—No necesariamente…, pero estoy bien sola. También prefiero estar sola que en pareja con el hombre equivocado.
Eso Leander lo entendía muy bien.
—Yo también prefiero estar solo —dijo entonces.
—Dos lobos solitarios pueden llevarse bien —dijo Soraia—, si se dejan espacio suficiente.
Leander asintió.
—Es lógico que no quieras vivir con el hombre equivocado. Pero ¿qué pasa con el correcto? Seguro que hay muchos en Fuseta.
—Sí —contestó ella, que daba la impresión de que sacaba de sus recuerdos los chicos de su adolescencia y juventud. Parecía melancólica—. Pero cuando me he separado de uno que no lo era, los demás chicos buenos ya estaban adjudicados.
Leander comprendió lo que quería decir.
—Suena triste —dijo, y le provocó una sonrisa a Soraia.
Leander notó que ella lo miraba, la nariz y las pestañas, el arco del pabellón de las orejas y la mata de pelo. Los dedos finos, el antebrazo, el pecho y la barbilla.
Por supuesto, estaba acostumbrado a que los demás lo observaran cuando decía algo que se salía de la norma y por tanto suscitaba extrañeza o enfado, o se ganaba una mirada de indignación cuando alguien contaba un chiste y él no se sumaba a las risas de los demás. Con el tiempo, Leander había conseguido clasificar esas miradas y deducir lo que pensaban y, mucho más importante, lo que sentían esas personas. Aun así, la diferencia entre la mirada de una persona cuyas gracias no le divertían y la de una persona que se sentía ofendida era mínima. El sentimiento que había detrás se ocultaba de forma parecida.
Sin embargo, la mirada de Soraia, flanqueada por una amplia sonrisa, contradecía todas las categorías conocidas.
—La probabilidad de que aún encuentres al hombre adecuado a tu edad y con tu esperanza de vida es estadísticamente alta —comentó Lost para animarla.
En ese momento se rio de verdad. Por un momento le pareció que

incluso se le iluminaban un poco los ojos.

—Leander —dijo con lentitud.

De pronto su nombre sonó como una pequeña melodía.

—Leander —repitió Soraia—, tengo debilidad por los hombres que han sufrido mucho. No quiero a alguien a quien compadecer, no me refiero a eso, pero sí a alguien con quien pueda hablar de lo importante y… —se rio de nuevo—, desde el punto de vista estadístico, un chico de veintitantos años es un jovenzuelo, y uno de cuarenta y tantos, un hombre. Pero al final siempre depende de la historia con la que carga cada uno. Y en qué lo ha convertido. Creo que busco a alguien que no se queje de los boletos que le han tocado en la vida, sino que, si no le gustan, se arremangue, se ponga a ello y lo cambie. El físico casi me da igual. Pero tiene que albergar mucho amor en su interior. El amor por la verdad. Quiero un hombre sincero.

La servilleta se le resbaló. Los dos se inclinaron hacia delante, pero Leander fue más rápido. Puso los dedos en la servilleta sobre el suelo de los adoquines. Y Soraia, que tragó saliva, posó los dedos sobre los suyos. Leander levantó la vista bajo la mesa y miró a Soraia a los ojos. Le tembló un momento el labio inferior, luego se inclinó hacia él, cerró los ojos y… sonó un claxon.

Los dos levantaron la cabeza.

Carlos se quedó sentado, pero Graciana bajó del Volvo que había parado en el patio de Villa Elias.

Soraia y Leander se acercaron a ella. Los dos se frotaban la nuca.

Por una parte, a Graciana le sorprendió ver allí a su hermana, pero por otra era comprensible.

—Hay novedades —dijo, dirigiéndose a Leander.

# 22

Pechão estaba al norte de Olhão, el trayecto desde Fuseta no duraba ni media hora y discurría junto a la laguna. El sol del mediodía sumía a personas y animales en la apatía. Los listos se cobijaban en la sombra a echar una cabezadita o miraban las manecillas del reloj en el trabajo.

Leander había escogido la Scrambler y los seguía con su traje negro.

—Mira qué elegante —dijo Graciana mientras miraba por el retrovisor. Carlos se estaba comiendo un muslo de pollo.

—¿Te parece?

Ella asintió.

—Le da una especie de seriedad informal.

Pasaron a la izquierda por un complejo de planteles e invernaderos en los que se cultivaban hortalizas todo el año. Dos curvas más allá, a mano derecha, los escoltaba una batería de placas solares cuyas filas cubrían una colina.

Graciana giró a la izquierda y llevó el Volvo por un camino de tierra que obligaba a moderar el ritmo por baches creados por la lluvia.

Lo vieron de lejos. Arriba, donde el camino se bifurcaba, solo quedaban unas ruinas. Dos paredes exteriores habían desaparecido, enterradas bajo la fuerza del techo, que debía de haberse quemado. Unas enormes vigas negras medio carbonizadas sobresalían entre los montones de escombros.

Graciana paró justo delante y bajó. Junto a las paredes y los escombros de las ruinas crecían las malas hierbas, y los insectos revoloteaban. Unos cuantos grafiteros habían dejado su sello en las ruinas con un garabato. En un rincón había unas cuantas latas de cerveza y botellas de vino.

Leander Lost había bajado. Se había quitado el casco y se colocó junto a Graciana.

—¿Es esto?

En vez de contestar, señaló la puerta, la madera maciza estaba casi partida por la mitad. En una placa derretida aún se reconocía el nombre: Madalena Pinto.

«Era raro», anotó mentalmente Graciana Rosado. Alguien que ponía su nombre debajo del timbre no tenía miedo de que lo encontraran. No se escondía. Tal vez incluso buscaba esa visibilidad.

Detrás de la casa, Graciana vio los restos asilvestrados de un jardín.

Unas paredes bajas, detrás un arriate alto y un huerto. Primero chamuscado por el incendio y luego anegado por el agua de la extinción. Solo el perejil había sobrevivido.

Un gato dormitaba en una repisa en un muro, con la mirada de esfinge clavada en ellos, aunque sin verdadero interés.

Una llamada a Marisa Veiga en la comisaría de Faro confirmó sus sospechas: Madalena Pinto estaba muerta.

—¿Murió en un incendio doméstico? —preguntó Graciana.

—No —contestó Marisa—, en un accidente de tráfico.

Graciana se quedó de piedra. Paseó la mirada por los restos de las paredes.

—¿En un accidente de tráfico?

—Sí —confirmó Marisa—, esta primavera. El 12 de mayo.

—¿Dónde?

Tardó un momento, que Graciana aprovechó para activar la función de manos libres del móvil para que Leander y Carlos, que tiró el muslo de pollo mordisqueado a las ruinas, pudieran oír la conversación.

—En la M 512. En dirección a Sentinela. Hacia las nueve y media de la noche —contestó Marisa, y se oyó que hojeaba el expediente—. La encontró un campesino, un tal Alfredo Tropa.

—¿La M 512 no está al sur del embalse? —preguntó Graciana.

—No lo sé, voy a buscarlo —respondió Marisa.

—No hace falta —intervino Carlos—, la M 512 está a cuatro o cinco kilómetros al sur del embalse. Y si iba en dirección Sentinela…

—Estaba de vuelta —lo interrumpió Graciana—. Probablemente quería tomar la IC 27 y luego ir por la autopista. El camino que también hicimos nosotros ayer.

—¿Algo más? —preguntó Marisa Veiga al otro lado de la línea.

—La dirección de ese tal Tropa —dijo Carlos.

—Ahora mismo.

—¿Y en el expediente dice algo de la casa de la *senhora* Madalena? —preguntó Graciana—. Está calcinada casi del todo.

De nuevo las hojas del expediente. Luego se oyó un carraspeo.

—Eh, sí. La causa del incendio fue la cocina. No por un cortocircuito, alguien la dejó encendida. Eso dice el informe del perito de los especialistas en materia de incendios. Según la custodia de pruebas, se retiraron dos ollas derretidas. El fuego también se propagó por el mobiliario de la cocina. Y luego prendió por toda la casa.

—¿*Senhora* Marisa? —Leander tomó la palabra.

—¿Sí?

—Soy Leander Lost, buenos días. ¿Cuándo se incendió exactamente la casa de Madalena Pinto?

—Eh, un momento… aquí. El 12 de mayo.

—¿El día del accidente?

—Exacto.

Graciana y Carlos, que ya estaban alerta desde la información sobre el accidente de tráfico, notaron que se les agudizaban los sentidos.

—Díganos algo de la cronología —le pidió Leander Lost.

De nuevo oyeron los tres el murmullo de las hojas. Leander seguía con el rostro impávido y la mirada perdida más allá de Carlos y Graciana, tan concentrado que permanecía en tensión.

—El *senhor* Tropa llamó a las 21.17 al 112. El puesto de mando de Faro avisó a la policía de Vila Real de San António. De ahí lo pasaron al servicio de urgencias. ¿Quieren también la cronología del incendio?

—Sí.

—Bien…, un momento…, sí: la casa en Areia. Fueron un grupo de ciclistas holandeses. Informaron del incendio a las 22.23. También al 112. Al mismo puesto de mando. La policía y los bomberos salieron de Olhão. Los ciclistas intentaron extinguirlo, pero el incendio estaba demasiado avanzado. Por lo menos, nadie sufrió daños en la casa.

—Gracias, *senhora* Marisa.

—No hay de qué.

Lost se hizo a un lado y caminó unos metros. No tenía la mirada puesta en las ruinas, sino en el suelo, saltaba a la vista que estaba pensando.

—Envía el expediente a Moncarapacho con un mensajero, se lo recogeré a Dias y Gomes. —Dicho esto, Graciana quiso poner fin a la conversación por teléfono.

Se precipitó, porque de pronto Leander Lost volvía a estar con ellos.

—Una fotografía —dijo—. ¿Puede enviar una foto de la fallecida por correo electrónico?

—¿Has oído, Marisa?

—Un minuto. *Adeus*.

—*Adeus*.

Los tres observaron las ruinas. Sin decir una palabra ni intercambiar una mirada, sabían que algo empezaba a funcionar.

—Tal vez es un pariente de Madalena Pinto —dijo Carlos al final.

—¿Quién?

—El hombre que te llamó al Tédio —contestó Carlos—. Estábamos allí para pasarle al caso a Duarte. Y luego te llama, no da su nombre y te pone sobre la pista de Madalena Pinto. No creo que sea porque cree que las cosas se hicieran bien con el accidente y el incendio.

—No creo —admitió Graciana—. Pero me pregunto por qué quiere permanecer en el anonimato. De qué tiene miedo.

—Puede que ni siquiera lo sepa muy bien —intervino Leander—. Él no es capaz de distinguir la amenaza, pero cree que usted sí. Como comisaria de la Policía Criminal.

Sonó el móvil de Graciana. Era Marisa Veiga. No había ninguna

fotografía de Madalena Pinto en el expediente.

Antes de que Graciana o Leander pudieran reaccionar, Carlos ya había marcado un número.

—Soy Carlos. Una pregunta, ¿te dice algo el nombre de Madalena Pinto?

Escuchó, y abrió los ojos de par en par.

—Tú…, ¿estabas ahí? ¿Sí? ¿Estabas en la redacción o en casa? Bien…, vamos para allá.

Cortó la conexión.

—João estuvo en el lugar del accidente —dijo a continuación—, tiene imágenes de los fallecidos.

Graciana se quedó helada. No era propio de su novio congeniar con la jauría de reporteros que no tenían ni idea del cuarto poder del Estado, por no hablar de la piedad de respetar la dignidad de las víctimas de un accidente.

João Pereira vivía en un piso en una calle lateral al cementerio de Moncarapacho. Desde su despacho, que consistía en un escritorio de dimensiones minúsculas encajado a duras penas entre la puerta del balcón y la cocina, tenía vistas a los muertos. Cuando alguien se lo mencionaba, le gustaba contestar: «Ya no necesito reloj».

Pese a que la visita lo pilló desprevenido, su casa parecía un museo después de pasar el equipo de limpieza, según pudo comprobar Carlos. Antes era distinto. Parecía un piso de estudiantes. «Más acogedor», pensó Carlos.

Graciana le dio a su novio un beso breve pero cariñoso en la mejilla. Mientras Leander Lost echaba un vistazo a su librería, Carlos vio que en la puerta magnética de la nevera había algunas fotos de Graciana y João durante unas vacaciones en Florencia. Y detrás, junto a todo tipo de zumos de frutas, una Sagres.

—¿Puedo?

João Pereira asintió. Ya estaba revisando el portátil, por supuesto, un MacBook, en busca de las imágenes de esa noche de mayo.

—«No nacer es indiscutiblemente la mejor situación —dijo Leander —, pero por desgracia no todo el mundo dispone de ella.»

João miró un momento por encima del hombro, Leander estaba delante de la librería, hojeando las obras completas de Emil Cioran.

—¿Le parece demasiado oscuro? —preguntó João.

—Lo considero realista —contestó Leander, que cerró el libro y lo volvió a dejar en su sitio—, pero si lo lees durante mucho tiempo, al final en algún momento te cortas las venas.

João no pudo evitar sonreír.

—¿Qué autor le gusta?

—Albert Camus.
Pereira asintió.
—¿Su cita favorita?
—«El ser humano es siempre víctima de sus verdades» —contestó el *alemão* sin dudar—. ¿Y la suya de Cioran?
João tampoco vaciló.
—«Vivir significa perder terreno.»
Entonces encontró la carpeta correspondiente en el portátil.
—Esta es ella, Madalena Pinto —dijo.
Carlos y Lost se colocaron tras él para dejar a Graciana en el medio. Vieron un coche desguazado en la penumbra, volcado. Estaba partido en dos. En la carretera había coches de bomberos y de policía con la luz azul.
João siguió haciendo clic en algunas fotografías.
Dos sanitarios llevaban en camilla a una mujer inmóvil a una ambulancia. El médico de urgencias caminaba al lado.
—No me habías contado nada de esto —dijo Graciana. Se notaba la irritación en el tono de voz.
—Me llamó Jamiro —contestó João—. Y Carlos y tú estabais en una formación en Lisboa.
Jamiro trabajaba de fotógrafo para el *Correiro da Manhã*. Como Tobias Faria, que había fotografiado el cadáver de Conrad en la playa y vendía las imágenes en las plataformas de internet de los periódicos. Cuando no podía estar en dos sitios a la vez, a veces pedía a colegas de prensa escrita que le hicieran las fotografías. Y João y Jamiro se conocían desde hacía una eternidad, los padres eran amigos. João no había podido negarse, aunque le repugnara.
Al oír la explicación Graciana le puso las manos sobre los hombros y le dio un masaje apenas perceptible. Notó que se iba relajando poco a poco.
—Madalena Pinto era una activista medioambiental —continuó—, antes bioquímica, luego estuvo en Greenpeace, en algún momento lo dejó. Vivía retirada. Esta es una fotografía de ella en vida.
Eran dos.
En una aparecía con un cigarrillo en la mano en un banco de madera. Delante de su casa. Con las montañas de fondo y un *bica* delante. Parecía relajada y simpática, con una sonrisa juguetona en los labios. La otra era un retrato en el que miraba a un lado. Seria, decidida. Graciana asoció más esa imagen a la activista que había en ella que la anterior. Pero también se sorprendió.
—Ya la había visto, en la misma foto.
Miró a Lost en busca de ayuda, que asintió.
—La del cigarrillo estaba colgada en el tablón de Ciclopes, ¿verdad? —preguntó ella.

Carlos y João la miraron en tensión y luego siguieron sus ojos hasta el *alemão*.

Él asintió.

—Sí. La fotografía es idéntica.

Señaló la imagen en la que aparecía Madalena Pinto en el banco.

Graciana tragó saliva.

—Tanta casualidad no existe —se adelantó Carlos—. *O Olho* tenía relación con ella. Está muerto, su oficina quemada. Pinto también está muerta, y su casa también quemada. Demasiados incendios para mi gusto.

—Eso fue en mayo —retomó el hilo Lost—. ¿Entonces Ousman Jobe ya había solicitado el permiso?

—No, no llegó aquí hasta julio —dijo Graciana, presa de la emoción, consciente de que estaban a punto de dar el paso decisivo—. ¿Quiere decir que la causa del incendio no fue la comida en la cocina de Pinto?

—Sí. ¿Cuánto tiempo se tarda en ir del lugar del accidente a la casa de la *senhora* Madalena?

—Una media hora —volvió a intervenir João. Carlos y Graciana coincidieron con un gesto de la cabeza.

—En el lapso de poco más de treinta minutos una mujer fallece en un accidente de tráfico y se incendia su casa —dijo Leander—. Eso también plantea la pregunta de si el accidente fue tal.

La vaga idea de Graciana y Carlos de que el accidente de Madalena Pinto no lo fuera se iba transformando en una sospecha concreta a la luz de la cronología del incendio doméstico.

Hacia el mediodía, una llovizna cubrió el Algarve como una capa danzante y les tapó la vista de las montañas.

Alfredo Tropa, que trabajaba su terreno con un Oldtimer, era un hombre de avanzada edad, con el pelo cano y la nariz abultada. Llevaba un peto y un calzado recio, en cuya suela se pegaba el suelo húmedo y embarrado.

Cuando se aproximaron hasta el muro que llegaba a la altura de la cadera, señaló una curva más abajo.

—Pasó ahí. Y yo lo vi desde ahí.

Con el fuerte dedo índice señaló en dirección contraria, a una granja con cobertizos y anexos para la cosecha en la que se veía una terraza techada.

—Estaba fuera fumando un cigarrillo cuando llegó por aquí el coche, el de la mujer, quiero decir. Entonces lo adelantó uno. No sé muy bien si la echó o no, pero se oyó un chirrido de metal contra metal. Entonces el coche de la mujer se salió de la carretera y chocó

contra el árbol.

—¿Y el otro coche? —preguntó Graciana.

—Siguió —contestó Tropa—. Fue raro, porque no llevaba luces encendidas, aunque ya estaba oscuro. Es omisión de socorro, ¿no? No puede ser que no se enterara. Y la mujer…

—Madalena Pinto —lo ayudó Carlos.

—Sí, Pinto. Llevaba las luces encendidas. Seguían encendidas después del accidente, una, por eso la vi bien. Pero… cuando pasó, me fui corriendo —señaló su casa—, fue automático. Pero a medio camino di media vuelta y llamé a la policía. Se lo conté todo. Luego me fui otra vez y… aún lo veo en mi cabeza, como si hubiera sucedido ayer. Había vuelto el coche, el otro. Sin luz. Y había un hombre en el coche accidentado intentando sacar algo, creo. Primero pensé que alguien estaba ayudando. Pero cuando me vio subió al coche a toda prisa y se fue.

—¿Podría describirlo? —preguntó Graciana?

—Era una camioneta *pick-up*. No sé decirle el color, y estaba demasiado lejos para leer la matrícula.

—Me refiero al hombre.

—No, estaba a contraluz…, solo vi la silueta. Y aun así… estaba más o menos aquí, donde estamos ahora, cuando se fue de la curva.

Miraron hacia la curva. Incluso en pleno día habría sido difícil identificar con claridad a alguien.

—Qué lástima lo de la niña.

—¿Lo de la niña? —preguntó Graciana.

# 23

La «niña» les hizo una peineta. Zara Pinto, la hija de la fallecida, tenía dieciséis años, el pelo moreno y trasmitía una ira tan intensa con la mirada que habría podido hacer trizas el mundo dos veces. Llevaba un collar de piel muy ceñido, cubierto de tachuelas puntiagudas. Los mechones de pelo le salían disparados en todas las direcciones. Parecía que se lo hubiera cortado ella misma o una amiga del orfanato.

Leander, Carlos y Graciana estaban sentados con la directora del hospicio, la *senhora* Carlotta Aguilar, en su despacho de decoración espartana: tres sillas dispersas, una mesa de madera chapada clara con los cantos desgastados y una estantería inestable de plástico blanco donde unos archivadores con los lomos de colores vivían su existencia silenciosa y habrían despertado el interés de un experto en estática. La única ventana estaba asegurada con barras metálicas.

Carlotta Aguilar debía de rondar la cincuentena, estaba un poco ajada y para la media portuguesa llamaba la atención por su palidez. Llevaba el fado escrito en el rostro.

Suspiró.

—Zara no llegó aquí directamente. Ya había estado en dos familias de acogida…

—Eso no eran familias. ¡Una era una panda de hermanos salidos —la interrumpió Zara—, y los otros me usaban de limpiadora!

—En todo caso, no se quedó con ninguna.

Graciana asintió y desvió la mirada hacia Zara, que estaba sentada, herida y fría, en un banco de madera que alguien había pintado de naranja.

—Soy Graciana Rosado. Trabajo para la Polícia Judiciária.

La chica despertó y desvió la mirada hacia la puerta por instinto. Leander Lost se fijó en los *piercings*. Y en sus esquinas.

—Estamos investigando el caso… de tu madre.

—Chocó contra un árbol. No hay mucho que investigar.

—A lo mejor sabes algo que podría ser interesante para nosotros —intervino Carlos.

—Solo hablaré si me dan una vivienda.

La *senhora* Carlotta suspiró, como queriendo decir: «Y así todo el tiempo».

—¿Por qué llevas metal en la cara? —preguntó Leander.

Durante una fracción de segundo aquella pregunta hizo que se tambaleara la fachada de Zara. Luego lo puso en su punto de mira.

—Usted no es un policía portugués. ¿Qué es? ¿Un enterrador?

—*Alemão* —aclaró Graciana—. ¿Quieres salir de aquí?

—Acabo de cumplir los dieciséis, tengo que quedarme dos años más.

—Podría dormir en la casa de invitados —propuso Leander Lost.

—Necesita un tutor legal —les explicó la directora del orfanato, Carlotta Aguilar.

—Podemos intentarlo durante el fin de semana —dijo Graciana, que empezaba a sentir debilidad por la hija de Madalena Pinto. El rechazo agresivo de la chica, la manera de atacar a todo lo que se movía, le suscitaba compasión. Zara reaccionaba como un perro pisoteado por todos. Necesitaba con urgencia seguridad y unas cuantas caricias.

—¡Ni hablar! —exclamó—. No voy a ir. Lo que estáis haciendo es muy raro… El enterrador…, ¿por qué le interesa dónde me acueste? ¿Eh? ¿Os suena?

—¿Por qué no abreviamos? —propuso Carlos—. Tú nos enseñas un texto que te guste. Si uno de nosotros se lo aprende de memoria en un minuto, vienes con nosotros. Si no, te quedas aquí.

Por primera vez desde que habían llegado, se dibujó una sonrisa en la cara de la adolescente, fría como un viento gélido, pero una sonrisa. Zara Pinto se levantó. Agarró la guía de teléfonos de la estantería destartalada y la abrió.

—Las dos páginas —exigió.

—¿Qué truco de mierda es ese?

Zara Pinto estaba sentada en el fondo del Volvo, con la bolsa de deporte al lado. Graciana conducía por la N 125 hacia el oeste. Carlos iba a su lado, engullendo un huevo.

—Mi colega tiene memoria fotográfica —dijo con una pizca de orgullo.

La chica echó un vistazo atrás por el cristal: un *cangalheiro* negro sobre una moto amarilla. Un enterrador en moto.

—¿Tiene algo de perverso?

—¿Aparte de tener buena memoria? No.

Aquella tarde Villa Elias les ofreció su mejor versión. La piscina brillaba. Leander Lost había convertido en una costumbre repasarla con la redecilla y salvar insectos que se habían caído cuando intentaban beber agua en la piscina y luchaban por no ahogarse con sus modestos medios.

—Morirán de todas formas —opinó Carlos, que se cambiaba la venda a la sombra del parasol con una copa de *vinho* verde.

—Eso los hace más humanos —contestó Leander, que sacó una mosca y dos abejas que se arrastraban por la tierra seca y empezaban a lavarse.

Soraia, que había recibido una llamada de Graciana desde Lagos, estaba sentada con su hermana mayor y Zara en la azotea de la casa de invitados, que la hija de Madalena Pinto ya había ocupado.

Cuando había que tratar con niños y adolescentes o quería escuchar una segunda valoración psicológica (a veces también la primera), a Graciana le gustaba recurrir a su hermana menor. Como ella, tenía una intuición fabulosa y un sexto sentido.

—¿Se quedan los dos, también el de la pata coja?

—No, solo el *senhor* Lost —contestó Graciana—. Y el de la pata coja se llama *senhor* Esteves. Te agradecería que lo tuvieras en cuenta.

—Ya veremos.

—Soraia también se quedará el fin de semana. Si hay algún problema, puedes acudir a ella. En caso de duda, Soraia me llamará, y vendré en diez minutos. ¿Queda claro?

Sin embargo, no parecía que Zara Pinto estuviera escuchando ya. Había girado la cabeza para mirar a Leander Lost.

—¿Por qué lleva traje con este calor?

Las hermanas intercambiaron una sonrisa que la hija de Madalena Pinto no advirtió.

—Y encima las alpargatas… ¿Es que no tiene estilo?

—Tiene el suyo —contestó Soraia.

Zara le dedicó una sonrisa burlona.

—Creo que no tiene ni idea de cómo se viste.

—¿Dónde estabas cuando falleció tu madre, Zara? —preguntó Graciana.

—Eh…, creo que estaba nadando…, no lo sé muy bien.

—Creo que sabes perfectamente dónde estabas.

—Parece que usted sabe más que yo.

—Y cuando…

—No tengo ganas de más preguntas de las suyas —interrumpió a Graciana, y se levantó.

Antes de que las hermanas pudieran decir nada, Zara Pinto bajó las escaleras. Dos minutos después reemplazó a Leander Lost en el rescate de insectos.

Graciana cruzó la mirada con su hermana.

—Será mejor que os vayáis —dijo Soraia.

Graciana observó a su hermana un momento, lo justo para no incomodarla.

—¿Mejor para quién?

—Para todos.

Sintió el impulso de contradecirla.

—Estuvo en el incendio de la casa —dijo, apaciguándolo—, estoy segura.

—La chica está destrozada —repuso Soraia—, para ella ya es todo un logro venir aquí con vosotros.

—Dice que es una buena perdedora y cumple con sus apuestas.

—Es su manera de guardar las apariencias. Quería irse del orfanato a toda costa. Apuesto a que ya se ha escapado unas cuantas veces.

Graciana miró sorprendida a su hermana, luego asintió:

—Sí, la *senhora* Carlotta nos lo ha contado. Una vez consiguió llegar a Coímbra, hace seis semanas la pillaron en Sevilla.

Observó a su hermana pequeña con los ojos bien abiertos, igual que el corazón. No pudo evitar levantarse y darle un abrazo. Soraia no preguntó por qué, lo correspondió por intuición.

—Nos vamos —anunció Graciana para dejar vía libre a Soraia y Leander. Bajó la mirada porque Zara Pinto iba directa de la piscina a la casa de invitados, sin olvidar, por supuesto, cerrar de un portazo.

Carlos se encogió de hombros con cara de culpable.

—Le he preguntado dónde estaba la noche del accidente —le explicó de camino al Volvo.

A primera hora de la tarde Soraia había terminado la lista de la compra. Llamó con suavidad a la puerta de la casa de invitados, pero Zara no contestó.

Soraia sabía que sería un gesto fatal girar el pomo y entrar sin avisar. Se dirigió a la adolescente a través de la puerta cerrada, le dijo que se iba a comprar, que volvería al cabo de una hora y que podía comprarle algo.

No obtuvo respuesta.

Al mismo tiempo, Carlos y Graciana interrumpieron el trabajo de Gomes y Diaz de la GNR en su comisaría rosa de Moncarapacho.

La comisaría de la GNR estaba cubierta de azulejos por todas partes, pero los despachos eran más luminosos que los de la comisaría de Faro. Y más desgastados. La tecnología estaba obsoleta.

Con las prisas de esconderla, a Ana Gomes se le cayó la lima de uñas al suelo. Luís Dias no estaba lo bastante despierto para ocultar la partida del solitario en el ordenador.

De pronto se les ocurrió que volvía a ser el momento de hacer un control rutinario en la M 516-2 entre Fuseta y Moncarapacho.

—Si no se controla con regularidad, empiezan a correr —aclaró Luís dándose aires de importancia y dedicación mientras se ponía la chaqueta del uniforme a toda prisa.

Ana Gomes dejó escapar un suspiro.

—Ni siquiera delante de la escuela levantan el pie del acelerador, *meu Deus*. —Sacudió la cabeza con tanta vehemencia que el pelo se le alborotó en el aire.

—Eh, Marisa ha traído un expediente —les dijo Graciana a los dos antes de que salieran del edificio.

—Está al lado de la nevera —le gritó Ana, luego cerró la puerta.

—Voy a buscarlo —dijo Carlos, que se dirigió al pasillo con la muleta.

—Estate quieto, con la pierna.

—Ya estoy mejor —contestó él. Si no se equivocaba, aún había unos dulces de nata en la nevera.

El expediente sobre el accidente de Madalena Pinto era delgado, Carlos lo llevó haciendo equilibrios junto con tres *pastéis de nata* de la cocina a la mesa situada en el pequeño patio cubierto de malas hierbas de la comisaría. Graciana lo hojeó junto con sus colegas. Causa del accidente, declaración de Alfredo Tropa, declaración del médico de urgencias, luego un informe de la autopsia. Y un gran hemograma.

A continuación, datos sobre la persona.

Nacida en Loulé. Madre de Zara Pinto. Padre: Thierry Besson.

—¿Y qué más? —quiso saber Carlos.

—Padres, sí; casada, no. Thierry Besson murió hace tres años en Dijon. Estudió en Coímbra. Bioquímica y Ciencias Agrícolas.

—Ese tipo de mujeres me parece inquietante —reconoció Carlos Esteves.

—En 2006 regresó al Algarve.

—Entonces Zara tenía seis años.

Graciana Rosado asintió.

—Aquí trabajaba para el Ministerio de Sanidad.

—¿Agua?

Graciana sacudió la cabeza.

—También, pero no en particular. En 2012 dimitió según el expediente, y luego participó en algunas acciones de Greenpeace. La última en 2015, en la ocupación de la plataforma petrolífera Polar Pioneer de Shell.

—¿No fueron con botes neumáticos? —preguntó Carlos.

Graciana asintió al tiempo que tragaba saliva. Aún tenía muy presentes las imágenes de los botes, diminutos, moviéndose en el oleaje del Pacífico hacia la inmensa plataforma petrolífera del Ártico. En televisión parecía un asalto a los cielos.

—Sí —dijo, y lo corroboró con un gesto de la cabeza—, en todo caso participó en numerosas acciones contra los pecados medioambientales de empresas locales y globales.

—Eltsen —afirmó Carlos Esteves.

—Sí, puede ser.

Según el expediente, Madalena Pinto estaba sobria cuando murió de una hemorragia interna masiva, en principio provocada por la fuerza de la colisión y las contusiones en el interior del coche. A falta de pruebas concluyentes, no se pudo localizar la camioneta implicada (pese a que se habían conservado rastros de pintura en el coche de Pinto) ni a su titular.

—No dijo nada de eso aquel día —dijo Carlos con la boca medio llena, y dio un golpecito con el meñique en un nombre en la parte inferior de la página donde se solía dejar constancia de quien dirigía la investigación: subinspector Miguel Duarte.

—También fue quien intervino primero —añadió Graciana, que señaló un punto del informe más arriba.

Leander Lost había repasado la parrilla primero con un cuchillo, ahora estaba eliminando con el lado rugoso de un estropajo con minuciosidad los restos quemados de pescado, carne y verdura. Soraia Rosado había incluido en la compra unos langostinos tigre frescos. Les abrió con destreza los lomos con un cuchillo de cocina y retiró el intestino antes de que Leander los untara con aceite de oliva y los pusiera a asar. Cortó unas cuantas rebanadas de pan recién hecho, las tostó y las untó con ajo recién cortado. También hizo una ensalada verde con tomates y chalotas que aderezó con limón.

La suave brisa vespertina trasladó el olor hasta la casa de invitados, pero no atrajo a la invitada. Soraia estaba segura de que de vez en cuando Zara echaba un vistazo a escondidas por la ventana mientras Leander y ella comían. La carne blanca de los fresquísimos langostinos casi se deshacía en la boca.

Mientras comían, vieron las noticias en un pequeño televisor que habían girado en la mesa del salón hacia la terraza.

Antes de que empezara una película, pusieron un anuncio al que Leander dedicó toda su atención. Era de Adles. El nuevo proveedor de agua avisaba a la población de que no bebiera agua de la red. Las investigaciones que habían llevado a cabo en el traspaso de la red de agua mostraban impurezas claras, es decir, cargas de metales pesados y un montón de gérmenes y bacterias. No se podía descartar que tuvieran efectos perjudiciales para los niños, embarazadas y enfermos. La renovación de la red de agua tardaría como mínimo tres años.

Todo ello lo corroboraba en una breve exposición un experto, Jorge Gonçalves. Recomendaba recurrir a las alternativas del comercio al por menor, es decir, al agua del supermercado, hasta que los nuevos estudios dieran mejores resultados.

Cuando empezó a anochecer y Leander se puso a asar carne picada

para hamburguesas, seguía sin haber movimiento en la casa de invitados.

Soraia, que evitó aludir a Marte o la colonización del universo, habló sobre su trabajo de pedagoga. Leander había puesto la parrilla al viento, de manera que el olor de la carne llegaba a la casa de invitados.

Pasados unos veinte minutos, Zara Pinto depuso las armas, se acercó y dijo:

—Tengo hambre.

—Pues siéntate —la animó Soraia.

Zara dudó un momento, pero luego tomó asiento en el extremo de la mesa. Leander se acercó a la parrilla y puso sobre las brasas la carne preparada para ella. Se oyó el crepitar de la grasa al fundirse.

Zara lo observó con sus alpargatas.

—¿Es su casa? —le preguntó a Soraia.

—No, pero el *senhor* Lost vive aquí.

La chica se quedó pensando.

—¿Y usted? ¿También vive aquí?

—No, yo mantengo al día la casa.

Silencio.

Entonces llegó Leander con las mitades del panecillo y la carne y lo puso todo en un plato. Mientras Zara le ponía encima un montón de pepinillos, cebolla y queso y la hamburguesa crecía hasta una altura tal que Soraia apostaba en silencio a que superaba la capacidad de apertura máxima de la mandíbula humana, habló con Leander de su equipo en Hamburgo. Por el rabillo del ojo observaba, por una parte, que perdía la apuesta y, por otra, que la chica seguía mirando a Leander cuando creía que no la veían.

Nada más terminar una segunda hamburguesa, no menos alta, Zara Pinto desapareció de nuevo en el interior de la casa de invitados y ya no volvió a hacer acto de presencia.

La terraza del Tédio en Faro estaba llena.

Las prisas que mostraban los portugueses a la hora de desayunar en la *pastelaria*, se repetían en el *jantar* por la tarde. En Portugal la comida era una gran celebración, parte esencial de la vida, y la cena era la coronación, casi una fiesta lujuriosa de los sentidos.

Xana estaba con una bandeja junto a la mesa de Miguel Duarte, que explicaba entusiasmado algún asunto a la camarera y estuvo a punto de tirar la copa de vino con sus gesticulaciones. La expresión corporal de Xana y la mirada inquieta con la que vigilaba a los clientes que querían pedir o pagar su consumición indicaban que no lo estaba escuchando.

—Así que estaban esos dos armarios, de unos dos metros de altura, bien entrenados. Se acercaron a mí, por supuesto, no sabían que antes practicaba karate. Y voy y les digo: chicos, será mejor que vayáis a buscar refuerzos.

Xana esbozó una sonrisa forzada mientras Miguel Duarte exigía un gesto de aprobación con la mirada.

—Qué sangre fría —dijo Carlos Esteves, que se había acercado con Graciana Rosado por detrás, se sentó en una de las sillas y le dijo a Xana—: Una copa de Ercavio, por favor.

Los dos colegas de Duarte habían recorrido el camino de vuelta de Moncarapacho a Faro. La cara de sorpresa del otro no era muy halagüeña.

Graciana también se sentó y se sumó a la elección del vino. Xana asintió y se fue. Graciana creyó oír un suspiro de alivio.

Duarte observó a sus colegas, que habían irrumpido en una noche de amor segura, con una mirada de reproche.

—¿Qué pasa?

—No queremos molestar —dijo Graciana con calma—, pero tenemos una o dos preguntas.

—Ya tengo respuesta: he acabado mi turno.

—Podría guardar relación con tu investigación del caso Conrad —aclaró ella, impasible—. Hoy hemos topado por casualidad con el accidente de la *senhora* Pinto en primavera, ¿te acuerdas?

Arrugó la frente y los miró a uno y a otra.

—La mujer está muerta, por desgracia. ¿Qué tiene eso que ver con mis investigaciones?

Graciana lo observó con detenimiento mientras hablaba.

—Yo he hecho la pregunta primero.

Duarte levantó la mirada un momento y la miró a los ojos. La resolución de Graciana fue decisiva para quebrantar su resistencia.

—Su coche se salió de la carretera, yo estaba cerca por casualidad y presté los primeros auxilios. Pero ya estaba muerta.

—El testigo ha dicho que tal vez la sacaron por la fuerza.

Duarte se quedó helado.

—¿Habéis hablado con el viejo campesino?

Graciana y Carlos asintieron.

—¿Hiciste que revisaran el coche?

—¿Revisarlo? El coche estaba para el desguace.

—Pero se podrían haber analizado con más detenimiento en un taller los rastros de pintura ajena —prosiguió Carlos—. Al fin y al cabo, el vehículo no estaba quemado, ¿no?

La irritación de Duarte fue en aumento.

—¿Por qué os interesa?

Carlos y Graciana acordaron en silencio pasar por alto esa pregunta.

—La casa de Madalena Pinto ardió en llamas poco después del accidente —continuó Graciana, mientras Xana volvía a aparecer y les servía el Ercavio para luego ir a apuntar el pedido de la mesa de al lado. Duarte se quedó ensimismado un momento mirándole el trasero, hasta que Graciana se aclaró la garganta de manera ostentosa—. ¿No es raro?

—Había dejado cazuelas en el fuego —contestó él, disgustado—, se murió. No sé si os habéis enterado, pero los muertos no retiran las ollas del fuego.

—Desde su casa en Areia hasta el lugar del accidente en Sentinela hay unos treinta minutos —repuso Carlos—. Y treinta más de vuelta. Aunque solo tuviera que hacer algo un momento en Sentinela y quisiera volver enseguida, habría dejado la comida como mínimo una hora sin vigilar en el fuego.

—Sí —admitió Duarte con la boca pequeña.

—Un poco arriesgado —intervino Carlos.

Duarte sacudió la cabeza con vehemencia.

—Una salsa de tomate tiene que hervir durante una hora.

—¿Era eso lo que estaba cocinando? —preguntó Graciana.

—No lo sé —respondió Miguel Duarte, enfadado—, era un ejemplo. Hay un montón de platos que no están ricos si no se cuecen mucho tiempo. Tal vez la *senhora* Pinto estaba preparando una salsa de tomate y quería comérsela con pasta cuando volviera. Eso no tiene nada de raro.

Sin darse cuenta, Duarte había pasado al español, pues hablaba de «salsa de tomate» en lugar de «*molho de tomate*».

—La salsa de tomate española, además de sal, pimienta, cebolla y ajo, ¿lleva algo más? —preguntó Carlos con verdadero interés.

—Sí, pasta de tomate. ¿Esto es un programa de cocina?

—¿De verdad? ¿Pasta de tomate?

—Sí —gruñó Duarte.

—Eso le da un punto ácido. Un «*molho de tomate*» lleva, además, perejil.

—Las hierbas no pintan nada en una salsa de tomate —lo aleccionó a Duarte—, distorsionan el sabor del tomate. A fin de cuentas, no es una salsa de hierbas.

—Bueno, medio manojo de perejil no le quita el sabor al tomate —se indignó Carlos—, mi abuela siempre ponía…

—¡Carlos! —lo reprendió Graciana—. Eso aquí no pinta nada.

El aludido respiró hondo y clavó la mirada en la plaza.

—Pero no es cierto.

—Claro que sí.

—Lo que tú quieras —dijo Graciana con calma y resolución a partes iguales—. ¿Por qué iba a provocar un incendio una cazuela en el

fuego?

Miguel Duarte suspiró.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? No soy perito de incendios. La información de los expertos decía que el fuego procedía de la cocina. Lo que Madalena Pinto estuviera guisando empezó a arder porque no había nadie para retirarlo de la placa de la cocina. ¿Qué es tan difícil de entender? ¿Qué estáis haciendo con este caso?

Sacó el peine del bolsillo del pecho y se retocó la raya con energía.

—Tengo otra pregunta… —empezó a decir Graciana.

—No —la interrumpió Duarte con brusquedad, que recalcó con un golpe sobre la mesa con la palma de la mano—. Ya han sido suficientes preguntas. Ahora quiero saber por qué os interesa ese accidente.

Los miró a uno y a otra de nuevo. Graciana y Carlos se miraron de reojo, y confirmaron sin decir nada lo que habían acordado de camino hasta allí.

—Había una conexión entre Madalena Pinto y Markus Conrad —contestó Graciana Rosado al final a su pregunta—. Cuando estuvimos en Ciclopes, vimos una fotografía de ella en el tablón.

Aquellas palabras cayeron como piedras en un estanque que generan círculos concéntricos que al final llegan a la orilla.

—¿Lo estoy entendiendo bien? —preguntó luego Duarte con una acritud en el tono que ni siquiera intentó disimular—. ¿Estáis trabajando en un caso que Raul da Silva me ha pasado a mí?

—No, en absoluto —mintió Carlos, que lo miró con candidez a los ojos—, solo queríamos ayudarte y no ocultarte ese detalle.

El colega le devolvió a mirada para adivinar si era mentira o no. Graciana contuvo la respiración.

—Ya no es vuestro caso. No os metáis, en serio. Es mi último aviso: ¡no os metáis!

—¿Por qué te enfadas tanto? —preguntó Carlos. Graciana y él conocían el carácter colérico de Duarte, que escalaba rápido en la rabia.

—¡Porque seguís investigando a mis espaldas! ¡En mi caso!

Se impuso un breve silencio incómodo en la mesa.

—¿Entonces conoces la relación que hay entre Conrad y Pinto? —preguntó Graciana sin tapujos.

Duarte la miró a los ojos con frialdad.

—No se está cociendo una conspiración detrás de cada arbusto. Yo trabajé en el accidente de Pinto, y no hay relación entre el accidente y el asesinato de *O Olho*, y el incendio fue un incendio. Nada más y nada menos.

—Por supuesto que sí —insistió Graciana, que notó que se le endurecían los rasgos de la cara—. Como hemos dicho, en la oficina

de Conrad había colgada una fotografía de Madalena Pinto. Eso es una conexión.

Los dos se miraron sin ceder, como dos perros con esa mirada fija que precede a un ataque inminente.

—Informaré a Da Silva —dijo Duarte. Tenía la voz ronca de la rabia.

Graciana asintió.

—Hazlo.

Tenía la tez pálida por la rabia. Se levantó, dejó dos billetes junto a las copas de vino medio llenas y esperó a que Carlos agarrara las muletas y se pusiera en pie. Luego se fue.

—Se hace sin pasta de tomate —dijo Carlos, y se fue tras ella.

En la casa de invitados de Villa Elias se apagó la luz.

Leander y Soraia, que aún estaban sentados en la terraza, lo vieron. Estaban tomando un *vinho* verde, habían colocado tres velas en un platito y las habían encendido para que la luz cálida les iluminara los rostros. Leander había descubierto en el mueble bar un Tullamore Dew de doce años, y le daba sorbos.

Se percató de que estaban sentados bastante cerca. Seguramente se debía a las dimensiones de la mesa y los bancos de piedra empotrados en la pared donde se habían acomodado.

También se dio cuenta de que Soraia estaba callada, y no era lo habitual. Era agradable porque él percibía como ruido la comunicación entre personas sin un propósito. No como un ruido superficial, más bien como un martillo neumático con el que están abriendo la calle a cierta distancia.

Un monólogo de cinco minutos de los colegas del trabajo o conocidos sobre el tiempo, las últimas vacaciones, Dios nuestro señor o un problema menor (como el cambio de una llanta del neumático) para Leander eran un inconveniente en muchos sentidos. «Ayer hizo un día genial y queríamos hacer una barbacoa, pero entonces se puso a llover a cántaros durante dos horas», le contó una vez su jefe de Hamburgo, el bajito señor Lehman. Leander asintió con educación (por los modales), y aconsejó a Lehman asar la carne en la sartén dentro de casa la próxima vez.

—Pero eso no es una barbacoa —repuso Lehmann.

—No, pero se puede cocinar carne aunque llueva —contestó Lost. Y con esa respuesta se ganó esa expresión vacía en el otro que solía aparecer cuando quería ayudar con consejos concluyentes y lógicos.

En cuanto a los otros ejemplos (las vacaciones, Dios o las llantas), en los tres casos estaba todo el pescado vendido: las vacaciones habían pasado, los indicios científicos de la existencia de Dios eran como

intentar conocer los números primos a través de las sardinas, y lo de las llantas tampoco se podía cambiar ya. Todos los casos o bien formaban parte de un pasado irrevocable que no se podía evitar con una intervención en el presente —como los de las vacaciones y de la llanta—, o bien, como la idea de Dios, escapaba de cualquier consideración racional porque quedaba fuera de una verdad demostrable e irrefutable para todos, es decir, se basaba en la creencia en un ser superior que cambiaba el nombre y unas cuantas características según el país de nacimiento.

Pese a todo, la gente hablaba de esas cosas. A Leander unas veces le resultaba aburrido porque se intercambiaban sinsentidos o mentiras; otras, agotador porque tenía que descifrar todo el tiempo la mímica de los demás para reconocer una broma o un estado de ánimo cuando, por separado, las palabras tenían un significado muy distinto.

Frau Bickel, por ejemplo, la secretaria de la central de policía de Hamburgo, un día volvió de la pausa del mediodía con unos cuantos mechones de colores. A Leander le recordó a un experimento genético fallido con hámsteres en el que se provocaban mutaciones de colores en la piel de los pobres animalillos.

—He ido a probar la nueva peluquería de enfrente.

Pese al evidente percance que había sufrido, y que otros habrían intentado ocultar, Frau Bickel lo dijo como si fuera una ofensa. Solo podía haber un motivo, y Leander Lost apreció el gesto.

—Gracias por el aviso.

Pasaron cuatro semanas hasta que la secretaria le volvió a saludar.

Con Soraia, que de vez en cuando también decía obviedades o cosas sin sentido, le gustaba conversar, era diferente a los demás. Por lo general se limitaba a hacer lo mismo que él, es decir, a trasmitir información escueta. Con ella tuvo por primera vez la sensación de que alguien se le acercaba. Normalmente era al revés: él tenía que esforzarse en filtrar todo lo que no se decía entre líneas (y eso mientras su interlocutor seguía atosigándolo con más frases). El lobo que quería pertenecer a la manada, como decía Britta.

Ahora Soraia se acercaba al lobo, o eso parecía. Se esmeraba en comunicarse con él a su manera. Por eso con ella todo era maravillosamente relajado.

O se callaba. Eso también era bonito. Como en ese momento.

Contemplaron en armonía una luna llena amarillenta que había aparecido en el horizonte, sobre el mar, y se había abierto paso por el firmamento.

En realidad, Soraia estaba observando el perfil de Leander. El recorrido del cuello, la nuez, los labios, tan sensuales con esa leve curva insinuante.

Mientras se perdía en su imagen, daba vueltas en la cabeza a unas

cuantas escenas: de Leander y ella, separados solo por una habitación, donde los guardianes protegían sus sueños. ¿Qué pasaría si esa noche también vigilaban los suyos?

—Podría quedarme hasta mañana —dijo, y notó un ardor en las mejillas.

Acto seguido Leander desvió la mirada hacia ella. Con las pestañas largas. Soraia tragó saliva.

—Quiero decir, por Zara, si necesitas ayuda.

—Sería fantástico —dijo Leander Lost.

«Así que esto es lo que se siente cuando se te para el corazón», pensó Soraia.

—Pero la casa de invitados ya está ocupada. Gracias igualmente por ofrecerte.

# QUINTO DÍA

—Quiero quedarme aquí.

—No puede ser.

Graciana Rosado estaba frente a la hija de Madalena Pinto en la puerta de la casa de invitados. Eran las once de la mañana.

—¿Por qué no? —preguntó la chica a la defensiva.

—Porque no eres mayor de edad. Yo soy responsable de ti mientras estés con nosotros, Zara.

Mientras hablaba ya sabía que había cometido un error. Esa afirmación implicaba que tarde o temprano la esperaba el regreso al orfanato.

—Yo te dejaría aquí en paz —se apresuró a añadir—, pero como Soraia y el *senhor* Lost me acompañan, lo siento, pero tienes que venir.

Zara soltó un largo suspiro.

—Pero puedo quedarme aquí sin hacer nada. De verdad, no me voy a escapar, no dejaré entrar a nadie. Yo…, no sé…, puedo limpiar o hacer la colada. —Lanzó una mirada de reproche a Graciana—. Puedo trabajar, no se me caen los anillos con nada. Solo déjeme tranquila.

—Zara —contestó Graciana con paciencia—, no tienes que justificarte. Nadie duda de que puedes trabajar. No pasa nada. Ahora iremos juntos a comer algo, en casa de mis padres. Lo hacemos todos los domingos. Y punto. Luego volveré a dejarte aquí, y puedes estar sola todo el tiempo que quieras.

Mientras lo decía, no evitó el contacto visual. Al final, con un suspiro aún más largo, Zara agarró la chaqueta de piel, que era más bien un signo de protesta juvenil (contra lo que fuera, seguramente contra todo), antes que una elección con sentido de la prenda adecuada para un caluroso día de finales de verano.

Pero la chaqueta le dio una idea a Graciana.

—¿Has ido alguna vez de paquete en moto?

—No.

—Si quieres, eso puede cambiar ahora. El *senhor* Lost irá en moto a Fuseta. Puede llevarte. O puedes venir conmigo en el Volvo.

En efecto, por un momento Zara Pinto tuvo un dilema. Vio al policía alemán, que tanto le recordaba a un enterrador, en la terraza. Se estaba abrochando la camisa blanca sobre el pecho pálido.

—¿Tendré que agarrarme a él y esas cosas?

—Solo agarrarte. «Y esas cosas» no hace falta.

Zara volvió a mirar a Leander Lost. Y luego a la Ducati amarilla, que se detuvo a unos metros al lado del coche de Graciana.

—¿Se te ha acercado demasiado un hombre?

Zara giró la cabeza como si fuera un ave de rapiña, con una expresión dura como una piedra en el rostro.

—Aunque así fuera, mi vida no le importa. No le importa a nadie, ¿queda claro?

A Graciana le dieron ganas de darle un abrazo a la niña pequeña herida. Pero la niña mayor a la defensiva había decidido buscar la cura atrincherándose. Graciana sabía que no iba a escuchar a nadie que le dijera que a la larga no le serviría esa trinchera. Tenía que averiguarlo por su cuenta.

«La tos se puede trasmitir —decía João—, la experiencia no. Por desgracia.»

Graciana recordó ese momento en la azotea del n.º 5 de Virgílio Inglês.

«Pero la felicidad sí se puede trasmitir —añadió Antonio Rosado—, de hecho, es la única opción de conservarla.»

—La moto —se decidió Zara.

Y así consiguió Graciana avanzar un paso en su plan.

Tal y como habían acordado, Graciana se adelantó con su hermana, que la había llevado a Villa Elias por seguridad. El *alemão* las seguía en la Scrambler, pero ahora con Zara Pinto, que en las curvas se arrimaba a él, como le había explicado Lost antes de iniciar el trayecto. Había estudiado el expediente de Madalena Pinto durante la noche y llegado al mismo punto de la investigación que Graciana y Carlos.

—Bien hecho —lo elogió Soraia, con los ojos clavados en la moto.

Ella había provocado la situación, con la esperanza de que las piezas del mosaico fueran encajando con el tiempo y con su ayuda formaran una obra cohesionada.

Al principio a Zara Pinto le resultaba desagradable el contacto con Lost, le rodeaba la cintura con los brazos y juntaba las manos a la altura del vientre para poder aferrarse a él en las curvas y en los acelerones fuertes.

Sin embargo, la inmediatez y la ligereza de la moto le dibujó una sonrisa en el rostro. Se sentía libre, rápida, en comunión con el viento, que tiraba de su chaqueta de piel. Formaba parte de la máquina, que rugía por debajo, y la vibración se le contagiaba. Olió el paisaje. Las rodillas flotaban en las curvas a veces a solo treinta centímetros del asfalto, volaban de pura velocidad.

En aquel momento decidió sacarse el permiso de motocicleta. El *alemão* le dio un golpe con la mano izquierda en el antebrazo. Era la señal para que se agarrara muy fuerte, entonces la cercanía ya no le importaba porque tanto ella como Lost formaban parte de la máquina, notaba que estaban unidos de forma indirecta. Se arrimó sin vergüenza a él. Luego Leander Lost se inclinó a la izquierda al tiempo que con la mano derecha le daba al gas a fondo.

La Ducati sufrió un violento empujón. Zara tuvo por primera vez la sensación de velocidad vertiginosa. Parecía que la Scrambler intentaba escurrirse por debajo, la fuerza hacia delante era tan fuerte que Zara notó un cosquilleo de emoción en la barriga que al mismo tiempo parecía quedar atrás, como si no pudiera seguir el ritmo del movimiento hacia delante.

Como un rayo y ágiles como un pez en el agua, adelantaron a una fila de cinco coches, antes de que Leander volviera a colocar la moto en el carril de la derecha y pusiera fin a la aceleración.

Oyó tras él una risa contenida.

Graciana y su hermana pequeña lo vieron en los andares de Zara, en la manera de mover los brazos, que antes parecían los de una marioneta rígida y de pronto se balanceaban relajados y naturales. El paso era ligero, ya no daba esos pisotones torpes, y, aunque reprimiera una sonrisa, se le veía en los ojos.

Leander hizo por intuición justo lo que Soraia le había aconsejado y que tan bien se le daba: apenas prestó atención a la chica. No era que la ignorara, solo que procuraba no hablar con ella.

Además, le interesaba la *calçada portuguesa*, el empedrado portugués que pisaban las suelas de sus zapatos. Eran unos motivos marítimos que los pedreros elaboraban pieza a pieza a base de mucha dedicación y habilidad artesanal, decoraban los letreros de las calles en el centro histórico de Fuseta y mejoraban los angostos callejones.

Más adelante, Graciana vio a su colega Carlos en la esquina de Rua Capitão Henrique Galvão y Rua Dr. Virgílio Inglês junto a la mesa de un trilero. Le sorprendió la imagen. Comprobó con una mirada de soslayo que a Soraia también le había llamado la atención. Lo sorprendente no era que Carlos volviera a perder mucho dinero con un trilero, sino lo que llevaba puesto: unos tejanos descoloridos de color azul claro, una chaqueta de lino gris, con una camisa blanca y unos mocasines de piel azules.

Soraia miró a su hermana mayor, que lucía una media sonrisa.

—¿Tú has dicho algo del traje de Leander?

Graciana asintió.

—Sí, que le daba un punto atractivo.

—¿Ya no va a llevar pantalones cortos y alpargatas?

—Eso parece. También se ha afeitado.

Soraia se fijó en ese momento que había algo distinto en la cara de Carlos. No sabría decir con exactitud de qué se trataba, pero Graciana llevaba razón: la barba de tres días que siempre oscurecía las mejillas, el cuello y la barbilla había desaparecido.

—¡*Que foda*! —exclamó Carlos, enfadado, después de señalar el trile que no era y que el hombre, que se llamaba Horatio Feira, levantara con una sonrisa apenas perceptible el trile que él había señalado y destapara a continuación la bolita bajo el trile correcto.

Carlos, que vio a los demás llegar por la zona peatonal, dio la espalda al hombre, que escondió el billete de veinte euros. Rápido. Poco antes de que el billete desapareciera en el bolsillo del pecho de la camisa fingió una duda, una reflexión, como si justo allí y en ese momento se le estuviera ocurriendo una idea.

En vez de esconder el billete, sacó los tres de veinte euros que Carlos le había dado durante los últimos minutos y los dejó como apuesta inicial al lado de los triles.

Carlos no pasó por alto esa oferta silenciosa.

Tal y como Horatio Feira había ensayado a propósito y seguramente había hecho ya decenas de veces con otros interesados, Carlos volvió a él.

—Una partida y recuperas la apuesta, si ganas —dijo Feira.

—¿Tan seguro estás?

—Creo que puedo hacerlo.

Carlos se quedó mirando los triles. La bolita de al lado. Entonces, primero respiró hondo y luego sacó un billete de veinte euros del pantalón tejano y lo dejó con los otros cuatro.

Cuando Graciana, Zara, Soraia y Leander llegaron hasta él, había vuelto a perder.

—Bonita chaqueta —lo saludó Graciana mientras se encaminaban al n.º 5, donde se veía de lejos que Antonio Rosado estaba sentado con cinco vecinos de cháchara.

—Uy, con chaqueta.

—La he encontrado cuando recogía.

—Te queda bien —opinó Soraia.

—¿Sí?

Ella asintió.

Carlos parecía contento.

La azotea del n.º 5 de Virgílio Inglês era bastante distinta a la de Carlos Esteves.

No había cuerdas de tender, y la habían transformado en un jardín con plantas trepadoras y macetas muy bien colocadas (obra de Raquel Rosado). Junto a una gran parrilla sobre un fuego había una pesada mesa de piedra. La mitad quedaba cubierta por la sombra de un toldo de color beige, que había vivido unos cuantos veranos. Justo al lado de la escalera de azulejos que llegaba hasta allí, además del elevador para el señor de la casa, había un agave de un tamaño impresionante en una maceta roja de arcilla. Y más al fondo, donde terminaba la terraza, se erguía hacia el cielo un naranjo de dos metros y medio. Ya se le veían los frutos desde la calle, delante de la casa.

El laurel cerezo, en cuyas flores blancas revoloteaban a principios de verano mariposas y abejas, tapaba la vista a las visitas del muro de cemento de media altura que formaba el cierre de la terraza. Hacía siete años, antes del accidente, Antonio Rosado se había hecho una construcción de madera de lárices siberianos. Sin duda no era algo muy habitual, pero gracias a su posición nadie lo criticaba lo más mínimo, y si lo hiciera, a Antonio Rosado le habría dado igual.

Nadie le dio mucha importancia a que fuera la primera vez que Leander Lost y Zara Pinto estaban allí. Por supuesto, los saludaron, pero enseguida los incluyeron a los dos y les dieron platos, cubiertos y cuenquitos con *petiscos*, como a los demás.

Primero le dio a Leander («Me alegro de verle por aquí, ¿no tiene calor?») bacalao con garbanzos y aceitunas con anchoas, para luego cruzar una mirada con Zara. Graciana conocía esa mirada de su madre, por lo general reservada a los perros o gatos raquíticos que vagaban por la zona.

—Bonito collar. Antes yo también habría llevado algo así, con un poco más de valor —le dijo a Zara, y le dio un cuenco de barro del tamaño de la mano con albóndigas en salsa de tomate y dos barras de pan—. Puedes subir esto, ¿no? Sé que tendría que haberlo preparado antes, siempre lo hago todo tarde.

—Sí, claro —contestó Zara. La actitud pragmática y directa de Raquel no le dio oportunidad de mantener su postura distante ante tantos desconocidos. Tomó el cuenco y el pan y siguió al hombre de negro.

En cuanto desapareció del campo visual de las mujeres, Raquel dio un abrazo a sus hijas.

—¿Todo bien?

Lo dijo mirando a Soraia, que asintió.

—Sí. Es un clásico, de manual. Solo que ahora mejor que no se estropee.

Graciana le dio un abrazo a su madre un poco más fuerte y también lo hizo durar un instante más. La invadieron todos los olores de su infancia, concentrados en el delantal de su madre.

—Gracias por ayudar, *mãe*.

Raquel Rosado retrocedió un paso, pero los antiguos aromas permanecieron en la nariz de Graciana y evocaron recuerdos de la primera infancia: tiritas en los rasguños, deliciosas bolas de helado en barquillos, una bolsa caliente para el dolor de tripa. Mecerla hasta dormirse. Protección.

Ese era el hogar de Graciana. Siempre lo sería, lo sabía desde su décimo cumpleaños y volvió a confirmarlo aquel día. Siempre que ponía un pie en esa casa, abría una puerta a sus recuerdos. Los importantes que dejaban huella siempre los llevaba encima, eran una parte integral de su carácter. Pero los demás, los que se ubicaban en capas más profundas y a veces acumulaban polvo, los casuales, los pequeños, los podía recuperar allí bien frescos. Solo con la primera respiración dentro de esas paredes volvía todo de repente.

Mientras Leander Lost y Antonio Rosado se saludaban en presencia de Carlos Esteves, que se abalanzó enseguida sobre las aceitunas con anchoas, Zara Pinto caminaba a zancadas por la terraza, que parecía gustarle. Las plantas, las vistas de los tejados de Fuseta, las salinas y la laguna, y el hombre de la silla de ruedas se le antojaron agradables. También las sardinas que se estaban asando, y que el *senhor* Rosado rociaba de vez en cuando con zumo de limón. Allí arriba Zara Pinto se sentía como en una isla, un escondrijo, un nido. Un refugio como Villa Elias, donde estaba a salvo.

Las hermanas Rosado también se sentían seguras y protegidas, mientras dejaban cuencos con varias salsas para untar. Raquel llamaba *cruelmente* a una de esas salsas porque te llenaba los ojos de lágrimas y dejaba en el esófago un ardor, pero a Antonio le encantaba.

Graciana y Soraia captaron las primeras palabras que cruzaron Leander Lost y Antonio Rosado tras el saludo.

—Habla bien portugués.

—Usted también.

Antonio esbozó una media sonrisa mientras giraba las sardinas con el mango de la parrilla.

—No se rompe usted la cabeza.

—Solo una vez, a los tres años. Desde entonces, nada.

En la media hora que disfrutaron del aperitivo, conociéndose y charlando entre ellos, todos dejaron tranquila a Zara Pinto, que fue bajando la guardia. Aunque le entraran ganas de reprocharles lo anticuados que estaban y su rigidez mental, tenía que reconocerles que (salvo en Villa Elias) en ningún sitio se había sentido tan a gusto durante los últimos meses como allí. Lo absurdo era que su cabeza no quería admitir lo que sentía en las entrañas. Entonces apareció Raquel

Rosado, con un mechón grueso caído en la frente, una olla humeando y un plato con un montón de rodajas de limón que dejó en la mesa. Cuando levantó la tapa de la cazuela, salió un aroma intenso. Olía a ajo, vino blanco, cilantro y… mar.

—Son *conquilhas* —aclaró Raquel.

A Zara estuvo a punto de caérsele la tapa. Las *conquilhas* eran unos moluscos del tamaño de una uña y media o dos. Su plato preferido.

Raquel se las había comprado dos horas antes a un chico que las había recogido a mano en el fondo de la laguna y las había guardado en botellas de agua con agua del mar.

Para Zara Pinto aquello era el colmo de la visita a casa de los Rosado. Como si todo fuera cosa del destino. Se dejó llevar y se integró. Ni terquedad ni réplicas. Las *conquilhas* eran como una señal, como si le indicaran que allí no había nada que temer, que estaba rodeada de buena gente.

En realidad, Soraia había llamado a Lagos a la *senhora* Carlotta del orfanato para preguntarle por el plato preferido de la chica. No había implicado al *alemão* en esa parte del plan para que no lo contara sin querer.

El plan consistía en reforzar la confianza de Zara Pinto en ellos. La intuición de Graciana le decía que la chica, que casi era una mujer joven, era la clave de la conexión entre Madalena Pinto y *O Olho*. Sabía algo que de momento no les había contado.

Soraia había disuadido a Graciana de que siguiera insistiendo a Zara y la había convencido de que necesitaban llevar a la chica hasta el punto en que se acercara a ella por iniciativa propia.

Graciana decidió buscar una familia de acogida para Zara Pinto, con la ayuda de Carlos y su hermana, para que no tuviera que regresar al orfanato. Sin embargo, no se lo dijeron a la chica por no generarle esperanzas con algo que tal vez luego no podrían cumplir. Se habían inventado el ritual de la comida familiar del domingo, y Raquel y Antonio Rosado accedieron enseguida a interpretar esa pequeña obra de teatro.

Al principio la idea molestaba a Graciana porque esa manera de proceder implicaba que iban a fingir algo delante de la chica para manipularla. «Obra de teatro» era un eufemismo para una mentira común.

En ese momento, en cambio, mientras paseaba la mirada entre los demás, sumidos en sus conversaciones, notó que nadie mentía ni fingía. Todos eran ellos mismos. Escuchó cómo Soraia preguntaba a su madre si seguía arreglándoselas bien sola con la minusvalía de su padre, y Raquel la calmaba con una sonrisa mientras decía:

—En el n.º 5 nunca estás solo, eso ya lo sabes. No te preocupes tanto.

Y cómo su padre preguntaba a Leander Lost por esto y aquello.

—¿Qué le parece esto?

—Me gusta cómo se toma la gente este esplendor venido a menos. Esta melancolía.

—¿Esplendor venido a menos?

—Bueno, me parece que el país es como el lustre de las casas. Los buenos tiempos de Portugal pasaron hace ya tiempo. Antes era un reino colonial, una potencia marítima. Hoy ya no queda mucho de todo eso. Mirándolo bien, nada.

Antonio Rosado tragó saliva con dificultad. Zara escuchaba boquiabierta.

—*Um momento* —intervino Carlos, que ya reaccionaba con mucha más calma a ese tipo de afirmaciones que unos días antes—. No cabe duda de que tenemos las mujeres más guapas de Europa, una larga línea costera, somos hospitalarios, tenemos más de trescientas recetas de bacalao e introdujimos el té en Europa. No fueron los británicos paliduchos. De nuestro país salen el vino de Oporto y el corcho. En Coímbra está una de las primeras universidades europeas. Y si Ronaldo no acierta con el chute, estaremos de acuerdo en que es mala suerte. Siempre tenemos mala suerte. Y también somos tristes, pero gracias a eso surgió el precioso fado. Ah, y no hay un cielo nocturno como el de Portugal, pero hay que admitir que eso no es mérito nuestro, desde luego.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y bebió tres sorbos de su Sagres helada.

—Justo a eso me refiero —dijo Lost—, a ese «pero». Me parece que eso distingue a la gente de aquí. Son tristes, sí, pero nunca pierden el ánimo. Son melancólicos y han hecho de eso un género musical propio. Si Ronaldo falla en una final de la Copa de Europa contra Francia después de una falta muy dura y todo parece perdido porque el juego de los portugueses está centrado en ese hombre y él está sentado en el césped llorando, los aficionados comparten su pena cargándose con una parte. Además, es muy característica la manera de abordar el sufrimiento y los reveses del destino que tiene la gente. Los portugueses unen las dos cosas y se enfrentan a ellas. No lloran. Como acaba de hacer el *senhor* Esteves. Sabe que la situación es la que es, pero saca lo mejor de ella. Y con dignidad. Igual que la selección portuguesa, todo el mundo tenía claro que solo podían perder. También los aficionados. ¿Y que hicieron con eso? Exacto, ganaron a Francia. Se encabritaron y no se rindieron, consiguieron lo imposible. Aunque no ganaran, habrían conservado su dignidad.

Se impuso un silencio sepulcral en la mesa.

Carlos y Antonio tragaron saliva para contener la emoción, y Raquel se secó los ojos con discreción.

Entonces Carlos le puso una mano en el hombro un momento al alemán.

—Me llamo Carlos, colega.

Le ofreció la mano, y Lost se la estrechó.

—Lo sé, *senhor* Esteves —dijo.

Descifró por el ángulo de la apertura de los ojos, la frecuencia del parpadeo, la formación de una arruga en la base de la nariz y la frente, también por cómo fruncía el entrecejo, que su compañero se molestaba, y de nuevo Leander se sintió confuso.

Sin embargo, antes de poder ahondar más en ello, el señor de la casa tomó la iniciativa.

—Han sido unas palabras muy bonitas, *senhor* Lost —declaró Antonio observando a ese tipo pálido y flaco con esa mirada atenta y bondadosa que solía reservar solo para Carlos.

—Gracias —contestó Leander—, me parece que Fernando Pessoa consiguió expresarlo con mucha más precisión: «Ya que no podemos arrancarle belleza a la vida, por lo menos deberíamos intentar arrancarle belleza a nuestros defectos».

El hecho de que el *alemão* autista fuera capaz de citar de memoria al poeta portugués y orgullo nacional provocó un silencio aún más intenso que antes.

Soraia estallaba de orgullo. Graciana sintió una agradable sensación cálida en el estómago que se fue expandiendo. El *alemão* había removido algo en lo más profundo de sus entrañas. Con una mirada de soslayo a Zara comprobó que la chica había descartado buena parte de su desprecio hacia el *cangalheiro*. Es más, en la expresión de su rostro se leía la irritación. Y Graciana intuía qué inquietaba tanto a Zara: se estaba dando cuenta de que le caía bien.

Pasara lo que pasara, donde los llevaran los caminos de la vida, ese momento perduraría en el tiempo.

«¿Recuerdas cuando el *senhor* Lost recitó a Pessoa en la terraza?»

Sí, todos y cada uno de ellos lo recordarían. Y si la vida iba como debía ir, Zara Pinto sería quien guardaría el recuerdo más tiempo.

# 25

Cuando salieron del n.º 5 de Virgílio Inglês dos horas y media más tarde, Graciana fue la última en despedirse de sus padres. Su padre la estrechó entre sus brazos durante unos segundos, de manera que los demás salieron ya al callejón y ellos se quedaron solos dentro. Entonces se apartó.

Cuando Graciana miró por encima del hombro, vio a su madre en la puerta, como si la vigilara. Graciana se volvió hacia su padre. Era obvio que sus padres querían decirle algo.

—No hace falta que busques una familia para la niña —anunció su padre—, todo Virgílio Inglês es de la familia, ya no va de una niña más o menos.

—No, no, no —reaccionó Graciana, con un gesto claro e inequívoco para subrayarlo, como si dibujara un punto final en el aire—, esa no era la intención. No debería habéroslo contado. Ya tenéis suficiente que hacer, yo…

Entonces su madre le puso una mano en el antebrazo por detrás.

—Grace —dijo en voz baja y con ternura, como si quisiera consolarla—, no pasa nada, de verdad. Confía en nosotros, ¿eh? Hemos salido adelante con dos hijas listas que eran un torbellino. Tenemos algo más de vida a nuestras espaldas. Lo conseguiremos.

El brillo en la mirada de su padre reflejaba su espíritu aventurero.

—Nos vendrá bien un poco de vida en la casa. No es que nos falte, con So y tú, aunque estamos encantados de que ya no viváis aquí.

Era mentira, pero lo disimuló con una sonrisa valiente.

—Puede quedarse en la habitación de Soraia. Al fin y al cabo, no la hemos cambiado mucho.

Graciana miró sorprendida a su madre. En su mirada había una profunda ternura.

—Ser padres significa aceptar cualquier posibilidad y mantener la calma cuando llegan aquellas con las que no contabas. Así que, si Zara quiere, puede quedarse aquí.

—No sé qué decir.

—*Obrigada*, o algo así.

Cuando Horatio Feira alzó la vista, Carlos Esteves estaba plantado delante de él. Sin embargo, ya no era el desgraciado de los triles que

antes había dado una patada enfurruñado a una piedra imaginaria y se había ido con las manos en los bolsillos de los pantalones cerradas en un puño, sino alguien de muy buen humor. Acompañado de una guapa portuguesa menuda, un tipo raro vestido con traje negro y una chiquilla con un collar y una chaqueta de piel. Ella y la mujer guapa de ojos grandes dedicaban más miradas al flacucho pálido que al juego.

Carlos dejó veinte euros.

—Se lo advertí, *senhor* —dijo Feira—. Tal vez no debería tentar tanto a la mala suerte hoy. No le deseo ningún mal.

—No, no, vamos. Empiece.

Horatio Feira no esperaba otra respuesta. Colocó la bolita debajo del trile del medio con un gesto rutinario y movió los triles con gestos rápidos y decididos para, en una fracción de segundo idónea, levantar muy poco el trile en cuestión, atrapar la bolita entre el dedo anular y el índice y colocarla debajo de otro. Luego los fue dejando uno al lado del otro.

Carlos tenía la mirada fija en el trile debajo del cual debería estar la bolita. Luego miró a Leander Lost.

Él señaló el trile situado más a la izquierda.

De pronto Feira se puso alerta.

—Ese de ahí —dijo Carlos.

—Ah, ¿de verdad?

Feira lo agarró.

Entonces el paliducho levantó la mano abierta.

—¡*Parar*!

La orden paró al trilero, como quería.

—Levántelo usted, Carlos —ordenó Leander.

Carlos levantó el trile, y ahí estaba la bolita. No podía creer su suerte, y sonrió a Leander. Zara se quedó pasmada, Soraia no puedo evitar una carcajada.

—Mi nuevo colega —aclaró Carlos con orgullo al trilero.

Horatio Feira asintió, sacó dos billetes del bolsillo del pecho y los metió en el de Carlos.

—Hoy ha sido un día muy largo, me alegro por usted. Buenas noches.

Fue a agarrar los triles, pero entonces Carlos dejó sobre la mesa un fajo de billetes por un valor de trescientos euros. Feira había ingresado el doble durante la jornada, también gracias a ese cliente. Dudó un momento, pero luego asintió. Era una apuesta segura.

—Pero esta es la última partida de verdad.

—Sí.

Volvió a dejar la bolita debajo del trile del medio y empezó con sus gestos. Izquierda, derecha, adelante, en diagonal. Las manos y los

triles cambiaban a toda pastilla y luego, poco antes de que Horatio las dejara quietas, volvió a sacar la bolita con el dedo índice y anular en medio de un movimiento.

Ahora Carlos tenía tres triles vacíos delante y, en cuanto señalara uno, Feira la colocaría debajo de otro que levantaría en ese mismo momento, con un movimiento hábil que le había enseñado su padre.

—Apuesto por el trile de la derecha —le dijo Carlos a Leander. Él se acercó más, observó los tres triles por delante, luego desde los lados.

Feira comprendió demasiado tarde que esa manera de observar indeciso los triles solo era una excusa para acercarse sin levantar sospechas. Leander Lost lo agarró como un rayo de la muñeca y la retorció, Feira soltó un breve grito, más de sorpresa que de dolor. Se quedó de cara a la pared, con el brazo estirado hacia atrás.

—¿Qué hace? —reprendió Carlos a Leander. Graciana, que estaba saliendo de casa de sus padres, se acercó corriendo a ellos.

—Es un estafador —afirmó Lost, impasible—, tiene la bolita aquí, en esta mano. No la encontrará debajo de ningún trile.

Carlos dudó un momento. La acusación del *alemão* no le parecía en absoluto fuera de lugar, pero si era cierta, se había dejado engañar en numerosas ocasiones por ese hombre sin tener siquiera opciones de ganar.

Zara sentía demasiada curiosidad. Se acercó a la mesa y giró los triles, la bolita no estaba debajo de ninguno.

Carlos también se acercó, y miró furioso a los ojos del trilero.

—Suéltela.

Feira tragó saliva, luego abrió los dedos y la bolita cayó sobre la mesa. Acto seguido, Leander Lost le soltó la muñeca, y el hombre se la frotó con una mezcla de respeto, rabia y miedo.

—Yo lo detendría —dijo Leander.

Todas las miradas se centraron en Carlos, que a su vez desvió la suya hacia la apuesta que había dejado sobre la mesa. Luego torció el gesto y sacudió levemente la cabeza.

—Creo que saldar la deuda de la apuesta es el castigo más doloroso. —Mientras lo decía daba golpecitos con el dedo índice de la mano derecha en sus billetes.

Horatio Feira comprendió que el hombre de la chaqueta de lino era policía. Le estaba dando la única opción de eludir una detención, así que dejó enseguida los seiscientos euros de la apuesta, guardó los triles, cerró la mesa y puso pies en polvorosa antes de que alguien cambiara de opinión.

—La próxima vez que te vea en Fuseta te detendré —le gritó por detrás, cosa que hizo que Horatio Feira adoptara un ligero trote.

Carlos se metió todos los billetes en la cartera, que se infló bastante y destacaba bien visible en el bolsillo interior de la chaqueta.

Graciana se volvió hacia Zara.

—Queríamos hacer una pequeña excursión a Sagres, quizá bañarnos un poco, comer un helado, tomar el sol. Pero no hace falta que vengas, si quieres voy contigo a Villa Elias. Allí puedes estar sola si quieres, yo no te molestaré.

Por un instante las pupilas de Zara saltaron a Leander Lost y luego volvieron a ella.

—Voy con vosotros —dijo.

—Bien. ¿En coche o en moto?

Hasta ese momento Zara había conseguido fingir indiferencia, pero entonces una sonrisa rompió el hechizo.

—Moto.

—Invito a una ronda —dijo Carlos.

Entonces sonó el móvil de Graciana. En la pantalla vio el retrato de su jefe. Supo por intuición que era por trabajo, y en ese caso, un domingo por la tarde, es que había pasado algo.

—Id vosotros primero —dijo a los demás, solo indicó a Carlos con un gesto que se acercara. Entonces respondió a la llamada, puso la función de manos libres para que su colega la oyera y se cobijó a la sombra del saliente de una entrada.

—¿Sí?

—Soy Da Silva —informó su superior—, sé que ya no es vuestro caso, pero… acaban de encontrar a Jobe. Está muerto.

Carlos y ella se quedaron demasiado perplejos para reaccionar rápido.

—¿Me oyes?

—Sí, eh…, Carlos también.

—Bien.

—¿Dónde? Quiero decir, ¿dónde lo han encontrado?

—En Pero de Amigos. Aún no he estado allí.

Carlos se llevó una mano al cuello y se rascó nervioso.

—¿Pero de Amigos? ¿Seguro?

—Eso es lo que me acaba de decir la mujer de la GNR local por teléfono. Se llama Rebeca Veloso. Dice que la descripción del cadáver coincide con la de la base de datos de personas desaparecidas. Así que doy por hecho que es Jobe.

Carlos se inclinó hacia el móvil.

—Pero de Amigos es una ciudad fantasma.

—Sí —repuso Da Silva con voz apagada.

Graciana le notó el cansancio, era como si arrastrara el flujo de las palabras.

Ella también conocía Pero de Amigos. Fabio, su primer gran amor, hacía acampada libre allí con sus padres. En una caravana alemana, una Hymer. Un día Carlos le dejó su motocicleta, que petardeaba, y

fue de Fuseta hasta allí sin permiso de conducir. Durante una hora, el corazón le latió tan fuerte que le dolía.

Fabio era tres años mayor que ella, muy guapo. Luego hizo carrera de modelo para una gran marca de moda. Graciana había seguido su trayectoria en secreto durante años. En 2003 se ahogó en un accidente de tráfico que terminó en un lago.

Por aquel entonces, los padres de Fabio daban paseos de horas, y Graciana y Fabio se pasaban toda la tarde besándose. Fue el primer chico al que le dejó tocarle los pechos, pero no todo lo demás.

Eso ocurrió a la vista de las ruinas de allí arriba en las montañas, que habían sido testigos silenciosos.

—Pero el caso es de Duarte —soltó al final.

Su jefe contestó con un suspiro audible.

—Sí, pero no tiene turno hoy y no contesta al móvil. Su última localización es en São Brás de Alportel.

—Está ahí al lado —intervino Carlos.

—Sí, lo sé, pero no contesta. Así que necesito a alguien que identifique de forma inequívoca a Ousman Jobe. Sé que es fin de semana. Y sé, Esteves, que podría ir yo, pero nunca lo he visto y ahora mismo estoy ante un posible suicidio en Tavira. Entonces, ¿me haríais el favor de ir? La *doutora* Oliveira ya está de camino.

—Vamos para allá —le dijo Graciana.

—*Obrigado*, Piaf.

Mientras Graciana y Carlos se dirigían con el Volvo hacia São Brás de Alportel, a una media hora al noroeste de Fuseta, antes de las estribaciones onduladas del Alentejo, Soraia, Leander y Zara cambiaron el plan original y fueron a pie al puerto de Fuseta a tomar el transbordador que los llevaría junto con un puñado de turistas al otro lado de la laguna, hasta la Ilha da Armona, que quedaba delante, bajo los gritos de las gaviotas e inhalando en un intenso olor a gasolina. El nombre era un topónimo (isla de Armona) o un aumentativo de arma (isla de las armas) o simplemente procedía del celta. Nadie sabía con exactitud cuál de las opciones era cierta.

En los canales de la laguna, que despejaba la bajamar, había decenas de hombres y mujeres con un cubo de plástico en una mano, inclinados sobre el cieno, buscando cangrejos o moluscos. Se protegían la cabeza del sol abrasador con gorras de béisbol, sombreros y pañuelos.

Cuando Leander Lost se levantó de su sitio para tener mejores vistas de la Ria Formosa desde la proa, Zara Pinto aprovechó la ocasión para hablar a solas con Soraia.

—Antes ha sido muy directo con su padre.

Soraia Rosado sonrió. El hecho de que Zara le hablara por iniciativa propia era un pequeño triunfo. Significaba que confiaba en ella. Y le interesaba, oh, sorpresa, el supuesto marginado del grupo.

—Te voy a contar algo del *senhor* Lost —Soraia se inclinó hacia delante con aire de conspiración—, no sabe mentir.

Zara la miró como si Soraia quisiera darle un abrazo, pero en lugar de echarse a reír, se limitó a asentir.

—Es una especie de autista —continuó Soraia—, siempre dice la verdad.

Zara bajó un poco el mentón mientras miraba con disimulo al *estrangeiro*, que estaba allí delante con su traje negro entre todos los niños con pelotas de plástico y manguitos y los turistas con sus camisetas de colores y sus bermudas. Llamaba tanto la atención como un oasis en el desierto.

# 26

Graciana Rosado asociaba São Brás de Alportel, un pueblecito que atravesaron de camino a ver el cadáver de Ousman Jobe y tras el cual empezaban las suaves colinas bajas del Alentejo, a una bebida especial: el champán. Los campos se extendían por todas partes con sus anchos alcornoques, de los que se recogía una tercera parte o la mitad de la corteza, de manera que los troncos quedaban desprotegidos desde el suelo hasta debajo de la copa y parecían desnudos. Por encima se bifurcaban las ramas, cuya corteza aún no tenía grosor suficiente.

Graciana sabía que durante los años siguientes cada vez habría más corcheros en la reserva y al final ya no ganarían lo suficiente con su negocio. La tendencia en todo el mundo era cerrar con plástico las botellas de vino y de vino espumoso. Pero por lo menos los compradores de champán, según indicaban las encuestas, se mantenían fieles al corcho.

La subinspectora recorrió la carretera estrecha que transcurría por el valle entre dos cerros, y que a veces hacía equilibrios en la cresta de la falda de una colina. Al principio se veía alguna casa de cuando en cuando, pero después no encontraron nada durante kilómetros. Ni un aparcamiento, ni un letrero indicador, nada.

Fue entonces cuando por fin se bifurcó el camino. A la derecha, bajaba hacia una población formada por unas cuantas casas apartadas y allí terminaba, en Arimbo. A mano izquierda, un letrero indicaba Pero de Amigos por un camino rural de arena. Lo siguieron durante dos kilómetros irregulares y tortuosos, dejando una nube de polvo que anunciaba a todo el mundo su llegada.

En este caso se trataba de la forense *doutora* Oliveira, que, en efecto, había llegado antes. Alrededor había tres policías de la GNR, dos hombres y una mujer, que guardaban una distancia de ella de al menos dos metros, pero que la observaban al mismo tiempo con mucho interés y no dejaban de murmurar.

Uno de los hombres habló por un aparato de radio cuando Graciana y Carlos bajaron del coche. Por la luz azul del coche habían entendido que eran compañeros de la Polícia Judiciária. Sin querer se pusieron un poco tensos.

El angosto camino por el que habían llegado dibujó una curva ancha para luego, como si se rindiera ante las montañas, la soledad o

ambas cosas, emprender la retirada. Era un callejón sin salida de una decena de construcciones, todas con los techos agujereados, destartaladas y cubiertas de malas hierbas. Una pequeña comunidad en ruinas, cuyos ocupantes habían fallecido o huido. A Graciana le dio la extraña impresión de que nadie había derramado una sola lágrima por ellos.

Dos mujeres jóvenes con unas mochilas enormes estaban sentadas un poco apartadas, en el muro a media altura de una de las ruinas, hablando con un agente de la GNR que era mayor que los otros y que apuntaba su declaración. A diferencia de los agentes, las mujeres evitaban mirar hacia el lugar donde habían hallado al muerto.

Graciana y Carlos supieron con una mirada que ellas habían encontrado el cadáver durante una excursión. Parecían nórdicas, una, rubia, y otra, pelirroja. Irlandesas o escandinavas. Graciana se decantó en silencio por la opción escandinava.

Enseñó por pura formalidad su placa a los tres colegas de la GNR, mientras Carlos aún iba rezagado por culpa de las muletas.

—Rosado, Polícia Judiciária.

Los tres conocían su nombre. Eran de la comisaría de São Brás, a Graciana le sonaba una de las caras. Aun así, no se quedó con ellos, sino que se plantó al lado de la forense, que levantó la vista, le hizo un gesto con la cabeza y luego siguió con su trabajo. La *doutora* no era nunca de muchas palabras.

No cabía duda de que aquel hombre era Ousman Jobe. Tenía un corte horrible en el cuello, parecía que alguien le hubiera rebanado la laringe. Aún se leía el pavor en los ojos desorbitados, pero Graciana sabía que eran imaginaciones suyas. Ya no había nada en esos ojos.

—¿Se ha hecho daño en la pierna? —Oyó que preguntaba la mujer de la GNR por detrás.

—Fue en un tiroteo —gruñó Carlos, que se colocó junto a Graciana, consciente de que ahora tenía tres miradas de admiración clavadas en la espalda.

Él también reconoció al fallecido en el acto, y vio con claridad la causa de la muerte, que Da Silva ya les había explicado por teléfono.

La sangre había penetrado en la arena bajo el cuerpo, y le había teñido de rojo la camisa hasta el ombligo con bastante precisión. En el corte se había coagulado oscura, y con la mano libre la *doutora* Oliveira iba ahuyentado a un enjambre de moscardas que zumbaban alrededor, para que no se posaran encima.

—Fue con un objeto afilado, lo más probable es que se tratara de un cuchillo —la informó Oliveira mientras tanteaba primero los antebrazos y luego un pie del fallecido, y se inclinaba un poco—. Aún no ha terminado de formarse la rigidez cadavérica. —La médica miró a los agentes de la GNR—. ¿Estaba nublado?

—Sí.
Asintió, como si ya lo hubiera deducido, y se levantó para hablar directamente con Graciana y Carlos.
—La rigidez se propaga más rápido por todo el cuerpo si la radiación solar es intensa. Creo que lleva aquí aproximadamente hora y media, pero no lo mataron aquí.
—Ya veo —comentó Graciana, que había visto un rastro que iba de los pies de Ousman Jobe a una de las ruinas. En una estancia conservaba una especie de techo y se erguía entre las malas hierbas de un metro en forma de hierbajos y hiedra.
Sin tocarlo, Graciana siguió el rastro y oyó por detrás el ritmo alterno de dos muletas y un pie en la hierba.
En la parte protegida de las ruinas vio todos los indicios de que allí acampaba una persona. Había un saco de dormir impermeable, debajo, un aislante, y una capa de manojos de hierba.
Y un montón de sangre en las paredes y en el suelo.
Graciana rodeó los cimientos y entró desde el otro lado en el modesto refugio, donde se agachó sin tocar nada para no interferir en la recogida de pruebas, que Carlos había solicitado.
Su compañero apoyó primero las muletas y luego el cuerpo en los restos de las paredes, procurando no ensuciarse la chaqueta de lino. Además, escudriñó con vista de águila los detalles del lugar.
Había un hornillo de gas con una bombona de repuesto, Jobe hasta había colgado una cuerda de tender donde aún pendían unas cuantas prendas, secas.
—Lo ha colgado bajo para que no se viera de lejos —aseguró Carlos —. Y usó el hornillo, pero no hizo una hoguera.
—Era su escondrijo —terminó Graciana la reflexión.
Carlos asintió.
—Se escondió aquí después de huir.
—Y luego esperó.
—A que lo recogiera alguien y lo llevara a algún sitio. Tal vez más al norte. O a España. Alguien en quien confiaba, una persona que no lo iba a delatar.
—Su jefe —continuó Graciana—. O un amigo de su jefe. Pero yo apuesto por el jefe.
—La situación se le complica. Y viene aquí y lo mata, antes de que Jobe pierda la paciencia y lo denuncie.
Graciana asintió. Se levantó, se volvió hacia el cadáver y vio que la *doutora* Oliveira concluía su análisis.
—¿Se defendió?
La médica forense lo negó con la cabeza, pero luego añadió una salvedad:
—Pero eso es solo provisional, como siempre, la conclusión

definitiva llegará después de la autopsia. Tiene suciedad en las uñas, pero por lo que he visto con la lupa, no había rastros de sangre. Sí los hay sobre todo en la nuca, además de un montón de pelos arrancados. Seguramente el asesino lo agarró del pelo y tiró de la cabeza hacia atrás. Así el cuello quedó expuesto y en tensión. Ideal para rebanárselo.

—¿Cuál era la dirección del corte? —preguntó Carlos.

Oliveira tapó el cadáver con una lona.

—Empieza en el lado izquierdo y el movimiento del corte se desplaza hacia la derecha. En todo caso, cada vez más superficial. Pero suficiente. Según todos los indicios, es diestro. Les haré llegar un informe.

Graciana y Carlos intercambiaron una mirada, luego asintieron al unísono sin decirle a la *doutora* que el subinspector Duarte era el encargado del caso.

Oliveira se dirigió a su coche. Llegó una ambulancia para llevarse el cadáver de Jobe a Faro, al Instituto de Medicina Forense, en cuanto Oliveira y la subinspectora Rosado dieran permiso.

Graciana se había puesto unos guantes de usar y tirar con un gesto rutinario. Estuvo inspeccionando el campamento de Jobe antes de que llegaran los de la científica, en busca de alguna pista del asesino.

—¿Por qué no lo llevó al otro lado de la frontera? —preguntó Carlos en voz alta. Sacó una bolsa de almendras del bolsillo de la chaqueta y picó unas cuantas.

Graciana, que estaba revisando una pequeña mochila, no levantó la vista al responder:

—Probablemente su jefe primero tenía que arreglar unas cuantas cosas. Encontrar un alojamiento para Jobe. Falsificar documentos. Yo me pregunto más bien por qué el cadáver estaba ahí fuera.

—Yo tampoco lo entiendo —reconoció Carlos.

—Hazme el favor de ir a ver a las dos irlandesas o escandinavas y preguntarles si sorprendieron al asesino.

Carlos asintió y se fue con sus muletas hacia las dos chicas y los compañeros de la GNR, que aún no se habían separado de ellas.

Cuando Graciana agarró el primer objeto de la mochila, un paquete de tabaco, se paró al notar un olor. Levantó la mochila a la altura de la nariz y la olisqueó. El olor, un poco difuso, tenía un matiz potente, penetrante. Sin duda era gasolina.

Se quedó un momento pensando, luego se inclinó hacia delante y acercó una punta del saco de dormir, con el mismo resultado. El campamento estaba empapado en gasolina.

«Te gusta el fuego. Es tu elemento. La aniquilación total. Nada

queda a medias. Fuego en Ciclopes, en casa de Madalena Pinto. Y ya no hay pruebas. El fuego es un compañero fiable», pensó. Además, es imbatible en minuciosidad.

Se puso en pie. Carlos estaba hablando con las dos chicas, pero Graciana ya estaba segura, lo hubieran visto o no, de que habían interrumpido al asesino de Jobe, porque no había terminado dos cosas: no había prendido fuego al campamento y no había hecho desaparecer el cadáver de Jobe. Y justo esa era su intención. No había otro motivo para arrastrar a un muerto del lugar de los hechos por la hierba a través del paisaje de colinas bajo el calor vespertino.

¿Por qué no quería quemar el cadáver? ¿Porque lo sorprendieron?

No, Graciana sacudió la cabeza para sí. No, si hubiera querido quemarlo, no hacía falta sacar a Jobe a rastras del campamento que el asesino quería abrasar. Habría podido deshacerse de las pistas y de la víctima a la vez.

Pero ¿por qué no lo había hecho?

Graciana sabía que la respuesta a esa pregunta era una pieza importante del rompecabezas, pero ¿cuál?

¿Por qué no había querido dejar al fallecido en el fuego?

Graciana se quitó los guantes y los tiró antes de salir de las ruinas. Detrás, en el camino rural, el vehículo de la científica llegaba al terreno. Era una furgoneta Volkswagen con un laboratorio móvil a bordo. Bajaron cinco colegas y se cambiaron.

Protectores de calzado blancos, trajes blancos, gorros blancos.

Siempre le recordaban a los astronautas.

Durante el viaje de vuelta, Carlos confirmó su sospecha, después de comprar un cuarto de sandía en el arcén de la carretera, las dos chicas eran de Ystad, al sur de Suecia, y eran hermanas.

Carlos les había dejado su tarjeta por si recordaban algo más que fuera importante. Solo lo hacía porque lo había visto en varias series policíacas. En realidad, nunca llamaba nadie que hubiera recordado algo importante.

Aun así, nunca se sabe. Probablemente las testigos, como apuntó Graciana, querrían hablar con alguien más tarde sobre lo que habían visto. Al fin y al cabo, habían encontrado un cadáver con el cuello cortado.

Cuando las dos excursionistas llegaron a las ruinas de Pero de Amigos, lo primero que observaron fue la nube de polvo que se levantaba tras un vehículo oscuro que aún se veía a lo lejos. No podían dar más detalles sobre el coche, debido a la gran distancia.

Aun así, a no ser que se tratara de un vehículo muy extravagante, tampoco avanzarían mucho buscando un coche oscuro de una marca

concreta.

—Por lo menos no íbamos mal —dijo Graciana. Quedaba descartada la posibilidad de que otra persona que no fuera el asesino saliera de allí en coche.

Además, coincidía con la cronología de los hechos.

—Lo mató. Luego fue al coche a buscar el bidón de gasolina y lo derramó por el campamento —dijo Carlos.

—Y antes de prenderle fuego a todo, quería alejar el cadáver de Jobe. Lo sacó a rastras de las ruinas.

—Hasta su coche.

—Exacto, hasta el coche. Quería deshacerse del cadáver en otro sitio.

—Eso es —confirmó Carlos—. Si hubiera quemado el cadáver aquí, probablemente aún se podría identificar. Pero Ousman Jobe tenía que desaparecer de la faz de la tierra. Para siempre.

—Las opciones eran buenas —tomó el testigo Graciana—. No tenía familia aquí, puede que algunos amigos entre los demás refugiados, pero nadie en concreto que lo echara en falta. Si hubiera alguien, se habría puesto en contacto con Duarte o con nosotros.

Guardaron silencio durante unos centenares de metros.

—Aun así, no me entra en la cabeza por qué no quería quemar a Jobe y ya está —admitió Carlos.

Graciana sonrió, porque coincidían incluso en sus preguntas.

Ya habían dejado atrás São Brás cuando Carlos lanzó la corteza de la sandía a un campo en un cruce para dejársela a las hormigas y los insectos.

—Estamos en un callejón sin salida —aseguró Graciana.

Carlos asintió. Sacó un cigarrillo del paquete medio arrugado de la chaqueta y bajó la ventanilla antes de encendérselo y darle una profunda calada. A veces a Graciana le parecía que la ropa de su colega estaba llena de bolsillos mágicos donde podía guardar todo tipo de cosas sin que abultaran: libretas, cigarrillos, caramelos, frutos secos, chicles, manzanas, lápices, gafas de sol, móviles, mecheros, pañuelos y mucho más. Una vez que agarró sin querer su chaqueta encontró un bocadillo de atún envuelto.

—Solo Jobe relacionaba a su jefe con el caso —caviló Carlos, siguiendo el razonamiento de su colega sobre el callejón sin salida—. Sin él, será muy difícil encontrar al asesino de *O Olho*. Salvo que se descubra algo más tras el análisis de las pistas.

—No del todo —repuso Graciana mientras pasaban por Olhão y se acercaban a la rotonda que los llevaría de vuelta a Fuseta—. También está Zara. Sé que sabe algo. No sé qué. Un detalle, sobre su madre. El incendio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carlos Esteves, que expulsó el humo

hacia fuera.

—Porque está destrozada. Soraia también lo piensa.

—Bueno, es que su madre ha muerto. Ya no hay padre. Es huérfana, tiene que vivir en un orfanato. Lo que quiero decir es que sería bastante raro que no estuviera destrozada, ¿no?

Graciana asintió y miró un momento a su colega, mientras aceleraba al salir de la rotonda, mantenía la tercera en el Volvo hasta superar la marca de los 130 y adelantaba tranquila entre dos camiones de esa manera tan especial que siempre le daba tanta seguridad. Entonces su mirada adquiría un brillo trascendente, como si pudiera atravesarte.

—Pero la niña tiene miedo.

Carlos reprimió el impulso de decirle que la niña era casi tan alta como ella.

—Y algo más —añadió Graciana, que por suerte volvió a posar la mirada en el carril—, Jobe conocía a su asesino, por eso no me cabe duda de que su jefe y el asesino son la misma persona. Ousman Jobe no huyó de su visitante, no se escondió, aunque llegó en coche. Lo conocía lo suficiente como para darle la espalda sin preocuparse.

# 27

Leander Lost se había quitado los zapatos y los calcetines y había caminado descalzo, vestido de traje, desde el embarcadero en la isla del oeste, Ilha de Armona, hasta el Atlántico. Llevaba los zapatos en una mano, con la otra se puso la chaqueta negra al hombro. La corbata ondeaba al viento, que también levantaba olas de dos metros en la playa, donde rompían con gran estruendo y se extendían por la arena en ramales blancos que aún no los habían alcanzado.

La playa blanca se prolongaba durante kilómetros, solo en el medio de la isla de doscientos metros de ancho la arena se amontonaba formando una colina con una meseta. Fuera se cruzaban yates, dos practicantes de *kitesurf* con sus trajes de neopreno se desplazaban a toda velocidad por la superficie del agua, y una profesora de surf remaba boca abajo con su grupo hacia las olas.

Cada veinte o treinta metros Soraia, Zara y Leander pasaban junto a turistas o lugareños tumbados bajo una sombrilla o en las toallas, disfrutando del sol, dormitando, leyendo o charlando. El mar estaba inquieto, pero no tempestuoso. En la orilla era de color turquesa, luego aguamarina y al final, hacia el horizonte, azul marino. La imagen era parecida a la del cielo nocturno. La vista se perdía en la lejanía, y uno se sentía diminuto.

—Cuando contemplo el mar, me siento pequeña e insignificante —dijo Zara.

Estaba sentada entre Leander y Soraia, que sacó agua y unas galletas de la mochila y se quitó los zapatos, los pantalones y la blusa. Debajo llevaba un bikini de color blanco que resaltaba el moreno.

Leander la observó durante diez segundos contados como si fuera una zona nueva que cartografiar y grabar en la memoria. Calculó que el índice cintura-cadera estaba por debajo del 0,7. Además, era simpática, lista y amable, y, cuando conseguía unir las partes individuales de la cara en un todo, le resultaba atractiva por las simetrías y los hoyuelos. Se preguntó en serio por qué no tenía novio. Probablemente era lesbiana.

El comentario de Zara lo sacó de sus cavilaciones y reflexiones.

—¿Perdona?

—He dicho que cuando miro así el mar, me siento pequeña e insignificante.

Por un momento, Zara se quedó desnuda. Leander lo vio. La mirada

insegura, esa indecisión, la ocasión en que podía cambiar en cuestión de segundos su predisposición a contar algo de sí misma. Ahí estaba toda Zara, sin trampas. Nada de fingir, ni del pretexto de la terquedad, nada de desinterés mal interpretado. Por eso a ojos de Leander estaba desnuda.

—Es porque lo eres: pequeña e insignificante.

La chica lo miró asombrada.

—Bueno, muchas gracias.

—De nada.

Tal vez a Leander Lost le daba igual, pero se alegraba cuando era útil para alguien al darle un consejo con que solucionar un determinado problema.

Zara arrugó la frente y se abrazó las piernas dobladas. Soraia pensó si debía intervenir, pero prefirió dejar que se entendieran ellos. O más bien que ocurriera lo inevitable.

—¿Me está tomando el pelo?

—Bueno, debo admitir que no se me da muy bien, pero… me encantaría aprender. Esa manera de hacer como si, eso de… tomar el pelo. ¿O cómo se dice de otra manera? Engañar a alguien.

Le hizo un gesto con la cabeza para reafirmarse, pues sabía que la gente registraba e interpretaba el lenguaje gestual por intuición, no como él. En todo caso le molestó ver en el rostro de Zara indicios de auténtica ira.

La chica miró a Soraia.

—Lo hace a propósito, ¿verdad?

—No, no puede evitarlo. No entiende la ironía —susurró para que Leander no lo oyera—. El *senhor* Lost dice lo que piensa.

Aquella información no apaciguó a Zara Pinto como esperaba, sino que la irritó aún más; de pronto se volvió de nuevo hacia Lost.

—Ahora me gustaría saber por qué soy pequeña e insignificante.

—No es nada personal —contestó Leander con calma, que miró a Zara y de nuevo el embate de las olas—. Todo es circular. ¿Ves las olas?

—No soy ciega.

—Bien, las ves. Si el origen de estas olas está al fondo del todo, en el horizonte, y nosotros marcamos aquí el límite de la muerte, entonces cada ola es una persona. Las olas surcan el océano, se forman, rompen, intentan llegar a nosotros, pero nunca nos alcanzan y se retiran rotas para volver a formar parte de un todo.

—No creo en que haya vida después de la muerte. Soy atea.

—Eso no tiene nada que ver —contestó Leander, y tanto Zara como Soraia percibieron cierta grosería en su contestación—. Yo también soy ateo. Se trata del ciclo. El nacimiento, la juventud, la vejez, la muerte. Primavera, verano, otoño, invierno. Antes de nosotros hubo

millones de vidas, y después habrá millones de personas más. Y nosotros, que vivimos ahora, solo somos la estrecha bisagra entre los muertos y los no natos. Llegamos aquí, seguimos creando vida y abandonamos este mundo. Es un ciclo. Y en ese sentido somos pequeños e insignificantes.

Se impuso un breve silencio. Zara Pinto contempló el mar y dejó que aquellas palabras resonaran en su interior. Luego inclinó la cabeza y tuvo que parpadear un poco al sol cuando miró a Leander de soslayo.

—Diga: en el mar hay un coche.

Leander la miró desconcertado.

—Pero no hay ningún coche en el mar.

—Aun sí, dígalo, por favor.

Él miró hacia la superficie del mar, que brillaba bajo el sol siguiendo el ángulo con el cielo.

—La frase no tiene sentido. Un coche no puede circular por el agua.

—Esa es la gracia. Tiene que decir algo que no es cierto.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber si es capaz de decirlo. Entonces diga… al fondo, en el agua, hay un delfín.

—Pero no hay ninguno.

—Pero usted quería aprender a fingir. Para eso hace falta, por ejemplo, decir algo que no es cierto.

—Entiendo la dinámica —afirmó Leander Lost en tono neutro.

—Bien. Entonces ahora solo tiene que decir: «Mira, ahí al fondo hay un delfín».

Lost asintió y miró hacia el mar, mientras Zara y Soraia lo observaban con atención.

Zara interrogó a Soraia con la mirada, y ella hizo una mueca como queriendo decir: «¿Ves? Es que no puede, no funciona».

—No puedo —admitió él como si les leyera la mente, y en sus palabras resonaba la pena por no ser capaz.

Estuvieron unos minutos mirando a uno que practicaba *kitesurf*, deslizaba el ala delta bien inflado por la superficie del agua, tan rápido que una vez se izó en el aire.

—¿Qué le parece mi aspecto? —interrumpió Zara de repente el silencio.

Soraia esbozó una media sonrisa. Leander miró a la hija de Madalena Pinto como si quisiera formarse una imagen real de ella. De hecho, era la primera vez que la observaba con detenimiento.

—Tienes todo lo que necesitas: ojos, boca, orejas, no te falta nada. Tu aspecto es normal.

—Me parece estupendo. Pero me refiero a… ¿Le parezco guapa?

—No lo sé.

—Genial.
Zara suspiró y hundió los pies en la arena.
—¿Y Soraia?
—Sí.
Zara giró la cabeza hacia él por completo.
—¿Le parece guapa?
—Sí.
Soraia se puso como un tomate. Se levantó sin decir nada y se fue al agua. Zara se rio.
—¿Qué es tan gracioso?
—Nada —mintió Zara—. ¿Y por qué le parece guapa?
—Tiene un índice cintura-cadera de menos del 0,7.
—¿Qué es eso?
—La proporción entre la cintura y la cadera.
—¿Por eso le parece guapa?
—Y por los hoyuelos.
A Zara no se le ocurrió ninguna otra réplica ni un comentario cáustico. Era como si el suave sol vespertino le diera en la cara.
En ese momento Soraia Rosado se lanzó a las olas del Atlántico, que refrescaron sus mejillas encendidas.

Soraia los acompañó a los dos desde el puerto de vuelta a la Ducati que había aparcado en la zona peatonal de camino a Virgílio Inglês, n.º 5. Notó que era la tercera en discordia en ese acercamiento y que debía dejarlos a solas.
Cuando Soraia se despidió de Zara y Leander, sintió una leve punzada. Por supuesto, a sus dieciséis años, Zara Pinto no era competencia seria. Pero bueno, eran los tiernos dieciséis, dos marginados, una casa solitaria, una noche de verano, y Zara sentía un evidente interés por Leander Lost.

Cuando Leander hubo preparado en la cocina *mozzarella* con tomates y albahaca, con aceite de oliva y vinagre balsámico en una proporción de dos a uno (lo midió con exactitud), se fue al dormitorio a cambiar los estrechos botines negros por las alpargatas. Entró dos pasos en la habitación y entonces ocurrió el desastre.
La habitación se le vino encima por todas partes cuando se dio cuenta. Todo vibraba a un ritmo rápido y se tiró al suelo hacia delante, con la frente apoyada en las baldosas frescas, las piernas encogidas y los puños apretados. Acto seguido empezó a sudar por todos los poros. En cuestión de segundos acabó empapado.
Leander intentó contar las esquinas, pero no se quedaban quietas. Cerró los ojos y se puso a gimotear.

No sabía cuánto tiempo había pasado hasta que oyó unos pasos por detrás. ¿Dos minutos? ¿Media hora?

En todo caso, Zara se lo encontró en el suelo. Al principio se quedó petrificada en la puerta hasta que le habló con cautela.

—Los vigilantes —susurró Leander entre lágrimas—, ve a buscar a los vigilantes.

Zara no sabía a qué se refería, quiénes eran los vigilantes.

—¿Quieres que llame a urgencias?

—No. Solo vuelve a colocar los vigilantes. *Põe os guardas de volta*.

*De volta*, así que antes había algo.

De pronto lo entendió. La puerta del dormitorio de Leander estaba abierta, cuando echó un vistazo dentro vio las dos pequeñas estatuas: el ojo en el antepecho de la ventana y el rayo en la mesita de noche.

Las piedras eran suaves al tacto, le había gustado notar la superficie en la piel, y como había puesto la mesa fuera, estaba buscando algo que sirviera de peso encima de las servilletas de papel.

Zara volvió corriendo, atravesó la cocina, el salón, salió a la terraza y agarró las piedras con la mano temblorosa. Para ella había sido una pequeña conmoción ver a Leander Lost hecho un ovillo y llorando en el suelo.

Volvió a toda prisa a la casa y al dormitorio, donde se arrodilló junto al *alemão*.

—¿Es esto? ¿Se refiere a esto?

Lost ladeó la cabeza y abrió los ojos. Delante tenía a los vigilantes: el ojo y el rayo.

—Sí —contestó exhausto, como si hubiera corrido una maratón.

La presión que lo tenía clavado allí fue remitiendo. Las vibraciones que penetraban a través del mobiliario y de Zara también se redujeron. Las esquinas ya no se resistían al recuento, y la habitación, que se había abalanzado sobre él como un animal desde todos los rincones, recuperó su forma.

Leander notó una mano en la espalda que lo acariciaba para calmarlo. Vacilante pero perceptible.

—Lo siento. Lo siento… muchísimo, de verdad.

—Bien —respondió él en voz baja—. Ahora déjame solo. Vete.

No hizo falta que Leander le reprochara nada, ya lo hacía ella misma. No era propio de ella pasearse por el dormitorio de un desconocido y cambiar de sitio sus objetos personales. Ni siquiera sabía cómo se le había ocurrido. ¿En qué estaría pensando?

Zara se levantó y salió. Imaginaba que, cuando recuperara las fuerzas, se pondría hecho una furia con ella. Era curioso, pero temía más su ira que la de cualquier otra persona. Lo había visto en una situación nada apropiada para compartirla con terceros.

Se trataba de dignidad. Y del hecho de perderla. De debilidad. Del

talón de Aquiles y los secretos. Y de intimidad.

Zara sabía qué le tocaba hacer. Mientras se dirigía presurosa a la casa de invitados, la invadió de pronto un intenso dolor en el pecho.

Al cabo de cinco minutos Leander levantó el torso y giró la cabeza con cuidado para ver el dormitorio en su totalidad. Todo permanecía estable, nada se movía.

Cogió los dos vigilantes y se levantó, preparado para otro ataque.

Sin embargo, no llegó, y el dormitorio siguió quieto, calmado, como si se hubiera cimentado en el tiempo.

Con una mano dejó el ojo en la repisa de la ventana y se acercó rápido a la mesita de noche, donde depositó la figurita del rayo. Se dio la vuelta de nuevo, con el antebrazo un poco separado, a la espera de una nueva implosión del dormitorio.

No llegó. Por lo visto los vigilantes volvían a tener la situación bajo control, así que la tensión de Leander se fue reduciendo como un pluviómetro que fuera bajando. Las primeras veces que habló durante su infancia del fallo de las percepciones sensoriales y lo describió como si la habitación intentara ahogarlo, todos lo tomaron por loco.

—Leander está tocado del ala —susurraban, o decían algo de un tornillo suelto y todo lo habitual en la comunicación dentro de un grupo que ha elegido a alguien como el marginado porque no siempre se movía dentro de lo convencional.

Fue a la cocina, Zara no había tocado el aperitivo. En el salón tampoco estaba, ni en la terraza ni en la piscina.

Sin embargo, la puerta de la casa de invitados estaba entreabierta. Cuando Lost entró, ella se quedó de piedra.

Zara había puesto la pequeña maleta sobre la cama y estaba sacando las últimas pertenencias del armario ropero.

—¿Qué haces?

—Me voy. A… Lagos. No sabía lo que pasaría cuando he…

—No podías saberlo. ¿Por qué te has llevado las piedras?

—Porque… necesitaba algo para las servilletas.

—¿Para las servilletas?

—Para que no salieran volando de la mesa. Pero… no debería haberme llevado las figuras.

Lost asintió.

—Deberías haber preguntado.

—Lo sé —admitió ella con un hilo de voz, y cerró la maleta.

Leander se sentía molesto.

—¿Por qué quieres volver a Lagos? ¿No te gusta estar aquí?

—Pensaba que usted estaría muy enfadado conmigo.

—No estoy enfadado.

—Pensaba que a lo mejor no quería volver a verme.
—Me gusta verte.
Zara tragó saliva. Se observaron.
—De todas formas, el lunes tengo que volver.
—¿Por qué?
—Porque ese es el trato con la *senhora* Carlotta.
Leander asintió.
—Bien. Yo te llevaré. ¿Comemos algo antes?
Zara se llevó una decepción, pero Leander no se dio cuenta. Sin duda tampoco se percató de que ella sabía que no podía esperar que él entendiera otra cosa más que lo que estaba diciendo.
Por supuesto que prefería mil veces quedarse allí que volver al orfanato. Comer con el *alemão* solo empeoraría las cosas. Ese sitio era genial. Aislado, con casita propia y gente que casi siempre la dejaba en paz. No, Zara se temía que si comía con él, rompería a llorar, así que sacudió la cabeza.
—Vámonos ya. Como ha dicho usted.
—Pero ¿no tienes hambre? —preguntó Leander.
Ella le restó importancia con un gesto.
—El hambre no me importa. Mi madre nunca cocinaba, no sabía. Por eso comía al mediodía en el colegio. Y por la noche… según cómo.
—Pero tenía un huerto con hierbas.
—A mi madre le gustaba ver crecer cosas. Siempre se comía las verduras crudas o con poco aderezo, o las regalaba.
Leander Lost se quedó inmóvil y clavó la mirada en ella.
Zara se encogió de hombros.
—¿Por qué me mira así? Las mujeres no tienen por qué saber cocinar.
Él no salió de su asombro ni cuando insistió:
—¿Y tú? ¿Tú sí sabes cocinar?
Ella lo negó con la cabeza con una sonrisa que estaba entre la obstinación y la vergüenza.
—¿Quién más lo sabe?
—¿El qué?
—Que no sabes cocinar.
—¿Por qué?
—¿Quién? —insistió él.
—No lo entiendo…
—Es muy sencillo, ¿quién más sabe que no sabes cocinar?
—Pues todo el que me conoce. No es un secreto. Ya he…
—¿Y tu madre, que ella no sabía cocinar? ¿Quién lo sabe?
Zara cada vez se ponía más nerviosa al ver que Leander iba directo a algo que no sabía qué era, solo que tenía que ver con ella de alguna manera.

—Yo… Unas cuantas personas —titubeó ella—. ¿Por qué? ¿Es importante?

Leander Lost reflexionó un momento y luego hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No, pero tú te quedas aquí.

La boca abierta, los ojos desorbitados, las cejas levantadas, Leander leyó con nitidez la sorpresa de la chica.

—¿Y eso por qué?

—La *senhora* Graciana o yo nos hacemos cargo de tu tutela. Seguro que habrá una vía.

—Eh…, ¿por?

—Por tu seguridad.

—¿Por qué? ¿Estoy en peligro?

—No en peligro grave ni concreto. Pero probablemente sí.

Zara sintió que algo se desmoronaba, como si terminara un largo esfuerzo tras el cual sus músculos ya podían relajarse.

—Pero ¿por qué iba a querer hacerme daño alguien?

—Porque puede que seas la clave del asesinato de un hombre en Luz de Tavira, y tal vez del de tu madre.

—¿Y usted cree que aquí pueden protegerme mejor?

Leander asintió.

Zara suspiró y dejó la maleta.

—Cómo sabe que…, ya sabe.

—La causa del incendio de tu casa fue, en teoría, que una de vosotras había olvidado la comida en el fuego. Pero ni tú ni tu madre cocinabais. Así que el perito de incendios se equivoca y solo encontró unas ollas derretidas. Alguien provocó el incendio y se ocupó de que se iniciara en la cocina para que pareciera un accidente. Pero esa persona no sabía que ni tú ni tu madre sabíais cocinar, por eso lo preguntaba. Porque si entretanto se ha enterado de alguna manera, podría querer asegurarse el tiro. Podría querer evitar que se lo contaras a la policía. Por eso es mejor que te quedes aquí.

Aquellas palabras suscitaron en Zara inquietud y alivio a partes iguales. Luego miró a Leander a los ojos.

—¿Por qué hace esto por mí?

—Porque no tienes a nadie más. Y porque no debería haber nadie que no tuviera a nadie. Te veo junto a la piscina.

No esperó respuesta, dio media vuelta sin más y se fue.

Los baldosines de arcilla roja estaban calientes por la exposición al sol durante todo el día, aunque el astro ya se había desplazado a una posición que restaba intensidad a la luz.

Lost se sentó junto a la sombrilla en una tumbona y observó las

golondrinas que volaban a ras del agua de la piscina y humedecían el pico. Una maniobra en falso, una vuelta de campana y se ahogarían de una forma horrible. Pero de momento solo había tenido que sacar insectos del agua para darles una segunda oportunidad entre las hierbas y las plantas rastreras.

Zara no pudo evitar sonreír. Lo veía ahí sentado con sus pantalones de traje, pero descalzo y con la camisa abierta, al lado un vaso de Casal Garcia, un vino blanco joven que se notaba suave en la lengua.

La mesa junto a la piscina era redonda, de un diámetro de solo medio metro, cubierta de coloridas piedras de mosaico cimentadas para siempre en su empeño de formar un todo con sentido.

Zara hizo algo que había dejado de hacer muchos años atrás: esperó al lado de la silla hasta que Leander Lost la vio.

—Siéntate, Zara. —Le había preparado un zumo de tomate—. Sal, pimienta, tabasco —constató él.

Zara bebió de la pajita. Estaba frío y picante.

—*Obrigada*.

Estuvieron sentados un rato juntos, en armonía. Silencio. Solo se oía el canto de los grillos que frotaban las alas. Primero fueron tres o cuatro, luego contestó un grupito desde el otro lado de la piscina, poco después había crecido hasta una docena, y en cuestión de cinco minutos, sobre el agua, se había creado un concierto de grillos.

—¿Conoces a Albert Camus? —preguntó Leander, con la mirada fija en un punto, más bien por casualidad.

—No.

—Es un escritor francés, un humanista. Un gran filántropo y observador incorruptible de la moral. Te habría caído bien.

—¿Está muerto?

Leander asintió.

—Murió en un accidente de tráfico. El coche se partió en dos. Cuando lo encontraron, estaba en el asiento del copiloto, aparentemente ileso, y sonreía.

—Suena absurdo.

—Ah, eso le habría gustado —comentó Leander, que por primera vez en la piscina la miró directamente—. Dijo lo siguiente: «Una persona siempre es víctima de sus verdades. Una vez las ha reconocido, ya no puede librarse de ellas».

Dejó que las palabras fueran calando.

—Vale, soy portuguesa. Es cierto, y no puedo librarme de eso.

—Sí.

Zara asintió.

—Pero no me supone un problema.

—Claro. Pero a menudo uno tiene elección. Una vez has entendido que para que exista el bistec o la hamburguesa que está sobre la mesa

ha tenido que morir un animal, tienes la elección de seguir comiendo carne igualmente o hacerte vegetariano. Pero, elijas lo que elijas, siempre cargarás con esa verdad.

—Ya. —Zara dio un sorbo al zumo de tomate y estuvo pensando un momento—. Pero no es muy profundo. La vida está llena de verdades —afirmó a continuación.

—Pero de cada conocimiento se deriva una nueva conducta. Y a veces lo uno puede arrastrar a lo otro. Por ejemplo, ahora sabemos que alguien provocó intencionadamente el incendio de tu casa. La consecuencia es que puede que corras peligro. Ya no podríamos librarnos de eso, ¿no?

Zara asintió, y tuvo la sensación de haber caído en una trampa.

—Lo que me sorprende es el hecho de que no hayas preguntado nada antes, cuando he hablado de asesinato en relación con la muerte de tu madre.

Zara se sintió atrapada.

—No te ha sorprendido.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque…, en cierto modo…, sería posible.

Leander esperó a que una golondrina joven volara tan bajo sobre la piscina que logró pescar algo del agua antes de volver a moverse.

—Bueno —prosiguió él—, si tengo que protegerte y estar siempre cerca de ti, también necesito protegerme yo. Porque quien quiera acceder a ti, tendrá que pasar por mí. La situación óptima en seguridad es siempre contar con la mejor información. Tú pones tu vida en mis manos, pero yo también en las tuyas.

Zara Pinto sopesó esas palabras, luego torció el gesto.

—Eso es ruin —le reprochó.

—No, solo es lógico, Zara. ¿Dónde estabas tú cuando el autor prendió fuego a vuestra casa?

Leander vio que se pasaba la lengua un momento por los labios y se toqueteaba la nariz con la mano.

—Estaba arriba.

—¿Arriba dónde?

—En la primera planta, ahí estaba mi habitación. Y… cuando empezó a arder, salí corriendo. Luego llegaron los bomberos, y un policía me interrogó y luego… me llevaron al orfanato.

—¿Quién era el policía?

—Se llamaba… No lo sé.

—Pero era un hombre.

La chica asintió.

—¿Carlos Esteves?

—No.

—¿Tenía rizos? ¿Un hombre de unos cuarenta años?

—No lo sé. Todo lo que pase de treinta… para mí está más o menos muerto. No es personal. Tenía… acento español.

—¿Miguel Duarte?

—Creo que sí. ¿Lo conoce?

Lost asintió.

—¿Y los bomberos llegaron cuando saliste corriendo de la casa en llamas?

Zara asintió.

—¿Y qué ardía dentro?

—La cocina, el pasillo y las cortinas… Pensaba que me moría.

Le cayeron lágrimas por las mejillas.

Leander no vio un motivo lógico para que llorara. Al fin y al cabo, estaba viva y había huido de las llamas. Aun así, sabía comportarse con los demás, y le puso una mano en el antebrazo. Zara se secó las lágrimas. Él le dio su pañuelo, y la chica se sonó la nariz.

—A lo mejor es más fácil que te cuente cómo imagino que podría haber ocurrido. Cuando llegan los bomberos, la cocina arde entera y el fuego ya se ha propagado. La cuestión es por qué no informaste a los bomberos. Y también por qué te quedaste tanto tiempo en la casa, en lugar de salir al aire libre. Creo que sé la respuesta a las dos preguntas. No podías salir de la casa porque abajo había alguien que te impedía el paso. El incendiario. Tenías que esperar hasta estar segura del todo de que se había ido. Y solo entonces te atreviste a salir.

Zara lo miró agotada, pero las pupilas iban de un lado a otro, como si buscara por instinto una vía de escape de esa conversación con el *alemão*.

—Y tampoco le hablaste al subinspector Duarte del hombre. Le dijiste que cuando llegaste a casa ya estaba en llamas.

—Sí.

Leander se dio por enterado con un breve gesto de la cabeza. Bebió un trago del *vinho* blanco y disfrutó del suave hormigueo del gas en la lengua y en la faringe. Toda la cronología del incendio y de la conducta de la chica apareció en su mente en un organigrama. Como una cadena causal con todo tipo de tramas secundarias y ramificaciones que incluían otros procesos o motivos.

Se preguntó por qué la declaración de Zara Pinto no estaba en el expediente. ¿Duarte consideró que era irrelevante para la causa del incendio porque la chica supuestamente llegó al lugar cuando llamó a los bomberos?

—Si el hombre te impedía el paso —se dijo contemplando en su diagrama mental el punto siguiente—, significa que estabas en casa cuando llegó. En tu habitación. Y para lo que pretendía hacer, tenía

que asegurarse de que no había nadie. Así que registró la casa. Y tuviste que esconderte. ¿Debajo de la cama?

Zara no puedo evitar una breve sonrisa, porque ese había sido el primer impulso. Pero luego sacudió levemente la cabeza.

—Hay un hueco enfrente de mi habitación. Mi madre lo utilizaba para las maletas y trastos viejos, me metí allí dentro. Llegó él y echó un vistazo. Se quedó ahí, escuchando, creo. Yo contuve la respiración. Luego entró en el despacho de mi madre, que estaba al lado de mi habitación. Estuvo un buen rato dentro. Concretamente… No lo sé. Fue una eternidad o… al menos a mí me lo pareció. Probablemente solo fueron diez minutos.

—¿Y qué hizo en el despacho?

—Abrir y cerrar cajones, creo que buscaba algo.

—Sí. Zara, ¿conoces a ese hombre?

—No. Ni siquiera lo vi. Solo cuando bajó la escalera, por detrás y por una rendija muy estrecha entre las puertas del armario. Llevaba traje, como usted. Lo sé porque me pareció muy absurdo que me llamara la atención en esa situación. Daba una impresión elegante, en cierto modo. Y tenía un tatuaje, aquí. —Se señaló con el dedo índice un punto debajo de la oreja derecha—. Era como una parte de un tatuaje que sobresalía por el cuello de la camisa. Una leve curva.

Leander pensó en el acto en el hombre del recinto de Eltsen, Abel Peres, el jefe de seguridad. El que le había impedido perseguir a Ousman Jobe. Había visto en él lo que Zara Pinto describía.

Al ver que la atención de Lost iba en aumento, ella entendió que probablemente tenía a alguien en mente.

—¿Ya había visto el tatuaje?

—Tal vez.

—¿Quién es?

—El responsable de seguridad de una empresa. Aún no lo tengo claro, pero ahora mismo haré que lo comprueben.

Zara se lo quedó mirando un buen rato antes de decir:

—No tenía mucha prisa, fue… todo muy meditado.

—Crees que está acostumbrado a esas cosas.

—Sí. ¿Cree que mató a mi madre?

—Existe la tesis de que alguien echó de la carretera a tu madre. El incendio que se generó la respalda. Tal vez el mismo hombre hizo las dos cosas. O quizá fueran dos.

Zara apartó la vista y contempló unas cuantas nubes con la parte inferior incendiada de rojo y naranja por el sol.

—¿Y si el hombre ahora se fija en mí por culpa de sus investigaciones?

—Por eso ahora necesitas protección, ¿o quieres vivir siempre con miedo?

Zara sopesó el asunto en silencio.

—¿Y si… es alguien de quien no puede protegerme?

—Entonces es muy probable que mueras.

—Eso sí que es un consuelo.

De pronto una sonrisa dominó la cara de Lost, que se inclinó intrigado hacia ella.

—¿Eso era ironía?

—Por supuesto. No me parece un gran consuelo tener que morir.

Él sonrió.

—¿De verdad era ironía?

—Que sí.

Leander sintió una profunda satisfacción. Por fin. La mecánica de la ironía. Y encima bien aplicada. De pronto se sintió como si hubiera descubierto la clave del ser humano, pero, por supuesto, la ironía solo era una de tantas facetas. Aún había muchas más que tenía que descubrir, pero eso no restaba importancia a su hallazgo.

La mirada de Zara seguía siendo seria.

Pero a Leander le pasó desapercibida.

—¿Qué buscaba el hombre en el despacho de tu madre?

# SEXTO DÍA

# 28

Abel Peres salió hacia las diez de la mañana del lunes de su casa en Rua Comandante Francisco Manuel en Faro. Solo el ancho de una calle lo separaba del paseo marítimo, con todos sus yates grandes y pequeños, botes a motor y a vela. Las barcas se mecían con suavidad en la laguna protegida del mar. Dos o tres penetraban en el agua, y también se veía movimiento en las cubiertas de los demás. Los pescadores habían zarpado antes del alba. Llevaban ya tiempo fuera, en el fondo del horizonte, y arrastraban las redes por detrás.

Una brisa fresca trasladó un poco del olor salado a la capital del Algarve.

Peres sacó de un estuche plateado un cigarrillo sin filtro, lo protegió del viento con la mano libre y se inclinó un poco hacia delante. Salió la llama del mechero y encendió la punta del cigarrillo.

En ese momento el subinspector Carlos Esteves accionó el disparador de la cámara, que acto seguido captó al ritmo de *staccato* de los ruidos del obturador seis imágenes por segundo: el hombre, la cabeza, el tatuaje que sobresalía por el cuello de la camisa.

Carlos estaba sentado al lado de Graciana Rosado en su Volvo, aparcado a cincuenta metros de la casa de Peres.

«Alguien prendió fuego a la casa de Madalena Pinto, la chica es testigo. El autor es seguramente el *senhor* Abel Peres. Zara podría identificarlo.» Eso fue lo que Leander Lost le había dicho a Graciana por teléfono la noche anterior.

«Así que Soraia tenía razón al juntar a la huérfana asustada con el comisario autista», pensó Graciana. Por lo visto, era cierto que dos marginados se entendían.

El domingo por la noche Carlos Esteves estaba en Farol pidiendo un segundo pollo al piri-piri cuando quedaron en el puerto de Fuseta y supo que no lo podría terminar.

Mientras encargaba que se lo envolvieran, Graciana había pedido dos pastelitos *pudim caseiro*, con el pudín cubierto de salsa de caramelo. Fueron a Moncarapacho a ver a Benedita Guedes, que aún vivía en casa de sus padres con su marido y dos hijos y trabajaba de funcionaria de la oficina de empadronamiento.

Por supuesto, la oficina no estaba abierta el fin de semana. El

domingo por la tarde en particular estaba cerrada a cal y canto y solo abría las puertas en caso de emergencia. Y Graciana Rosado sabía que para eso era mejor obsequiarla con *pudim caseiro*.

Momentos después Benedita la condujo hasta la oficina de empadronamiento.

—Esto es soborno, Graciana —exclamó ella entre mordiscos.

—Estamos protegiendo la vida de una niña —repuso Graciana, que sabía qué teclas tocar.

—Los niños son sagrados —contestó Benedita enseguida, y desenvolvió el segundo *pudim caseiro*.

En el ordenador de la oficina de empadronamiento, Abel Peres figuraba en la base de datos del municipio vecino, pero la imagen guardada era una fotografía de pasaporte, donde solo salía de frente. Sin el tatuaje que había detrás de la oreja, junto al cuello.

—Es guapo el tipo que estáis buscando —afirmó Benedita.

—¿Tiene antecedentes? —preguntó Carlos Esteves.

—No.

Acto seguido Graciana Rosado entregó un registro de infracciones de tráfico sin certificación notarial a la comisaría de Faro, para después atravesar a toda prisa la zona peatonal.

Se llevó una cámara de fotos de su despacho con un teleobjetivo de 400 de gran alcance y salieron disparados al puerto, donde estaba el domicilio de Peres según la oficina de empadronamiento.

Graciana hizo dos o tres maniobras de adelantamiento de camino a la ciudad, y Carlos Esteves mordisqueó el pollo con la piel picante.

—Si fue Peres, puede que Eltsen sí que esté involucrada —supuso Graciana.

—Primero echa a Madalena Pinto de la carretera, luego va hasta Areia y registra el despacho. Es evidente que tenía algo contra él o contra Eltsen entre manos.

Graciana asintió y adelantó a dos coches ocupando el carril de la izquierda con un giro libre y abierto, y se incorporó poco antes de llegar a los otros dos.

—Pero hay tres cosas que no pueden ser: la conexión de Adles con Eltsen, el doble cargo de dirección de Benedikt y el sistema para llenar las botellas de la reserva de agua potable. Todo legal. Y además lo hacen abiertamente.

Su colega asintió como si dijera: «Yo tampoco me lo explico».

—Y Conrad… —siguió tirando del hilo—, puede que Conrad supiera lo que Madalena Pinto tenía contra Peres o contra Eltsen.

—¿Crees que Peres lo mató?

—Si provocó el accidente de Madalena Pinto y prendió fuego a su

casa, es la opción más probable, sí.

En la mente de Graciana ya no era una posibilidad, hacía tiempo que era una hipótesis: había imaginado de verdad a Peres registrando el coche destrozado de la *senhora* Madalena y luego incendiando la casa de la mujer.

Cuando llegaron a la Rua Comandante Francisco Manuel, solo fueron testigos de que Abel Peres ya estaba en casa. Todavía esperaron tres cuartos de hora, luego se apagó la luz y Peres ya no se dejó ver más.

Después de observar desde el Volvo por seguridad treinta minutos más el piso de Peres, que seguía con las ventanas a oscuras, acordaron probar suerte al día siguiente.

Y en ese momento lo habían pillado.

Graciana Rosado bajó del Volvo para dirigirse al puerto y siguió a Peres, que cambió de acera fumando y caminó unos metros hasta que vio un taxi y levantó la mano. Carlos Esteves sacó más fotos desde el Volvo.

El taxi se dirigió a la derecha. Peres tiró el cigarrillo a la acera y subió al vehículo, que salió a toda velocidad.

Graciana esperó a que el taxi desapareciera tras la siguiente curva. Luego pisó con cuidado el cigarrillo encendido, lo recogió con un pañuelo y lo envolvió con él.

Regresó al Volvo y llamó a la *doutora* Oliveira mientras Carlos comprobaba en la pantalla de la parte trasera de la cámara si las imágenes servían. Se reconocía a Abel Peres sin lugar a dudas.

Entretanto, Zara y Lost habían ido a Olhão en la Ducati amarilla, a la Praça Restauração, n.º 2, un edificio rectangular de color amarillo oscuro, rodeado de adoquines grises, donde se leía «Banco Popular» encima de los amplios ventanales, en una cinta de plástico rojo.

Madalena Pinto tenía una pequeña caja fuerte en el interior climatizado del banco, en la pared de una sala separada del resto. Había dispuesto en su testamento que cuando muriera se entregara la caja fuerte a su hija, que recibiría la llave correspondiente.

En efecto, una empleada del banco entregó en persona a Zara la llave en el despacho de la *senhora* Carlotta del orfanato de Lagos. Tuvo que rellenar y firmar un formulario, como le había informado Leander Lost ya en la piscina.

Por supuesto, estaba intrigada.

Sin embargo, no encontraron mucho en la caja. Unos cuantos análisis científicos de pruebas de aguas, según pudieron deducir. Y una nota para la propia Zara.

En ella su difunta madre le pedía que fuera a buscar al *senhor* Conrad a su despacho de Luz de Tavira para que se lo explicara todo.

Madalena lo había hecho.

Pero el *senhor* Conrad no pudo o no quiso explicarle nada. Sí, su madre había estado allí, por una historia de hombres. No habían llegado a un acuerdo, ella se fue, fin de la historia.

—Podríamos comprobar si tiene coartada —intervino Carlos—. Si presenta una, sabremos que es falsa, y podemos demostrarlo.

—Sí —confirmó Graciana, que ya había barajado esa posibilidad—, pero en ese caso estará sobre aviso. Solo tenemos una opción: buscaba algo en el despacho de tu madre. Seguramente no lo encontró y por eso prendió fuego a vuestra casa, para asegurarse de haberlo eliminado. Deberíamos tenderle una trampa con esto. —Agitó los papeles—. Estoy segura de que son los documentos que buscaba. Por suerte, tu madre fue lo bastante lista como para guardarlos en el banco.

El elogio que Graciana dedicó a su difunta madre hizo que a Zara se le formara un nudo en la garganta.

—¿No conocerás a esa mujer, la *senhora* Luiza Marques?

—No.

—Da igual —repuso Graciana, que a todas luces no quería perder la esperanza—, luego iremos a verla. Nadie mejor que ella nos podría decir qué significan estos análisis. Son comparativas, eso está claro, entre dos tipos de agua.

Cuando llegaron en el Volvo y la Scrambler a la dirección de Luiza Marques y su marido, ya casi estaba atardeciendo.

Luiza Marques y Madalena Pinto habían sido compañeras de trabajo, las dos estuvieron en la misma época en el Ministerio de Sanidad. Hacía años que las dos trabajan de peritas autónomas, según había averiguado la buena de Marisa Veiga, de la comisaría de Faro.

La casa era pequeña, blanca, y en el tejado tenía las obligatorias tejas rojas de arcilla. Tanto las puertas como los postigos estaban pintados de un azul intenso. Luiza Marques estaba regando con una regadera de latón unos cuantos tiestos delante de la puerta.

Graciana la vio como una mujer fornida, robusta, cuando se paró en la entrada del jardín.

—¿*Senhora* Luiza Marques?

—Sí —dijo la mujer. Al ver a Zara Pinto la reconoció casi al instante, así que dejó caer los brazos con resignación y los invitó a pasar a los cuatro.

En el pequeño salón el televisor funcionaba en silencio, daban una

película en RTP 1. La puerta de la terraza estaba protegida con una mosquitera, que Luiza Marques abrió para guiar a sus invitados imprevistos fuera.

Ante la casa, de tamaño manejable, se abría un jardín enorme, desproporcionado, y al fondo del todo un hombre mayor trabajaba en los olivos con el torso al descubierto.

—Pónganse cómodos.

La *senhora* Marques dejó una jarra de agua y cinco vasos sobre la mesa, y los sirvió mientras los visitantes obedecían a su invitación. Zara se situó de inmediato en el banco de madera, después de que se sentara Lost. Carlos escogió un taburete para poder estirar la pierna, y Graciana y la *senhora* se sentaron en dos sillas de mimbre.

—Qué bonito es esto —le confesó Graciana, que ya se había identificado como subinspectora de la Polícia Judiciária de Faro en la entrada—. Durante las investigaciones de un caso de asesinato hemos topado con dos dictámenes periciales. Uno es suyo, este de aquí.

Lo empujó sobre la mesa. La mujer no parecía sorprendida, pero sí reservada. Por la manera de inspeccionar el papel y volver a cerrar los ojos rápido, Graciana Rosado notó que la mujer barruntaba algo.

—Y este es de la *senhora* Madalena Pinto. Sabemos que son resultados de análisis de agua. Llegan a la misma conclusión: la prueba A está menos cargada que la prueba B. ¿Colaboró con la *senhora* Pinto en los análisis?

—No, pero la conocía —contestó la mujer, que se volvió hacia Zara —. ¿Eres su hija?

—Sí.

Luiza Marques asintió, y dijo en tono compasivo:

—Eres su viva imagen.

Graciana vio que a Zara se le llenaban los ojos de lágrimas, pero se contuvo y las reprimió.

—¿Quién encargó los análisis? —preguntó Carlos.

—El Departamento de Salud. Siempre encarga a peritos independientes que comprueben la calidad del agua.

—Y ustedes llegaron a la misma conclusión por separado.

Luiza Marques asintió. Contestó que dio la información, pero Graciana notó que se callaba algo.

—A y B —retomó el hilo al verlo—, ¿a qué pruebas de agua corresponden?

—Yo…, eh…, no sé si puedo darle información al respecto.

—Sí que puede —le aseguró Graciana, que primero la miró a los ojos y luego se volvió hacia Leander al ver que la mujer no contestaba —. *Senhor* Lost, ¿podría ir a dar una vuelta a la manzana con Zara?

—¿Ahora? ¿En medio del interrogatorio?

—Sí.

Percibió la firmeza en el tono de Graciana y le dio confianza, sabía lo que se hacía. Era importante.

—Bien —contestó él, y se levantó. Atravesó de nuevo la casa y Zara lo siguió sin rechistar.

Graciana los siguió con la mirada. La oferta de sus padres de acoger a Zara seguía conmoviéndola en lo más profundo, pero en ese momento entendió, en esa imagen de Leander Lost caminando por delante y la chica siguiéndolo, dónde estaba el sitio de Zara. Con él. En la casa de invitados. En su propio refugio en el terreno.

Graciana respiró hondo y volvió a poner a Luiza Marques en el punto de mira.

—Voy a decirle algo: en realidad, quería engañarla. Quería mentirle, pero hace poco he vivido en mis propias carnes que es mucho menos necesario de lo que una suele suponer. Quería decirle que soy responsable de este caso, de aclarar el asesinato de un detective privado. Pero lo cierto es que mi jefe me ha apartado del caso. Y a mi colega de ahí, el *senhor* Esteves, también. Ni siquiera podemos seguir investigando. Pero es que no se trata solo del asesinato de ese hombre, sino de Madalena Pinto, a la que muy probablemente mataron por esto de aquí. —Dio unos golpecitos con el dedo índice en los análisis—. Y mi mayor motivación es el hecho de que la hija de la *senhora* Pinto se quedó huérfana por esto. Además de que seguramente ahora su vida corre peligro. Voy a atrapar al hombre que mató a la madre de Zara. Por todos los medios legales, e ilegales si es necesario. Lo encontraré y lo meteré en la cárcel para que esa niña pueda crecer sin amenazas. Aunque me cueste la vida, ¿entendido? Y mi colega de ahí, nunca lo dice, pero me cubrirá la espalda hasta el final. Y ahora, *senhora* Marques, voy a darle la única oportunidad de decantarse por uno de los bandos.

Carlos estuvo a punto de pedirle matrimonio. La venerable seriedad de Graciana Rosado le puso la piel de gallina pese a los suaves veinticinco grados. La conocía lo suficiente para calibrar la situación, todas y cada una de esas palabras eran ciertas.

La Piaf se convertía en un terrier y no se detenía ante nada ni nadie. Jamás se lo diría, nunca, en ningún caso. Pero por eso la quería. Esa rectitud tan consecuente era muy importante en casa de los Rosado. Antonio la tenía y Soraia también. Aunque se podía fracasar con ella, claro. «Pero uno hace lo correcto.» Y eso era lo único que contaba, el conjunto.

—Es cierto —secundó—, cada palabra que ha dicho es cierta.

Luiza Marques desvió la mirada hacia él y luego de nuevo a la comisaria menuda y enérgica.

—Tendrían que protegernos, a mí familia y a mí —dijo al final—. ¿Pueden hacerlo?

Graciana asintió.

—A y B, ¿qué significan esas letras, *senhora* Marques?

—A es nuestra agua de la red procedente del embalse de Odeleite. Y B es… Puro Água.

Soltó el resto del aire de los pulmones, sentía alivio y miedo a la vez por lo que acababa de hacer.

Graciana y Carlos cruzaron una mirada.

—¿Lo he entendido bien? —preguntó Carlos—. ¿El agua de la red es mejor que la que utiliza Eltsen para rellenar las botellas?

—O por lo menos igual de buena. Correcto —reconoció Luiza Marques.

—Pero en el anuncio se decía otra cosa —repuso Graciana—. Y el Departamento de Sanidad ha recomendado no beber agua de las cañerías. ¿La advertencia es falsa?

—La advertencia es fruto de un trueque —dijo la experta, que dejó todas las reservas—. Eltsen llena botellas de plástico de agua de la red y vende el agua que nos sale a todos del grifo, a dos euros el litro. Se añaden unos cuantos minerales, nada más. En vez de pagar un céntimo y medio por litro, que es el precio del agua, a quince euros el metro cúbico, pagamos dos euros. Es decir, dos mil euros por metro cúbico.

—Y para que lo hagamos —dijo Graciana, que se había quedado pálida de la rabia—, nos cuentan que el agua de la red no es sana y, lo más retorcido, sobre todo para nuestros niños.

Luiza Marques asintió, mientras Carlos rumiaba el asunto en la cabeza.

—Y como sacan tanta agua —continuó Graciana—, encima consiguen provocar cuellos de botella artificiales en el suministro.

—Por litro —volvió a conectar Carlos—, Eltsen saca un beneficio de dos euros. Como han tenido que fijar un precio de compra por contrato con las autoridades que está por debajo del que paga el consumidor final, seguramente estará en un céntimo. Así que la ganancia asciende a 1,99 euros por litro. Siempre he sido malo en matemáticas, pero es un 19000 por ciento de ganancia por litro.

Graciana asintió, abatida.

—Eltsen ha conseguido aquí una máquina de hacer dinero al comprar a través de Adles Lta. los recursos hídricos del embalse de Odeleite. Y para que funcionara bien y no se pudiera cuestionar que el agua de las cañerías no es potable, compraron los dictámenes. ¿Fue así, *senhora* Marques?

Luiza Marques esquivó la mirada, pero por poco tiempo.

—Sí —fue su escueta respuesta—. Vino un hombre y me dijo que querían hablar conmigo por el dictamen. Y entonces…

Carlos le enseñó la parte trasera de la cámara con la pantalla, donde

apareció una fotografía de la serie de Abel Peres.

—¿Fue este hombre?

La *senhora* Marques se quedó helada un momento al ver la imagen.

—Sí —confirmó luego sin fuerzas—, me llevó hasta la costa. Allí me esperaba otro, no era de aquí. Tenía un acento fuerte y… hablaba un poco lento. Tenía un poco de sobrepeso.

—¿Este?

Esta vez Graciana le puso en las narices una fotografía oficial de internet de Philipp Benedikt. La mujer se llevó una sorpresa, pues por lo visto los agentes ya estaban sobre la pista de los dos hombres.

—Es él —confirmó—. Había descubierto que el Departamento de Sanidad había encargado tres dictámenes a Adles. Madalena Pinto, Jorge Gonçalves y yo.

—¿Gonçalves es el hombre que sale en el anuncio? —insistió Graciana.

—Sí. El hombre, el regordete, tenía claro que en nuestros análisis íbamos a llegar a la conclusión que ven en estos dictámenes. Pero dijo que jamás podríamos garantizar que no se colaran por algún sitio bacterias E. coli o sedimentaciones de las tuberías viejas, de plomo y otros metales pesados. Y si ocurriera, o tal vez un niño en algún sitio bebiera, por tonto que parezca, de una fuente y contrajera una enfermedad grave, seríamos el objetivo de todas las críticas. Habría que pagar indemnizaciones y sería el fin de nuestra carrera. También sacó a colación que era imprescindible distinguir entre agua potable y de servicio. Y en eso llevaba razón.

—¿Tenía razón? —preguntó Carlos perplejo.

Marques asintió con vehemencia.

—¿Para qué se necesita agua potable para la cisterna del lavabo? ¿O en la lavadora? ¿Para qué necesitan agua potable los campos de golf de los británicos, españoles y alemanes? Es un desperdicio.

A Carlos no se le ocurrió ninguna respuesta con sentido. Luiza Marques desvió la mirada hacia Graciana.

—¿Y por eso quería hablar con usted? —preguntó la subinspectora con frialdad.

—Me ofreció cien mil euros por modificar mi dictamen. Igual que al *senhor* Gonçalves. Con dos dictámenes de tres le bastaba. Le dije que yo no estaba en venta. Dos semanas después falleció la *senhora* Pinto. Al principio tenía la esperanza de que hubiera sido un accidente. Yo estaba ahí, en el fregadero. —Señaló la cocina—. Lo dijeron por la radio. Al cabo de unos días me enteré de lo del incendio. Entonces supe que no había sido un accidente. Dos días después, cuando salía del supermercado de más abajo en la N 125, de pronto vi frente a mí al otro hombre, el del traje, el primero que me ha enseñado.

—Abel Peres —dijo Carlos, que había vuelto a activar la pantalla de

la cámara y se la enseñó.

Luiza Marques asintió deprisa.

—Sí, ese. Dijo que los cien mil euros ya no valían. En cambio, me enseñó unas fotografías, de mi marido y yo. Y de nuestros hijos y nietos. «El camino al colegio a veces es peligroso para los niños», dijo. Se habían dado muchos casos en los que desaparecen sin más. Sin dejar rastro. A veces luego ni siquiera podían hacer nada ni cientos de voluntarios ni expertos de otros países, pero yo, Luiza Marques, podía proteger a mi familia de algo así, si cambiaba los dictámenes.

—¿Y este es el dictamen correcto? —preguntó Carlos al tiempo que señalaba los análisis de agua de la mesa.

—Sí —contestó la mujer con un suspiro—, pero no es el que envié al comité. Ajusté el mío al del *senhor* Gonçalves. Y desde entonces he vivido tranquila. Hasta ahora. Hasta que han aparecido ustedes.

—¿Qué comité? —preguntó Graciana Rosado.

Entonces fue Luiza Marques quien miró sorprendida a la subinspectora.

—¿No saben nada del comité?

—No. ¿Qué es? ¿Qué hace?

—Es un comité formado por representantes de la comunidad de las zonas afectadas. Fueron los que dieron el contrato a Adles y Eltsen hace un año. Con un año de prueba, tras el cual el comité tenía que dar de nuevo su aprobación.

—Nunca había oído hablar de ese comité —reconoció Carlos.

—Bueno, eso se hace a puerta cerrada. Solo asisten miembros de Eltsen o Adles, y los representantes de la zona. Pensaba que, como trabajan para la Polícia Judiciária, lo sabían, ¿no?

—No —contestó Graciana—. ¿Y cuándo vence el período de prueba?

—Mañana.

—Y si los representantes de zona se pronuncian en contra de Eltsen…

Luiza Marques interrumpió a Graciana:

—No tienen motivo para hacerlo. A fin de cuentas, Adles ha bajado los precios del agua. Y probablemente también han sobornado a algunos de los representantes de la zona. En todo caso…, al comité les presentarán los dictámenes embellecidos del *senhor* Gonçalves y mío. El de la *senhora* Pinto, se supone, quedó aniquilado en el incendio de su casa.

Graciana y Carlos volvieron a entenderse con la mirada.

—Estos dos dictámenes de aquí —dijo Carlos, que dio un golpecito con el extremo de la muleta derecha en uno de los papeles—, contradirían por completo los conocimientos del comité, ¿verdad? ¿Es correcto, *senhora* Marques?

Solo el canto de los grillos rompía el silencio. Y al fondo se acercaba el hombre mayor, a todas luces el marido, que se había tapado el torso descubierto con una camisa de color azul claro.

—¿Dónde tendrá lugar la sesión? —preguntó Graciana.

—En el Ayuntamiento de Faro —contestó la mujer, que ya sonreía un poco, pues por fin alguien le había quitado la carga que llevaba sobre los hombros—. ¿Nos protegerán, a mi familia y a mí?

—Tengo una buena amiga del colegio en Oporto —contestó Carlos —. Será mejor que hagan las maletas ahora mismo. Solo necesitan llevarse lo justo para unos días.

La mujer asintió, y en ese momento llegó el hombre a la terraza.

—Este es mi marido, Mercurio Marques —los presentó—. La *senhora* Graciana y el *senhor* Esteves de la Polícia Judiciária. Han venido por los dictámenes.

—*Boa noite* —saludó el *senhor* Marques.

En ese momento Graciana supo de qué creía conocerlo. Parecía la voz del autor de la llamada anónima.

Y lo era.

# 29

La casa nueva estaba situada justo antes de un callejón sin salida junto a la orilla de la Ria Formosa. Desde allí se veían la zona natural protegida y la laguna, y más allá la Ilha de Armona y el Atlántico. Era una vista de ensueño.

La construcción estaba casi terminada del todo. La había planificado un despacho de arquitectos de Faro, y ahora la tenían delante. De un tono marrón suave con unas modernas celosías plateadas, unas discretas luces de pared y unas habitaciones grandes y diáfanas con grandes ventanales.

El jardín todavía era un proyecto en bruto. Había arena en lugar de césped plantado, y allí donde seguramente un día habría una pequeña piscina, se veía una zanja. Aun así, Da Silva y su mujer Catarina acababan de mudarse allí el domingo.

Graciana Rosado había aparcado más adelante para dejar sitio a los vehículos de obra, y Carlos Esteves y ella recorrieron el camino a pie.

Entretanto había oscurecido. La luna había hecho acto de presencia y pendía de color blanco amarillento sobre el mar. El callejón solo estaba iluminado por farolas, su difusa luz provocaba islas de sombra en los márgenes del pavimento.

—¿Qué te parece?

Oyeron la voz cortante de una mujer y, cuanto más se acercaban a la casa, con más claridad la oían.

—Me prometiste que estaría lista para mi cumpleaños, se lo conté a mi madre y, ¿ves cómo está?

Era la voz de Catarina da Silva.

—Creo que sobrevaloras nuestros medios económicos —respondió una voz bastante más apagada—. ¿Te haces una mínima idea de lo que vale todo esto?

—Me lo prometiste. De eso se trata, Raul.

Graciana y Carlos dieron media vuelta. No quería ser testigos de esa debacle.

—Pobre tipo —dijo Carlos en voz baja.

Graciana asintió.

Eso era lo que todos habían temido siempre de la situación de Raul da Silva, que su incursión en la clase alta le pasara factura. Los dos se querían, de eso no había duda. Se rondaban como dos astros que no podían estar el uno sin el otro.

Aun así, ¿no serían más felices si Catarina se hubiera casado con un médico como correspondía a su posición, o como mínimo con un piloto? Y Da Silva habría seguido siendo «uno de los suyos», habría contraído matrimonio con una mujer de una familia de lo más normal, tal vez con una policía.

Carlos giró a la derecha en la bocacalle. Graciana lo siguió hasta que unos metros más allá llegaron a las estribaciones de Ria Formosa, y a un banco que había patrocinado la caja de ahorros local.

Se sentaron y acordaron sin decir nada aplazar la visita a Raul da Silva. Para más tarde. O al día siguiente.

Carlos se encendió un cigarrillo, y luego estuvieron contemplando en silencio el cielo vespertino y el mar. Allí donde se juntaba con el cielo, el sol desapareció en menos de un cuarto de hora.

Sonó el móvil de Graciana. En realidad, no quería contestar, pero luego vio que era el *alemão*, que había vuelto con Zara a Villa Elias.

—*Olá, senhor* Lost. Leander Lost estaba sentado en la piscina. Se había desabrochado la camisa hasta el ombligo y subido las mangas. Tenía delante, en la mesa de madera, una libreta de papel y al lado un lápiz. Había apuntado algunas cifras y conexiones transversales entre ellas. Se veían bien bajo la luz del quinqué.

—He estado pensando en la cronología —dijo.

Graciana activó la función de manos libres y dejó el teléfono sobre una roca.

—El *senhor* Esteves también está escuchando.

—Bien, pues he estado pensando en la cronología.

—¿Se refiere a por qué alguien que ha provocado el accidente de Madalena Pinto y solo tarda media hora en llegar a su casa, no le prende fuego hasta aproximadamente una hora más tarde?

—No —repuso Leander—, para eso hay muchas explicaciones. Podría ser que se presentara en el lugar de los hechos para ayudar, terminar la faena a escondidas, pero el *senhor* Tropa se entrometió antes de tiempo. Por eso no podía irse rápido del lugar del accidente sin más, por lo menos debía esperar a que se llevaran a la *senhora* Pinto. O había testigos delante de la casa de Madalena Pinto, y tuvo que esperar hasta poder provocar el incendio. Seguro que hay otras opciones que expliquen ese lapso de tiempo en la concatenación de los hechos. Solo estamos seguros de que actuó por el mismo motivo que Ousman Jobe: no sabía dónde buscar exactamente lo que debía eliminar. En la cabeza de la *senhora* Pinto ya lo había destruido, así que tenía que prender fuego a toda la casa. Pero en realidad no pensaba en eso. He estado trabajando en la cronología que afecta a Ousman Jobe. Mejor dicho, en el intervalo entre la publicación del hallazgo del cadáver y el robo en la oficina de *O Olho*.

—¿Y algo le ha llamado la atención? —preguntó Graciana.

—En efecto. La noticia se dio en la radio por la mañana, hacia las once en punto, y apareció en Internet—dijo Leander.

—Correcto —confirmó Graciana.

—A partir de entonces empezó a correr el tiempo para Jobe. Recordemos lo que pasó después. Fuimos al Ilhote, a Arroteia, e interrogamos a un sospechoso. A continuación me llevaron a Villa Elias, y quedamos a las dos de la tarde, después de la pausa del mediodía.

—Durante la cual nos denunciaste ante Duarte —murmuró Carlos.

—¿Perdón?

—Nada, el *senhor* Esteves se ha atragantado.

—En ese momento —prosiguió Leander Lost con la mirada fija en sus notas, concentrado—, Luís Dias o Ana Gomes sellaron el lugar de los hechos, siguiendo sus instrucciones.

—Sí.

—Contando a partir de las once de la mañana, Jobe tuvo tres horas exactas para llevar a cabo lo que hizo más tarde: destruir la oficina de Conrad con un incendio. Me preguntaba por qué esperó tanto.

Ni a Carlos ni a ella les había parecido tan grande ese vacío temporal, tal y como comprobó Graciana con un cruce de miradas. Pero Lost tenía razón.

—Tres horas —repitió en voz baja.

Carlos también estaba atento, y se inclinó hacia el móvil sobre la roca.

—Tal vez esperó a que nadie vigilara la oficina. Hay algunas opciones, pero… tres horas es mucho tiempo. Muchísimo. ¿Tiene una explicación mejor?

—No, creo que no. Pero sí una más tranquilizadora: podría haber otro desencadenante para Jobe. Y no se produjo hasta las dos de la tarde. Fue el mensaje de la *doutora* Oliveira de que Markus Conrad no había muerto por accidente, sino que alguien lo había asesinado, y eso significa…

—Que es uno de los nuestros —dijo Graciana a media voz.

—Sí, el jefe tiene que ser un policía.

Graciana tragó saliva, de pronto todo cobraba sentido. La línea temporal ya no era azarosa, sino necesaria. Alguien había avisado a Ousman Jobe mientras ellos se dirigían a Luz de Tavira, y se lo encontraron en la oficina del difunto.

—¿Tiene alguna sospecha? —preguntó Leander Lost.

Graciana tenía una, el nombre la embistió, pero la sospecha pesaba tanto que no quería expresarla en voz alta. Sin embargo, luego recordó lo primero que le había hecho al *alemão* apenas setenta y dos horas antes.

—Sí —dijo entonces—. Según el informe, el *senhor* Duarte fue el

primero en llegar al lugar de los hechos en el accidente de Madalena Pinto. Dirigió las investigaciones y dos semanas después archivó el caso como accidente.

Carlos, nervioso, no podía permanecer sentado durante más tiempo. Cogió las muletas y se levantó para golpear con una de ellas algunos guijarros.

—¿Y de quién más huía Ousman Jobe? —intervino.

—Buena observación —dijo Leander Lost—, ni siquiera lo había tenido en cuenta.

—Poco a poco —fingió reprenderlos Graciana—. ¿Tiene sentido? ¿Duarte y Conrad? Si Conrad había averiguado algo sobre Eltsen con lo que a su juicio podía sacar dinero mediante la extorsión, ¿qué tenía que ver Duarte con eso?

—No sé la respuesta —contestó Leander—. Miguel Duarte era su sospechoso, no el mío. Pensémoslo bien, las autoridades consideran que la muerte del *senhor* Conrad es un accidente, no hay investigación por asesinato. Por tanto, tampoco registros de casas. El asesino no necesitaba prender fuego a la oficina. Podría eliminar lo que tuviera que eliminar en Ciclopes más tarde, con toda tranquilidad y sin que lo vieran, o la noche siguiente o la otra, cuando fuera. El resultado de la autopsia de la *doutora* Oliveira lo pone en un aprieto temporal inminente. Si quiere eliminar los indicios que apuntan a él o a su jefe, solo puede actuar en ese preciso momento. Y por eso nos encontramos con Ousman Jobe.

Graciana respiró hondo. Carlos dejó de jugar al golf con los guijarros y la miró.

—Todo tiene sentido, ¿verdad?

—Todo tiene sentido —constató Carlos.

Mientras iban a Villa Elias, un avión de Ryanair salió de Faro con destino Oporto con el matrimonio Marques a bordo. Soraia los había llevado al aeropuerto y se había quedado en el edificio. Poco a poco fueron apareciendo los hijos y los nietos para pasar juntos unas pequeñas vacaciones, como lo había llamado Graciana.

El silencio en el Volvo hacia Alfandanga era mucho más imponente de lo habitual. Apenas dijeron una palabra, primero tenían que comentarlo con Leander Lost.

—Bonito traje —dijo Graciana obviando sus pensamientos.

—Me hace un poco gordo.

—Ya.

—Quería saber si aún me entraba.

—Lo entiendo.

Se hizo de nuevo el silencio entre ellos.

—¿En el expediente de Pinto, viste algo sobre el interrogatorio de Duarte a Zara Pinto? —preguntó Graciana.

Carlos la miró con mucho detenimiento. Arrugó la frente y reflexionó, para luego negarlo con la cabeza.

Graciana asintió, como si se lo esperara. Giró el coche con brusquedad en cuanto tuvo ocasión y tomó el cruce en dirección a Moncarapacho.

La comisaría de la GNR estaba iluminada en la primera planta. El coche patrulla plateado con las dos franjas verdes estaba estacionado en el aparcamiento del patio.

Del susto, a Luís Dias se le cayó el mando a distancia de la mano que movía bajo la mesa. El tiempo que necesitó para recogerlo y cambiar a un canal de deportes permitió a Carlos ver un fragmento de *Chiquititas*, una telenovela sobre niños y jóvenes.

—Oh, no os esperaba —admitió con una sonrisa—, estaba en la radio.

Graciana asintió. La radio estaba muerta.

Se acercó al armario donde estaban los expedientes. Carlos se quedó junto al agente de la GNR, de cuyo escritorio se alzaba el vapor de una pizza que aún estaba en la caja para llevar. Carlos se inclinó sobre ella con interés.

—¿*Atum*?

—Sí. Con *pepperoni* y páprika.

—¿Puedo comer un trozo?

—Sí, claro.

Carlos sacó un octavo de pizza de la caja y usó un pañuelo de papel a modo de servilleta y soporte. Después de un mordisco, hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—No está mal. Demasiado aceite.

—Sí —concedió Luís—, pero hacen la base muy fina, muy buena. Sin que se haga demasiado o se queme.

—Es cierto. Es cuestión de segundos, te lo digo. Es muy fácil que una masa tan fina se queme en el horno.

—Sí. Y el hollín provoca cáncer.

Carlos sabía que Luís Dias no movería ni un músculo si albergara la sospecha de que eso pudiera provocar una enfermedad, pero como estaba participando de su cena, no lo llegó a decir.

Dias agarró también un trozo y le dio un mordisco.

Entonces volvió Graciana de la sala contigua.

—¿Dónde está el expediente?

—¿El expediente? —preguntó Dias con la boca llena.

—El expediente de Pinto.

—Ah, ese… Se lo ha llevado hoy el español.

# 30

Zara Pinto y Leander estaban sentados junto a la piscina, esperando. Él disfrutaba de la noche, que los había envuelto como un manto protector.

—¿Y cuánto tiempo puedo quedarme aquí?

—En todo caso, hasta que seas mayor de edad. Así se ha establecido con la subinspectora Rosado.

La chica lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo han hecho tan rápido?

—La *senhora* Graciana ha conseguido una autorización excepcional por la situación de peligro a través de un juez amigo suyo. Eso significa que, temporalmente, ella es tu tutora legal.

—¿Y luego?

—Sus padres, los Rosado, han presentado una solicitud de adopción. Según el *senhor* Esteves es pura formalidad, se la concederán. En casa de los Rosado te darán la habitación donde antes vivía Soraia. Y la casa de invitados. Villa Elias también es suya.

Zara Pinto sintió que se le encogía el estómago de tanto cariño y cuidado inesperado, discreto. Le entraron ganas de llorar a lágrima viva.

—Ni siquiera sé qué decir —reconoció insegura.

—Yo tampoco —le reconoció Leander Lost—, ya está todo dicho.

Zara no pudo evitar sonreír. Miró el vino abierto que había sobre la mesa.

—Creo que necesito beber algo. ¿Puedo probar?

Tiró el agua del vaso a un agave.

Lost ya había estirado el brazo hacia la botella cuando dudó. Y la miró.

—Con mi madre siempre podía tomar una copa.

—¿De verdad?

—Se lo juro.

Lost le sirvió una cuarta parte, ella lo olisqueó, luego le dio un sorbo y torció el gesto.

—¿Qué pasa?

—Me pica la lengua.

—Sí, es seco.

—Ya.

Zara, que estaba a punto de volver a dejar la copa en la mesa, le dio

otro sorbo que, a juzgar por su cara, ya no le supo tan mal como el primero.

Llegó el Volvo y Carlos Esteves y Graciana Rosado se acercaron a ellos en la piscina.

—¿Estás bien? —preguntó Graciana a Zara, quien asintió como cuando alguien va a responder algo, pero no lo hace. La chica buscó una respuesta en la cara de Graciana.

—Hace esto por mí porque necesita una testigo ante el tribunal, ¿verdad?

Su desconfianza era casi palpable.

—Lo hago por ti, porque necesitas una familia.

Graciana podría haberse ido por las ramas, decir que nunca sería la hija de Raquel y Antonio Rosado, que siempre sería la de Madalena Pinto, pero que allí la protegerían y además podría crecer con libertad.

Sin embargo, todo eso ya se deducía de la frase que le había dicho a Zara.

—Entonces, ¿puedo quedarme aquí hasta que cumpla los dieciocho?

—Hasta los dieciocho, sí —confirmó Graciana—, y luego ya veremos.

Zara esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Graciana miró con disimulo a un lado. Carlos también sonreía, compartía la alegría de la niña.

—Necesitamos quitarte al *senhor* Lost unos minutos —le explicó a Zara.

La chica asintió.

—Yo me quedo aquí a cuidar del vino.

Se trasladaron con un quinqué a la azotea de la casa principal de Villa Elias, cuyo entorno más próximo había sido engullido por la oscuridad y solo se veía un contorno al fondo del todo, hacia la calle, que se erguía en la oscuridad en forma de superficies y cantos grises. Luego, al sudeste, se veía una mancha más grande y cálida: Fuseta. Cientos de luces de farolas y de las casas bañaban la ciudad con una luz cálida, casi dorada.

Pese a todo, los investigadores tenían el ánimo alicaído, Carlos parecía malhumorado.

—Veo a nuestro compañero capaz de muchas cosas —dijo—, pero ¿es lo bastante inteligente para hacer juego sucio?

—Ya sabes que Duarte aprovecha todas las ocasiones que se le presentan. Resumamos lo que tenemos: Philipp Benedikt quiere endosar por el agua de la red, por la que la población paga a Adles quince céntimos el litro, un aumento del doscientos por cien.

Haciéndoles creer que el agua de las tuberías es dudosa para la salud. En realidad, no es cierto. Se puede beber agua directamente de la red. Así que corrompe a los tres autores de los dictámenes.

—Con importes de la caja de Oporto —añadió Carlos—. Sigo sin entender que una mujer como Eva se dejara embaucar en algo así.

—Ya no me acordaba de su nombre —comentó Graciana, que pese al estado reflexivo encontró un breve instante para una sonrisa.

—Es porque no estás tan consternado como yo —mintió Carlos, que se apresuró a retomar el verdadero hilo para impedir que Graciana ahondara en ese tema—. Benedikt compra los tres dictámenes. Por lo menos eso pretendía. Pero solo Gonçalves se deja convencer. Luego el *senhor* Benedikt, por lo visto, encarga a Abel Peres que solucione el problema por las malas, y Peres lo hace. Echa de la carretera a Madalena Pinto y registra el coche en busca del dictamen.

—Miguel Duarte está cerca por casualidad y presta los primeros auxilios —continúa Graciana.

—A continuación, Peres va a Areia —dijo Leander—, registra el despacho de la *senhora* Pinto y después le prende fuego a toda la casa.

—Y aquí también es Miguel Duarte el primero de nuestro departamento en llegar al lugar de los hechos, así el caso acaba en sus manos de la manera más natural. Fue el primero en Odeleite y examina el incendio en Areia. Y nosotros —dijo, refiriéndose tanto a Carlos como a sí misma—, estábamos en una formación. Así que Da Silva le pasó el caso. Él interroga a Zara Pinto. Se cree la mentira de que no estaba en casa y por eso no la considera como testigo. Y entonces —dio unos golpecitos con los nudillos en la balaustrada para que un lagarto se pusiera a salvo, por si acaso—, espera los resultados de la investigación de los peritos en incendios y archiva el caso.

Graciana bebió un sorbo tan largo de vino blanco que Carlos le rellenó la copa y siguió con la cronología de los hechos.

—Después del incendio, el dictamen de Madalena Pinto queda eliminado. Su hija entra en el orfanato, y ahora solo hay dos dictámenes más. Peres sale al paso de Luiza Marques en el aparcamiento del supermercado y la amenaza con atacar a sus hijos y nietos.

»El resto no hace falta que lo explique. A partir de ese momento la *senhora* Marques ya no considera que el accidente mortal de Madalena Pinto sea un revés trágico del destino, sino una consecuencia de su negativa, que también había expresado frente a Philipp Benedikt.

»En ese momento Luiza Marques cedió. Tuvo que hacerlo. Aunque hubiera reunido el valor de jugarse su propia vida (que no fue el caso), manteniendo su actitud habría arriesgado el físico y la vida de sus seres queridos. Era su línea roja.

»Marques no había confiado en la policía porque no tenía

absolutamente nada. No había pruebas de las conversaciones con Benedikt y Peres. Ni de su existencia, ni mucho menos del contenido. Los dos podrían afirmar que ni siquiera la conocían, sin que nadie pudiera demostrar lo contrario.

»De los representantes de zona se fiaba tan poco como de las autoridades, eso sin tener en cuenta la ausencia de pruebas, ¿quién le garantizaba entonces que no estaba ahí el informante que ponía al corriente de inmediato a Benedikt de sus denuncias?

»Para escapar de esa encrucijada (ni una cosa ni la otra salvaría a Madalena Pinto), retocó su propio dictamen. Y Philipp Benedikt consiguió lo que quería: que el embalse de Odeleite casi fabricara dinero.

»A través de Adles, Eltsen tenía acceso al agua con la que rellenaban botellas de plástico para venderlas como Puro Água. Y no solo en Portugal, sino en toda Europa y más allá. Los réditos les salían por las orejas, superaban todo lo que se manejaba en la banca de inversión. Superaba al dólar, al euro y al yen; a las financieras y a los valores de divisas y metales nobles: platino, oro, plata. También el cobre. Benedikt había urdido un trato para la empresa matriz que daría a Eltsen millones frescos durante los años venideros, y todo a costa de la población y a sus espaldas.

»Quien conociese en Eltsen a un personaje de tan alto rango como Philipp Benedikt, lo recomendaría para un puesto aún más arriba en vista de los beneficios desbordantes sacados en Portugal. Solo para no darle motivos para irse a la competencia y dejar que se hiciera con los derechos de agua de todo el mundo al servicio de la empresa matriz.

Si algún día se podía demostrar cómo engañaba, mentía y exprimía Benedikt a los habitantes del Algarve de la manera más ruin, regresaría a Suiza. O tal vez al centro de África, para privatizar otra fuente de agua potable. Había muy pocas opciones de que Suiza aceptara una extradición a Portugal para un posible proceso; al fin y al cabo, Benedikt era lo bastante listo para no ensuciarse las manos.

—Pero hay un aspecto con el que no contaba: el *senhor* Conrad. Conocía el asunto por Madalena Pinto. Y presionó a Benedikt con lo que sabía —intervino Carlos—. Sabemos que el hombre prácticamente estaba en la ruina y vivía con una mano delante y otra detrás. Con una denuncia no habría visto ni un céntimo, pero esto era muy distinto. Con Eltsen podía vender su silencio a precio de oro.

Graciana asintió.

—Exacto. Apostó fuerte. Benedikt quedó con él en el agua y, en vez de darle el importe que exigía, lo envió con su asesino.

—Porque no quería que nadie pudiera extorsionarlo —añadió Leander.

—Sí. Alguien como Conrad era un cómplice poco seguro. Y Benedikt

no quería ponerse en sus manos.

Bebieron un momento, y Carlos apagó el cigarrillo para, acto seguido, encenderse el siguiente.

Entonces Graciana formuló una pregunta a la que no había encontrado una respuesta satisfactoria desde que se ocupaba de la muerte de la *senhora* Pinto:

—¿Qué encargo le pudo hacer a *O Olho*?

Leander Lost se encogió de hombros porque era la señal humana para el desconcierto.

—Bueno, ¿para qué se suele contratar a un detective privado? —preguntó Carlos, sin esperar de verdad una respuesta—. Casi siempre por alguna historia amorosa para la que no nos llaman porque no incumbe a la policía. O no hay una sospecha inicial suficiente. Tal vez deberíamos plantearnos a quién apuntó ella.

—Al *senhor* Benedikt —dijeron Leander y Graciana al unísono.

—Yo también lo creo —confirmó Carlos, que expulsó el humo del cigarrillo a la noche de verano—. Quería informarse sobre el hombre que había intentado sobornarla. Como la *senhora* Marques, tampoco podía demostrar el intento de soborno, así que Madalena Pinto buscó otra manera de poner fin a las actividades de Benedikt. Imagino que encargó a Conrad que observara a Benedikt.

—Tiene que haber alguien en nuestras propias filas —intervino de nuevo Leander Lost— que pensaba que podía registrar con toda la calma la oficina de Conrad, porque las autoridades partían de que era una muerte accidental. Y que se vio obligado a reaccionar al resultado inequívoco de la autopsia de la *doutora* Oliveira.

Carlos asintió, se podía contradecir esa lógica, pero al final era ineludible y había que mirarla con ojos despiadados.

—De acuerdo, entonces no entran muchos en juego —contestó.

—Tiene que ser alguien que pudiera ofrecerle algo a Ousman Jobe —dijo Leander—. Tenía que ser tan importante para Jobe como para que entrara en la oficina a plena luz del día, con poco tiempo y le prendiera fuego.

—Dinero —apuntó Carlos.

Graciana lo negó con la cabeza.

—Un permiso de residencia.

—Sí —confirmó Leander—, yo había pensado en algo así. ¿Ana Gomes o Luís Dias estaban en situación de expedir ese permiso?

—No.

—¿Entonces quién?

—Duarte. Y nosotros dos —dijo Carlos.

—Eso también lo he pensado.

—¿Que lo ha pensado?

Carlos ni siquiera se esforzó en disimular su enfado.

—Sí —reconoció Leander—, y los dos tienen una buena coartada. Jobe la derribó, subinspectora Rosado. Eso podría haberse planeado.

—Cuidado con lo que dice, Lost —lo advirtió Carlos.

—¡Déjalo! —se entrometió Graciana, y animó a seguir al *alemão* con un gesto de la cabeza—. Tiene razón.

—Pero no lo creo —continuó Lost—, el golpe no fue previsible, tampoco el incendio. No, habría sido un mal plan. Podría haber sufrido heridas mortales. Volvamos a usted, subinspector Esteves.

Carlos bajó un poco la cabeza, se puso en tensión mientras esperaba el momento oportuno de abalanzarse sobre Lost.

—Usted queda descartado porque el jefe de Ousman Jobe es también su asesino. Le cortó el cuello con la mano derecha, y usted es zurdo. Además, no le creo capaz de llevar semejante doble vida criminal —aclaró Leander Lost.

—¿Humanamente, se refiere? —insistió Carlos.

—No, por lógica. ¿El *senhor* Da Silva es diestro?

—Es ambidiestro —contestó Graciana, que en su fuero interno admiraba el don para la combinatoria del alemán, basado en tener acceso mental en todo momento a todos los detalles de la investigación, algo que requería una memoria prodigiosa. Además tenía memoria fotográfica. Aun así, no era algo evidente, ni mucho menos. Además, había que establecer la relación correcta entre los datos.

—¿Y Duarte?

—Es diestro —contestó Carlos, que aún no había digerido del todo la ofensa a su inteligencia.

Las miradas que se cruzaron a continuación Graciana y Carlos eran difíciles de superar en claridad: sí, Duarte. El *Pavão*.

—Es increíble —constató Carlos, que se abrió una Sagres con el mechero.

Graciana pensó que tenía que haber algo más. Para ella, Miguel Duarte no destacaba en particular por su inteligencia. Al contrario, era muy previsible en todo lo que hacía. Duarte era sobre todo un arribista que sacrificaría sin dudar la carrera de los compañeros para acelerar su propio ascenso profesional.

—Pero todo encaja —dijo ella al final—, fue el primero en ayudar a Madalena Pinto. Se hizo cargo del caso del incendio, interrogó a Zara Pinto y no incluyó su declaración en el expediente. Llevó a Ousman Jobe ante la fiscalía, y Jobe huyó de él. Después de nuestra metedura de pata en Odeleite, Duarte se metió en el caso, y Da Silva se lo dio para apartarnos de la línea de tiro. ¿Qué ha pasado desde entonces? Nada. Cuesta creer que Duarte haya investigado. Luego está su reacción en el restaurante. Quería impedir a toda costa que siguiéramos investigando. Y, por último, ¿dónde estaba cuando Da

Silva quería localizarlo por lo de Jobe? Exacto, la última localización del móvil era en São Brás de Alportel. No estaba ni a cuatro kilómetros del lugar donde se encontró el cadáver.

Carlos suspiró. Los detalles se podían explicar por sí solos. En la acumulación en que Graciana los enumeraba se convertían en una sospecha asfixiante.

—¿Y qué quieren hacer ahora? —preguntó Leander Lost.

—Lo más probable es que mañana a primera hora vaya a ver al *senhor* Da Silva y le ponga al corriente de nuestras sospechas. Y también de que mañana se votará a puerta cerrada en Faro si Adles y Eltsen deben seguir disponiendo de nuestra agua.

Se oyó un breve sonido discreto. Carlos miró su teléfono, asintió y se lo volvió a guardar.

—La familia Marques está a salvo. Con tres hijos y cinco nietos.

Zara Pinto estaba lívida en la tumbona junto a la piscina cuando se despidieron para el resto de la noche.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Graciana, que se inclinó hacia ella.

—Me quiero morir —susurró la niña.

—¿Qué pasa? —preguntó entonces Carlos.

—El… El vino está malo —dijo, y señaló la botella que había sobre la mesa, vacía.

Leander la levantó.

—Ha sido casi un litro. En unos treinta y cinco minutos.

Zara rodó en la tumbona y se metió entre los arbustos. Allí vomitó.

—¿Usted lo sabía?

—Sí —admitió Lost.

—No puede dejarla beber tanto —le reprendió Graciana.

—Me dijo que su madre la dejaba, así que no se lo prohibí.

—*Meu Deus*, le ha mentido —soltó Carlos—. La niña le ha tomado el pelo.

Hasta entonces Leander Lost no fue consciente. Por supuesto, había caído y ahora le daba rabia. ¡Nunca! Nunca, nunca, nunca conseguiría adivinarlo.

—Nunca, nunca, nunca. ¡Nunca, nunca! —exclamó de pronto en un tono de desesperación.

Los demás lo miraron sorprendidos.

—¿Nunca el qué? —preguntó Carlos.

—Nunca. Nunca conseguiré adivinar cuando alguien me miente.

La conmoción que le suponía, el horror, la desesperación, la confusión y la resignación, todo junto y cada uno por separado lo asolaban y eran visibles.

—Nunca seré como ustedes. Ustedes serán ustedes, y yo seré yo.

La tristeza que ocultaban aquellas palabras dejó helados a Graciana y Carlos. Se quedaron clavados al suelo como figuras irreales alrededor de la piscina nocturna, mientras la chica volvía a vomitar unos metros más allá. Pero no tenían ganas de irse. Nunca habían visto a una persona más sola.

—Son pequeños pasos —dijo Graciana para animarlo, y le dedicó una sonrisa generosa—. Creo que para nosotros es usted un auténtico beneficio, *senhor* Lost. Quizás si aprende a no volver a disparar al *senhor* Esteves… Ya no estará usted solo, sino que será uno de los nuestros.

—Sí —añadió Esteves—, cuando la gente no se dispara entre sí, acaba estrechando el vínculo.

Lost alzó la vista y lo miró a los ojos.

—Tienen razón.

—Era… una broma.

—¿Una broma?

—Un juego de palabras —se justificó Carlos, que se percató de que así no conseguía más que incrementar la confusión del *alemão*—. ¿Sabe qué? Olvídelo hasta mañana, será un día intenso. Vayamos luego a tomar algo.

Carlos y Graciana llevaron a la chica borracha hasta la casa de invitados. Luego Graciana informó por teléfono a su hermana.

—Lo siento, a lo mejor tenías un plan mejor.

—No, iré encantada, Grace.

—¿Qué? ¿Quieres faltar a un concierto?

—Te he dicho que voy. ¿De qué estás hablando?

—¿Bruce Springsteen?

—¿De qué me hablas, Grace?

——Va a faltar a un concierto de Bruce Springsteen —se dirigió a Leander Lost mientras hablaba por teléfono.

—No hace falta —aseguró Leander—, nos las arreglaremos aquí.

—El *senhor* Lost dice que se las arreglará, pero no suena convincente. ¿Vendrías igualmente? ¿Pese al concierto?

—Bruce Springsteen ya no da conciertos, Grace. O paras o te mato.

—Pues ella insiste —le dijo Graciana a Leander.

—¡Te voy a matar, Grace!

—Yo también, hasta luego.

Dicho esto, Graciana puso fin a la llamada.

Carlos y ella estaban con Lost delante de la casita de invitados. El *alemão* miró hacia el interior. Zara Pinto estaba tumbada en la cama boca arriba y bien tapada, roncando. Junto a la mesita de noche había un cubo de plástico rojo en cuyo borde habían dejado una toalla.

Una hora después de que se fueran Graciana y Carlos (mañana será un día intenso), apareció Soraia y se sentó con Leander Lost junto a la piscina. Pese a que estaba relativamente oscuro, le llamó la atención de nuevo la buena circulación de la chica.

—Me gustaría aprender a mentir —dijo él sin tapujos.

—¿Para qué?

—Porque… a mí también me gustaría saber hacerlo.

—Pero ¿para qué?

—Porque hace falta saber hacerlo para formar parte de un grupo.

—No —Soraia sacudió levemente la cabeza—. No, no, en realidad no se trata de eso. Cierto, hay vías y maneras de comunicarse de las que quedas excluido. La expresión corporal, la mímica, la ironía, las mentiras.

—Sí —admitió él.

—Pero eso no importa para formar parte del grupo, Leander.

Le-an-der, lo pronunció como si quisiera describir cómo se deslizaba una pluma al viento.

—A fin de cuentas, se trata de tener el corazón en su sitio. Y también el corazón de los demás… —se interrumpió.

—Estoy cansado —reconoció Lost—. La casa de invitados está ocupada, pero podríamos compartir la cama.

La cara de Soraia podría haber servido para orientar a un Airbus de lo roja que se puso.

Se levantó a toda prisa. Tan rápido que el móvil salió catapultado del bolsillo y se le cayó en la piscina.

El caballero alemán saltó detrás con traje y todo, se sumergió para salvarlo y lo devolvió a la superficie para dárselo.

—*Obrigada* —dijo ella, que se agachó para tomarlo—. Por suerte lo tengo todo grabado en la nube.

Leander fijó la mirada en el medio de la piscina, ofrecía una imagen memorable, ahí dentro, con el traje empapado y la camisa blanca.

Cuando Leander Lost salió del baño vestido con un albornoz, Soraia lo estaba esperando en la terraza.

Cruzaron una sonrisa cuando se sentó y se sirvió agua.

—Gracias por haber salvado mi móvil.

Leander asintió.

—De nada. No ha sido difícil.

Ladeó la cabeza y la miró a los ojos. Ella topó de repente con su mirada. Con esas pestañas largas.

—¿Alguna vez te has enamorado de alguien?

—Sí —contestó Soraia en un tono que le salió un poco ronco.

—¿Y también has querido a alguien?

Aquella pregunta la pilló desprevenida y escudriñó las relaciones que había tenido.

—Pensaba que sí…, pero no lo sé.

—Entonces ¿qué significa querer a alguien?

Le entraron ganas de estrecharlo entre sus brazos y mecerlo por la seriedad infantil con la que Leander había hecho la pregunta.

Soraia recordó unas palabras del novelista francés François Mauriac que le parecieron adecuadas.

—«Amar a alguien es ver un milagro invisible para otros.»

Saltaba a la vista que Leander Lost estaba atento.

—Lo entiendo —dijo sorprendido.

Durante unos instantes los envolvió su silencio. Uno de esos en los que no hace falta hablar, sino que te acompaña como un amigo.

—*Sonhos cor-de-rosa, Leander*.

Con ese deseo de que soñara con algo bonito se puso en pie, recogió su chaqueta, le sonrió de nuevo y se fue a su Peugeot sin volverse a mirarlo.

# SÉPTIMO DÍA

# 31

Graciana Rosado se alegró de que se hubieran calmado los ánimos en casa de los Da Silva desde la víspera cuando se presentaron ante su puerta. Catarina da Silva había ido a buscar panecillos recién hechos a la *pastelaria* de la Rua da Liberdade y llegó al mismo tiempo.

—*Olá*, Graciana, hacía mucho que no te veía —dijo con alegría.

—*Olá*, Catarina.

Se dieron dos besos fugaces en las mejillas.

Catarina era preciosa, con los ojos grandes y separados, la nariz recta y fina y los labios gruesos, que dibujaban una sonrisa con mucha frecuencia. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y unos pantalones blancos superajustados, con una blusa blanca a juego que resaltaba la tez.

—Tengo que ir a Olhão, hoy mi hermano celebra que cumple cuarenta. Pero seguro que Raul se alegra de tener compañía durante el desayuno. Pasa.

Abrió la puerta, ni siquiera esperó su reacción y entró en la casa. Graciana la siguió.

Baldosas claras, espacios amplios, paredes blancas. El pasillo daba directamente a una zona de salón comedor. La cocina también era de un blanco reluciente, el aparador era una placa de piedra color antracita. En la zona del salón, los Da Silva habían escogido tablones de madera, algo bastante poco común en Portugal, pero le daba un aire cálido al espacio. Y, tras dos enormes puertas de cristal, las impagables vistas a la Ria Formosa y el mar. Raul da Silva estaba sentado en la terraza, hojeando el periódico.

—Mira a quién traigo.

Da Silva levantó la mirada y sonrió a Graciana.

—*Bom dia*, Piaf.

—*Olá*.

—Pero siéntate, Graciana —la invitó Catarina.

La subinspectora obedeció. La mesa, con la superficie de mármol, ya estaba puesta, y mientras Da Silva dejaba el periódico a un lado y le daba un sorbo a su *bica*, Catarina sacó dos platos con cubiertos y servilletas de papel y los dejó delante de Graciana.

—*Obrigada*, Catarina.

Ella le hizo un gesto con la cabeza, rodeó la mesa y le dio un beso en la boca a su marido.

—Hasta luego. Te recojo hacia las cinco.

Luego se despidió de Graciana y se fue.

—Sírvete.

—Ya he desayunado.

Raul se encogió de hombros, se sirvió un panecillo y lo untó con mermelada.

—Está preciosa la casa —dijo Graciana.

Raul da Silva sonrió y miró alrededor, como si quisiera cerciorarse de que la casa no era un sueño. Luego volvió a posar la mirada en ella.

—¿Qué te trae por aquí?

—Que me he equivocado con alguien —dijo Graciana.

Da Silva aguzó el oído.

—¿Carlos?

Ella negó con la cabeza. Y luego se lo contó todo. Desde el principio. Las discrepancias temporales entre el hallazgo del cadáver de Conrad y el incendio, las fotografías en Ciclopes, Benedikt y Adles y Eltsen, Madalena y Zara Pinto, Luiza Marques y ahora el comité.

—¿Qué deberíamos hacer? Opino que el comité debe conocer sin falta los auténticos dictámenes —concluyó Graciana.

Su jefe asintió, y luego sacudió la cabeza, incrédulo.

—Qué canallada más grande.

—¿Qué pasa con Duarte? ¿Cómo quieres proceder?

—Bueno, es difícil. Si lo convocas a una reunión, queda advertido, pero tal vez cedería durante un interrogatorio. Creo que hay un montón de indicios, casi diría que es abrumador. Pero quién sabe, si Miguel Duarte de verdad se las sabe todas, ¿no le dará igual?

Graciana movió la cabeza de un lado a otro.

—Puede que tenga sentido engatusarlo con algo.

—¿Para pillarlo con las manos en la masa?

Ella asintió.

Raul da Silva se levantó, se apoyó con las dos manos en la barandilla y contempló la laguna hasta la Ilha de Armona y más allá. Suspiró.

—Necesito pensarlo, Graciana.

—Por supuesto —dijo ella, y se puso en pie.

—¿Dónde están ahora los dictámenes? —preguntó su jefe.

—Los hemos guardado a buen recaudo en Villa Elias. Con el *senhor* Lost. Duarte no tiene motivos para buscar al *alemão*.

—Bien, entendido.

Leander Lost estaba sentado en la terraza techada de Villa Elias, leyendo *El señor de los anillos* de Tolkien. Pasaba de página cada pocos segundos, porque él las captaba enteras. De todos modos, el autor no

había escatimado en descripciones detalladas de los paisajes. Esas explicaciones, que duraban varias páginas, Lost las pasaba aún más rápido.

Entonces apareció de la nada una sombra a un lado, alzó la vista y vio a Raul da Silva, que había entrado en la terraza casi en silencio.

—*Bom dia*, *senhor* Lost, ¿cómo está?

Vaya, un diálogo de cortesía. En este caso siempre se recomendaba dar las gracias brevemente por la pregunta educada, hacer una valoración positiva del estado de salud y devolver la pregunta como si fuera una pelota de tenis.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—De primera —contestó Da Silva—. La *senhora* Graciana ha estado antes en mi casa y me lo ha contado todo. A decir verdad, aún no he decidido cuál será el siguiente paso concreto. Y… pensaba que no me vendría mal hablar con usted otra vez del tema. Dado que prácticamente es un externo, seguro que tiene otra percepción de las cosas.

—De acuerdo —accedió Leander.

—¿No quiere sentarse un poco al sol? ¿En la terraza de la azotea?

—Como quiera.

—Sí.

Leander Lost se levantó, dejó los hobbits, enanos, elfos y espíritus del anillo, y siguió al inspector hasta la azotea, donde había cuatro sillas y una mesa. Desde allí había buenas vistas de la casa de invitados, con su terraza propia. Hacía bastante calor, el sol estaba casi en el cenit.

Abel Peres iba en un coche viejo por el camino rural desde el otro lado, procedente de Moncarapacho. Los últimos cuatrocientos metros los recorrió a pie. Aquel día no llevaba traje, sino pantalón vaquero y zapatillas de deporte, además de camisa y una bandolera con una cámara de fotos encima del hombro. De vez en cuando hacía una foto y para ello se colocaba las grandes gafas de sol en la cabeza.

Observó un rato Villa Elias, mientras esperaba a la sombra de un eucalipto y se fumaba un cigarrillo. En ese momento, cuando salieron dos siluetas de la terraza, retrocedió dos pasos y se colocó detrás del tronco. Subieron a la azotea.

Peres se acercó a buen paso al muro limítrofe de la casa y lo superó de un salto atlético. Allí se paró unos instantes a escuchar. Solo se oía a los dos charlando en la azotea.

Luego siguió andando, como si fuera un extranjero que quisiera preguntar indicaciones o pedir un vaso de agua. No podía descartar que un excursionista solitario o un vecino más alejado lo viera. Desde

luego, habría llamado la atención moviéndose agazapado por el jardín.

La puerta trasera, que daba a un pasillo entre la cocina y el baño, estaba abierta. Abel Peres entró en la casa y volvió a detenerse. Necesitó unos segundos para captar el tono de la casa, como lo llamaba él.

Cada espacio hacía su propio ruido. Juntos componían el tono básico de la casa. El tictac de un reloj, el crujido de una escalera de madera, un ventilador, la corriente de aire y mucho más se unían en un todo. Y en ese todo, Peres no filtró nada humano, ni un paso, ni una respiración, ni siquiera un olor.

Abrió la bandolera y cambió la cámara por una Walther PPQ con silenciador. La pistola de fabricación alemana se había creado para unidades especiales. Estaba bien colocada en la mano de Peres. Salió con rapidez de la cocina, donde por experiencia propia sabía que nadie normal guardaría documentos importantes. Abel Peres buscaba una cómoda, un escritorio, cajones. Probablemente un sobre.

Entonces se abrió de golpe la puerta de la pequeña despensa y apareció un hombre al que no había visto nunca, con la raya marcada a la perfección, lo apuntó con un arma y abrió la boca para decir algo.

Abel le dio un doloroso golpe con la punta del pie en la muñeca. Mientras el arma caía al suelo, Peres le dio con el mango de la pistola en el hueso nasal al atacante, que provocó un crujido sordo.

Miguel Duarte, quién si no, se tambaleó con un gemido hacia la despensa. Peres cerró la puerta de golpe y le dio dos vueltas a la llave.

¡Era una trampa!

Dio media vuelta y se fue corriendo. Sin embargo, delante de la puerta por la que había entrado en la casa estaba Graciana Rosado. Lo apuntaba con el arma de servicio y lo miraba a los ojos. Peres no cometió el error de dudar de su determinación.

—¡Baje el arma!

Levantó la Walther PPQ y al mismo tiempo desapareció por la izquierda. Graciana apretó el gatillo. La bala le arrancó el lóbulo izquierdo al asaltante.

El ruido del disparo en la casa hizo que Leander Lost y Raul da Silva dieran un respingo en la azotea. Tras un breve susto, se levantaron a la vez de un salto.

Peres estaba ahora tan bien colocado en la entrada del pasillo que buscó protección detrás de la pared y pudo disparar a Graciana con el mínimo riesgo. Le disparó cuatro, cinco, seis veces. El revoque saltaba de las paredes, y maderas y cristales se hacían añicos. Graciana se

colocó detrás de la pared de la casa que la protegía. Abel Peres sabía que de todos modos ese camino estaba bloqueado. Cerró la puerta por seguridad y también giró la llave.

Entonces notó un enorme golpe en el brazo de tiro, como si hubiera chocado con un caballo desbocado. Al mismo tiempo se oyó el ruido seco.

Era Carlos Esteves, que estaba en la entrada a la cocina y le había disparado desde ahí. Peres quiso agarrar su arma, pero los dedos no le respondían. La PPQ cayó a las baldosas.

En ese momento se oyó que alguien aporreaba la puerta de la despensa desde dentro.

—¡Mi nariz!

Carlos miró hacia allí.

Fue suficiente para Peres. Se levantó de un salto y se lanzó contra el brazo del policía, con el que quería volver a apuntarlo con el arma de servicio. Le dio un codazo en la oreja a Carlos Esteves, quien retrocedió dando tumbos. Peres agarró un cuchillo del bloque de madera y se abalanzó hacia él.

Carlos consiguió esquivar la primera estocada aferrando la hoja, pero Abel Peres la sacó sin esfuerzo de entre los dedos, lo que le provocó un profundo dolor tirante.

—¡Suelte el cuchillo!

Para entonces Abel Peres sabía que le habían tendido una trampa y lo estaban esperando. Ya podía olvidarse de Portugal para siempre. Tenía que salir del país lo antes posible, seguir por la frontera verde hacia el norte, al interior de España, o ir en lancha a la costa del norte de África. Por eso ni siquiera miró atrás para ver quién le gritaba, agarró a Carlos Esteves y con una llave de muñeca lo colocó delante de él. Ahora tenía el cuchillo ensangrentado en la garganta del agente. Leander Lost estaba a solo tres metros, y lo estaba apuntando.

—Tire la pistola al suelo y apártese —ordenó Peres.

Graciana Rosado rodeó la casa a toda prisa y se encontró con Da Silva, que también se acercaba agachado a una ventana. Graciana siguió andando.

Tanto a Carlos Esteves como a Leander Lost les resultaba familiar la situación.

Leander buscó contacto visual con el colega portugués, que tenía la doble función de rehén y escudo para Abel Peres. Bajó la pistola un poco, hacia la pierna de Carlos. Leander notó que tragaba saliva por la nuez, que se alzó un poco y volvió a bajar.

—¡Ahora! —le gritó Peres.

Sin embargo, Leander no se dejó amedrentar. Apuntó al muslo de

Carlos. Lo tenía justo en el punto de mira. Entonces levantó la mirada y la desvió hacia Carlos. Sabía lo que se avecinaba, tragó de nuevo, hizo de tripas corazón y asintió con disimulo: «Hazlo, Lost».

Sin embargo, Leander se quedó inmóvil.

—A la de tres está muerto —anunció Peres—. Una, dos…

Lost apuntó de nuevo a la pierna, pero entonces retiró el gatillo y dejó el arma a un lado en el suelo. Le dio un empujón con el pie para que se deslizara hasta Peres sobre las baldosas.

Abel Peres se agachó y obligó a Carlos a imitarlo. Levantó el arma, empujó a un lado a Carlos, apuntó a Leander Lost y apretó el gatillo.

La bala atravesó el pecho de Leander Lost y la ventana de detrás, que se rompió en mil pedazos.

A Leander le sorprendió que el impacto de la bala no tuviera los kilojulios suficientes para derribarlo al suelo. En cambio, las piernas cedieron de repente y cayó de rodillas. Peres siguió el movimiento con la boca de la pistola para dispararle en la cabeza. A Leander le molestó que el estruendo del disparo no llegara de delante, sino de detrás a la derecha.

Fue Raul da Silva, que había disparado de urgencia por la ventana hecha añicos. El proyectil impactó encima del ojo izquierdo de Peres, desapareció detrás de la frente y lo mató en el acto. El hombre se desplomó y cayó muerto al suelo, donde también se desmoronó Lost.

—¡Loooooost!

Casi no era su nombre lo que oyó, era más el grito de un animal herido, alto y fuerte. Luego tosió por primera vez, y no era una tos seca, sino que dejó pequeñas partículas finas de sangre en las baldosas del suelo.

En su campo de visión aparecieron los rostros de Graciana y Carlos. Estaban muy serios, lo vio en la distancia entre las cejas y la finura de los labios.

Carlos tenía el móvil en la oreja.

—*Doutora*, rápido, el *senhor* Lost está herido… No sé si… dese prisa, por favor. —Puso fin a la conversación, miró a Lost y dijo—: ¡*Merda*!

—¡Cojones! —gritó Graciana, que le desabrochó la camisa y echó un vistazo a la herida—. *Meu Deus*.

Se abrió la hebilla del cinturón y se lo sacó mientras Da Silva llegaba corriendo con un cojín, que colocó al lado de Leander Lost.

—¿Tiene dolores? —preguntó Carlos, que se arrodilló a su lado, enfrente de Graciana.

Leander sacudió levemente la cabeza.

—Solo tengo… una presión en el tórax y… la espalda mojada.

—Tengo que levantarle, necesitamos improvisar un vendaje compresivo hasta que llegue la *doutora* Oliveira. Será cuestión de minutos.

—Sí —dijo Leander.

Carlos lo levantó con cuidado por los hombros. A Leander se le escapó un suspiro de los labios por el dolor, que lo atravesó como una corriente eléctrica. Como si alguien le metiera un tubo fino de metal por el pecho.

Carlos y Graciana le colocaron el cojín en la herida de salida de la espalda y lo fijaron con el cinturón de Graciana, que apretaron al máximo para calmar la hemorragia. No lo lograron del todo, pues el cojín enseguida se tiñó de rojo.

Volvieron a oírse golpes desde la despensa.

Leander oyó que giraban una llave en la cerradura, y la puerta que se abría con el chirrido de una bisagra.

Graciana le puso dos dedos en la carótida.

—¿Está mareado? ¿Se encuentra mal?

Leander lo negó con la cabeza.

—¿Tengo los pies? —preguntó.

—Sí, claro —contestó Graciana—. ¿Por qué?

—No los noto.

Carlos y ella cruzaron una mirada que no fue capaz de descifrar. En todo caso, apretaban los labios.

—Mi nariz, creo que está… —Oyó desde donde estaba el trastero.

—Cierra el pico —rugió Carlos.

Leander tosió. Encima de él se formó una nube de color rojo intenso que se apartaba de él flotando. Graciana Rosado le puso de nuevo el dedo en la carótida. Luego respiró hondo una vez, y Leander Lost también. Le pesaban los párpados, se le bajaron.

—*Senhor* Lost, despierte, vamos.

—Solo voy a cerrar un momento los ojos.

—No. Soy su jefa, ¿verdad?

—Sí —contestó él con un hilo de voz.

—Pues se lo ordeno: no cierre los ojos.

Les llegó el eco de una sirena. Al mismo tiempo lo atravesó un temblor en la zona pectoral izquierda. El latido perdió un poco de fuerza. Luego se mareó, y Leander no pudo evitarlo, se resistió con todas sus fuerzas, pero se le cayeron los párpados, y ahora solo participaba en la situación a través de los oídos y en contacto de los demás.

—Le falla el pulso…, se vuelve irregular —oyó la voz de la *senhora* Graciana, que describió con exactitud lo que sentía.

Notó un segundo roce en la muñeca. Unos dedos grandes. Algunos con pelos, pero más suaves.

—Se nos va. Se… nos… va.

Ese era Carlos Esteves. Con su tendencia a la redundancia. —No

tiene pulso.
Graciana.
Y su voz fue lo último que oyó.

Graciana Rosado no podía parar de llamar. Jamás habría imaginado que la dejaría tan hecha polvo.

Estaba con Raul da Silva y Carlos Esteves en el pasillo de la clínica. Carlos aún tenía el trapo de Villa Elias enrollado en la mano del corte y un poco de sangre pegada en el cuello.

Graciana no paraba de limpiarse con el dorso de la mano los ojos irritados.

—No lo entiendo —exclamó.

—Yo tampoco —se sumó Carlos, que se levantó a estirar las piernas y colocarse más cerca del quirófano.

—Saldrá adelante —dijo Da Silva—, está ahí dentro, lo habéis reanimado. Todo irá bien.

—Esto es muy triste —contestó Graciana—. Pero no hablo del *senhor* Lost, me refiero a ti.

En lugar de explicarlo mejor, sacó un sobre del bolso con copias de unas fotografías. Se las dio a su jefe.

—Anoche —dijo ella—, estábamos convencidos de que Miguel Duarte estaba jugando sucio. Que había matado al *senhor* Conrad por encargo de Philipp Benedikt. Que él había ordenado a Ousman Jobe que prendiera fuego a la oficina de Luz de Tavira. Y que luego mató a Ousman Jobe. Pero… él no ha hecho todo eso. Fuiste tú.

Da Silva tragó saliva. Sacó las fotografías del sobre, mientras Carlos Esteves se acercaba y agarraba el arma de servicio.

En las imágenes aparecían Benedikt y Da Silva. En dos encuentros, y en cada uno había un sobre que cambiaba de dueño. Una vez en un local, otra en una zona apartada de la costa.

Y luego una serie que dejó perplejo a Raul da Silva, *O Olho* la había captado desde la *Flor*. Aparecía Da Silva acercándose con una zodiac con motor fueraborda.

—Ya sabes cómo conseguir una salida adecuada al proceso —dijo Graciana con un matiz de cansancio en el tono.

Su jefe asintió y fijó la mirada un minuto exacto en las imágenes antes de volver a alzar la vista. En sus ojos se leía un arrepentimiento infinito, el que surge cuando uno sabe que es demasiado tarde.

—En el caso de Jobe fingiste ser diestro. Pero el corte de un diestro tenía que ser más profundo —constató Graciana—, luego lo estuve pensando y lo atribuí a Duarte. Era alguien que quería pasar por

diestro, pero el recorrido del corte en la garganta lo delató.

Lo miró de reojo, Raul da Silva estaba sentado a su lado. Le pareció que había pasado una eternidad desde que ella le enseñaba el incisivo en broma.

—¿Cómo has podido hacerlo...? ¿Matar a una persona?

La consternación muda que iba implícita en aquella pregunta hizo sentir una profunda vergüenza a Raul da Silva.

—Una cosa llevó a la otra —dijo en voz baja—, y al final…, ya no dependía de mí.

Empezó con una ocultación, una minucia, eliminar la declaración de Zara Pinto del expediente. Un favor a Benedikt. La perspectiva de mucho dinero, que necesitaba con urgencia para la casa. Para cumplir los deseos de Catarina y también por sus suegros, a los que quería demostrar que su hija no se había equivocado al elegirlo a él.

Y luego, una vez aceptado el primer dinero, estaba atrapado. Quedó en manos de Benedikt. Y se ocupó de Markus Conrad, que extorsionaba a Eltsen con la información que le había dado Madalena Pinto.

Da Silva lo había convencido con sus artes de persuasión para quedar en la bahía. Le exigió que parara con la extorsión y se largara de Portugal. Entonces se inició una pelea, y al final agarró el bichero y lo golpeó con todas sus fuerzas. Conrad murió en el acto.

Da Silva aseguró a Graciana que no era su intención, pero tampoco le apenó que ocurriera.

—Raul… era una persona —le reprochó Graciana.

—Era una rata —repuso Da Silva.

Graciana no contestó. Sabía que su jefe necesitaba justificarse para poder compartir una celda consigo mismo.

—¿Escondiste a Jobe en Amigos?

Raul da Silva clavó la mirada en el suelo de PVC del pasillo y asintió.

—¿Declararás contra Philipp Benedikt?

—Sí, pero no lo atraparéis.

—¿Le has llamado esta mañana después de mi visita?

—Sí. Abel Peres tenía que conseguir los dictámenes. Pero… has sido muy lista atando cabos, Piaf.

Lo dijo sin amargura. Como si estuviera fuera y valorara la jugada de la subinspectora con absoluta imparcialidad.

—Habéis encontrado las fotografías —continuó Da Silva—, y entonces habéis sabido que vuestras sospechas respecto a Duarte eran infundadas.

—Cierto —intervino Carlos, que seguía de pie junto al banco—. Todo lo que vinculaba a Duarte con el caso eran casualidades. Muchas, sí, pero casualidades.

Se oyó el sonido del ascensor. Luís Dias y Ana Gomes salieron y se acercaron a ellos.

—Hace cuarenta y cinco minutos que el *senhor* Benedikt se ha ido —informó Ana Gomes.

—Localizad el móvil —ordenó Graciana.

—Eso ya lo hemos puesto en marcha, claro —contestó Dias, sin poder disimular el orgullo que sentía por haber tenido la idea de esa medida extraordinaria—, hace hora y media que está en el mar, delante de Quinta da Lobo.

Alguien se aclaró la garganta por detrás, todas las miradas se clavaron en Carlos, que sonreía un tanto inseguro.

—En el transcurso de un interrogatorio a un testigo, apunté por si acaso el número de teléfono de Eva —aclaró sin sonrojarse—, Eva Figo.

Los dos asintieron y miraron atrás. Luís se acercó al dispensador de agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlos, implacable.

—Tengo sed.

—Eva Figo —repuso Carlos—, vamos, en marcha. Encontrad a la mujer, asignad a todos los que tengáis. Y luego poneos en contacto con ella.

Los dos agentes de la GNR volvieron al ascensor y bajaron de nuevo.

Se impuso un silencio, eran conscientes de que a partir de entonces y en el futuro se definiría la relación entre ellos.

—¿De dónde salen las fotos, si Ciclopes acabó quemada? —preguntó Da Silva.

Graciana Rosado esbozó una media sonrisa.

—La idea fue del *senhor* Lost anoche. A Soraia se le cayó el móvil en la piscina, pero no le daba miedo perder sus datos porque los tiene la nube.

No siguió porque se leía en el rostro de Raul que lo había entendido.

—Entonces habéis conseguido acceso al almacenamiento de Conrad en la nube.

—Sí. Su cámara se conectó enseguida por WLAN. Por eso no sirvió de nada que te la llevaras de la *Flor*. Las imágenes ya estaban en la nube.

Da Silva había juntado las manos entre las rodillas y sacudió de nuevo un poco la cabeza.

—Es increíble —dijo luego en voz baja, levantó la cabeza y miró a Graciana—. ¿Dónde estaban los dictámenes?

—Se los di a João. Los llevó a Faro con Soraia, mi padre y Zara Pinto. Al comité. Eltsen y Adles han perdido los derechos sobre el agua hace media hora. Hemos… recuperado nuestra agua.

Se abrió la puerta de una sala de tratamiento y Miguel Duarte salió

y se acercó a ellos. Llevaba una férula metálica y brillante desde la base hasta la punta de la nariz, con una especie de máscara rígida para estabilizarla.

—El dolor ha sido horrible.

—Nadie esperaba menos —dijo Graciana.

—¿Qué os parece la férula? —preguntó Miguel Duarte, que intentaba ver su reflejo en la puerta de cristal que daba a la escalera.

—Queda bien con la raya —contestó Carlos.

—¿No me desfavorece de alguna manera?

—De ninguna manera —le dijo Graciana. Por supuesto, no le dijo que parecía un zombi.

Sonó el móvil de Carlos. Cuando miró la pantalla, no reconoció el número, pero sí un sitio.

—Es una llamada de Hamburgo —dijo sorprendido. Graciana se encogió de hombros.

—¿*Olá*?

—Soy yo, Carlos. Rui. Rui Aviola.

—Pero bueno, qué sorpresa. ¿Cómo estás?

—Bueno, es… un poco raro. Aquí viven mirando mucho el reloj, y todo tiene que ser siempre muy exacto y… solo hacen una pausa en la pausa de verdad. Además, hace frío. ¡En septiembre!

—Eso no suena bien, Rui.

—Sí. Y… por eso quería preguntaros si podría volver, y que el colega de Hamburgo también regresara. Me han dicho que te disparó en la pierna.

Carlos solo dudó un momento.

—¿Rui?

—¿Sí?

—Sé un hombre y contrólate. Este año te quedas en Hamburgo.

# 33

Cuando Leander Lost, al que habían reanimado en la ambulancia y en la clínica, abrió los párpados, vio justo delante de él el ojo y el rayo. Los dos vigilantes más importantes.

Leander paseó la mirada.

Zara y Soraia estaban sentadas en su cama de la clínica, a su lado. Lo invadió una sensación de sosiego.

—Han detenido a Philipp Benedikt gracias a la localización del móvil de Eva Figo. En alta mar. A bordo de su yate privado, rumbo al norte de África. El subinspector Esteves ha llevado a casa a la *senhora* Eva enseguida. En persona.

Se abrió la puerta y entraron Graciana y Carlos.

—¿Cómo se encuentra?

—Como si alguien me hubiera disparado en el pecho.

Se impuso un silencio incómodo.

—Era broma —dijo Leander animado—. ¿Ha funcionado?

—Bastante bien —admitió Carlos.

Graciana se acercó a su cama. Y vio que sonreía.

—En serio. ¿cómo se encuentra, *senhor* Lost?

—Tengo la sensación de que acabo de llegar —contestó Leander Lost.

## Agradecimientos a:

Su Herczog, que vive en el Algarve, por sus consejos en cuestiones lingüísticas, costumbres y el estilo de vida portugués.

Martina von Schaewen, por su información sobre las personas con síndrome de Asperger.

Heide y Jens Röver, por la palanca que accionaron para descifrar la «Ilha de Armona».

Barbara-Marie Mundt por la ayuda en la traducción en el último segundo.

Cristoph Höver, que poco antes de terminar no escatimó esfuerzos en averiguar detalles importantes.

Denise Linke, por su ejemplo de un sol con cara.

Joachim Jessen, mi agente literario, que me ha acogido bajo su ala.

Ulla Brümmer, por el maravilloso diseño de la cubierta.

Lutz Dursthoff, por su compromiso en dar a Leander Lost un hogar en KiWi.

Dr. Stephanie Kratz, por su excelente edición y su gran gran gran corazón, sobre todo respecto a los plazos.

Ira, por sus consejos sobre el contenido y sus antenas infalibles para los personajes de mi novela. Pero principalmente por la naturalidad con la que sigue a mi a lado de manera incondicional desde hace más de veinte años.

## Sobre esta novela

¿Cómo surge una novela policíaca con un comisario autista en Fuseta, Portugal?

Todo empezó en 1988.

Aquel año viajé con dos amigos y un billete de Interrail por toda Europa hasta Rabat, en Marruecos, donde uno de nosotros contrajo una infección y regresamos, a petición suya, por el estrecho de Gibraltar. Cuando su estado empeoró, subimos al primer tren que pasó por la estación y acabamos… en Tavira.

Portugal ni siquiera entraba en nuestra selección de destinos de viaje. Sin embargo, tras nuestra experiencia con los revisores de otros países (estoy seguro de que con el tiempo han llegado a sentir un amor profundo hacia los mochileros), la amabilidad y el carácter hospitalario de los portugueses fue una bendición. Y, por supuesto, despertó nuestra curiosidad por el país y sus habitantes.

La Linha do Algarve, una vez curado nuestro amigo, nos llevó poco a poco por la costa hasta que terminó en Lagos y alguien nos dijo que ahí estaba el fin del mundo, un poco más allá. Así que fuimos en autobús a Sagres. Al año siguiente volví con otro amigo en Interrail.

De ahí fuimos a Lisboa y Oporto.

Más tarde, volví de visita con mi mujer Ira a Sagres, el Alentejo, Moncarapacho, y luego descubrimos Villa Elias, que, por supuesto, tiene otro nombre en realidad y está al este de Fuseta.

Y así fue inevitable conocer Fuseta. Aunque también se perdían turistas por allí (como nosotros), conservaba una originalidad y autenticidad natural que me conmueve.

Y así fue cómo acabó ambientándose sobre todo en Fuseta y los alrededores.

Gracias a *Rain Man*, con el genial Dustin Hoffman, en 1989 se me despertó el interés por los autistas. Y por los Savant y los Asperger, los dones aislados y mucho más.

Ese interés, que fue remitiendo con el paso de los años, revivió con la miniserie *El puente*. La actriz sueca Sofia Helin encarna a una autista tan bien que es para arrodillarse ante ella.

Me pregunté qué pasaría si situara a un comisario alemán con síndrome de Asperger en Fuseta.

Y así se fue creando, capa a capa, el personaje de Leander Lost en mi cabeza. Un hombre que plantea preguntas con la inocencia de un niño. Divertidas, raras, dolorosas y a veces filosóficas. Que analiza las cosas con la lógica del señor Spock, pero seguramente no se da cuenta cuando tiene a la mujer de su vida sentada enfrente, que por una parte considera necesario herir con frialdad a un colega, pero que por otra parte mantiene su palabra hasta la muerte.

Y a su lado aparecieron Graciana y Carlos, luego Soraia y Zara y, por supuesto, Duarte.

Como autor, uno acaba preguntándose si sus personajes le siguen resultando un poco extraños, o si se siente «como en casa».

Cuando escribí el primer borrador de esta novela y luego el texto definitivo, Leander, Graciana y Carlos estaban todo el tiempo conmigo, alrededor, velaban por mis sueños (como los «vigilantes») y se ocuparon de que siempre estuviera contento aquellos días en cuanto se iban los invitados (me encantan las visitas), para poder volver con ellos, por fin.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9788410260061
Conversión a formato digital: www.acatia.es